Cementerio de Conchas

Kay Hurt

Cementerio de Conchas

Kay Hurt

Cementerio de Conchas

Kay Hurt

Capítulo 1

Domingo, 24 de junio

Aquel día con suerte sería el primero en llegar.

Apagó la radio del coche que, a esa hora de la mañana, solo ofrecía canciones populares entre las noticias repetitivas que se iban colando cada cuarto de hora y enfiló el camino de tierra que le conduciría hasta el destino con el que había soñado toda la semana.

Era lo que, a Marcial Núñez o Marcial, el de la ferretería, como solían llamarle en el pueblo, le gustaba de los domingos. Madrugar y llegar antes que los otros para aprovechar un tiempo en soledad, disfrutando del color anaranjado del mar cuando el sol salía por su espalda. Una sensación de plenitud que no podía equiparar con nada más, a excepción de una buena película en la televisión los sábados después de comer. De las de indios y vaqueros, como él decía y a lo que su mujer insistía en llamar «*guester*, Marcial». De las de antes. Películas añejas de color casi degradado mientras el sueño iba venciéndolo poco a poco.

Pero lo de los domingos era diferente. Había cierta ceremonia en el proceso de preparar los aparejos que le gustaba. Y en la competición entre los que solían formar la cuadrilla que se juntaba, casi sin excepción, el último día de la semana. El placer de llegar el primero y elegir el mejor sitio donde tirar la caña para sentarse a esperar una buena captura y dejar que la conversación fluyera entre los silencios y las historias que ya se sabían de memoria, pero que gustaban de recordar, como si eso les hiciera sentirse más jóvenes.

A mediodía, el sol se convertía en el protagonista de la jornada y la intensidad del calor junto con la humedad hacían difícil disfrutar de lo que restaba de mañana. Era el momento en el que recogían los bártulos y volvían al pueblo para finalizar sobre la barra de madera de la taberna de Paco el Farero. «O Faro» le había puesto de nombre en recuerdo de los años que había pasado encargado de aquel vigilante del mar que ahora se conducía solo gracias a las tecnologías.

Observó la construcción del faro a unos quinientos metros y redujo la velocidad buscando el mejor sitio a la sombra para dejar el coche entre los árboles antes de entrar en la esplanada de tierra baldía que terminaba de forma abrupta y que engañaba a cualquier visitante que no conociera aquella zona. Un sendero estrecho a unos cincuenta metros permitía el camino hasta la zona de piedras apenas unos

metros por encima del nivel del mar donde se solían juntar. Si todo salía como la costumbre ya tenía por defecto, Toño, el carpintero, sería el siguiente en llegar. Había visto las luces de su garaje encendidas al pasar por delante de su casa.

Apagó el motor y miró inconsciente el reloj para dibujar una sonrisa. Un gesto de satisfacción por haber cumplido el primer objetivo del día.

—Vamos, Chico.

El animal saltó al suelo desde el asiento del copiloto y movió con alegría el rabo. Le observó en silencio mientras disfrutaba de una corta carrera para volver de nuevo hacia el coche.

—Busca un buen sitio —le ordenó su dueño.

El *spaniel* castaño ladró dando a entender que había comprendido la orden y se dirigió con presteza hacia el borde. Vio como las manchas blancas y marrones desaparecían de su vista y escuchó de nuevo otro ladrido.

Era un buen perro. Demasiado inquieto, la mayor parte de las veces no daba problemas y le servía de compañía, aunque en ocasiones le gustara apropiarse de lo ajeno sin permiso y luego tenía que ser él quien lo devolviera al legítimo dueño. Algo a lo que sus vecinos ya se habían acostumbrado después de un par de años. Era el tiempo que Chico, como decidió llamarlo, llevaba con él y con Carmen, su mujer. Era un alivio para una pareja de setentones sin hijos que disfrutaban de la tranquilidad de vivir en un pueblo donde apenas sucedía nada.

Observó el maletero con cierta impaciencia y pensó que tendría que hacer un par de viajes. La silla plegable sería lo primero. Después volvería a por la caña y la caja de pescar. La nevera donde había guardado algunas latas de cerveza y refrescos, y la bolsa con los bocadillos no la sacaría hasta dentro de un par de horas. Así se mantendrían más frescos. Solo esperaba que alguno de los otros trajera un buen trozo de empanada casera. A ser posible, de atún.

Escuchó de nuevo los ladridos del perro, ahora con más intensidad, y chasqueó la lengua fastidiado. Aunque no hubiera nadie por los alrededores, no le gustaba llamar la atención. Cargó con la silla debajo del brazo y se aproximó hasta el borde para otear la zona donde solían situarse. Chico apareció antes de que le diera tiempo a enfilar el sendero. Lanzó un par de ladridos cortos y rápidos.

Demasiado ansiosos y nerviosos.

—¿Qué pasa, muchacho? —preguntó desviando la vista desde los ojos castaños del animal hacia el horizonte.

El mar estaba tranquilo a esa hora. Una sábana arrugada de turquesas vírgenes que se movían al unísono bajo la ausencia de la brisa. Solo por la inercia del propio y magnético movimiento. Algunos barcos de recreo en la zona desafiaban el uniforme celeste. El resto descansaría el domingo. El can volvió a lanzar otro sonido, más bajo y ronco, como si quisiera contestar a la pregunta que le habían hecho. Desvió la vista recorriendo el horizonte hacia la zona de rocas.

—Dios santo. —Chico gimió asintiendo a las palabras de su dueño.

El cuerpo yacía bocabajo acunado por el movimiento rítmico del mar entre las piedras. Una imagen casi hipnótica que atrapaba por la irrealidad de la visión. Algo escabroso, abrupto como la superficie de piedra que lo rodeaban. Casi un pecado exquisito e inapropiado que hubiera roto el silencio de una mañana de domingo. Un día santo, dedicado a la alabanza de la naturaleza y el descanso del hombre. Una ruptura en la monotonía de un lugar que apenas existía más allá de la memoria y el recuerdo de los que vivían allí.

Paseó su lengua por los labios en un gesto inconsciente de saberse despierto mientras su mirada seguía fija en la camiseta roja que se inflaba con el agua salada para volver a su estado natural unos segundos después. El movimiento perfecto del mar en todos los sentidos. Quiso pensar que sus ojos le engañaban, pero supo que su cerebro hacía ya unos instantes que le había avisado de que aquella imagen era real.

Fue el instante preciso en que Marcial Núñez o Marcial, el de la ferretería, supo que aquel domingo de junio la pesca había terminado antes de tiempo.

Capítulo 2

Miércoles, 20 de junio

—Hijo de puta.

El exabrupto resonó de nuevo contra los azulejos de la ducha. Había perdido la cuenta de cuántas veces una palabra similar se había escapado de los labios que ahora parecían buscar algo de cobijo en el frío de la superficie.

Desde que su presencia había llenado una vivienda apenas vacía de muebles, los insultos y las maldiciones habían sido la única conversación que había mantenido con la soledad.

Resuena de nuevo un «¡joder, qué mierda!» escondido entre el ruido que el agua, que no cesa de salir, oculta, como avergonzada de ser testigo de aquella situación.

Si alguien hubiera preguntado en ese momento a quién iban dirigidas aquellas palabras, se hubiera sorprendido de que la respuesta no hubiera sido un único nombre. Había demasiados a quienes culpar de la situación. Pero al menos el insulto le valían para todos. Era un ahorro.

Salió de la ducha y enrolló el pelo en la toalla. Debería habérselo cortado hacía meses, pero en el fondo le parecía realizar un sacrificio. Algo parecido al relato bíblico de Sansón. Y no estaba en el mejor momento de perder las fuerzas.

Se estudió frente al diminuto espejo del baño deshaciéndose del albornoz que había recogido la humedad de su cuerpo. Nunca se había sentido cómoda en aquel envoltorio de carne y huesos. Su infancia había estado marcada por la autoexigencia impuesta por una figura materna que siempre estaba ausente y un padre que nunca había reconocido que ella no era lo que hubiera pedido si a la hora de tener hijos alguien le hubiera preguntado qué era lo que deseaba. «De donde no hay no se puede sacar, Alejandra», le recordaba su madre mientras intentaba acomodarle algún vestido a su talla cuando era pequeña. Y, aunque de aquello hacía ya tiempo, todavía seguía marcando con cierta insistencia la inseguridad que mostraba a la hora de sentirse bien consigo misma.

Alejandra Álvarez salió del cuarto de baño y se dirigió hacia el dormitorio principal de un apartamento hecho a la medida de su vida.

Un dormitorio, un baño, una cocina, un salón. La unidad de la soledad y de la perfección.

Abrió el armario y eligió unos cómodos *shorts* azul oscuro y una camiseta de tirantes rosa. Aunque todavía no había llegado el verano, el calor de las tardes de junio ya era lo suficientemente asfixiante como para intentar remediarlo por todos los medios.

—El domingo es San Juan. —El pensamiento se escapó en voz alta como si fuera una condena.

Se cepilló el pelo y lo recogió con una goma detrás de la nuca mientras lanzaba un suspiro y abandonaba la habitación. Noche mágica donde las hubiera. Aquel pensamiento se le antojó como un guiño del destino y dibujó una extraña sonrisa que solo pudo capturar la soledad que la acompañaba.

No había tenido buen día. Para nada. Y, encima, tenía que ponerse a hacer la maleta. Cosa que detestaba por encima de todo.

—Necesitamos una buena historia.

La frase se había deslizado por la sala de reuniones como si hubiera sido una sentencia a muerte. Lo había intuido desde que su editor la había llamado el día anterior para citarla y reunirse con ella en su despacho. La sorpresa había sido que al llegar no solo estaba él, sino también el equipo de «jóvenes talentos» que dirigía y el encargado del departamento de *marketing*. Parecía un tribunal de la Santa Inquisición buscando el pecado más grave para acusarla de herejía y condenarla a las llamas.

Se acomodó con fingida calma en una de las sillas que había libres. Una de esas de formato moderno donde el diseño primaba sobre la comodidad. Los observó en silencio a la espera de saber qué era lo que querían. Que fueran los primeros en lanzar los cargos por la boca.

Su editor desvió sus ojos de ella hacia la pequeña tableta que tenía sobre la mesa y carraspeó, mientras que su dedo se movía por encima de la pantalla.

Eduardo Ramírez era uno de los editores más jóvenes y prometedores en la actualidad. Las malas lenguas comentaban que había conseguido el puesto en una editorial de primer orden debido a los contactos que su padre, empresario ya jubilado, mantenía con los magnates de la comunicación. El quinto poder, como se denominaba.

Quien tenía la información poseía el poder y controlaba cualquier asunto que les interesara. La gente no se molestaba habitualmente en buscar más allá de los títulos de las noticias. Era la forma más rápida y cómoda de mover a la sociedad hacia donde ellos querían. Consumismo, ideas políticas, religiosas, éticas o sociales. Podía lanzarte a la gloria o dejarte caer en el mismísimo infierno si a ellos les interesaba. Sí, ellos ganaban siempre. Eduardo Ramírez no había cumplido todavía los treinta cuando ya tenía despacho propio y una secretaria que le doblaba casi la edad y de la que se había deshecho a los pocos meses de obtener el puesto por otra más guapa y joven. Más dócil y solícita a los deseos de su jefe. Y, aunque los rumores llenaban los pasillos de una firma de libros muy conocida, ella sabía que, a pesar de lo que dijeran de él, Eduardo se había labrado un futuro por su cuenta, al margen de su apellido. Tenía visión, tenía un olfato para identificar un éxito mucho antes de que este saliera a la venta. Lo había hecho con ella y lo había hecho con otros. Ahora, debajo de su traje hecho a medida por una de las sastrerías más caras de la ciudad, la observaba con cierto aire de exigencia y casi comprensión. Quiso añadir algo, pero en el fondo sabía que tenía razón. No se podía vivir de un solo éxito, y ella lo había estado haciendo durante muchos meses.

—Seguro que tienes algo en el cajón, Alex. Una buena historia. Sabes que las Navidades son nuestro momento más importante en lo que a ventas se refiere. Deberíamos tener un primer borrador en septiembre y, aun así, estaríamos justos de tiempo.

Su mirada se dirigió hacia el interlocutor que ahora había entrado en la conversación, Antonio F. Bailló. El jefe de *marketing* de aquella editorial era uno de los que había apostado por su talento en cuanto había recibido el manuscrito de *Hijos de la sangre*. Una historia basada en la búsqueda de una reliquia durante la Edad Media en una Castilla inmersa en guerras sucesorias. Una historia que no hubiera llegado a nada si no hubiera sido gracias a él, que lo había leído en un fin de semana alentado por su viejo amigo, Manuel de Santos. Su profesor y director de tesis en la universidad y al que le había concedido el privilegio de disfrutarlo como *hobby* que ella había mantenido en secreto. Bailló había quedado entusiasmado. Era una historia fantástica dentro de una época que había pasado desapercibida en los libros de historia. Y él, un enamorado de la Edad Media, no había dudado en presionar a Eduardo y a su equipo hasta que el borrador había llegado a las librerías para convertirse en un número uno en ventas.

Era «su padrino», como a él le gustaba denominarse. Ahora, había

puesto mayores esperanzas en aquella novel escritora recién sacada del anonimato. No quería que se enfriara el éxito de su primera novela bajo un olvido que suponía en muchas ocasiones la muerte literaria de tantos artistas.

Alejandra le observó y dibujó una pequeña sonrisa casi de compromiso. Su americana de marca encajaba perfectamente en un cuerpo que ya había cumplido los sesenta años. Aun así, se mantenía en buena forma. Era un deportista nato. Un tipo competitivo y al que no le gustaba perder. Un talento que a veces estaba mal visto, pero que a Antonio le había servido para convertirse en un directivo de éxito. Si estaba allí sentada, en aquella sala, era en gran parte gracias a él. Sintió una punzada de culpabilidad por no estar a la altura de lo que había esperado de ella.

—Ha sido un año bastante duro —buscó una excusa que sabía perfectamente que resultaría insuficiente—. Las clases y la tesis me han tenido bastante ocupada.

Y era verdad, apenas había terminado de leer su tesis unos días antes frente al tribunal.

—Lo sabemos, Alex. Pero los escritores no pueden vivir de una sola historia. De un solo éxito. Es un camino que hay que andar todos los días. Ahora tienes un nombre. La gente todavía saborea *Hijos de la sangre*. Es una historia fantástica. Tienes que aprovechar el tirón. Necesitas otro título ya.

Otra frase motivadora de Eduardo que se coló en el silencio de la sala. Alejandra pensó que podría hacer pequeños cuadritos de esos donde había una oración para cada día. Quiso sonreír ante la ocurrencia, pero la seriedad de la situación se lo impidió. Se limitó a asentir con la cabeza. No hubiera servido de nada llevarle la contraria. Tenía razón. Si quería labrarse un nombre como escritora, no podía vivir de las rentas lo que le quedaba de vida. Necesitaba otra historia. Y la necesitaba ya. El sueldo de profesor en la universidad llegaba para cubrir algo más que los gastos mensuales y por nada del mundo quería pedirle dinero a su padre. Eso sería lo último.

—*Hijos de la sangre* fue todo un éxito. El público está deseoso por leer ese tipo de narrativa. Una mezcla interesante entre historia y ficción. Quizás, una segunda parte.

—No es posible —atajó antes de que Eduardo continuara.

Su primera novela había acabado en el momento en que Mateo, el

protagonista, había descubierto la trama y la reliquia junto con los orígenes de su familia. Volver sobre lo mismo sería destrozar un final que había quedado perfecto y que le había llevado varios meses encajar en la historia. Si tenía que escribir algo, sería una historia diferente. Algo distinto. No tendría nada que ver con *Hijos de la sangre*. Su mente quiso buscar una idea que llevaba escondida hacía tiempo, pero que por alguna razón había acabado en un rincón olvidado de la memoria.

—Está bien. Como quieras —Ramírez suspiró y se levantó de su asiento para dirigirse hacia el ventanal.

El silencio se instaló en la habitación durante unos minutos, mientras que el anfitrión observaba cómo la vida discurría ajena al debate que ellos tenían en la décima planta de un edificio de oficinas.

—Tengo algo, pero necesito tiempo.

La excusa salió de la boca de forma espontánea y se arrepintió en el mismo momento en que cerraba los labios para evitar que otra mentira se uniera a la primera. Supo que el publicista no se lo había tragado por la mirada estricta que le lanzó desde el otro lado, pero Ramírez se giró hacia ella con un brillo en los ojos. Había picado.

—¡Genial! —exclamó volviendo hacia la mesa de reuniones.

Los lacayos que lo acompañaban, y que no sumarían más de cuarenta y cinco años entre los dos, sonrieron a coro con su jefe.

—¿Qué es? ¿Puedes contarnos algo? —pidió abrigado por cierta ansiedad.

Alejandra Álvarez se tensó debajo del vestido *beige* y negó con la cabeza. Algunos mechones castaños se liberaron de la coleta que llevaba sujeta a la nuca y revolotearon como si fueran aves de mal presagio anunciando un final anunciado.

—Es una idea. Algo diferente. Necesito tiempo.

Remarcó las últimas palabras en un intento de autoconvencerse y de convencer a su editor de que el proyecto estaba en marcha. No era del todo mentira, pero «tener algo» superaba con creces la realidad.

Su realidad no había salido de lo que podía imaginar sin ser capaz de llegar a plasmarlo en un folio en blanco. En un cuaderno de notas en el que no había tenido el valor de pasar de la primera hoja vacía y

aventurarse hacia el apocalipsis de una carrera que ni siquiera había llegado a comenzar.

—Celtas —había dicho mientras Ramírez volvía a observarla como si hubiera ganado un premio. Cierto aire de admiración y exigencia que le resultó incómodo.

La idea le había surgido después de haber impartido un seminario en la universidad que su tutor le había delegado. «Antiguos ritos paganos en la península ibérica», lo habían titulado. Había tenido que prepararse las conferencias en apenas un fin de semana. El aforo se había completado casi el primer día de matrícula, y muchos alumnos se habían quedado sin asistir por no tener plazas suficientes. Había sido tanto el éxito que ya tenían programado impartirlo el año siguiente. En aquel curso, habían hablado de la diversidad de las religiones y los cultos paganos que se habían instalado en la antigua Hispania. Entre ellos, los celtíberos.

Ahora la idea que tenía en mente se colaba como los residuos de un sueño cuando uno despierta. Difusos y parciales dentro de su cabeza. Algo que durante algunos días llevaba llamando a la puerta de su imaginación.

—¿Podrás tener el manuscrito para finales de agosto?

Ahí estaba la sentencia. Una fecha para la ejecución de la condenada. Finales de agosto. ¡Si ni siquiera tenía historia sobre la que basarse! Solo una idea. Figuras, fotografías, imágenes que galopaban por su mente sin orden y que habían surgido de sus labios en forma de palabra.

Les encantaba. Celtas. Algo diferente a lo que habitualmente estaban acostumbrados.

—Egipcios y romanos está muy visto. Algo celta, autóctono, será un pelotazo. Creará una moda nueva.

El golpe de la mano de Ramírez contra la mesa les había sobresaltado a todos. Buscó con los ojos la aprobación de Bailló, y el jefe de publicidad se limitó a sonreír mientras asentía con la cabeza sabiendo que solo estaba comprando humo tras una cortina de falsas expectativas.

—Incluso si es muy bueno podríamos llevarlo al cine y vender esos amuletos que tanto les gustan a los jóvenes.

Había telefoneado a su tutor nada más salir. Pedro López no se encontraba en su despacho, pero Nieves, la chica que se encargaba de llevar todo el tema administrativo del departamento, le dijo que le avisaría cuando le viera. Como siempre, se había dejado el móvil olvidado. No tardaría en volver.

Quince minutos después, el número del despacho de López iluminó la pantalla de su teléfono. Le contó brevemente la reunión en la editorial y suplicó alguna idea que pudiera usar.

—No te preocupes por los últimos exámenes, ya sabes que son de recuperación. Nos las arreglaremos.

Agradeció el gesto que supuso un inmediato alivio. López chasqueó la lengua y escuchó cómo revolvía algo en la mesa. El ruido de papeles se coló por el auricular del teléfono.

—Escucha, tengo un viejo amigo que quizá pudiera echarte una mano. Es un experto, pero tendrás que subir a Galicia para verlo.

No le había dado más indicaciones que una dirección y un nombre perdidos en un pueblo del noroeste de España, cerca del mar. Eso sí, le había garantizado que era un especialista en temas celtíberos y que cualquier duda que ella pudiera tener podría resolvérsela de forma satisfactoria. Le había preguntado de qué lo conocía, pero, contrario a su forma de ser, el viejo profesor no había querido dar más explicaciones.

—Que te lo cuente él si quiere. Le telefonearé diciéndole que irás, pero no puedo ayudarte en mucho más.

Ahora se enfrentaba al armario lleno de prendas veraniegas para realizar un viaje que no sabía si quería o podía hacer. ¿Cuánto tiempo le llevaría aquello? La idea de que podría ser una oportunidad para aislarse de todo y poder escribir el borrador se coló en su cabeza junto con la preocupación de dónde hospedarse. No había planeado nada. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

Decidió dejar el equipaje y descorchó una botella del rioja que guardaba en el pequeño mueble bar del salón. El líquido se deslizó suavemente por la copa transparente mientras encendía el ordenador dispuesta a averiguar algo más de su destino. Aquel verano no había hecho planes. No los tenía desde que Fran se había largado en primavera. Encendió un cigarrillo y aspiró con calma. ¡El estúpido de su ex! O, más bien, la estúpida había sido ella por confiar en un tío que apenas había conocido en un curso de verano de la universidad.

Un vividor que se había aprovechado de su confianza y de su dinero durante los meses que le había conocido.

Francesco, el inútil. El que no era capaz siquiera de hacer la compra cuando le llamaba para decirle que no había nada en la nevera. El que se había matriculado en la Escuela de Arte y Diseño gracias a que Alejandra conocía a uno de los profesores. Después de varios meses, no había dudado en plantarse delante de ella y decirle con su típico acento del sur de Italia que «*questo non funciona, amore*».

—¡Gilipollas!

El exabrupto volvió a salir de sus labios y se deslizó por la habitación mientras la búsqueda en internet le daba los primeros resultados. Cogió la copa de vino despacio y la acercó en un gesto inconsciente hasta los labios para paladear el primer sorbo. El segundo fue más rápido y decidido. Pasó directamente por la garganta para instalarse en el estómago vacío.

Estuvo un buen rato buscando algo de información sobre el lugar al que debía dirigirse sin estar todavía convencida de si era una buena decisión. Debería tener primero la historia. Estructurarla. Elegir a los personajes. Cómo serían. Qué sucedería. Un mapa. Una guía que le indicara cómo había de continuar cada uno de los capítulos. Al menos así lo había hecho con *Hijos de la sangre*. Y un final. Siempre había que empezar por el final.

Y lo único que tenía en ese momento era un contacto en un pueblo perdido del noroeste de la península ibérica y una loca idea sobre celtas y extraños símbolos.

Observó la botella de vino a medio terminar mientras sentía como la calidez del licor se deslizaba por su cuerpo y adormecía sus dedos y su cerebro. No había probado bocado, pero no tenía apetito. Encendió otro cigarrillo y observó la llama ascender para desaparecer casi al instante. Volutas de humo se dibujaron en el aire dibujando figuras amorfas.

Miró de nuevo la libreta de notas que tenía encima de la mesa al lado del portátil y volvió a leer el nombre del contacto que su profesor le había dado. Lo deslizó en voz baja como si fuera una confesión mientras el silencio de aquella sala lo acogía sin respuesta.

Capítulo 3

Sábado, 23 de junio

Juan Álvarez de Mendoza se sentó en la mesa que siempre le gustaba reservar.

Aquel restaurante era uno de sus favoritos. Caro y exclusivo, lo suficientemente alejado de la ciudad, pero a la misma vez tan cerca que solo distaba a veinte minutos en coche de la casa que tenía en uno de los barrios más caros de la capital.

El local era de construcción moderna. En madera y cristal, ofrecía un aspecto acogedor y versátil a los clientes. La recepción, desde la que se veía la cocina a través de unos enormes ventanales de cristal, era diáfana y discreta al mismo tiempo. El restaurante se dividía en dos salas. El edificio en forma de E acogía en su parte central la entrada donde los clientes eran atendidos antes de conducirlos a sus mesas. Las dos alas opuestas, similares en tamaño y longitud, mantenían una pared recubierta de madera y la otra de cristal, permitiendo así las vistas del jardín que rodeaba la finca. Un aspecto limpio y depurado.

En los meses de verano, era agradable cenar fuera o tomarse la última copa entre aquellos pinos que apenas levantaban dos metros del suelo, pero que solían ofrecer la sombra suficiente para que las sobremesas fueran casi perfectas. Un sitio elegante, discreto y donde la calidad de sus platos era la máxima.

A Juan Álvarez de Mendoza le gustaba aquel edificio. Una obra que había nacido de sus manos hacía ya más de diez años. Otro hijo más del que se enorgullecía al contemplar el éxito que mantenía a pesar de la década de vida que cargaba a sus espaldas.

El Fogueira era un lugar donde disfrutar de la mejor carne a la parrilla o el delicioso pescado a la plancha. El rape era su preferido. Acompañado de una buena botella de albariño o de la Ribeira Sacra. Un caldo que había descubierto asistiendo a una feria vinícola hacía un par de años en Carballo. Ni siquiera recordaba el motivo que lo había llevado allí, pero, desde ese afortunado viaje, no faltaba una buena botella en su bodega particular.

Y ese día, una fecha señalada en el calendario, no podría ser menos, aunque aquel año había tenido que adelantar un día la celebración por motivos profesionales. Observó cómo su hija llegaba

cinco minutos tarde e hizo una mueca con los labios, pero que borró enseguida de la cara. No dejaría que aquella tarde no fuera perfecta. No iba a pasar el día de su santo discutiendo de nuevo con Alejandra. Habían levantado una tregua silenciosa entre ambos desde hacía poco y no quería ser el que la rompiera con un reproche, aunque fuera justo.

—Perdona, papá.

Alejandra Álvarez se inclinó y le besó fugazmente la mejilla.

—Feliz santo.

—Gracias. —La observó mientras ella tomaba asiento apresurada en la silla frente a él y le ordenaba al camarero una copa de vino blanco como la que él ya tenía.

Sonrió sabiendo que el gusto de Alejandra provenía de una buena y cara educación. Nunca se lo diría, pero estaba orgulloso de ella. A pesar de las desavenencias que nacían de un carácter demasiado similar, había conseguido llegar donde estaba gracias a sus méritos. Nunca había aceptado el dinero ni los tratos de favor. Se acomodó en la silla mientras observaba cómo le servían la bebida y la escudriñó con detalle.

Un sencillo vestido en color verde, que se alargaba hasta donde comenzaban las rodillas y sin mangas, se ajustaba perfectamente a su silueta. Zapatos altos de tacón en color *beige* y bolso a juego. Era obvio que seguía acudiendo con frecuencia al gimnasio. Levantó la vista y la observó. Era una mujer muy atractiva. El rostro ovalado lo había heredado de su madre. Unos pómulos no muy prominentes se destacaban con un suave toque de colorete y la nariz estrecha en la zona superior del puente se ensanchaba lo justo en su base para unas proporciones correctas, pero sabía que el punto fuerte de su hija eran los labios. Una donación genética de la que se sentía especialmente orgulloso. Proporcionados sin ser gruesos pero tampoco excesivamente finos. No necesitaba maquillaje para hacerlos resaltar.

—Pareces cansada. ¿Qué tal la lectura de la tesis? —preguntó sabiendo que se había olvidado de llamarla.

Ella sorbió un poco de vino y asintió con la cabeza mientras apartaba un mechón de pelo de su mejilla y lo colocaba inconscientemente detrás de la oreja. Estaba nerviosa.

—Bien. Me darán los resultados en un par de días.

—No tendrás problema. —Quiso añadir algo más, pero no supo el qué.

Alejandra asintió con la cabeza. No tendría problemas. Lo sabía. El resultado ya lo conocía desde que los murmullos de aprobación se habían hecho eco entre los profesores que configuraban el tribunal de su tesis. Además, habían sido demasiados años retrasando algo que sabía que, antes o después, tenía que hacer.

«Demasiados años», pensó mientras su mente se perdía entre el cristal trasparente y la rotura del color verdoso de su vino.

—¿Qué tal el trabajo?

Cambió de tema evitando tener que dar más explicaciones. Le observó dibujar una sonrisa de satisfacción en el rostro mientras cogía la carta de la mesa y ojeaba las posibilidades para comer. Sabía que era un gesto estudiado en Juan Álvarez. Conocía los platos del Fogueira de memoria y ya había elegido qué pedir incluso antes de bajarse del coche.

—Muy bien. Hemos conseguido el proyecto para la reforma del hotel.

Alejandra levantó la copa y la chocó con la de él haciendo sonar un tintineo leve. Su padre lanzó una carcajada profunda.

—Enhorabuena. Sé que es un proyecto muy importante.

El arquitecto asintió con la cabeza y se inclinó hacia delante para observar a su hija.

—Prestigio —deslizó la palabra por encima de la mesa.

—Prestigio. —Su hija asintió con la cabeza.

Si algo le había enseñado el exitoso hombre de negocios que tenía delante, era que todo se podía resumir a una cuestión de prestigio, marca y publicidad, aunque en su caso tenía que reconocer que el talento como arquitecto que su padre tenía era excepcional. El proyecto de la reforma de uno de los hoteles más emblemáticos y antiguos de la ciudad no sería fácil, pero Juan Álvarez lo había perseguido desde el principio como un perro de presa. Y lo había conseguido. Contactos no le habían faltado, pero había preferido no hacer uso de ellos y había presentado un diseño perfecto, adecuado a lo que los inversores buscaban. Cuando había salido de aquella

reunión, no había dudado en telefonear a Alejandra para decirle que estaba seguro de que lo conseguirían.

El Crystal Plaza, uno de los hoteles más emblemáticos de Madrid, hacía tiempo que había sido cerrado por falta de fondos ante la necesidad de una reforma. Un espectacular edificio de principios del siglo xx que se erigía como un baluarte indestructible en el centro de la capital además de icono de la propia ciudad. La construcción había sido objeto de subastas y de propuestas de negocios durante varios años sin llegar a ningún resultado que garantizara la permanencia de una joya tan importante, pero, después de una difícil negociación, un rico inversor de un país árabe había puesto los ojos en él. Una cifra que rondaba los trescientos millones por la compra de un hotel de cuarenta plantas. El fondo de inversión no había tardado en ganar la apuesta por aquella joya.

Alejandra había visto el proyecto. La presentación que habían realizado en Álvarez Arch & Co. era una verdadera obra de arte. Su padre le había pedido consejo en relación con la arquitectura y el diseño del interior, pero ella había movido la cabeza.

—Tienes que buscar a un experto en arte de principio de siglo. No es mi especialidad.

Ahora, después de varios meses de espera y trabajo, su despacho se había hecho con un proyecto millonario que le mantendría ocupado durante una buena temporada. Quiso hacer un cálculo rápido de cuánto dinero le supondría el beneficio que obtendría, pero enseguida lo desechó. Demasiado.

Una punzada de envidia le recorrió deseando saber hacerlo tan bien como lo hacía el arquitecto. Ella no era como él. Ella convivía con las dudas en la cotidianidad con la que podía convivir con el café o con el despertador.

Suspiró mientras escuchaba como su padre le comentaba los detalles de aquel proyecto y le hacía un gesto al camarero para que les tomara nota. La preguntó si quería pescado, y ella asintió.

—Rodaballo, por favor.

Los primeros, compuestos por unas almejas, anchoas y gambas, se los dejó elegir a él. Al final, era su santo. Un día que siempre había sido especial para su padre. San Juan. Pensó en la idiosincrasia y en cómo las religiones modernas habían adoptado fechas tan señaladas para sus celebraciones. Ella había acudido a su aquelarre particular

unos días antes.

Esperó a que el segundo plato llegara para hablarle de la reunión que había tenido en la editorial y el proyecto en el que se iba a embarcar en apenas veinticuatro horas. Juan Álvarez la escudriñó en silencio mientras ella intentaba mostrar un tono desenfadado a sus palabras. No quería ni dinero ni ayuda de ningún tipo. Aquello debía hacerlo sola.

—Así que mañana saldré. Iré al norte durante las vacaciones. Intentaré dejarlo terminado antes de que comiencen las clases —omitió la fecha límite que Ramírez le había dado para el borrador.

No iba a darle motivos para que intercediera por ella en ningún caso. Se centró en el pescado. Exquisito como todo lo que se podía degustar en el Fogueira. Una nota de melancolía quiso colarse, pero la apartó de su mente antes de que le diera tiempo a expresarla en palabras.

Buscó algo más que añadir a la conversación, pero fue su padre quien la salvó del silencio incómodo que se había formado entre ellos:

—¿Sabes dónde te quedarás? ¿Has buscado hotel?

Alejandra frunció el ceño.

—Una casita en un pueblo —confesó.

Capítulo 4

Domingo, 24 de junio

Aquel primer domingo de verano, la atención de los habitantes de As Torres pasó a centrarse en la noticia que recorrió con rapidez las calles de la localidad. El pequeño pueblo se convirtió en un hervidero de rumores y conversaciones a media voz en las plazas y en las calles. Lo que había ocurrido se extendió como la pólvora auspiciada por el aburrimiento y la falta de costumbre de situaciones similares, por suerte.

A las nueve de la mañana, los vecinos que estaban en condiciones de acercarse hasta la zona de Punta do Faro, como la llamaban, ya observaban con cierto estupor y curiosidad cómo los servicios de urgencias y las fuerzas del orden habían dibujado una zona restringida de acceso. Tres coches de policía, dos particulares y una ambulancia componían el parque automovilístico. Los que habían llegado hasta allí con sus vehículos no habían podido acercarse a más de cincuenta metros, aunque los curiosos se apiñaran sobre el cordón policial que dibujaba el terreno que había sido requisado amenazando la frágil integridad de aquella señalización amarilla.

Bajo los rostros apesadumbrados de todos ellos, se escondía la innata curiosidad humana por conocer de primera mano los hechos sucedidos. Carmen, la mujer de Marcial, el de la ferretería, se había convertido en el reclamo que todos buscaban para conocer con exactitud si lo que había aparecido junto a aquel conjunto de rocas era, tal y como se decía, el cuerpo sin vida de un joven. Y la mujer, un poco abrumada por el protagonismo que no había esperado tener un domingo tan temprano, intentaba hacerles entender que no había podido hablar con su esposo, al que observaba al otro lado, en la zona restringida, custodiado por un agente. A Chico sí se lo habían entregado y ahora vigilaba que el perro se mantuviera tan quieto como le fuera posible.

El interés de los congregados se movió cuando el rugido furioso invadió sus oídos para advertirles que otro vehículo se acercaba. Las miradas se desviaron con curiosidad hacia el sedán plateado que dibujó una extraña maniobra para rodear a la muchedumbre e intentaba localizar un sitio apropiado para aparcar. Un par de pequeños saltos, que hizo que la amortiguación emitiera dos pequeños quejidos, y un giro hacia la derecha fueron las últimas carambolas antes de detenerse cerca de la zona señalizada como el límite

admisible a cualquiera que no perteneciera a los elegidos que podían cruzar más allá.

La figura en el interior se tomó unos segundos antes de anunciar su presencia. Se aseguró de ocultar el color de sus ojos bajo las gafas oscuras antes de salir del vehículo y, cuando lo hizo, lo realizó de forma silenciosa, como si no fuera parte de aquel escenario grotesco e inusual. La placa enganchada al cinturón del pantalón anunciando que se trataba de otro representante de la ley relució bajo el sol que ya amenazaba con apretar fuerte en las horas centrales del día.

El tipo, enjuto, de traje oscuro y demasiado alto, no podía pasar desapercibido entre aquel gentío de cotillas y sabelotodos. Se movió con extrema rapidez para atravesar la multitud y en un par de largas zancadas se situó detrás de la línea que marcaba el terreno prohibido a los no iniciados en aquel negocio de la muerte.

Observó por el rabillo del ojo y examinó mentalmente si el escenario estaba tal y como las normas indicaban. Agentes, la científica y algún que otro representante del juzgado, además del forense para dictaminar la muerte. Ya habían retirado el cadáver del agua y lo habían colocado en una zona lo más alejada posible de la vista del gentío.

Tomó aire con fuerza e introdujo ambas manos en los bolsillos de la chaqueta haciendo que la tela se agitara como si fueran alas de un pájaro de mal agüero. Observó de nuevo al forense y se acercó hasta el cadáver. En su boca, el sabor agridulce del café tomado a toda prisa y las ganas que había dejado en su casa hacía un rato.

El gesto se volvió duro, aguantando los reproches que iban acumulándose en su cerebro mientras observaba la relajación de alguno de los agentes que recorrían, de forma un tanto descuidada, el terreno. Tampoco le había gustado el carácter familiar de alguno de los que custodiaban el cordón policial.

«Demasiado pequeño para ti, Gildo».

La frase, que le había marcado hacía años, volvía de vez en cuando a golpear el subconsciente de la memoria, despertando viejos demonios que dormían bajo la calma inusitada que encontraban en otras distracciones menos sanas que las del trabajo. Ahora se desperezaba y volvía a recordarle que seguían allí. Que nunca se habían ido.

—Pueblos —masculló mientras se acercaba donde aguardaba su

ayudante. Vidal había sido uno de los primeros en llegar.

—Méndez —le saludó con un gesto de la cabeza.

—¿Qué tenemos? —soltó la típica frase acostumbrada sabiendo que Vidal le había puesto en antecedente por teléfono mientras se dirigía hacia allí.

—Hombre joven, de unos veintitantos. Ha aparecido esta mañana. Estaba enganchado entre las rocas.

Su ayudante le siguió cuando se aproximó hasta el borde del terreno y observó la pendiente hasta el agua y a las protagonistas que habían sujetado el cadáver.

—Hemos tenido suerte, entonces —declaró.

Si el mar no le hubiera arrastrado hasta esa zona, era muy posible que el cadáver hubiera seguido a la deriva. Un domingo por la mañana había pocos barcos en alta mar. Por otro lado, podía haber seguido flotando hasta que llegara a otro lugar y que otro se encargara del problema. O, simplemente, hundirse hasta el fondo y no aparecer nunca.

—Eso díselo al ferretero, Marcial Núñez, de Os Torres. Es quien lo ha encontrado —continuó Vidal.

Méndez observó al hombre que permanecía junto con un agente más alejado de ellos. Camisa a rayas azules de manga corta y unos desgastados pantalones de algodón de color tierra. La gorra oscura se retorcía entre sus manos mientras con la mirada intentaba comprender qué era lo que había sucedido.

—¿Qué hacía aquí?

—Había venido a pescar —aclaró Vidal—. Dice que salió de su casa sobre las seis y media de la mañana. Tarda unos quince minutos en llegar hasta aquí. Nos ha llamado en cuanto lo ha encontrado.

Sacó una mano del bolsillo de la chaqueta y la dirigió hacia el pelo para removerlo con energía. Un gesto que se había vuelto costumbre y le tranquilizaba.

—¿Lo hemos confirmado? —preguntó.

Se desvió del borde y se acercó hasta el culpable de que aquel

domingo no hubiera podido llevar los planes que tenía en mente. Todos de puerta para adentro de su vivienda. Observó el cuerpo que yacía bajo la manta plateada de los servicios de emergencia.

—Sí. Su mujer ha confirmado la hora de salida.

El inspector se agachó junto al cuerpo y retiró un extremo de la cubierta para apreciar el cadáver. Veintitantos años, constitución atlética y rostro atractivo. La primera impresión duró apenas unos segundos. Sus ojos se pasearon por la ropa que lucía. Una llamativa camiseta roja con un extraño dibujo en el pecho y los vaqueros de marca americana. Reloj sencillo, un par de anillos de plata barata, uno en el dedo corazón y otro en el anular. Permaneció unos minutos más en silencio bajo la atenta mirada del forense y su ayudante.

—¿Qué puede decirme, doctor? —Méndez observó que el cadáver estaba descalzo.

—Hora de la muerte aproximada entre las doce y las dos de la pasada noche. Causa probable: ahogamiento, pero no le podré confirmar nada hasta que no esté en el depósito.

—Bien. —El detective se levantó con decisión.

—Méndez, imaginé que te joderían el domingo.

—Veo que no he sido al único.

El inspector alargó la mano y saludó a la recién llegada.

—Estaba de guardia.

La jueza Ayala estrechó la mano del inspector con fuerza. Arrugó la frente mientras su mirada pasaba del policía al cadáver que descansaba en el suelo.

—¿La fiesta se le fue de las manos? —preguntó volviendo su atención hacia el forense.

—Es pronto para saberlo. Por ahora, todos los indicios apuntan a que ha sido muerte por ahogamiento.

Lourdes Ayala era una mujer que a sus cincuenta y siete años había visto de todo. Los que habían trabajado con ella alguna vez conocían su fuerte carácter y los que no habían escuchado cómo se las gastaba. Divorciada y con un hijo estudiado en Estados Unidos,

desafiaba a la imagen pública con sus vaqueros ajustados y las camisas masculinas con las que los solía acompañar. Aquella mañana, en cambio, había elegido una blusa sin mangas en color negro, acorde con el tono de su cabello. Un pelo que nunca dejaba crecer más allá de la frontera de sus orejas. Rapado en la parte posterior de la cabeza y degradado por delante, ofrecía una imagen autárquica y desafiante. Tenía la costumbre de quejarse de su altura. Su metro sesenta y cinco era la distopía con la que luchaba a diario. Por ello, desde joven se había hecho aliada de los zapatos como el complemento perfecto. Tacones tan imposibles como los que lucía aquella mañana. De color rojo brillante y altura de nueve centímetros.

—¿Ha terminado ya, doctor? —preguntó para poder dar orden del levantamiento del cadáver.

El forense miró a Méndez, que asintió en silencio con la cabeza mientras permanecía con la mirada fija en el protagonista de que aquel domingo le hubieran hecho salir de la cama tan pronto.

—Que se lo lleven —ordenó la jueza a su ayudante—. Tenemos demasiados espectadores para un domingo tan temprano.

El inspector siguió con la mirada como los auxiliares médicos tapaban el cadáver y le colocaban con respeto en una camilla.

—Dígame algo en cuanto sepa, Méndez. Que no nos salpique como lo de hace tres años. —Ayala se alejó hacia el vehículo.

Un bufido casi inexistente salió de sus labios mientras recordaba que no había tomado un segundo café y aquel asunto le estaba poniendo de mal humor.

Lo de hacía tres años había sido una cagada en toda regla. Un homicidio en Pontenovo. Un pueblo cercano a la frontera que había escandalizado a la comarca entera. Las presiones por resolverlo rápido habían sido la justificación que todavía buscaba por haberse saltado algún que otro permiso. La manada de lobos que les pagaban los sueldos había exigido un resultado rápido y eficaz. No querían ver amenazada la temporada turística. Ayala le había cubierto la espalda, pero le había reprochado en privado los errores de novato que había cometido.

—Joder, Méndez. Si no te conociera, diría que eres estúpido o un novato. Hemos podido perder el caso si hubiéramos ido a juicio. Las pruebas no hubieran servido.

Pero no habían necesitado ir a juicio. El culpable, un vecino de la localidad, se había entregado para confesar el crimen. Homicidio involuntario a raíz de la riña por delimitar las lindes de unos terrenos. Todavía recordaba al hombre mientras les confesaba que oía cómo cada noche el fallecido aporreaba la puerta de su casa buscando venganza.

Apartó aquellos recuerdos de su cabeza y se centró en el caso que tenía delante. Era domingo, principio de verano, y había dejado en la cama muchas buenas intenciones por terminar.

—¿Qué sucede?

Fijó sus ojos en la gente que observaba tras el cordón policial omitiendo la pregunta que le había hecho su compañero y recorrió con firmeza los rostros. Otro gesto, que pasó desapercibido para todos menos para su perro fiel, hizo que se acercara y se pusiera a su lado esperando las instrucciones que le hicieran sentirse útil e importante.

—Este caso nos va a traer problemas —predijo en un susurro sin mover apenas los labios.

El subinspector recorrió el gentío con cierta sensación de malestar.

—Solo es un ahogado —se atrevió a conjeturar mientras sus ojos se dirigían hacia dos mujeres de edad madura que vestían unas mallas ajustadas de una marca demasiado cara para aquellos lares. «Turistas», pensó mientras se fijaba en su aspecto fuera de tono con el resto de los vecinos.

—Ya lo veremos. —La voz del detective le sacó de sus pensamientos y recorrió de nuevo a la muchedumbre intentando que aquella intuición que se desperezaba en su cabeza no se volviera a acomodar en el sigilo del sueño.

Examinó de nuevo a los asistentes no invitados al espectáculo dominical. Aproximadamente treinta o cuarenta personas, las que habían acudido a primera hora al lugar. No había tardado en correrse la noticia. Vidal, acostumbrado a las manías de su superior, no quiso llevarle la contraria. Suspiró con paciencia mientras sus ojos recorrían los rostros conocidos de aquellos espectadores. El de la carpintería de Os Torres, la mujer de Marcial, el de la ferretería, que había encontrado el cuerpo. Olga, la mujer de Manu, el panadero, estaba más alejada y conversaba inquieta con Tina. Agustina Jiménez Espada, regente de la tienda de ultramarinos más grande del pueblo y que

había dejado de dormir hacía meses por el terror infundido de que pronto abrirían un hipermercado apenas a diez kilómetros. Su mujer, Paqui, era de las que todavía seguían haciendo la compra en tiendas como la suya a pesar de que en la ciudad hubiera más opciones, más baratas y rápidas. Pero Mario Vidal sabía que la batalla en ese sentido la había perdido hacía años. Ya no insistía.

—¿Qué es lo que te ronda por la cabeza, Méndez? —preguntó intentando descubrir qué era lo que no había visto.

—¿Te has fijado en el cuerpo? —La pregunta resonó como una acusación sabiendo de antemano que, aunque lo hubiera hecho, algo había pasado por alto. Tragó saliva e intentó asentir con la cabeza mientras seguía examinando el público que había acudido a la escena.

Gildo Méndez se irguió un poco más de su metro ochenta para girarse con autoridad hacia el centro de interés público y caminó un par de pasos. Vidal le siguió con rapidez.

—Escucha, Vidal. Un cadáver aparece el domingo por la mañana después de la Noche de San Juan flotando entre las rocas de la Punta del Faro. —Tanteó con cuidado el paquete de tabaco que había guardado en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió hacia el límite fijado por el cordón policial.

—¿Qué diferencia habría con cualquier otro día? ¿Por qué es importante San Juan?

Los ojos del detective se iluminaron al escuchar la pregunta y la mente comenzó a procesar la información que ya de antemano había adquirido de forma inconsciente como parte de su buen entrenamiento. Si algo caracterizaba a aquel hombre, era la rapidez en los razonamientos, la lógica al encontrar la solución más plausible y la capacidad para relacionar hechos y pruebas. Nada se escapaba a su ojo inquisidor ni a su mente privilegiada. Nada. Eso ya se lo habían advertido a Vidal en el momento en que entró a formar parte del reducido equipo del inspector. Junto con Méndez, solo otro detective y él formaban parte de un grupo de homicidios que, a pesar de lo reducido de su número, se había colocado como el primero en la resolución de crímenes y todo se debía a la gran capacidad que tenía su jefe para intuir una solución a toda vista imposible en algunos casos.

—Que recojan todo. Despacio —ordenó mientras se volvía hacia el equipo de científicos que escudriñaban con determinación el

terreno cercano al borde donde este terminaba y comenzaba el mar—. ¿Le han identificado?

—Todavía no. No llevaba identificación, ni cartera. Nada que nos indique quién puede ser.

Aleteó la chaqueta al movimiento nervioso de las manos que volvieron al sitio acostumbrado de los bolsillos de su dueño. Observó de nuevo a su alrededor y comenzó a caminar en dirección a los vehículos que estaban aparcados más allá de la cinta amarilla.

—Hay que buscar en los archivos —comentó más para él mismo que para su acompañante.

Méndez se detuvo junto a su sedán. Un vehículo que, a pesar de las recomendaciones de sus pocos amigos y conocidos, había decidido mantener como otras costumbres más privadas de su vida. Algo que le recordaba quién era cada mañana y lo que había dejado atrás. Cuál era su responsabilidad y la carga que arrastraba bajo su apellido, del que no podía desprenderse. Tampoco quería hacerlo de aquel viejo y desgastado coche al que no le privaba de ningún cuidado.

—Los casos cerrados. Casos antiguos —Méndez insistió sobre su idea y observó con cierta dosis de paciencia y aprecio a Vidal.

A pesar de sus limitaciones, su compañero era un buen policía. Metódico en su trabajo, quizá algo lento en las deducciones, pero eso no era algo que le importara. Lo que más valoraba de Mario Vidal era su constancia y su lealtad absoluta.

—El chaval debe ser conocido de la zona. Hay que preguntar a los vecinos. Hay que hablar con ellos.

Se detuvo a medio abrir la puerta del coche dudando antes de entrar.

—Vete a la oficina a ver si es posible identificar a la víctima.

Vidal no replicó ante las órdenes de su jefe. Observó cómo Méndez se introducía en el coche con elegancia y rapidez.

—¿Dónde vas? —le preguntó mientras escuchaba como el motor ronroneaba sorprendentemente en cuanto sintió la llave de contacto.

—He dejado parte de mi desayuno en la cama sin terminar. Nos vemos a mediodía —respondió mientras se colocaba un cigarrillo en la

comisura de los labios y observaba por el espejo retrovisor cómo poco a poco la muchedumbre se iba alejando una vez que la ambulancia que transportaba el cadáver había desaparecido de la escena.

Si se daba prisa, todavía le daría tiempo también a otro café lo suficientemente cargado como para soportar otro domingo más en aquel lugar perdido del mundo.

Capítulo 5

Sábado, 23 de junio

Había retrasado la salida un par de días sobre lo que había previsto. Sobre todo, porque no podía negarle a su padre su presencia en la celebración de su santo y, por otro lado, porque no había sido fácil encontrar un alojamiento por la zona donde vivía aquel hombre que le había recomendado su profesor. Había tenido que realizar varias llamadas para encontrar algo realmente asequible y que no estuviera muy alejado.

Su primera opción, unas casas rurales por la zona, pero el propietario le había indicado que en temporada de verano las tenía ya reservadas desde hacía meses.

—Pero no se preocupe. Le daré el teléfono del boticario del pueblo. Tiene una casa de dos plantas y la de arriba siempre la tiene disponible para alquilar —le había comentado el dueño.

Y así había enlazado en una cadena de llamadas hasta dar con algo que parecía cumplir al menos con parte de sus expectativas.

—Es un antiguo almacén que reformamos para vivienda.

—No me importa —había contestado casi con urgencia.

Necesitaba un alojamiento lo antes posible. No quería demorar más su partida. Tampoco comenzar con el borrador. Cada día que pasaba allí era tiempo perdido para escribir. Se había hecho con una libreta nueva para ir anotando las ideas y realizando una estructura algo lógica de lo que sería la historia. La había comprado la misma tarde después de dejar a su padre en el Fogueira. Un cuaderno de notas que cabía perfectamente en cualquier bolso. Con la característica portada de un atardecer y una carretera donde animaba a su dueño a apuntar todas las aventuras que le quedaban por vivir. Había rellenado ya unas cuantas páginas escritas nada más volver a casa, pero necesitaba la ayuda del contacto de Pedro López. Desconocía muchos aspectos de la cultura celta que podrían proporcionarle varias ideas para encauzar la narración. Se había arrepentido en varias ocasiones de ofrecer aquella esperanza a su editor. E incluso había estado a una llamada de hacerlo. Comunicarle que no tenía nada. Que era imposible terminar un borrador en las fechas que le habían marcado. Que todo era un farol. Que no tenía historia.

Pero al final el orgullo había podido más. No quería rendirse, al menos sin haberlo intentado antes.

Así que le había insistido unos días atrás a aquella señora que no le importaba si antes había sido un almacén de aperos de labranza como le había indicado. Ni la distancia al mar como había insistido. Tenía coche. Eso no era un problema.

Pero la mujer había querido asegurarse de que era lo que ella buscaba, y Alejandra había tenido que esperar más de media hora mientras la dueña de la vivienda avisaba a un sobrino para que le mandara algunas fotografías del apartamento a través del móvil. Ella no tenía «de eso», como lo había denominado refiriéndose al WhatsApp.

El aspecto le sorprendió gratamente cuando recibió la primera. Las siguientes, de un total de cinco, le confirmaron que efectivamente estaba bien cuidada. Una pequeña vivienda de piedra de dos plantas que le pareció adecuada.

—Tiene de todo —la dueña se adelantó a sus pensamientos.

—Si tiene agua caliente y cocina, además de una cama para dormir, me vale.

Habían cerrado el trato y se sintió satisfecha cuando colgó. El precio por dos meses era asequible y no le supondría un descalabro en sus finanzas.

La maleta era lo peor. Iba a estar bastante tiempo fuera de casa, pero no quería cargar con demasiado equipaje. Tenía que llevar el portátil y la cámara de fotos, por lo que la ropa era algo secundario. Las camisetas y pantalones de deporte fueron lo primero en caer acompañados de algún *short* y bermudas, así como dos vaqueros. Tres faldas cortas y dos vestidos sencillos de verano completaron, además de un par de jerséis finos, el equipaje. Por último, un *trench* en color azul marino que le serviría de chubasquero.

Cuando terminó, observó con desgana lo que había empaquetado y estuvo tentada de volver a sacarlo, pero decidió dejarlo así.

Observó los libros que había preparado para llevárselos con ella. Uno sobre arqueología funeraria que ya de por sí ocupaba un gran espacio y otro sobre mitología y simbología celta. Ambos de Román Sinedo, uno de los mejores en ese campo.

Decidió darse una ducha mientras repasaba mentalmente en su cabeza el itinerario que debía seguir hasta su destino. Había calculado que las seis horas de coche no se las quitaba nadie, así que había decidido tomárselo con calma. Disfrutó sintiendo como el agua caía arrastrando los restos de jabón de su piel mientras la canción *White Flag* de Dido terminaba para dar paso a Train con *Drops of Jupiter*.

La incertidumbre de no saber qué encontraría cuando llegara le generó ansiedad mientras insistía con la toalla en hacer desaparecer el agua que quedaba en su pelo. Quizá el contacto de Pedro López no quisiera compartir sus conocimientos con ella o, al final, no le sirviera de tanta ayuda como esperaba. Se miró al espejo y desechó la idea rápidamente. Siempre podía darse media vuelta si las cosas no funcionaban o no salían bien. Volver a casa y hablar con Ramírez sobre el borrador. Quizá incluso, durante el camino, le surgiera alguna idea que pudiera usar para escribir la historia.

Patrick Monahan terminó de cantar al mismo tiempo que ella lo hacía de vestirse. La cena consistiría en alguna sobra que todavía quedaba por la nevera. Lo regó con media botella del rioja de la noche anterior y se acomodó en el sofá mientras dejaba que su mente se relajara en una serie de policías que emitían en uno de los canales. Poco a poco, el crimen sin resolver fue captando su atención y despejando la inquietud, que se durmió en el fondo del estómago junto con el vino.

Capítulo 6

Domingo, 24 de junio

Tatareó de nuevo el comienzo de la canción al ritmo de las guitarras de la E Street Band mientras observaba el cartel que le anunciaba que le quedaban veinte kilómetros para tomar el desvío. *Promise Land*, una de sus canciones favoritas del Boss, se auguró con la armónica de fondo como la melodía que le daba la bienvenida a un nuevo desafío que enfrentar. En los kilómetros que había recorrido, casi unos quinientos cincuenta hasta el desvío hacia Portugal, había repasado mentalmente las notas que llevaba en la cabeza con la esperanza de que surgiera una chispa que le hiciera pensar que la historia iba a salir del tirón o al menos que tenía algo en lo que basarse como excusa para una buena novela.

Echó un vistazo a los libros que había dejado en el asiento del copiloto. Los mismos que le habían acompañado desde que saliera de la reunión con su editor y el publicista, y pasara por la librería de la facultad para hacerse con ellos. Los había leído los días anteriores robándole horas al sueño. Las notas que había tomado sobresalían en pequeños papelitos de colores a través de las páginas. Sonrió sabiendo que, en cierto modo, aquello le había servido de poco.

Una mirada rápida al depósito del coche para asegurarse de que tenía suficiente para los kilómetros que le quedaban. Le daría para llegar sin problemas.

Había parado hacía más de un par de horas en una gasolinera. Después de rellenar parte del depósito, había tomado un bocadillo rápido acompañado de un café cortado y había ido con urgencia al servicio. Era la última semana de junio y la vacaciones escolares habían empezado ya, pero, aun así, todavía la carretera no mostraba indicios de congestión. Aún no había llegado la temporada alta de verano.

«*Blow away the dreams that tear you apart*». Se volvió a escuchar y lo tatareó mientras encendía un cigarrillo sin apartar los ojos de la carretera.

—Eso es. Deja que tus sueños aparten esas lágrimas —repitió para ella misma.

Tenía muy claro que no había ninguna historia que escribir. Sabía desde el primer instante que había soltado aquella bomba por su boca

que era su final como escritora, si es que alguna vez había llegado a serlo. Demasiadas noches en vela pensando en que no sería capaz de repetir un éxito tan rotundo como había conseguido con el primer libro, e incluso, en ocasiones, llegaba a dudar de que hubiera sido su talento el que lo había catapultado entre los números una de las librerías. El empujón de Bailló y el posterior apoyo de la editorial habían sido la clave para despuntar con una historia con la que se había sentido identificada, pero el precio del éxito se pagaba caro y ahora lo adeudaba y encima con intereses.

Su mente volvió a los recuerdos que apenas tenía de su infancia. Veranos a la sombra de casas blanqueadas con cal en las fachadas la última primavera, ventanas de madera, pintadas de colores, verdes, azules, marrones, calles empedradas, cuestas, bocadillos escuetos en la merienda. Riadas de niños, de jóvenes que se atrevían a llenar las calles de un pueblo perdido. Desconocido. Situado entre dos cabezas de provincia, como se denominaban a los más importantes. El suyo no lo era. El de su madre, donde su padre descansaba de su compañía durante los meses estivales a la espera de que ella volviera para ocupar otra plaza más en aquel caro y exclusivo colegio de pago al que la sometía a un horario tan extenso como podía para no tener que ocuparse de la carga de una niña que hubiera jurado a la temprana edad de seis años que nunca había querido tener. Hacía demasiados años de aquello, pero era como esas cicatrices que duran toda la vida a pesar de que la piel se vaya regenerando. Esas que perduran eternas, que molestan con los cambios de tiempo o de estación. Las que te recuerdan quién eres y de dónde procedes y, sobre todo, cómo has llegado hasta donde estás.

Juan Álvarez de Mendoza no había sido tan estúpido como para no percatarse de la inteligencia precoz de aquella jovencita y había querido inculcar en su ánimo un amor por la arquitectura que poco a poco había ido mutando en una devoción extrema por el arte y la historia, algo que a su predecesor no le había agradado sobremanera. No habían sido años fáciles los de la juventud rebelde. Los de aquellas ideas extremas y anárquicas, los del vestuario poco decente para una chica de su clase y de los amigos de los que se había rodeado. De demasiadas cosas que había ido dejando a través de los años y que habitualmente escapaban en alguna noche de esas donde la soledad y el silencio quedaban como viejas amigas para sacar a bailar a los demonios que dormían debajo del colchón.

Suspiró con resignación mientras cogía el desvío de la carretera principal y salía por la comarcal de doble sentido. Desaceleró para adecuarse a la velocidad establecida mientras asumía que aquel viaje

iba a ser en balde. No sería capaz de volver a escribir nada más. Nada como lo que ya había escrito y de eso estaba segura. Aquella duda le había robado el sueño demasiadas noches hasta el punto de desear no haberse embarcado en un proyecto como el que había aceptado con *Hijos de la sangre*. Una historia que había surgido de la experiencia en un lugar tan enigmático como cotidiano. Un relato basado en su propia experiencia infantil. Un abandono. Una pérdida acoplada al contexto histórico de una antigüedad que siempre le había fascinado. Un drama con un trasfondo tan real que había dudado de que no hubiera sucedido así.

No había sido consciente de lo que había cambiado el paisaje según iba robándole kilómetros a la distancia hasta su destino. Sus ojos se acostumbraron a un verdor demasiado espléndido para el comienzo del verano y se convenció de que no sería una mala idea pasar algunos días de descanso en aquel lugar.

El navegador dejó de funcionar en cuanto pasó la señal que le indicaba que había llegado a su destino. El nombre del pueblo se anunció en una de esas señales de carretera. De fondo blanco junto con la que obligaba a reducir la velocidad hasta alcanzar los cincuenta kilómetros por hora. Deambuló sin rumbo durante unos minutos hasta que dio con lo que debía ser la única calle principal y que moría en una plaza cuasi circular donde no estaba permitido el aparcamiento. Dio marcha atrás y, tomando una de las calles secundarias, dejó el coche junto a otros dos que protegían una casa adosada de dos plantas. Sus piernas fueron las primeras en quejarse y a continuación lo hizo su espalda al sentir que podía erigirse en posición vertical después de varias horas al volante.

Se tomó unos segundos para respirar y dejar que el olor que ya había descubierto durante los últimos minutos penetrara con fuerza en su nariz. Roble, castaña, hayas y tejos. El esplendor de una naturaleza le recordó que todavía debía encontrar a su arrendadora. Observó el reloj y vio que pasaban de las siete de la tarde. Todavía quedaban algunas horas de luz y con suerte le daría tiempo a instalarse antes de que llegara la noche.

—Mi tía está en la procesión de la Virgen.

Alejandra observó cómo el chico desviaba la mirada hacia la iglesia que estaba a unos cincuenta metros. Un edificio sencillo de planta en forma de cruz latina. La construcción realizada en piedra de sillería lucía sobre la entrada al templo un pequeño rosetón y una cruz labrada en piedra. A uno de los lados, anexo a la misma, se elevaba el

campanario de unos treinta metros de altura aproximadamente. Un ejemplo típico de la arquitectura románica del norte. Había pasado frente a ella tras dejar atrás la plaza del ayuntamiento y preguntar a varios vecinos dónde vivía la mujer.

Rebuscó en el bolso y sacó un paquete de cigarrillos. El chaval la miró sin atreverse a pedirle uno, y ella se lo ofreció.

—¿La Virgen? —preguntó mientras encendía el pitillo.

—Nuestra Señora del Rosario —explicó el joven mientras exhalaba sin mucha práctica.

Entrecerró los ojos mientras observaba cómo el humo se dispersaba y el sol del atardecer castigaba sus pupilas. Rosa, como se llamaba la mujer a la que había alquilado la casita, parecía conocida en el pueblo. El último paisano al que había preguntado prácticamente le había conducido hasta la puerta para descubrir que no había nadie dentro. Su sobrino se había acercado hasta ellos al verlos junto a la vivienda de su tía. Se había presentado como Raúl.

—Hoy es la Virgen y después de misa salen en procesión. No tardará mucho.

—Pensaba que era en octubre. —Alejandra recordó parte de la juventud que había pasado en su pueblo materno. Allí las festividades se movían por el calendario que marcaba el santoral católico. Tenía buena memoria para esas cosas.

—Bueno, no sé. Aquí después de San Juan también se celebra —se excusó Raúl.

Dejó la explicación dándola por suficiente mientras apuraba lo que quedaba del cigarrillo. Alejandra se mantuvo en silencio mientras volvía a fijar la vista en las deportivas negras del joven. Le había llamado la atención el atuendo tan particular que llevaba: unos pantalones cortos de camuflaje y una camiseta de tirantes en color blanco. Del pecho colgaban algunas medallas de estilo militar que tintineaban cada vez que se movía.

—Mi tía me ha dicho que te quedarás algún tiempo.

—Esa es la idea.

Raúl fijó en ella la mirada directamente por primera vez desde que había llegado.

—No serás poli o algo así, ¿verdad?

—¿Poli?

—Sí. Ya sabes, policía, de incógnito y esas cosas. Si lo fueras, sería un detalle que me lo dijeras. Yo podría ayudarte.

Quiso replicarle, preguntarle por qué pensaba eso, pero, con la misma rapidez que había fijado su atención en ella, la mirada del chaval se desvió hacia el final de la calle donde un grupo de unos seis chicos habían girado en la esquina y se alejaban en dirección a la carretera.

—¡Luis! —llamó con fuerza—. ¡Luis! ¡La tía quiere que estés aquí a las nueve!

No supo quién era el tal Luis, ya que tres de los jóvenes se giraron al escuchar las voces. Un par se rieron, mientras que el aludido levantaba el brazo en un gesto de disconformidad que molestó al que le había llamado.

—¡Luis! ¡A las nueve! —Raúl insistió de nuevo en la hora.

—¿Es tu hermano? —Alejandra buscó la confirmación a su intuición en el rostro de su acompañante.

—Sí, por desgracia —soltó Raúl mientras volvía la mirada de nuevo hacia la panda de jóvenes que casi habían desaparecido calle arriba—. Está en esa edad complicada en la que no sabe ni quiere hacer nada con su vida. No quiero que se meta en líos.

La intensidad con la que pronunció las últimas palabras dio a entender que lo había hecho en más de una vez. Estuvo tentada de preguntarle, pero decidió que lo mejor era no hacerlo. No conocía al chaval de nada y era posible que no le sentara bien que se metiera en su vida y en la de su hermano. Dejó a la curiosidad dormir tranquila. Tampoco le apetecía dar explicaciones de la suya propia.

Rosa Romero era una señora de unos ochenta años. La observó mientras giraba la llave un par de vueltas y abría la puerta de la casa que había alquilado.

—A veces tendrás que esperar un poco hasta que el agua se caliente —explicó.

Había llegado de la procesión, tal y como había dicho su sobrino,

y a los pocos minutos había vuelto con la llave de la casa en la mano. La vivienda no se encontraba lejos de donde ella vivía. Los siguió mientras la conducían a través de un estrecho callejón que nacía de la calle principal y ascendía alejándose de las casas para situarse a un nivel más elevado que el resto. A un kilómetro de la zona urbanizada. Lo suficientemente alejado para que se considerara fuera del pueblo. Los árboles que se erguían alrededor anunciaban que el bosque comenzaba a su espalda. La buena mujer no había parado de hablar en todo el camino, aunque se había detenido sofocada a la mitad intentando recuperar el aliento. Incluso se había desembarazado de la chaquetilla de punto calado en color negro que cubría un vestido recto, marrón sin estampaciones ni otro colorido.

La espió mientras un regusto de recuerdo volvía con crudeza a su boca y le inspiraba cierta nostalgia que no la invadía desde hacía años mientras ella continuaba explicando cómo había decidido restaurar aquella casa en pleno auge del turismo rural. No era habitual que, en aquel pueblo, la gente tuviera una construcción que pudiera haber destinado a tal uso, por eso ella se sentía en cierto modo afortunada. Eso sí, había algunos que la tenían cerca de la costa. Insistió varias veces en que había tenido suerte. A esa altura de la temporada, era complicado que aún no estuviera reservada, pero este año, por algún motivo, todavía no había llamado nadie interesándose.

—Raúl, hijo, explícale cómo funciona el calentador.

Escuchó con paciencia cómo el chaval le describía la forma en la que el termo abastecía de agua caliente a la casa. Ochenta litros de capacidad que serían suficientes para la ducha y el fregadero.

La vivienda estaba mejor de lo que hubiera esperado. Fiel a las imágenes que había recibido, el pequeño recibidor de la entrada se abría de frente a un salón acogedor. Un sofá de dos plazas en tono marrón era la pieza principal. Un par de sillones que no hacían juego y una mesita baja de madera oscura se situaban frente a una chimenea de piedra empotrada en la pared. A un lado, una mesa redonda y cuatro sillas de madera. Un aparador con una vitrina y varios cajones completaban el conjunto del mobiliario. Además de un par de cuadros pintorescos colgados de las paredes. El olor a madera recia dura y áspera se coló junto con el del aire cerrado, viciado por la falta de compañía en los últimos meses. Aun así, se veía que la casa estaba limpia y ordenada.

La cocina se situaba a la derecha, junto a la entrada. Una habitación independiente del salón, que a primera vista se le antojó

demasiado pequeña. Apenas un rectángulo de tres metros de largo por uno de ancho. Caminó recorriendo parte de esta mientras confirmaba sus primeras impresiones.

—Tiene microondas —aclaró Raúl al ver el rostro de Alejandra.

Eso sí. Equipada estaba. Nevera, vitrocerámica, horno y microondas. Sonrió débilmente y asintió con la cabeza. Pensó en lo que le había costado aquel refugio tan improvisado y decidió vestirse con un poco de optimismo. No estaba tan mal. Había vivido en sitios peores.

—Arriba está el dormitorio.

Observó las escaleras con desconfianza y lanzó una mirada a Rosa que ya había tomado la delantera hacia el piso superior. Su atención se desvió desde la conversación hacia los escalones mientras se aseguraba de no introducir el pie entre la madera que formaba la estructura. Escuchó cómo la mujer volvía a recordar a su difunto marido. Parecía que aquel hombre se había encargado casi por completo de la reforma de la casita.

—Podría haber dividido el espacio y así hubiera dado para dos habitaciones, pero decidimos dejar solo una —explicó mientras se adelantaba y entraba en el dormitorio.

La habitación era grande. Observó el armario de madera de dos puertas frente a la ventana y la cama de matrimonio que ocupaba el espacio principal. Frente a ella, una cómoda con cajones, un espejo colgado en la pared y bajo la ventana un sillón pequeño en color marrón claro. Las paredes estaban recubiertas por un zócalo de madera hasta la mitad. El resto pintado en color *beige* daba un aspecto acogedor a la estancia. El cuarto de baño, a diferencia de la cocina, era espacioso. Reformado y con ducha, alejó de su cabeza la sensación que le había quedado tras la primera impresión.

—Tienes mi teléfono, pero apunta también el de Raúl —le sugirió Rosa volviendo a bajar por las escaleras—. Si surge algo, él puede acudir enseguida. Yo, estos cacharros, apenas los entiendo.

—Gracias.

Alejandra se apresuró a tomar nota del número de teléfono. No le parecía que la distancia fuera tan grande como para sentir el temor de estar sola en aquella vivienda, pero no quiso contrariar a la señora. De todas formas, era posible que necesitara algo y no estaba de más

contar con la ayuda de alguien que conocía la zona bien.

—Tengo que encontrarme con una persona que me tiene que ayudar en mi proyecto. Me han dicho que vive en el pueblo, pero no sé muy bien si le conoce.

Rosa dibujó un guiño con los ojos y las arrugas alrededor de la frente se acentuaron más.

—¿Quién? —preguntó su sobrino.

Carraspeó mientras buscaba en su bolsillo el nombre y la dirección que Pedro López le había facilitado por teléfono unos días atrás.

—Roberto Brea.

Capítulo 7

Lunes, 25 de junio

—Espere, Vidal.

Gildo Méndez se detuvo frente a la puerta del edificio y sacó del bolsillo de la chaqueta el paquete de cigarrillos. Bajo la atenta mirada de Mario Vidal, encendió el pitillo con lentitud, en silencio, dejando que la punta se prendiera poco a poco. Era su ritual. Hacerlo en silencio y al que prestaba el cien por cien de su atención.

Su ayudante le observó. Siempre se había sentido fascinado por cómo Méndez era capaz de pasar de la delicadeza en un gesto tan cotidiano como encender un cigarro a la aspereza que tantas veces destilaban sus formas en el trato a los demás. A veces, con él. No lo iba a negar. Podía ser rudo, distante, brutal y excesivamente frío, además de calculador. Siguió con la mirada el viaje del cigarrillo de su boca hasta los dedos y permaneció en silencio.

Gildo Méndez exhaló el humo y observó cómo ascendía. Aquella mañana las nubes apenas cubrían el cielo. Haría calor. Carla le había vuelto a llamar la noche anterior. Se deshizo del pensamiento mientras se apoyaba en la barandilla del pequeño tramo de escaleras y fijó su mirada en el aparcamiento para después desviarla de nuevo hasta su ayudante.

—Hay algo en todo este asunto, el del chico, que no me cuadra. No me gusta —soltó junto con otra calada a su cigarro.

Acababan de volver del depósito y el médico les había confirmado lo que ya sospechaba desde que le encontraran el domingo flotando en el mar. «Muerte por ahogamiento», había sentenciado.

Vidal había insistido en varias ocasiones. El golpe en la cabeza era visible y argumentaba con la posibilidad de que lo hubieran arrojado al agua una vez ya sin vida.

—No. —El doctor Eugenio Ríos había recogido el informe que tenía encima de la mesa y había repasado de nuevo los datos que esa misma mañana le habían llegado del laboratorio—. También hemos encontrado restos de escopolamina en la sangre.

—¿Qué es eso, doctor? —Vidal observó al médico sin comprender.

Ríos se movió de nuevo alrededor de la mesa metálica observando a la víctima.

—Es un alcaloide natural que se encuentra en algunas plantas y que sirve de base a ciertos medicamentos. —Los detectives miraron al médico sin comprender dónde quería llegar—. Se usa sobre todo para los mareos, las náuseas, los vómitos… —El doctor Ríos se detuvo unos instantes.

—¿Qué tiene que ver con todo esto? —preguntó Vidal sin entender qué relación tenía.

—El golpe no le mató —aclaró Ríos.

—¿Murió entonces por una sobredosis de un medicamento? —Vidal lanzó la pregunta sin saber a lo que el forense se refería.

—No —negó el doctor Ríos mirando con recelo al subinspector—. Este tipo de sustancias deprimen el sistema nervioso central. Seguramente que, si no estaba inconsciente cuando le arrojaron al mar, es posible que ni siquiera pudiera defenderse. Una cantidad que, aunque no es sustancialmente importante, podría haber impedido que reaccionara una vez que estuvo en el agua. Tenga en cuenta que una dosis pequeña y controlada de este tipo de droga ayuda a mitigar, sobre todo, el efecto de los mareos y el dolor, pero en dosis más elevadas puede provocar arritmias, paradas cardiorrespiratorias e incluso convulsiones.

—Entonces le arrojaron al agua todavía vivo pero inconsciente —sentenció Méndez.

El forense asintió con la cabeza.

—Y, además, tienen que ver algo.

Siguieron al médico hacia el lado contrario de la mesa de autopsias. La mano del doctor Ríos aferró con cuidado uno de los tobillos del cadáver. Separó apenas unos centímetros el pie de la superficie metálica.

—¿Caminó descalzo? —preguntó Vidal al ver las abrasiones en la planta del pie.

—No estoy seguro todavía. Son abrasiones que pueden indicar que lo hiciera, pero tampoco que sean de la noche en la que murió. Le encontraron descalzo, ¿no?

—Podría habérselo hecho el mar, el contacto con las rocas —apuntó Méndez mientras se inclinaba un poco más para observar con cuidado las heridas.

—No le digo que no, inspector, sería posible, pero en ambos pies la zona de apoyo es la más dañada. La causa más probable es que caminó descalzo.

—Complejo. ¿Qué sentido tiene?

Mario Vidal volvió a lanzar la pregunta mientras Méndez escuchaba de nuevo cómo su ayudante repasaba lo que el médico les había contado en la sala de autopsias. En los veinte kilómetros que separaban el hospital de la comisaría, el subinspector no había dejado de preguntarse lo mismo una y otra vez. En ninguna de esas había logrado llegar a una hipótesis que le convenciera.

—¿Para qué drogarle y tirarle al mar después? No tiene sentido. Y lo de caminar descalzo. Eso no lo comprendo.

Gildo Méndez arrojó lo que quedaba del cigarrillo al suelo y lo aplastó mientras meditaba de nuevo las palabras de Vidal. No tenía sentido. O, al menos, no por el momento para ellos.

Escuchó cómo su ayudante volvía una y otra vez a repetir las mismas hipótesis que ya habían discutido desde que el cuerpo había aparecido flotando en el mar y desvió de nuevo la vista hacia el cielo despejado de aquella mañana. Seguía teniendo la misma sensación de pérdida de tiempo que le acompañaba cada día desde hacía diez años. Anclado en una provincia donde solo quedaban fantasmas de un pasado que se negaba a marcharse a pesar de que todos sus protagonistas ya hubieran partido hace tiempo. Pero sabía que estaba atado a aquel lugar por una esperanza incierta. Un falso anhelo de un regreso que nunca se produciría. Con su casi medio siglo cumplido y camino de otro más, la vida se le había escapado entre las estrechas calles de la incertidumbre, la duda y el miedo a abandonar la comodidad cotidiana por un sentimiento. Los lazos familiares que le amarraban con fuerza a una tierra que nunca supo si había sido suya. Y ella lo había comprendido aquella noche de lluvia después de varios meses compartiendo el dormitorio y varios cajones del armario. Le había mirado con resignación sabiendo que siempre había sido un «no» a la respuesta que había lanzado por sus labios mientras terminaban la botella de vino. La lluvia que caía persistente había roto el silencio que se había formado entre ellos. Él no dejaría nada de aquello por ella. Ella no sacrificaría su vida por él.

Ahora, sus cajones tenían demasiado espacio para una sola persona y en sus sábanas se mezclaba el olor de cuerpos distintos. Algunos más habituales que otros. Algunos de pago. Pero ninguno tenía ese aroma que todavía le recordaba la brisa del mar al amanecer. Y tampoco albergaban una risa de primera hora sorprendida por unas manos excesivamente inquietas y ansiosas después de una noche de descanso. Un olor y una risa que habían partido con ella.

—Roberto Brea Laínez.

El subinspector Vidal se presentó e hizo lo propio con el otro policía que lo acompañaba. Más alto y callado que el primero, se mostró seguro a la hora de acomodarse en la silla frente a él.

Según el informe que tenía delante, Roberto Brea cumpliría el próximo septiembre cuarenta y cinco años. Gildo Méndez le observó mientras él hacía lo mismo con ambos. Alto, de pelo oscuro y ojos grises. Vestía un polo azul añil con el logo de una marca poco conocida y unos vaqueros que ocultaban un cuerpo atlético. La mirada serena mostraba cierta determinación. No estaba asustado. Y eso, en cierto modo, agradó a Méndez.

—¿Sabe por lo que está aquí, señor Brea?

Mario Vidal abrió la carpeta en color marrón que había llevado con él y leyó por encima y en silencio los datos básicos. Brea le siguió con la mirada.

—Por lo del chaval de Os Torres —contestó con seguridad.

—¿Sabe lo que ha sucedido? —Vidal dejó a un lado de la mesa los documentos y se inclinó hacia delante apoyándose en la mesa.

—Vivo cerca del pueblo. La noticia ha corrido como la pólvora —aclaró.

Sabía perfectamente el motivo que había causado que aquella mañana de lunes estuviera en la sala de una comisaría antes que en su propio negocio. Suspiró y se acomodó mejor en la silla. Sabía que, tarde o temprano, se encontraría en esa situación, pero el esperarlo no había mitigado ni el fastidio ni la incomodidad de tener que enfrentarse con aquellos dos en esa situación. Mantuvo el cuerpo tenso, erguido en la silla sin apenas pestañear ni mostrar ninguna emoción en el rostro. Dejó que el aire se escapara despacio y de reojo observó que el reloj de manecillas que ocupaba la pared frente a él señalaba ya las diez de la mañana.

—Vayan al grano, señores —pidió mientras su mirada alternaba entre Vidal y Méndez—. Tengo que abrir una tienda y sé perfectamente por qué me han llamado.

Dejó que su mente volviera a reconstruir otra vez la «conversación» que había mantenido en la comisaría. Vidal y Méndez. Así se llamaban los tíos que investigaban el caso. Giró el cartel de la puerta para anunciar a los posibles clientes que, aunque con un par de horas de retraso, la tienda ya estaba abierta y suspiró mientras observaba las cajas que había dejado el sábado por la mañana pendientes de colocar en las estanterías. Debería haber vuelto el domingo a ocuparse de ellas, pero, aunque había tenido tiempo, no el ánimo para hacerlo.

Méndez era el complicado. El jefe. El listo. El clásico perspicaz. Inteligencia innata. Mucha de la que había observado en su vida como profesor de universidad. Desperdiciada en muchos casos. Y luego estaba su ropa. Demasiado cara para el sueldo de policía. Marcas exclusivas que no estaban al alcance de cualquiera. Pero, aun así, sabía que había algo más. Se notaba en sus gestos, en la mirada profunda que guardaba muchos más fantasmas de los que se atrevería a confesar. Muchos más, incluso, que él mismo.

Rasgó la cinta de la primera caja y el olor de los libros nuevos se coló por su nariz provocando que, durante unos instantes, se alejara de su mente las dos horas que había pasado retenido.

—¿Dónde estuvo el sábado entre las diez y las dos de la mañana?

La pregunta la había lanzado el ayudante. Vidal. Sí. Le conocía de vista porque su mujer era de Os Torres.

—En mi casa.

Respuesta de manual. Concisa sin dar explicaciones. Los había observado un par de segundos en silencio esperando que continuaran.

—Vive en Os Torres, ¿verdad? —Méndez le aguantó la mirada.

—Vivo en el término municipal de Os Torres, si se refiere a eso, inspector —remarcó la última palabra con fuerza—, pero mi casa no se encuentra dentro del centro urbano.

—¿Alguien puede confirmar que estuvo allí entre esas horas? —Vidal seguía con el interrogatorio oficial, pero él estaba más pendiente de las preguntas que se estaban formando en la mente de Méndez y

que podía adivinar en el iris del mismo color que la hierba tras el rocío de la madrugada. Un verde brillante y frío.

Observó con agrado la primera edición de la novela de Pedro Fuentes. El escritor había lanzado otro relato de ficción ambientado en la posguerra española y tenía todas las cartas para convertirse en el número uno en ventas aquel verano. Sacó un ejemplar y lo estudió pensando en cómo colocarlo para que fuera atractivo a la vista. La portada era especialmente llamativa. Una espectacular fotografía de una playa cubierta de restos de conchas donde se dibujaba la sombra de una silueta masculina inmóvil sobre la arena.

—Nadie le confirmará que estuve en mi casa el sábado entre las diez y las dos. Vivo solo, como ya sabrá.

—Tenía usted motivos para matar a la víctima, señor Brea — Méndez lanzó la frase esperada por todos los que ocupaban aquella sala.

—Todos tenemos motivos para matar a alguien alguna vez, inspector.

Capítulo 8

Lunes, 25 de junio

Era uno de esos sitios que te invitaban a entrar desde la calle. Escondido en el recodo de una avenida bastante ancha donde nacía otra peatonal y más estrecha, el escaparate anunciaba la infinidad de tesoros que se podían encontrar dentro. Observó con cierta cautela cómo las últimas novedades en libros se mezclaban con algunas piezas pequeñas de arte y otras antigüedades colocadas de forma que resultaran atractivas a la vista.

Dudó unos instantes antes de entrar buscando enfocar la conversación de forma prudente. Era la última esperanza o, al menos, así lo había considerado mientras se convencía a sí misma de que todavía podía lograr cumplir con el plazo que le había dado su editor. Sus ojos se dirigieron hacia el cartel del nombre del establecimiento que la invitaba a adentrarse, como a Alicia, a un mundo diferente. Distinto del que esperaba fuera. Un mundo olvidado. Unas letras formando el nombre «Antigüedades Brea», acompañado de un símbolo que distinguió sin mucha dificultad.

La campanilla de la puerta le sacó del estado de ensimismamiento en el que había caído. Todavía de cuclillas en el suelo sobre la caja de libros, se giró y observó unas Converse en color negro que se habían detenido en el mostrador donde, bajo un cristal, exponía las pequeñas antigüedades menos valiosas. Se quedó agazapado mientras espiaba cómo las largas piernas enfundadas en unos vaqueros se dirigían hacia las estanterías de libros. Subió lentamente la vista para detenerse en un trasero que invitaba a quedarse unos segundos más mirando.

—Están mal colocados.

Se vio sorprendido por aquel tono insolente y se incorporó tan rápido como le permitieron las rodillas todavía con el tomo de *Cementerio de conchas* en la mano. Las setecientas páginas del libro se le hicieron pesadas y no pudo evitar maldecir en silencio la torpeza que poco a poco se iba adquiriendo con la edad.

—¿Perdón?

—Sí. Tiene aquí a John Lynch.

La figura femenina levantó la vista, y él siguió la dirección de sus ojos hasta el cartel de sobra conocido que anunciaba el estante de

Historia medieval. Se acercó y retiró el tomo de *Los Austrias*. El libro volvió a su sitio original con rapidez.

—Alguien lo habrá movido —se excusó mientras se giraba hacia la recién llegada.

Los ojos de la chica le observaron queriendo contestar, pero se abstuvo de comentar nada. Se movió en silencio recorriendo de nuevo los volúmenes.

—Tiene de todo —soltó mientras curioseaba entre las últimas novedades de ficción, obras de divulgación científica, ensayos y otros textos educativos.

Se desplazó hacia las vitrinas junto a la zona donde se exponían algunos muebles antiguos y su mirada recorrió parte del techo. Pedro López había omitido contarle el detalle de aquella tienda. Le había hablado de una librería, pero allí dentro se escondían otros tesoros que no cualquiera estaría en disposición de admirar. No tanto por el valor económico, sino más bien por su valor histórico y artístico.

—¿Busca algo en especial?

Roberto Brea se dirigió hacia el pequeño mostrador de madera y la observó con el ceño fruncido. No tenía ganas de perder el tiempo con una curiosa. Ya lo había hecho demasiado aquella mañana y no le apetecía tener que socializar con nadie. Solo deseaba terminar de colocar los libros y largarse a tomar un vino y un pescado a O Porto, una taberna cerca del puerto donde la comida era demasiado buena para el precio que pagaba por ella.

—Claro —respondió la joven mientras desviaba su interés hacia el dueño del negocio—. A Roberto Brea. ¿Es usted?

Dudó más de lo que hubiera querido mientras pasaba el peso del cuerpo de un pie a otro. Vaqueros de marca y zapatillas de moda. La camiseta, con un estampado de flores, no era de las que se compraba en la tienda de cualquier barrio, pero la confirmación a su intuición la obtuvo del bolso que colgaba de su hombro derecho. De piel. No de esos que venden en los mercadillos de cualquier pueblo.

—¿Y usted es?

—Alejandra Álvarez.

Fue un regreso a un recuerdo olvidado en su mente. Unos instantes mientras procesaba la información que hacía unos días Pedro López, un antiguo amigo y colega de la Universidad de Madrid, le había dado por teléfono.

«Roberto, es un favor personal que te pido».

¿Qué había estado haciendo ese momento? Ni siquiera lo recordaba, pero había asentido con alguna frase de compromiso diciéndole que estaría encantado. Ahora, el favor se presentaba en su tienda en la misma mañana que dos policías le habían interrogado por la muerte de ese desgraciado la Noche de San Juan.

—Pedro López me dijo que vendría. No esperaba que fuera tan pronto.

La frase salió a modo de excusa, pero supo, en el momento en que rozó el aire, que el tono de fastidio había sido más que evidente. Carraspeó intentando recordar los buenos modales y la paciencia que hacía tiempo había perdido y observó cómo la recién llegada mudaba la expresión de la cara en un gesto involuntario. Una arruga se marcó en su entrecejo y las facciones se volvieron más duras bajo el pelo castaño. Pensó que era guapa y eso le molestó un poco más. Jugueteó con las gafas de cerca que descansaban encima del mostrador.

—Perdone. Debería haberle llamado, pero no tenía su número. Llegué ayer y en el pueblo me dijeron que hoy estaría aquí.

Se movió incómoda sin abandonar la distancia que los separaba. La tensión no había decrecido desde que había entrado en el establecimiento. Ahora empezaba a dudar que todo aquello hubiera sido una buena idea. Roberto la observó mientras juntaba ambas manos en un gesto inconsciente y luego las deslizaba por las caderas.

—Mire, señorita… —dudó uno segundos.

—Álvarez. Alejandra Álvarez.

—Ahora mismo estoy un poco liado. No sé muy bien qué le contaría Pedro López, qué espera de mí, en qué le puedo ayudar.

—Me dijo que era experto en la cultura celta. Celtíberos —aclaró ella.

¡Claro! Ya recordaba la conversación con su antiguo colega. Aquella era la que quería escribir una novela sobre no sé qué celta que le había contado por teléfono. Había echado un vistazo en internet nada más colgar y había comprendido que se trataba de otra niña de bien que había comprado su primer *best seller* con el dinero de su familia. Ahora le pedían otro libro y había decidido que la mejor forma de escribirlo era venir a fastidiarle a él.

Salió de detrás del mostrador de madera y fijó su atención en la caja de libros que aguardaban a ser liberado de los plásticos que los protegían. No tenía tiempo para solucionarle los problemas a nadie. Bastante tenía ya con los suyos.

—¿Me va a ayudar? —La pregunta le cayó como una patada en todo el estómago.

Aguantó la respiración intentando controlar el carácter que amenazaba con salir por la boca.

—No sé mucho más de lo que pueda encontrar en cualquier manual de universidad, señorita Álvarez —recalcó con fuerza el apellido—. Hace tiempo que ya no me dedico a la investigación.

La excusa sonó barata y lo supo, pero no ella no le dejó tiempo para explicarse.

—Comprendo.

Alejandra se movió en dirección a la puerta. Paseó sus ojos por las estanterías repletas de libros y, por último, los fijó en el dueño de la tienda. Roberto Brea levantó la vista de los volúmenes y la mantuvo en el rostro tenso de la joven.

—Siento no poderle ser de ayuda.

—No, no lo siente —las palabras salieron disparadas de los labios de la mujer—. Usted me ha juzgado en cuanto he entrado por la puerta. He visto su expresión y le diré algo, señor Brea: creo que se ha equivocado conmigo. Pero no se preocupe. Está demasiado ocupado viviendo su vida como para ayudar a los demás. Yo soy la que siente haber venido hasta aquí para perder el tiempo.

Quiso replicarle, pero ella no le dio tiempo. Abrió con decisión la puerta, pero se detuvo bajo el ruido de la campanilla y se giró de nuevo.

—Y a ver si coloca bien los libros —escupió con dureza—. Tiene *Roma* de Saylor en novela contemporánea.

Se perdió un par de veces mientras intentaba matar algo de tiempo sin dejar de dar vueltas en la cabeza al desafortunado encuentro con Roberto Brea. Había soltado alguna palabra fuera de tono mientras caminaba por las estrechas calles del centro y lo había hecho en voz alta, ajena a la opinión de los viandantes con los que se cruzaba, pero en ese momento le daba igual la idea que ningún desconocido pudiera tener de ella. Su máxima preocupación era aceptar que aquello no tenía vuelta atrás y que la pantomima de un nuevo libro se caía por su propio peso. No servía de nada disimular ni buscar excusas con las que engañar ni a sus editores ni a ella misma. No había nada. Y encima Roberto Brea había resultado ser de todo menos lo que esperaba.

Detuvo sus pasos erráticos junto a una extraña escultura modernista que dibujaba el centro de una plaza frente al paseo marítimo. Un pescador que se afanaba en recoger las redes junto a una barca. Todo en bronce, el color contrastaba con el verde que habían colocado alrededor.

—Debería ser de color azul, gilipollas —soltó para ella misma en voz alta.

Bufó y se dejó caer en uno de los bancos que rodeaban la plaza mientras valoraba si largarse de vuelta o comprar algo para comer.

Capítulo 9

Lunes, 25 de junio

—¿Qué tenemos hasta ahora?

Méndez se volvió hacia su equipo. Había dejado la chaqueta colgada del respaldo de la silla y se apoyaba contra la mesa mientras volvía de nuevo a ojear la pared donde algunas fotos del cadáver adornaban la sala. Habría sido un chaval guapo si la vida no le hubiera dejado algunas marcas sobre el rostro. Una cicatriz debajo de una oreja, apenas visible, pero que se apreciaba con claridad por el detalle tan preciso de la imagen. Repasó mentalmente los detalles del caso.

—Carlos Fernández Puerto. Veintiún años. Hacía cuatro meses que había salido en libertad del centro penitenciario donde había estado recluido en A Coruña. Condenado a dieciocho meses de cárcel por homicidio involuntario sin agravantes. La víctima, Paola Martín Rivera, de treinta y nueve años. Vecina de Os Torres. Volvía a su domicilio cuando fue atropellada por la víctima. Él se dio a la fuga, aunque se pudo localizar el vehículo a los dos días y fue detenido. No tardó en confesar que se la había llevado por delante. Declaró que iba puesto. El coche, además, no era suyo. Un coche de segunda mano que había sido robado unos meses antes en León —Vidal se detuvo y ojeó de nuevo el expediente—. Se le juzgó por homicidio involuntario. El chaval fue condenado y cumplió la pena hasta que a finales de mayo salió de prisión y se mudó a vivir aquí con su madre, Carmen Puerto. Soltera, cuarenta y nueve años. Trabaja en la fábrica de conservas. Tiene una hermana más pequeña, María, de diecinueve.

Méndez asimiló con cierta pereza la información. El chaval, limpio lo que se decía limpio, no estaba. Había sido detenido en tres ocasiones por posesión de sustancias ilegales y por altercado público. Un par de broncas. Las dos a la salida de una discoteca. Apenas unas horas retenido, pero hasta el accidente que le costó la vida a Paola Martín Rivera no había ido a mayores.

—El chaval era buena pieza. —Vidal se inclinó hacia delante en su asiento para dar mayor énfasis en su apreciación de la víctima—. Su madre, Carmen, nunca tuvo demasiadas oportunidades para hacerle sentar la cabeza.

Méndez observó a su compañero y permaneció en silencio alentando a que él continuara con su exposición. Vidal no dudó en

seguir compartiendo la información que todos conocían en Os Torres.

—Madre soltera, trabaja en la fábrica de conservas por turnos rotativos. El chico nunca fue un niño fácil. Creo que ella lo hizo lo mejor que pudo. La niña, en cambio, su hermana, es diferente.

—¿Se lo han comunicado ya? A la madre, quiero decir.

El inspector se volvió hacia las fotografías y las notas que colgaban de la pared.

—Sí. Dos agentes se personaron en su casa ayer en cuanto lo identificamos para comunicárselo —confirmó Valdés—. Hemos encontrado varias huellas de neumáticos por la zona de Punta O Faro. Cerca de donde encontraron al chaval. Son de neumáticos comunes. Hemos comprobado, y algunas coinciden con la furgoneta de Marcial Núñez, el que encontró el cuerpo. Otras no —apuntó.

—No podemos estar seguros de que arrojaran el cuerpo desde ese lugar. La corriente lo pudo trasladar durante la noche —Vidal volvió a la carga tras el comentario de su compañera—. Es un sitio frecuentado al atardecer.

La agente Valdés hizo una mueca ante la objeción de Vidal. Méndez la observó. Era una chica guapa. La habían asignado a su equipo nada más llegar a Os Torres. Recién salida de la academia.

«Es un valor seguro, coño, Méndez», le había dicho su superior. Y él había dudado, pero hacía tiempo que ya no protestaba ante ninguna decisión que se tomara con respecto a su departamento. Había aprendido, con el paso de los años y la experiencia, que si quería vivir tranquilo era mejor no cuestionar ese tipo de temas. Volvió a fijarse en la mueca de Valdés que se deshizo en silencio. Una chica guapa. «Tiene veinticinco», le había soltado Vidal como reproche cuando se la habían endosado aquel octubre hacía dos años. A Méndez siempre le había llamado la atención el moño apretado que lucía en la nuca. Una constante. Solo recordaba haberle visto una vez con el pelo suelto. Una fiesta de Navidad. Aunque, en esa ocasión, lo llevara recogido en una coleta a la altura de la nuca. Jamás hubiera pensado que tenía el pelo tan largo.

—Habla con alguien que sepa de corrientes. Que te digan desde dónde pudo llegar el cadáver si no lo arrojaron desde el faro. Puede ser que el escenario del crimen no sea ese. Y, en cuanto a los neumáticos, no lo descartes, Vidal, no nos sobran las pistas. Solo tenemos lo que el doctor nos ha confirmado con respecto a la

escopolamina. Pregunta en las farmacias de la zona, a ver si alguien compró durante los últimos días. ¿Para qué coño sirve eso?

—Nos va a llevar tiempo, jefe —protestó Vidal—. Tenemos sospechoso y motivo. Y no tiene coartada.

Méndez asintió en silencio con la cabeza mientras su mente volaba lejos de allí impulsada por un deber que llevaba aplazando ya varias semanas. El remordimiento le despertó un ardor en el estómago que se extendió por el resto del cuerpo. No estaba preparado todavía para volver, pero sabía que antes o después tenía hacerlo. Carla le había telefoneado dos días atrás para recordarle que necesitaban que fuera constante, pero él había buscado, como siempre hacía, una excusa para postergar su obligación.

La sensación de ardor pronto se vistió de temblor que se extendió por su hombro bajando lentamente por el brazo. Escondió las manos en los bolsillos de su pantalón y respiró con fuerza antes de volverse de nuevo hacia Vidal y la agente Valdés, que se habían enfrascado en una tibia discusión sobre la educación parental.

—No podemos descartar ninguna hipótesis. Necesitamos hablar con la madre.

Méndez se acercó a la ventana y observó cómo la vida discurría ajena a ellos dos pisos más abajo. Su mente no dejaba de moverse entre aquel cuerpo que ocupaba un lugar en el depósito de cadáveres y el temblor persistente de sus manos recordándole que todos tenemos que pagar las facturas que le adeudamos al destino antes o después.

El coche acusó el cambio del pavimento y protestó con rudeza cuando los neumáticos abandonaron el asfalto para rodar sobre las calles empedradas. Méndez observó con curiosidad como la vida seguía en aquel lugar a pesar de que apenas veinticuatro horas antes hubieran encontrado el cadáver de un vecino a pocos kilómetros. Los gestos habituales de una convivencia que se había visto alterada se mantenían bajo la suspicacia de las miradas y los cuchicheos en las esquinas. Vecinos con vecinos, familiares con familiares. Observó cómo la mujer del principal testigo de la aparición del cuerpo, Marcial, el ferretero, departía con otras dos mujeres junto a la puerta de la panadería que había en la plaza. Era la comidilla. Estaba en boca de todos. Incluso, la noche anterior, había sido noticia breve en el telediario autonómico a la hora de la cena.

Bajó la ventanilla al mismo tiempo que el vehículo iba a

adaptando la velocidad a las calles de aquel pueblo y notó el viento cargado de humedad. Algunos recuerdos intentaron colarse, pero los ahuyentó volviendo de nuevo a repasar las notas que ya se sabía casi de memoria.

—Siempre te ha gustado este sitio, Vidal —subrayó mientras dejaban atrás la iglesia y el coche se conducía por una calle más estrecha que las anteriores.

Su compañero bufó, pero soltó una risita que sonó a respuesta.

—Soy de aquí, jefe. No podría sentirme bien en ningún otro sitio.

Méndez dibujó una sonrisa sarcástica en el rostro. Él tampoco y lo sabía. No podía reprocharle nada a su compañero. Algunos años atrás habría intentado convencerse de lo contrario, pero ahora sabía que era un trabajo en balde.

—¿Cómo dices que se llama la madre? —Observó cómo el tiempo parecía no querer discurrir entre aquellas calles.

—Carmen, Carmen Puerto —apuntó Vidal.

Capítulo 10

Lunes, 25 de junio

El sonido del reloj de la cocina marcó insistente los segundos de silencio que se formaron mientras tomaban asiento en el comedor de la casa. Había sido la hija la que había abierto la puerta. Los observó con desconfianza mientras ambos se presentaban y preguntaban por su madre. La mirada se enmarcó con cierto halo de reproche bajo unas ojeras mal disimuladas en un rostro aún joven. Un gesto que no le pasó a Méndez desapercibido mientras esperaba a que la mujer acudiera bajo la llamada de la muchacha.

Carmen Puerto era una mujer que no aparentaba la edad que tenía, aunque en su rostro se mostraran las huellas indelebles de un tiempo que no era físico, sino más psicológico. Los recibió con un chándal azul marino de los de marca blanca, de esos que todo el mundo lleva de una conocida tienda de deporte. El pelo revuelto, enredado en un moño del que se escapaban los mechones pajizos de raíz canosa que no le había dado tiempo a ocultar y con las ojeras mal disimuladas o sin disimular. Méndez pensó que las del insomnio tan perenne como viejo por un lado y el de la tristeza reciente y la pérdida de algo que dudaba que alguna vez hubiera tenido por otro.

Los observó sin ser consciente de quiénes eran, aunque le hubiera mostrado sus credenciales. Y lo hizo detrás de unas pestañas cortas y escasas a través de un iris pardo casi rozando un gris sin vida para invitarlos a entrar y tomar asiento en el sofá de un salón tan convencional como pasado de moda.

—Yo ya me voy, Carmen.

La voz surgió de la cocina como si hubiera sido el ladrido de un perro guardián. Ávida y a paso ligero, una mujer que superaba los setenta años se plantó en la puerta del salón mientras se secaba las manos en un delantal que llevaba cogido a la cintura. Los observó entre una curiosidad malsana y un severo gesto de disconformidad. Quizá por venir a molestar a la casa de un muerto o porque no hubieran evitado que se convirtiera en un lugar de luto.

—Gracias, tía.

La mujer desabrochó el delantal y lo dejó sobre una de las sillas. Parecía dispuesta a no abandonar la escena. La chica se acercó y recogió el trapo para desaparecer con él en la cocina. Vidal carraspeó

intentando romper el silencio tenso que casi parecía pedir una explicación de su presencia allí y la mujer salió de su contemplación y se dirigió hacia la casilla de salida.

—Si necesitas algo, me llamas, ¿de acuerdo?

La aludida se limitó a asentir con la cabeza e hizo una seña con la mano dando a entender que estaba bien. Méndez la observó apuntando en su cabeza preguntar después quién era aquella mujer mientras Vidal se relajaba y se hundía en el sofá barato que protestó cuando acogió el peso del policía.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hijo?

Carmen Puerto les había ofrecido un café que ambos habían rechazado con la educación de saber que habían impuesto su presencia, tanto por necesaria como por obligada.

—No estoy segura. El sábado por la mañana, creo. —Se sentó frente a ellos en una silla que no hacía juego con nada de lo que había en aquella habitación.

La falta de uniformidad en aquel espacio en cuanto a la coordinación de los muebles y la decoración era otra señal inequívoca de que aquella mujer lo había pasado mal. «Una herencia», había denominado Vidal a la casa. Y Méndez tenía que darle la razón. Una herencia que seguía anclada en el pasado de los recuerdos que rellenaban con cierta frugalidad las paredes. Algunas fotografías en un aparador que no vigilaba nada más que media docena de platos y una cristalería tan impar como los que habían habitado aquella vivienda hasta hacía unos días.

—Me marché a trabajar sobre la una y media. Tenía turno de tarde. Entramos a las dos, pero el coche es demasiado viejo y siempre me voy con tiempo por si me deja tirada —se explicó la mujer.

—Trabaja en la fábrica de conservas, ¿verdad? —Méndez se limitó a confirmar una información que ya sabía. Vio asentir a la mujer con la cabeza.

—Trabajo allí desde hace quince años. Creo que no sabría hacer otra cosa.

Vidal se inclinó hacia delante y el sofá volvió a quejarse bajo el peso de su cuerpo.

—¿A qué hora volvió del trabajo el sábado?

La mujer pareció dudar unos segundos y desvió la vista hacia la ventana. Aparentó contar mentalmente en un intento de recordar aquel día fatídico.

—El turno acaba a las diez. No tardaría más de veinticinco minutos en llegar. Sería sobre las diez y media u once menos cuarto. Nos cambiamos de ropa después de cada turno —explicó casi disculpándose por no recordar con exactitud.

Vidal apuntó en la libreta que había sacado la franja de horas que Carmen Puerto les había indicado y Méndez se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Notó nervioso a su hijo aquel día? ¿Estaba preocupado por algo? —La mujer se limitó a negar con la cabeza de nuevo. Fue la hija la que intervino:

—Carlos no nos contaba nada. Pasaba de nosotras. Era muy independiente.

María Fernández Puerto se tiró de la cola de caballo con la que no había dejado de juguetear desde que se había sentado al lado de su madre. Los miró desafiante sin mostrar temor ante la presencia de dos representantes de la autoridad y Méndez supo que no sentía demasiado la pérdida de su hermano.

—¿Os contó si tenía problemas con alguien? —insistió en recibir el nombre que esperaba y que tenía en la cabeza desde que aquella mañana habían interrogado a Roberto Brea.

—Mi hermano tenía problemas con mucha gente.

—¡María! —Carmen Puerto se volvió hacia su hija sorprendida por la sinceridad de aquella afirmación.

La joven se levantó de la silla y se tensó para dirigir primero una mirada desaprobadora hacia su ascendiente y luego otra de rabia hacia los detectives.

—Mi hermano no era un santo. Todo el mundo conocía los problemas que había tenido. No solo desde que pasó lo de aquella mujer. Ya los arrastraba mucho antes del atropello. Y tú lo sabes, mamá. No vamos a ocultar que no se los buscaba. Los problemas le venían a buscar a él. Sus amigos y esas compañías. —Dirigió la mirada

de nuevo hacia su madre—. Tú veías lo que hacía. Pero lo ignorabas. Hacías que todo estaba bien. Sabías lo de las drogas. Y sabías que solo le importaba el dinero.

—¿Tu hermano estaba metido en líos de drogas? —Vidal se inclinó hacia delante con el cuaderno de notas apoyado sobre la rodilla.

Méndez había observado de reojo cómo su compañero había anotado a través de palabras sueltas parte de lo que María Puerto estaba cantando como si fuera la estrella de una ópera en su noche de estreno.

—Mi hermano estaba metido en cualquier asunto que se pueda imaginar —sentenció con brusquedad—. Su problema fue volver aquí y volver a remover los asuntos del mismo hombre que le había arruinado la vida una vez.

Méndez se incorporó y Vidal le observó.

—¿Qué hombre?

María bufó con enfado y dudó, mirando primero a su madre, antes de lanzar por los labios un nombre.

—Jesús Lago.

Capítulo 11

Lunes, 25 de junio

—Que esté fresco, Mariano —pidió mientras el camarero terminaba de tomar nota de lo que iban a comer y asentía con un gesto de la cabeza a la orden.

Alejandra Álvarez rebuscó en su bolso y descubrió la cajetilla de tabaco aplastada bajo la libreta que le había acompañado desde que había salido de Madrid. La dejó encima de la mesa y se lanzó a la caza del mechero.

—¿Fuma?

—¿Le extraña? —Encendió el cigarrillo y aspiró el humo con ganas—. Se ha equivocado en algunas cosas conmigo, señor Brea, pero reconozco que tengo muchos defectos, aunque no los que usted imagina.

—Llámame Roberto, por favor. Y tutéame. He pasado demasiados años siendo el profesor Brea.

Alejandra le observó de nuevo con cierta curiosidad insana. No hacía ni media hora que había abandonado la esperanza de conseguir algo de aquel viaje mientras maldecía junto a la estatua del pescador, ocupando un banco vacío al tiempo que dudaba entre darse media vuelta a la tienda del contacto que Pedro López le había ofrecido, comprar algo de comer o directamente recoger las cosas y largarse de allí. El sonido del móvil le había sacado de la meditación.

—¿Has llegado bien?

Lo último que necesitaba era la voz de Juan Álvarez de Mendoza preguntándole si había llegado bien. Respiró y dibujó una sonrisa que solo podía apreciar la soledad que la acompañaba, pero que intuía que su padre podría adivinar si no lo hacía.

—Todo bien. El lugar es perfecto.

Le aseguró que aún no había tenido tiempo de ver al contacto que su profesor le había dado. ¿Para qué decir la verdad? Si finalmente se daba media vuelta y decidía abandonar todo, ya tendría la oportunidad de buscar una excusa para que el exitoso arquitecto no volviera a sentirse defraudado por el único retoño que la vida le había

querido ofrecer. Regalar, más bien, había pensado, porque, si hubiera tenido que elegir, seguramente que a su padre no le habría importado invertir parte de su fortuna en obtener un vástago a las alturas tanto de sus aspiraciones como de su apellido.

Había asentido con un par de monosílabos a las afirmaciones al otro lado del teléfono prometiéndole llamarle pronto y había dejado que sus pensamientos se difuminaran en el azul brillante de aquella conquista del mar sobre la tierra. Una porción limitada de la inmensidad de un océano que siempre le había fascinado desde niña. Los pensamientos habían dado lugar a los recuerdos que había mantenido en silencio durante demasiados años bajo una capa de cordura y frialdad, pero en aquel instante, mientras sus ojos se perdían en un horizonte tan intenso, pudo volver a escuchar la voz de su madre mientras la sujetaba de la mano para que venciera a las olas que pretendían hacerla desistir del baño. Risas y rostros de otro tiempo que había sido tan breve como la infancia que había tenido. Momentos que se apilaban en una caja, no demasiado grande, en el fondo de su armario. En forma de imágenes y fotografías de las que solo quedaba el año en el que habían sido tomadas anotado por la cara posterior. Como una advertencia de que el olvido está más cerca de lo que uno imagina.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —preguntó mientras observaba cómo les servían la bebida.

—Nadie ha dicho que haya cambiado de opinión. Tenía curiosidad.

Alejandra dibujó una sonrisa de incredulidad en la cara y apagó el cigarrillo contra el cenicero al tiempo que el camarero les apartaba las copas para dejar espacio a la comida.

—Zamburiñas y el pulpo —les explicó mientras acomodaba los platos en la reducida superficie.

Habían ocupado una mesa en la terraza de un local tan denostado como apetitoso. Se había fijado en el nombre que colgaba de la puerta. O Porto, ‘El Puerto’. Un local que debía tener tantos años como las casas antiguas que había alrededor. Casas de poca altura y algún bloque de viviendas de apenas cuatro pisos que rompía la estética de la calle. De los comercios, la mayor parte eran tabernas o restaurantes, pero aquel al que Roberto Brea le había conducido era de los que aparentaban más edad.

—¿Me ha seguido? —le había preguntado al sorprenderle mientras colgaba la llamada con su padre.

—Este sitio es pequeño. No me ha sido difícil encontrarla.

Después le había pedido que le acompañara a comer algo.

—No he sido demasiado educado con usted antes, señorita Álvarez —dijo a modo de disculpa.

Alejandra había omitido confirmar la afirmación que había lanzado el profesor y había permanecido en silencio mientras caminaban paralelos al mar.

—La naturaleza era esencial en la forma de entender la vida de esos pueblos.

Brea se detuvo y desvió su mirada hacia el agua que fluía ajena a las preocupaciones cotidianas. Un testigo mudo, tan cambiante y a la misma vez tan perenne. Capaz de abarcar en su edad ignota millones de instantes grabados.

—Desconocemos mucho todavía de ellos. Nos quedan vestigios grabados en la roca, términos que asumimos como costumbres que no sabemos de dónde proceden, restos materiales incompletos, leyendas, lugares, nombres, pero apenas hemos vislumbrado lo que fueron. Qué sentían, qué pensaban. Esos ritos que nos dejaron grabados en la cerámica. Las supersticiones que llevamos en la memoria colectiva y que seguimos celebrando. La idiosincrasia que hemos adquirido por defecto sin preguntar. Hay demasiado por descubrir aún.

Se giró hacia Alejandra, que le escuchaba en silencio. La observó como quien observa a alguien por primera vez dándole una nueva oportunidad.

—Lo demás está escrito. Yo no puedo contarle mucho más de lo que podría encontrar en cualquier manual de historia. Usted es quien debe unir los puntos, seguir las pistas y encontrar lo que está buscando más allá de unos datos históricos.

Encaminó de nuevo sus pasos, y ella se mantuvo a su lado en silencio asimilando lo que acababa de escuchar.

—Pero todo eso ya lo sabía antes de venir hasta aquí, ¿verdad? Vayamos a comer.

Saboreó el vino con cautela en el paladar. Vertiéndolo entre los dientes mientras acariciaba la lengua, notando cómo se calentaba al contacto con la temperatura de su cuerpo. Aguardó unos segundos y lo dejó deslizarse lentamente por la garganta. Su primer pensamiento fue para su padre. Exquisito. Aquel sitio le habría gustado a pesar de la apariencia.

—¿Dónde te quedas?

Levantó la vista que se había perdido en la duda en no saber si elegir entre el pulpo o las zamburiñas. Se decantó por el primero.

—Aquí. He alquilado una casa pequeña pero en el interior.

Roberto Brea se apoyó contra el respaldo de la silla y dejó que la vista vagara observando los rostros conocidos que transcurrían con la tranquilidad propia de aquel lugar. Pensó en cómo la vida puede cambiar en tan poco tiempo. A veces en unos meses, unas semanas o días. O, en su caso, en apenas unos segundos. Repasó la conversación que había tenido esa misma mañana en la comisaría. La culpabilidad se cernía sobre su cabeza como una guillotina bien engrasada a punto de ejecutar la sentencia. No había más sospechosos. No los habían buscado y con razón. ¿Quién con más ganas que él querría acabar con la vida de ese desgraciado?

—Parece un pueblo bastante tranquilo —retomó a la conversación cuando las palabras de Alejandra rompieron el silencio.

Rellenó las copas de nuevo y entrecerró apenas los ojos escudriñándola con atención.

—Hay que temer los lugares tranquilos. Son los que más secretos guardan.

Capítulo 12

Octubre. Dos años antes

Octubre se había destacado por la lluvia. No era algo extraño que los otoños se caracterizaran por el viento y las tormentas, pero el de aquel año prometía batir el número de días consecutivos sin dejar de llover desde 1956.

Roberto Brea condujo con cuidado los últimos cinco kilómetros que separaban la zona costera de Os Torres de la parte interior. El viejo Mercedes protestó al tomar la última curva y enfrentar la cuesta que le llevaría hasta los límites del pueblo para encarar el camino hacia su casa.

—No te quejes, que yo te trato mejor que el viejo —le habló al vehículo mientras dibujaba una sonrisa en la cara al recordar a su padre.

A sus cuarenta y tres años, hacía ya más de tres que había dejado una carrera demasiado prometedora en la capital para mudarse al norte como última solución para salvar un matrimonio que no pasaba por sus mejores momentos. Al principio, Paola parecía haberse animado con aquel cambio de aires. Volver a su tierra, a su pueblo natal. Recordar su infancia y su juventud y encontrarse de nuevo con sus viejas amistades le habían devuelto algo de calma y parecía más alegre. Le apetecía salir. Disfrutaba con los paseos y con las cenas al aire libre. Incluso se había mostrado totalmente entusiasmada con la tienda cuando habían decidido abrirla. Más por estar ocupados que por necesidad, pues el padre de Roberto le había dejado una buena herencia cuando había fallecido unos cinco años atrás, además de aquel viejo Mercedes que ahora rugía deseoso de llegar a su destino.

Sonaron The Doors en la radio con el viejo tema de *Light my fire* en el instante en que los faros del vehículo iluminaron la casa unifamiliar delante de él. Una herencia de su mujer. Una casa de dos plantas y buhardilla, construida originalmente en piedra y madera. Nada más llegar, había insistido en reformar la instalación eléctrica y la fontanería para ahorrarse dolores de cabeza durante el invierno. Demasiados años cerrada y sin nadie que se hubiera preocupado en cuidarla durante ese tiempo. La estructura interior la habían mantenido tal y como estaba originalmente, a excepción de la cocina, que habían ampliado y dotado con todas las comodidades modernas.

Pero su lugar preferido de la casa era la buhardilla. Un lugar que,

a pesar de haber renovado, parecía mantener el tiempo en una pausa. Escondido entre vigas de madera que cruzaban el techo. Como un habitante más de aquel lugar que conociera todos los secretos que nadie hubiera contado. Se había enamorado de ella nada más verla y había invertido un gran esfuerzo en hacer de aquel sitio un rincón para sus libros, su ordenador y los objetos que, o por valor, o por apego, no quería poner a la venta. Algo que Paola no le había negado sabiendo el sacrificio que había resultado para él dejar atrás la universidad y una carrera tan prometedora.

El sonido de la naturaleza ocupó el espacio que antes había sido de The Doors. No había sido sencillo, para una persona de ciudad como él, adaptarse a un hábitat tan diferente al que estaba acostumbrado. Tenía que reconocer que, a pesar del tiempo que llevaban allí, aún le costaba conciliar el sueño por las noches debido al silencio ensordecedor que insistía en colarse entre los pensamientos que a veces le asaltaban. Pensamientos que se mantenían en una especie de olvido consciente cuando llegaba el día, pero que volvían con insana recurrencia a atormentar los minutos antes de dormir.

Aquella noche, la oscuridad y la ausencia le recibieron. Encendió las luces del salón y la cocina para descubrir que Paola no estaba allí. Subió hacia las habitaciones y comprobó que no había rastro de su mujer por ningún lado. Aquello le extrañó en la misma medida que comenzó a preocuparle. Habían comido juntos y no le había dicho que pensara salir aquella tarde. Además, hasta el pueblo había una buena tirada y con la noche que hacía no se la imaginaba caminando bajo la lluvia sin un motivo más que justificado. Y, si hubiera sido así, le habría llamado por teléfono. ¿Dónde estaba?

Subió la escalera hasta la buhardilla con ansiedad para descubrir lo que ya intuía. Tampoco se encontraba allí. Giró sobre sí mismo, como si aquel gesto fuera capaz de desvelarle el paradero de su mujer. Aunque en el fondo, después de tanto tiempo, podía intuirlo sin dejar mucho margen al error.

Capítulo 13

Lunes, 25 de junio

—Jesús Lago. Cuarenta y tres años. Promotor y empresario de la zona. Es dueño de la conservera Familia Lago, además de una inmobiliaria que adquirió en los tiempos de la crisis y que estaba a punto de quebrar. Es un tiburón. Vio la oportunidad y la aprovechó para apretar las tuercas del antiguo dueño. Un hombre ya mayor que no tenía hijos y que había visto cómo el negocio se le venía abajo. Es un tío con visión. Poco a poco, fue adquiriendo un poco de allí y un poco de aquí, y ahora tiene una de las constructoras más grandes de la zona.

—¿Es el que lleva el proyecto de las casas junto a la carretera? —Méndez recordó que hacía poco había visto el anuncio de la promoción.

Le había sorprendido el precio de salida de las viviendas. Aquella zona no se cotizaba tan al alza. Había pensado que la mayor parte de las casas se quedarían por vender. Demasiado caras, además de no estar en una situación muy privilegiada. Eso sí, tenía que reconocer que las imágenes tenían buena pinta.

—Sí. —Vidal asintió—. Las vendió en menos que canta un gallo. Va a ganar una fortuna con ellas.

—Hay gente que tiene suerte. —Méndez volvió a observar cómo el paisaje iba cambiando. Los edificios adyacentes al puerto se convirtieron en protagonistas y fijó sus ojos en el cartel que les anunciaba que entraban en la propiedad de Familia Lago.

—Hay gente que compra la suerte —apuntilló Vidal mientras detenía el coche en la zona habilitada para invitados.

La fábrica de conservas era la joya de la sociedad que Joaquín Lago había montado en los años cincuenta. Había heredado el negocio de su padre, que a la vez se había encargado de continuar con la tradición familiar de vender conservas caseras. El atún siempre había sido el producto más característico de la familia Lago. Posteriormente, el negocio había crecido como lo había hecho la demanda del mercado, ajustándose a la legislación sanitaria y alimenticia hasta convertirse en una sociedad anónima cuyo único socio y administrador era Jesús Lago.

—Le compró la parte que le correspondía a sus dos hermanas. Es una sanguijuela capaz de sangrar a su familia en beneficio propio. Todo por el dinero. A cambio, les ofreció un par de terrenos un poco más hacia el norte. Al interior. Nada que ver con lo que dejaron de ganar al salirse del negocio. Pero no se llevaban bien entre ellos.

Méndez estiró la última calada de su cigarrillo y siguió pensando en lo que Vidal le había contado. El tal Lago era una buena pieza. De esos había conocido a bastantes durante su vida.

—Luego vino todo el tema de la inmobiliaria y la promotora. El tío tiene visión y tiene suerte, he de reconocerlo. Aunque también, mucho dinero. Parte heredado y parte que se ha encargado de crear con sus propias manos.

—¿Y de lo de las drogas que ha comentado la chica?

Vidal se encogió de hombros.

—No sé. Ya sabes cómo va esto. Siempre que hay dinero, hay envidias y rumores.

Méndez asintió con la cabeza antes de lanzar la siguiente pregunta:

—¿Tiene familia? ¿Está casado?

Vidal observó cómo el cigarrillo moría bajo el zapato del inspector.

—Laura Peña. Cuarenta años. Tienen un hijo en común, Jesús, de diez. Ella no es de por aquí. La conoció en México cuando fue para ver si podía extender el imperio de las conservas al otro lado del océano.

Méndez admiró la fachada de ladrillo visto. Espléndida. La construcción era visible desde la carretera y el edificio, un símbolo de Os Torres. Visualmente dividida en tres partes, la principal era la que daba acceso a la parte destinada a oficinas. Se levantaba dos alturas más, diferenciándose de las demás. En la de los laterales, de una sola planta, era donde se llevaban a cabo las tareas de fabricación de las conservas. Buscó refugio para sus manos en los bolsillos de la chaqueta mientras seguía a Vidal hacia la puerta.

—Pasen, caballeros.

Entraron bajo la inquisitiva mirada de un Jesús Lago que parecía

que les había estado esperando. El despacho era amplio y contaba con un ventanal que ofrecía una vista de la parte frontal de la fábrica. Desde aquella altura, se observaba el puerto de Os Torres. Méndez tuvo que admitir que, a pesar de que la estancia pareciera sobriamente decorada, no había renunciado al lujo, más bien al contrario. Una amplia mesa de cristal le servía como escritorio. Encima de ella descansaba el ordenador de última generación, dos agendas de piel, una marrón y la otra de tapas negras y algunos documentos, ordenados con pulcritud en carpetas de colores. Detrás, una estantería en madera oscura con varias fotografías familiares y algunos libros. Una miniatura de un antiguo pesquero ocupaba la parte principal y era visible desde varios ángulos. Estaba claro que el dueño lo había querido mantener en aquel lugar como guiño a la historia de su propia familia.

Jesús Lago los invitó a sentarse y él hizo lo propio al otro lado de la mesa. Vidal carraspeó mientras se erguía en una postura poco natural. Se notaba que no estaba relajado en aquel ambiente o que el anfitrión le intimidaba lo suficiente como para no sentirse cómodo.

—Señor Lago —Méndez decidió tomar la palabra antes de que lo hiciera su compañero. Aquel hombre podía ser un aliado o convertirse en el peor enemigo si no jugaban bien las cartas.

—Por favor, llámenme Jesús. —Sonrió mostrando una dentadura perfecta.

Era alto. De hombros anchos y cintura estrecha. El traje de algodón en color *beige* de corte clásico hecho a medida ya le había indicado que era de los que se ejercitaba de forma continuada. Méndez le observó con detenimiento mientras su cerebro analizaba la imagen de empresario de éxito sacada de la mejor portada de cualquier revista de negocios. «Va vestido para el *Times*». El pensamiento le asaltó y le trajo algunos recuerdos confusos a la memoria. Mantuvo la mirada fija en el rostro atractivo. Mandíbula fuerte y frente amplia. El pelo castaño oscuro, cortado en un estilo juvenil, le quitaba algunos años que no pasaban desapercibidos si uno se fijaba con detalle en las arrugas que ya empezaba a mostrar alrededor de los ojos. Unos ojos oscuros, de los que discernía un brillo de suspicacia e inteligencia.

—Señor Lago —Méndez obvió la solicitud del tuteo como muestra de decisión propia y autoridad en aquel momento—. Creo que sabe que estamos aquí por el asunto del chico.

La sonrisa del empresario desapareció como anuncio de un dolor que no sentía. Los labios finos, obligados por el gesto de hospitalidad indeseada, volvieron a un grosor normal ocultando los dientes blanqueados de forma tan artificial como química.

—¡Ah!, comprendo. —Los ojos se desviaron hacia el ventanal que adornaba la pared lateral y buscó durante unos segundos las palabras adecuadas—. Ha sido una desgracia. Un chico tan joven.

Méndez continuó sin permitirle añadir más adornos a un lástima que se notaba que no sentía.

—Carmen Puerto, su madre, lleva trabajando en la fábrica desde hace bastantes años según tenemos entendido. Según nos ha dicho, ese sábado tenía turno de tarde. Se trata de una comprobación rutinaria.

Jesús Lago asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Todo lo que necesiten. Le pediré a mi secretaria que les facilite toda la información.

Había vuelto al usted al comprobar que Méndez no había caído en la invitación del tuteo. Pasó sus ojos del inspector a Vidal.

—¿Conocía a Carlos Fernández? —Méndez soltó la pregunta, y el empresario se giró de nuevo hacia el inspector.

—¿Quién?

Dos segundos de duda. Uno que se materializó en el brillo de los ojos y otro en la tensión que recorrió las manos que Jesús Lago apoyaba con tranquilidad en la rodilla de la pierna derecha, la que mantenía cruzada sobre la otra para mostrar imagen de distensión.

—El chico que ha fallecido, señor Lago. Carlos Fernández Puerto. ¿Le conocía? ¿Le había visto alguna vez?

La mirada del empresario repitió el gesto inconsciente del principio de la conversación y se paseó por el ventanal unos instantes.

—No creo, inspector, pero no le voy a mentir y decirle que estoy seguro. Es posible que alguna vez haya estado aquí.

Se impulsó del sillón incorporándose y se apoyó en el borde de la mesa mientras con la mirada recorría el despacho como si fuera la primera vez que lo veía.

—Tenga en cuenta que somos una empresa familiar. Nos gusta fomentar la conciliación personal de nuestros empleados. Tenemos días de la familia donde pueden venir a visitar las instalaciones. Padres, madres, hijos, hermanos.

Caminó por la sala al tiempo que vendía las bondades de trabajar para la empresa Lago.

—Fiesta en Navidad y en el día de la Virgen, en julio. El año pasado celebramos una rifa benéfica para la ayuda del comedor social.

Se volvió hacia ellos de nuevo dibujando un gesto de sinceridad fingida.

—No puedo decirles si alguna vez le he visto. Si conocía al chico o no. Como verán, por aquí pasa mucha gente. Si no necesitan más, tengo una reunión dentro de unos minutos.

Vidal se levantó con rapidez, y Méndez lo hizo con más calma. Se abrochó la chaqueta.

—Le agradecemos su tiempo, señor Lago. Si recuerda cualquier cosa con relación a Carlos Fernández, póngase en contacto con nosotros —le pidió al tiempo que alargaba una tarjeta de visita con el número de teléfono. El empresario la cogió sin mirarla para esconderla en el bolsillo de la chaqueta.

—Por supuesto, inspector. Le diré a mi secretaria que les facilite toda la información que necesiten. Estamos para ayudarles a encontrar al culpable de esta desgracia lo antes posible.

Méndez hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y siguió a Vidal hacia la puerta con la seguridad de que se llevaba más preguntas de las que habían traído consigo.

Capítulo 14

Lunes, 25 de junio

Abrió la puerta con precipitación. Se había empapado literalmente mientras perdía parte de la tarde recorriendo el pueblo. El aguacero la había pillado tan desprevenida como la visita guiada que Roberto Brea le había ofrecido de Os Torres.

Había admirado la dualidad que poseía aquel lugar. Por un lado, el mar. Inmenso, infinito, donde la mirada podía perderse durante minutos, horas o días buscando un horizonte que sabía que no encontraría tras aquel azul que se mezclaba de forma consciente con el de un cielo nítido. Plagado de nubes de distintas tonalidades. Entre el blanco y el gris, incluso rozando la oscuridad que anuncia una tormenta. En cierto modo, deseada, ansiada, pero que, por otro lado, había roto el magnetismo de un encuentro tan fortuito como provocado.

—Las costumbres de este tipo de lugares se remontan hasta tiempos donde solo las medias verdades pasan de boca a boca. ¡¿Quién sabe lo que hay de verdad en el origen de estos pueblos?! —Roberto Brea había lanzado un discurso propio de cualquier comienzo de curso en la facultad.

Habían terminado de comer en O Porto y él le había sugerido un paseo. Tampoco le apetecía abrir la tienda por la tarde. Ella se lo había preguntado. No quería sentirse responsable de que perdiera parte de las ventas de aquella tarde después de haber pagado la comida, pero él lo había negado con un «no hay mucho turista en este tiempo».

Sabía que, en el fondo, lo que subyacía era la necesidad urgente de alejarse de lo que había pasado esa misma mañana en la comisaría, el interrogatorio al que había acudido sereno; reafirmado en que era posible que hubiera tenido un motivo para matar, pero que eso no era una prueba fehaciente para que lo hubiera hecho. Había sentido la adrenalina recorrer su cuerpo mientras se enfrentaba a un oponente tan inteligente y silencioso como el inspector Méndez. Además, sentía una extraña curiosidad por Alejandra. Nunca había sido un hombre de juicios prematuros hacia los otros. Eso se lo habían enseñado los más de diez años como profesor y aquella mañana había roto con una costumbre que tenía adquirida desde hacía tiempo. Le había reprochado silenciosamente aparecer en el momento más inoportuno,

como una alumna recién llegada para recibir una lección de la que ni él ni nadie fueran expertos. Una especie de reto. O quizás también cierta culpa por haberla juzgado, como ella había dicho, solamente por un aspecto tan externo como artificial. Aun así, aquella tarde, lo que menos deseaba era volver a la soledad de su tienda. Enfrascado en una lectura que sabía que no iba a ser productiva, sino más bien al contrario. Las letras se hubieran quedado nadando en el vacío de su propia atención, en su cabeza, sin ser asimiladas. Como el cadáver que había aparecido el día anterior flotando cerca del faro. Un cuerpo sin vida, moviéndose al compás de las olas, del empuje del mar. Atraído hacia la tierra. Hacia su propio cementerio de conchas.

Habían recorrido los dos kilómetros del paseo que separaba el restaurante del puerto. Una calle amplia, peatonal, a través de la cual discurría una balaustrada de piedra con pequeñas columnas dóricas desgastadas por la acción del agua. El puerto se dibujaba como la terminación de aquella avenida. En forma de L, a la entrada se anunciaban las restricciones para su acceso, solo permitido a los propietarios de las embarcaciones. Las que amarradas se movían al ritmo de una marea que presagiaba una tarde poco tranquila. Una mezcla de colores, más brillantes si cabe por la falta de luz natural. El sol jugaba al escondite entre las nubes. Y, con su ausencia, el viento traía un olor desconocido, un olor a mar embravecido, a tierra mojada y a tonalidades que hacían más nítida una realidad más que imposible hacía apenas un par de horas.

Se detuvieron junto al cartel de advertencia.

—Este lugar es diferente. Hay una dualidad entre el mar y el bosque. Una simbiosis perfecta —las palabras de Brea rompieron el silencio que se había formado entre ambos. Admiró cómo las olas se embravecían animadas por las nubes que procedían de alta mar.

Lo había notado nada más llegar a Os Torres. Un pueblo completamente diferente al que hubiera imaginado antes de llegar, ubicado en el desnivel de un monte que moría a la orilla del mar. Situado en el suroeste de la provincia de Pontevedra, le había descubierto la posibilidad de que dos enclaves tan distintos pudieran coexistir formando una unidad casi perfecta. El término municipal en forma de U comenzaba y acababa junto a la carretera comarcal en la parte más elevada del terreno. Ahora comprendía la razón por la que Rosa le había avisado de que no estaba cerca de la playa. Lo poco que había admirado era que la mayor parte del aquella costa era rocosa. Acantilados rugosos que separaban el azul del mar con el verdor de un terreno que animaba la vida. Una belleza tan virgen y salvaje como

silenciosa.

Dejó que la brisa se enredara entre su pelo y siguió con la mirada perdida en el azul cada vez más añil que insistía en teñir el mar. La voz dura y seca de Roberto llegó a sus oídos de nuevo:

—Celtas, íberos, sumerios, todos alababan la naturaleza. Conocían su poder, temían su temperamento, respetaban la fuerza de los elementos. Basaron su cultura en la propia esencia de la vida. La muerte, el dolor, el sexo. Sus dioses, su religión. Observaban el cielo, la propia natura, los elementos básicos. Los hicieron parte de ellos. El agua, la tierra, el aire. Los deseos, las virtudes y los defectos propios de los seres humanos se le atribuyeron posteriormente a una serie de divinidades humanizadas. Un reflejo del hombre. Un panteón de dioses imperfectos, y se abandonó el equilibrio que siempre había sido la base de una religión ligada a la propia naturaleza y al propio ser humano.

Alejandra se volvió hacia él con cierto brillo de ironía y reproche en los ojos.

—Antropomorfismo en algunas ocasiones. Teriomorfismo en otras —se detuvo mientras observaba la sonrisa aparecer en los labios de Roberto Brea—. Muy homérico, profesor, pero la naturaleza es orden y caos. El equilibrio siempre estuvo en la lucha de poder entre unos y otros.

Brea ensanchó más la mueca de los labios y desvió la vista para mover la cabeza en señal afirmativa, sorprendido en cierto modo por la respuesta inteligente de una alumna precoz. La volvió a observar mientras ella dejaba que su mirada se perdiera de nuevo en el océano.

—Eso sí, no hay que olvidar que, a pesar de todo, siempre las fuerzas se equilibraban. El bien contra el mal. Una guerra tan eterna como imposible —continuó ella.

Él quedó a su lado. Dejó que la vista le embriagara una vez más, como si fuera la primera vez que veía el horizonte en una línea entre el océano y el mar.

—*Iustitiae* —apostilló ella a su declaración.

—Justicia —confirmó Roberto.

Se había empapado literalmente mientras volvía hacia el interior del pueblo después de haberse despedido, con cierta reticencia, del

profesor. No había querido abusar más de su tiempo, aunque él hubiera insistido en que no era molestia. Aun así, seguía incómoda por la presentación de esa misma mañana, cierta incomodidad que podía adivinar en Roberto Brea, aunque hubiera querido borrarla invitándola a comer.

Entró en la pequeña casa y se aseguró de cerrar la puerta con las dos vueltas de llave que le había indicado Rosa el día anterior. «Hija, también hay una cadenita de esas por si quieres abrir la puerta, pero no del todo», le había dicho la buena señora. En aquel momento, había sonreído al saber que la máxima preocupación de la mujer era que una chica como ella se alojara sola en aquel lugar y que no dormiría tranquila a menos que ella le dijera que sí, que la echaría cada noche.

Se quitó las zapatillas de un puntapié y las arrojó a un lado de la entrada mientras se dirigía hacia el salón para soltar el bolso con prisa. Se deshizo de los calcetines al tiempo que sus manos buscaban el dobladillo de la camiseta para tirar de ella con fuerza. De un tirón, la sacó por la cabeza para terminar en el mismo lugar que el bolso. Los vaqueros fueron los que más se resistieron a abandonar su piel. Empapados, insistieron en seguir adheridos a su cuerpo hasta que, después de dos maldiciones, más de tres palabras malsonantes de esas que le hubiera reprendido su padre y unos tirones del bajo de los pantalones, se unieron al montón de ropa mojada.

«Hay una dualidad en todo —recordó las palabras de Brea mientras el agua de la ducha se volvía lo suficientemente caliente para dejar que corriera por su piel—. El bien y el mal. Nosotros somos los que malinterpretamos la historia. Los juzgamos sin comprender que ellos vivían según sus costumbres. Su historia. También nos llamarán bárbaros a nosotros cuando nos miren dentro de varios siglos».

No habían fijado una cita para volverse a ver. Ella tampoco había querido insistir a pesar de la amabilidad de él y de haber intercambiado los números de teléfono como gesto educado. Sabía que su visita de esa mañana no había sido bien acogida y era posible que la invitación posterior y el paseo se hubieran debido más a no disgustar a Pedro López si se enteraba de que el favor que le había pedido había sido despedido de malas formas.

La intuición inicial de que aquella idea no había sido buena volvió a tomar forma en su cabeza. Ahora solo le quedaba barajar dos opciones, o permanecer en Os Torres e intentar sacar algo de la chistera, o volverse a Madrid con el rabo entre las piernas y confesar

delante de su editor que no tenía nada. Que se olvidara de un próximo libro para Navidad.

Lo supo cuando abrió la nevera. Su intención de pasarse por una tienda o un supermercado para aprovisionarse de algo que echarse a la boca se había quedado en eso, una intención, como casi todo últimamente. Suspiró y escuchó cómo la lluvia seguía cayendo, aunque con menos intensidad, y miró el reloj. Si se daba prisa, todavía podría encontrar algo abierto. Había visto una gasolinera a la entrada del pueblo de las que tenían tienda y cafetería. Se enfundó en unos vaqueros secos y otra camiseta, y cogió el chubasquero que, como única buena decisión por el momento, había decidido echar en la maleta y recogió las llaves del coche.

«Una dualidad».

La palabra volvió a su mente de nuevo como recuerdo de la conversación mientras enfilaba el camino hasta la carretera. El viejo Volkswagen se quejó, pero aguantó bien el tramo de tierra que poco a poco se había ido convirtiendo en barro. Sonrió al pensar en lo que le diría su padre si estuviera allí con ella en ese momento. Botando sobre el asiento mientras la amortiguación resonaba con cada bache. «Deberías cambiar el coche. Si es por dinero, sabes que puedes pedirme lo que necesites». ¿Cuántas veces le había soltado aquello? Y ella siempre le había dado la misma respuesta: «Por ahora el coche va fenomenal, papá. Gracias. No quiero cambiarlo». Entonces, él fruncía el ceño y le salían aquellas arrugas en la frente. Un par de surcos. Uno el que llamaba de la obstinación y el otro, el de la frustración. Pero no insistía.

Aceleró al notar que el terreno cambiaba y que la tierra desaparecía para dar paso a la seguridad del asfalto mientras la lluvia se hacía más intensa. «Tendré que comprar también un jodido paraguas», pensó mientras se alejaba por la calle en dirección hacia la carretera.

«Una dualidad».

Una dualidad en todo. Como en la vida. Blanco y negro. Noche y día. Verano e invierno. Vida y muerte. Una dualidad en todo. Amor y odio.

Reaccionó a tiempo y el coche se quedó clavado en medio de la carretera. Notó el corazón desbocado queriendo salirse por la boca mientras observaba la figura delante de ella. Tardó unos segundos en

reaccionar antes de abrir la puerta y bajarse.

—¡¿Está loco?! ¡¿Qué hace en medio de la carretera con la que está cayendo?! —gritó para hacerse oír por encima de la lluvia.

La silueta se giró y pudo apreciar bien el rostro conocido bajo la capucha del chubasquero verde oscuro. Sujetaba con fuerza el manillar de la bicicleta en la que iba montado, pero su rostro no disimulaba la palidez del susto que aún tenía en el cuerpo.

—¿Raúl? —Se acercó hasta él y reconoció al sobrino de Rosa—. ¿Estás bien?

Le vio asentir en silencio mientras intentaba recomponerse.

Observó con cautela a su alrededor mientras su anfitriona insistía en que tomara asiento.

—Déjeme ayudarla —le pidió mientras recogía los platos y los colocaba encima de la mesa.

Había accedido a quedarse a cenar en su casa después del susto que el chico se había llevado en la carretera. Habían cargado la bicicleta en el asiento posterior y habían llegado prácticamente empapados.

—Le tengo dicho que no debería ir en bicicleta por la carretera. Y menos un día como hoy, ¡con la que está cayendo! Si ya se veía venir desde esta mañana. El mar traía las nubes. No sé qué narices tenías que hacer. —Se volvió hacia la cocina y apagó el fuego—. Anda, sube a avisar a tu hermano, que debe estar con la música.

La casa no era excesivamente grande. El tamaño se ajustaba a lo que debía haber sido una vida de dos. Sin más expectativas de recibir las visitas de aquellos que nunca se quedaban mucho más de un rato. Muebles antiguos pero bien cuidados. La escalera de madera robusta, rojiza, nacía del espacio invisible que separaba el salón de la cocina. Daba acceso a la planta superior. Raúl desapareció por ella.

—¿Su hermano? —Alejandra siguió a Rosa hacia el comedor.

—Sí. Ellos viven conmigo desde que su madre murió hace un par de años. Mi sobrina. Su padre se largó cuando eran pequeños. Decía que no se sentía capaz de cuidarlos. Menudo granuja —añadió bajando la voz por si ellos lo escuchaban—. No tuvo reparos en desaparecer de la noche a la mañana. Menos mal que su madre nos

tenía a mi marido y a mí, y tuvo el coraje de sacarlos adelante ella sola.

—Y, cuando murió ella, se quedaron aquí. Con usted.

La mujer asintió con la cabeza.

—Son buenos chicos. Luis un poco más problemático, pero también es la edad que tiene. Raúl, en cambio, siempre fue muy responsable. Le gusta mucho estudiar. Hasta se apunta a cualquier curso de esos de verano que a veces ofrecen. Hay días que marcha por la mañana y vuelve rápido para ir al trabajo.

Calló al escuchar los pasos de los chicos bajar por las escaleras. Raúl apareció en el salón seguido del joven que había visto el día que había llegado a Os Torres. Luis, su hermano.

—Este es Luis —le presentó—. Ella es Alejandra.

El adolescente soltó un «hola» desafinado por los labios y se sentó a la mesa, ajeno prácticamente a su presencia. Más bajo que su hermano, ambos compartía la misma estructura delgada, aún precoz en la formación de un cuerpo adulto. Las diferencias eran, quizás, más significativas. El pelo oscuro del mayor contrastaba con el tono pajizo del joven, así como el rostro, más ovalado, más dulce en la forma de un contorno que parecía querer no abandonar una infancia que había desaparecido hacía ya años.

—¿Y tú, niña, qué se supone que hacías a esa hora por la carretera con este tiempo?

Rosa le indicó que se sentara a la mesa. El olor del guiso se coló por su nariz e inundó el salón. Raúl la imitó sentándose junto a su hermano.

—Se me pasó comprar algo para cenar esta tarde. Me entretuve demasiado en el pueblo y luego me pilló la lluvia.

—¿Encontraste la tienda? —El chico la observó por encima de la cuchara.

Asintió mientras probaba el guiso. Delicioso. Había comido en varias ocasiones caldereta de pescado, pero tuvo que reconocer que aquella superaba con creces a las anteriores. Dejó que sus papilas gustativas disfrutaran del sabor y agradeció el calor de la comida.

El día anterior, el chico le había indicado dónde encontrar a Roberto Brea en el pueblo. «Una librería de esas que tiene de todo», había resumido mientras le apuntaba la dirección.

—Tenga cuidado con ese hombre, señorita Álvarez. —Rosa levantó la mirada de su plato y la fijó en ella. Insistía en llamarla por su apellido.

—Llámeme Alejandra, por favor —insistió por enésima vez—. ¿Y por qué debería tener cuidado con Brea?

Un trémulo destello de advertencia apareció en los ojos de la anciana, pero fue el pequeño de los dos hermanos el que pareció reaccionar al escuchar el apellido en la pregunta de Alejandra. Levantó la vista de su plato y la taladró sin piedad a través su mirada oscura y escupió la respuesta velada:

—Dicen que ha matado a alguien.

Capítulo 15

Octubre. Dos años antes

—¡No puede pasar, señor Brea! —la enfermera insistió por enésima vez mientras intentaba resguardar la zona restringida de la urgencia de aquel hombre por ver a su mujer. La ayuda de otra compañera y de un médico, que se había acercado al escuchar la discusión, le hicieron ganar la batalla.

Acompañó al hombre hasta la sala de espera, vacía a esa hora, y le aseguró que, en cuanto tuvieran noticias, vendrían a buscarle. Por ahora, debería tener paciencia. Esperar era la única opción.

El olor estéril de la habitación se mezcló con la blanquecina luz que emitían los focos del techo. Fuera, la lluvia rugía. Y el cielo se había convertido en un oscuro presagio desde primera hora de la tarde. Como si supiera lo que iba a suceder. Anticipando la desgracia de una vida anónima. Degollando con contundencia un futuro que no había sido planeado.

Roberto Brea se hundió en el asiento de plástico y metal, y deslizó la cabeza ocultándola entre las manos. Los dedos se enredaron en el cabello fuerte. Aferrándose a él como si fuera una lancha salvavidas. Una salida a aquella situación tan bizarra como desesperada. Levantó la vista y se cruzó con la mirada de la soledad de aquella sala. Nunca había habido nadie. Nunca hubo nadie. Nunca hubo nada.

La llamada desde el mismo servicio de urgencias donde ahora esperaba se había producido apenas media hora antes. No recordaba haber hecho el trayecto desde su casa hasta el hospital. Todos los recuerdos desde que la había recibido habían quedado recubiertos por el sonido de la voz metálica y ausente de empatía de alguien que estaba acostumbrado a dar este tipo de noticias con frecuencia.

Había querido preguntar, pero solo le habían repetido que su mujer había ingresado en urgencias del hospital a las nueve y treinta de esa misma noche y le rogaban que acudiera lo antes posible. «Accidente» era la palabra a la que echar la culpa ante su insistencia, pero nadie le había dado más explicaciones.

Cuando intentaba recordar esos días, todo aparecía desdibujado bajo la neblina del dolor. Como si aquello hubiera sucedido en otra vida. En otro tiempo del cual apenas quedara nada más que algunas fotografías perdidas entre los cajones de su escritorio. Recuerdos que

aún se escondían en el fondo del armario porque no quería deshacerse de ellos. Aniversarios que ya había dejado de anotar en el calendario que tenía colgado en la pared de la cocina. Fechas que se habían convertido en olvidos casi permanentes a excepción del día en el que había que celebrarlos. Y en el día anterior y posterior. Como heridas que nunca se habían cerrado del todo. Cicatrices que duelen cuando va a cambiar el tiempo. Que molestan bajo la piel de un presente al que ya no pertenecen, pero que insisten en mantenerse en su propio letargo. Aguardando a que las defensas del alma estuvieran bajas para renacer con fuerza. Para gritar que siempre estarían ahí. Que no eran las respuestas lo que martirizaba el silencio y el insomnio de cada una de sus noches. Eran las preguntas que no se había atrevido a contestar las que pesaban sobre su conciencia. A sabiendas de que la respuesta peor suele ser la más acertada en este caso.

Después de un año y medio de ausencia y ocho de casados, Roberto Brea tenía que aceptar que nunca había conocido realmente a su mujer.

Lo supo aquella noche cuando el accidente pasó a denominarse atropello mortal. Cuando el lugar le resultó tan extraño como las intenciones de Paola de transitar por un camino tan ajeno a sus propias costumbres como en el que se había visto de cara con la muerte. De escuchar cómo el policía que había acudido al hospital para preguntarle las razones que tendría su mujer para estar en ese lugar esa tarde mientras él intentaba encontrar una respuesta lógica que darle sabiendo que no era verdad. Recordaba el rostro difuso de un agente anónimo que le aseguraba que encontrarían al que lo había hecho después de que los médicos le comunicaran que habían intentado hacer todo lo posible, pero que no había sobrevivido. Que el atropello había sido mortal. De asentir mientras le insistían en que no había sufrido y se preocupaban por si estaba bien.

De preguntas objetivas que fueron contestadas en el informe médico. Paola Martínez Rivera había muerto con treinta y nueve años por un traumatismo múltiple en la cabeza provocado por el golpe del vehículo que la había arrollado a gran velocidad. De respuestas a preguntas que no quería conocer. De intuir, de empezar a comprender esas ausencias. Esas miradas huidizas. Esos imperceptibles cambios en su comportamiento. De lo que había ocultado, de lo que nunca le había dicho. Estaba embarazada de seis semanas cuando murió.

Y, después, la soledad. Esa ingrata compañía que suele permanecer siempre en silencio llenando cada rincón de una casa demasiado grande. La que no sabe o no quiere contestar preguntas.

Había valorado mudarse. Volver de nuevo a Madrid. Cerrar la tienda. Dejar los recuerdos. Pero sabía que los recuerdos no tienen lugares fijos, sino que suelen viajar en las grietas de la memoria y en las oquedades del corazón. Y así había dejado pasar casi dos años sin saber qué esperar. Sin esperar nada. Sin ningún motivo ni para quedarse ni para marcharse de Os Torres, aunque le habían ofrecido varias veces volver a su puesto en la universidad.

Aquella noche, por alguna extraña razón, los recuerdos no vinieron a sentarse junto a él mientras degustaba una copa de vino y algo frío de cena. Su mente se dispersó de nuevo hacia la conversación que había mantenido con Alejandra Álvarez esa misma tarde. «Hay una dualidad en todo».

Se hundió en el sofá, mientras que, por primera vez en mucho tiempo, se atrevía a dibujar una pequeña sonrisa dirigida al silencio y pensaba que, a pesar de las sinrazones de la vida, siempre existía un equilibrio. «*Iustitiae*», había apuntado ella. «Bien hecho, señorita Álvarez», pensó mientras su mirada se perdía de nuevo más allá de la imagen que el televisor emitía en ese instante.

«Justicia. No hay equilibrio si no hay justicia. Ojo por ojo y diente por diente».

Terminó la copa de vino mientras una necesidad, que había olvidado hacía tiempo, se colaba por su piel. Inundó su cerebro y cerró los ojos sintiendo como la lluvia golpeaba las ventanas. Insistente. Amartillando los pensamientos a la conciencia.

«*Iustitiae.* Justicia».

Capítulo 16

Martes, 26 de junio

—Les he llamado en cuanto me he dado cuenta —el doctor Ríos carraspeó mientras les pedía que se acercaran al cuerpo.

No quedaba nada de Carlos Fernández Puerto sobre aquella mesa estéril de frío metal. Tampoco de los veintiún años que había cumplido el marzo pasado. No había rastro ni de su niñez, ni de la madurez que le habían arrebatado antes de alcanzarla.

Méndez observó el cadáver mientras el médico le pedía a Vidal que le ayudara a girar el cuerpo. Lo hicieron con el esfuerzo que dejan 21 gramos de ausencia en una persona. Con cuidado a pesar de la costumbre que suele dar la experiencia.

—Miren —el forense les pidió que prestaran atención al punto que señalaba con su dedo.

Los investigadores se inclinaron hacia la piel blanquecina. El dibujo de apenas cuatro centímetros de largo se apreciaba con dificultad si no era acercándose a la piel.

—¿Qué mierda es eso? —Vidal no pudo evitar la expresión que salió escupida por su boca mientras se inclinaba un poco más.

El forense acercó la lámpara a la zona de la nuca. En la terminación del cuero cabelludo, las marcas rojizas se hicieron más visibles. La piel aparecía dañada, como una rasgadura o un arañazo, pero en este caso sobradamente realizada de forma intencional, ya que el dibujo que formaba era más que significativo.

—Yo he visto eso antes. —Méndez se inclinó un poco más.

—Usted y muchos de los que vivimos en esta zona, inspector. —El forense volvió a girar el cuerpo y les hizo una seña para que le siguieran.

Dispuso un par de fotografías sobre la mesa de su escritorio y pudieron apreciar el extraño dibujo aumentado con precisión.

—Se lo hicieron estando aún vivo, aunque no creo que consciente. No deja de ser una herida superficial pero dolorosa. Miren. ¿Ven las formas? Dos círculos unidos. Dos espirales más bien. Es una espiral

celta, inspector. Un símbolo muy frecuente por esta zona.

Gildo Méndez levantó la vista de las fotografías y observó al forense queriendo preguntar, pero dudó durante unos instantes. Vidal se adelantó a sus pensamientos.

—¿Por qué se lo harían? ¿Qué significado tiene?

—No lo sé, pero al chico no lo mataron por casualidad. Alguien se tomó muchas molestias para hacerlo. Le golpearon, puede ser que le drogaran, le hicieron un dibujo en la base de la nuca con algo afilado y luego le arrojaron al agua para que muriera. ¿Por qué?

El resumen fue rápido y sencillo. El doctor Ríos se ajustó las gafas, se atusó el poco pelo que le quedaba sobre las sienes y bajó la mirada de nuevo hacia la mesa. En los treinta años que llevaba en el puesto de médico forense había tomado la decisión de no sorprenderse por nada de lo que veía casi a diario. La muerte, pensaba, es como un artista. Nunca dejaba de crear a su paso mientras lo arrasa todo.

Los tres hombres permanecieron en silencio. Cada uno, ajeno a los pensamientos de los otros, pero unidos por las mismas dudas y la misma imagen hipnótica que les devolvían las fotografías que aún descansaban sobre el escritorio.

La espiral celta. Doble, en aquel caso. Todo apuntaba a que aquella muerte escondía motivos tan oscuros como extraños, aunque la venganza seguía siendo la primera opción en la lista de Méndez.

—Tenemos el informe sobre lo que pidió de las mareas. —Valdés se levantó nada más verlos entrar y dejó una carpeta en la mesa del inspector.

—¿Qué dice? —Se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de su silla. La agente esperó a que tomara asiento y que Vidal se acercara hasta ellos.

—Según la escala de Beaufort, el viento estaría en un nivel dos como máximo. Brisa débil, jefe. La corriente era dirección sur. Resumiendo, que al chico no lo tiraron muy lejos del faro. Por las horas que llevaba muerto y el lugar donde ha aparecido, el punto más probable sería en el puerto.

Vidal resopló y Méndez se echó para atrás en la silla dejando que su espalda descansara sobre el respaldo.

Apenas eran las diez y media de la mañana y ya tenía dos preguntas más que responder con respecto a la muerte de aquel chaval. El símbolo que el forense les había mostrado seguía bailando en su cerebro en un intento de encontrar el lugar donde cuadrar en todo aquello. Y ahora el puerto.

El puerto de Os Torres apenas contaba con seguridad. No era un lugar excesivamente frecuentado fuera de los que tenían algún barco de pesca o de los que contaban con embarcaciones de recreo. La mayor parte de los que vivían allí. No era un lugar de paso, pero cualquiera hubiera podido tener acceso.

—No tiene sentido. —Méndez valoró la información que había recibido de Valdés. Corrigió la postura en la silla y abrió la carpeta con el informe que la agente había resumido—. ¿Le arrojaron al mar en el puerto? ¿De dónde venía?

—El puerto tiene cámaras de seguridad. He pedido que nos envíen las grabaciones de esa noche por si hubiera algo —Valdés se adelantó.

Recibió una mirada de reconocimiento de Vidal. De todos los compañeros, el más reacio a admitirla había sido el subinspector. Mario Vidal no estaba acostumbrado a trabajar con agentes tan jóvenes, mujeres y menos en el departamento de homicidios. Desde que había puesto un pie en aquella comisaría, había mantenido cierta actitud desafiante y hostil hacia ella. Una actitud que Valdés se había encargado de reprocharle directamente una tarde en la que habían coincidido en el aparcamiento tres meses después.

—¿Cuál es su problema, Vidal? ¿Que soy una tía? —Se había acercado hasta él cansada del trato del subinspector.

En ese instante, Mario Vidal había permanecido en silencio y ella había aprovechado para echarle en cara la actitud poco profesional que tenía hacia ella. Los desplantes, los silencios en las respuestas después de las preguntas, el vacío que le hacía si estaba junto a otros compañeros. Tres meses que Valdés había aguantado con estoicismo, pero que no estaba dispuesta a tolerar más.

—He venido a trabajar. Y ningún paleto de pueblo me va a impedir que haga mi trabajo como debo. Si no está contento con mi desempeño, se lo dice al inspector Méndez, pero no me toque las narices con lo demás, Vidal. Que ya somos mayorcitos.

Después de aquella tarde, la relación entre ambos fue

evolucionando, desde un comportamiento cortés y amable, pero con tintes fríos, a un trato más cordial que casi rozaba la amistad sincera.

—Según el informe, el chaval fue visto a eso de las once de la noche cerca de los bares que hay en la plaza. Andaba con otros dos. Un par bueno. A esos ya los tenemos fichados.

—Francisco González Burgos, también conocido como el Maño. Treinta y cinco años, soltero. Con dos arrestos y una condena de seis meses por posesión de drogas. Cumplió apenas dos y salió enseguida. Y el otro es Jacinto Santos, el Portugués. De veintiocho años. A este no le tenemos fichado, pero sabemos que también se lleva lo suyo con el tema de la cocaína. Dos buenas piezas —Vidal repasó por encima de nuevo el informe.

—¿Quién fue a hablar con ellos?

Valdés se adelantó al subinspector.

—Ortega y Guerrero. Estuvieron el mismo día que el chico apareció. El domingo por la tarde. No sacaron mucho en claro. Dicen que la víctima se marchó a eso de las once y media. Que se fue solo.

—¿Alguien confirmó su testimonio? —Méndez volvió a recostarse sobre la silla.

Valdés asintió.

—Según el informe, sí. Había un grupo de jóvenes cerca de la Cruz de Agua. Confirman el testimonio. Dicen que la víctima se acercó hasta ellos para pedirles tabaco. Uno de ellos le dio un cigarrillo y se largó en dirección suroeste. Por el callejón de detrás de la iglesia.

—Por ahí no se va a su casa —Vidal hizo del pensamiento palabra.

Méndez se giró hacia él, y Valdés afirmó.

—Es cierto. Es posible que hubiera quedado con alguien.

—El informe de la autopsia señala que no tenía grandes cantidades de alcohol en sangre. Como mucho, dos o tres cervezas, pero nada que señale que estuviera tan borracho que se desorientara. ¿Tenía coche? —Méndez preguntó.

—Vehículo, en principio, lo desconocemos. Carnet de conducir,

no. Se lo retiraron cuando lo del atropello.

—Es posible que se encontrara con Brea. Que él le estuviera esperando y le siguiera —Vidal comenzó a especular.

Méndez se incorporó del asiento y se acercó a la ventana. La lluvia de la noche anterior había dejado su huella en la nitidez del tapiz celeste que se erguía inconmensurable por encima de ellos. Como un óleo fino y delicado donde el sol se había alzado como único protagonista aquel martes.

La poca voluntad de hacer frente a las obligaciones fuera del ámbito laboral se deslizó por el brazo para acabar de nuevo provocando el temblor de sus dedos. Los ocultó como lo hacía siempre: buscando cobijo en los bolsillos de su pantalón. Un gesto espontáneo de un hombre que medía con cautela cada paso que daba.

—Tengo que salir. Tengo que hacer algo —anunció más hacia la ventana que a sus compañeros—. Iremos esta tarde a hablar con esos dos, Vidal.

Capítulo 17

Martes, 26 de junio

Abrió los ojos y vislumbró inconscientemente el reloj que descansaba sobre la pequeña mesita de noche para dar media vuelta y perderse otra vez en el caos que se había formado entre las sábanas blancas y la manta, la que quería erigirse como conquistadora de un lecho al que no estaba aún acostumbrada.

Un inoportuno zumbido interrumpió la inconsciencia del sueño y protestó escondiéndose un poco más entre las sábanas. Apenas unos diez segundos después, otros dos llenaron el silencio de la habitación obligándola a estirar el brazo y tantear con cierta reticencia la superficie de madera donde descansaba su móvil.

Levantó la ceja izquierda con la intención de que su pupila se prestara a observar la pantalla del teléfono y descifrar al autor de la interrupción de su descanso. Un sueño que había resultado breve y poco reparador. Preñado de inconscientes mensajes de su mente sobre la conversación que habían mantenido la noche anterior durante la cena en casa de la señora Rosa. Asesinato, venganza, celtíberos, justicia, el ojo por ojo y el diente por diente.

Gruñó al sentir la vibración en la mano y el consiguiente sonido

molesto de que otro mensaje había entrado. El cerebro tardó en asimilar las letras. Se incorporó hasta quedar sentada en la cama y repasar cada una de las palabras con sus puntos y comas para arrojarse casi inmediatamente a buscar la veracidad de lo que había leído al otro lado de la ventana.

La claridad de la luz que se reflejaba en el cristal empañó su visión, pero su oído fue capaz de distinguir el ruido amortiguado del hecho que no había imaginado. Abrió la ventana y le llegó con nitidez la voz.

—¡Vamos, señorita Álvarez! ¡A esta hora sus celtas ya habían amanecido! ¡La pereza no suele acompañar a la inspiración!

Quiso replicar y abrió la boca para hacerlo, pero solo logró formar un gesto de sorpresa en sus labios mientras su mente rechazaba que aquella visión fuera real. Roberto Brea la observaba con una mueca divertida mientras disfrutaba de la imagen despeinada y sorprendida de Alejandra.

—¡¿Me deja entrar o tengo que esperarla aquí abajo?! —reclamó de nuevo en un grito.

La vio arrugar la frente y la nariz al mismo tiempo en un gesto molesto e inclinarse un poco más sobre el alféizar de la ventana.

—¡No hace falta que grites! ¡Y no me llames de usted! —replicó con enfado por haberse visto pillada tan desprevenida y a una hora tan pronta.

—¡Tú también estás gritando! —añadió más alto él para fastidiarla.

No escuchó el bufido, pero el movimiento de sus labios acompañó la irritación que mostró su rostro y solo tuvo que intuirlo. Se quedó mirando la ventana una vez que ella la cerró para desaparecer casi al instante y escuchó los pasos rápidos en el interior de la casa. Apenas unos segundos después, la puerta de la entrada se abrió, y Alejandra apareció frente a él, cubierta únicamente por lo que debía ser la ropa con la que dormía. Unos *short* de algodón con un alegre estampado florar y una camiseta de manga corta en color rosa con el dibujo de un unicornio bajo la frase: «*Sweet dreams*».

Su retina grabó la imagen de la mujer que el día anterior había aparecido en su tienda con un bolso de marca y ropa demasiado cara, y el cerebro guardó con rapidez los detalles de su pelo enmarañado y

de su rostro limpio, nítido, recién levantado. Sin marcas de maquillaje ni otros adornos que desvirtuaran su imagen. «Demasiado joven», fue el pensamiento que fugazmente le cruzó por la cabeza y que desechó casi de inmediato con cierta torpeza.

Dudó en romper el silencio. Desde Paola no había vuelto a pensar en ninguna mujer de forma romántica. Ni siquiera sexual. Eso no significaba que no se hubiera dado el placer de admirar con deleite ciertas féminas que, muy de vez en cuando, se cruzaban en su camino. Y luego estaba aquella americana. La que había llegado una tarde de verano a la tienda buscando algo que comprar. Una mujer exuberante que ya había pasado de los cincuenta, pero que aún lucía y disfrutaba de una libertad que le había intimidado. Una antigüedad por la que había pagado un precio demasiado alto. Una botella de vino y una cena compartida que había terminado en satisfacer una lujuria anónima y sin recuerdos. Sin memoria. Sin marca.

—¿Qué haces aquí?

Se adelantó un par de pasos hasta la entrada de la casa. Ahora, que estaba allí, no le parecía tan buena idea lo que la noche anterior había rondado por su cabeza y le había permitido conciliar un sueño más tranquilo del que estaba acostumbrado. Dudó, como no solía hacerlo, antes de contestar. Sintiendo que las razones le parecían absurdas.

—Estuve pensando en lo que hablamos ayer —comenzó utilizando un tono más conciliador—. Quería enseñarte algunos sitios que quizá puedan servirte de ayuda.

La arruga en la frente que se formó cuando ella quiso contestar, pero no encontró cómo hacerlo, le obligó a buscar una explicación adicional. Ella lo notó y se hizo a un lado. Inclinó la cabeza invitándole a entrar y él lo hizo con rapidez, como si quisiera dejar la vergüenza al otro lado de la puerta.

—Iré a vestirme —se disculpó dejándole en el salón y desapareciendo de nuevo escaleras arriba.

Husmeó entre los libros y las notas que había sobre la mesa. Colocadas de forma ordenada junto al portátil. «Muy bien, señorita Álvarez», rumió de nuevo en su cerebro mientras sentía una extraña satisfacción recorrerle el estómago. Algo que había desechado sentir desde hacía tiempo. Demasiado tiempo. Observó el cuaderno de notas, y sus dedos, ajenos al decoro y a la buena educación, acariciaron la

áspera tapa para continuar más allá y deslizarse por las páginas de apuntes y observaciones que llenaban varias hojas con una letra apretada y uniforme. Elegante y rápida. «Demasiado inteligente», la apreciación salió disparada de su cabeza y se convirtió en un susurro entre sus labios.

—¿Decías algo?

—Demasiado inteligente, señorita Álvarez. Eso decía —confesó sin apenas lamentarse de haber sido cogido dando voz a sus pensamientos.

Se giró y observó a Alejandra, que le miraba entre escéptica y desconfiada al pie de las escaleras. Había abandonado el pijama y lo había cambiado por los vaqueros del día anterior y una camiseta de manga corta. En color negro, sin adornos, ni dibujos. Sus ojos buscaron inconscientes las Converse negras que, en esta ocasión, había cambiado por otras deportivas blancas. Se sintió satisfecho de apreciar que el rostro seguía limpio, sin rastro de maquillaje.

—Espero que ese cumplido fuera dirigido a mí, profesor. Tengo la sensación de que piensas que soy una rica advenediza que he llegado para hacerte perder el tiempo. ¿Quieres un café?

«*Touché*», pensó Brea mientras asentía con la cabeza.

—Sí, por favor —carraspeó sintiéndose extrañamente sobrepasado por las palabras de Alejandra.

La siguió hasta la cocina y la observó rebuscar entre los armarios.

—Solo tengo instantáneo y sin azúcar. Ayer quise ir a comprar algo de comer, pero con la tormenta me fue imposible —explicó mientras rellenaba de agua una de las tazas y la metía en el microondas—. La señora Rosa, mi casera, me donó algo para el desayuno.

Apoyó las manos sobre la encimera y le miró fijamente. La conversación de anoche durante la cena aún resonaba en sus oídos. No podía creer que el hombre que tenía delante fuera un posible asesino. Un gilipollas de vez en cuando, demasiado egocéntrico quizá, pero ¿un asesino? Si fuera así, no habría razón lógica de que Pedro López le hubiera dado su contacto.

«Le conozco bien, Alejandra. Somos amigos de toda la vida. Al principio, por razones que no te contaré, nuestros caracteres nos

hicieron chocar. De forma demasiado brusca. Pero con el tiempo…, con el tiempo comprendí que era un hombre en el que podía confiar. Siempre me apoyó cuando lo necesité. Ha sido un amigo en todos los sentidos durante estos años. A pesar de la distancia, le siento cercano. Puedo llamarle cuando lo necesito. Y sé que, al igual que a mí nunca me falló, tampoco lo hará contigo».

—Perfecto —aceptó sintiéndose extraño. Como si estuviera fuera de lugar, con la sensación de haber abandonado la cómoda seguridad de una burbuja que había creado desde que Paola ya no estaba.

El olor fuerte del café atravesó su nariz antes de que sus labios se atrevieran a probarlo. Miró a Alejandra, que le escudriñaba casi con exigencia mientras sorbía parte del suyo.

—¿Has matado al chaval ese?

Fue un dardo que atravesó el silencio. La taza que sujetaba entre las manos reaccionó con un movimiento brusco, amenazando con verter el líquido negro mientras su cuerpo se tensaba e intentaba procesar lo que había salido de los labios de Alejandra.

Apenas hacía un par de minutos que se habían sentado junto a la entrada de la vivienda aprovechando unas piedras que, de forma muy eficiente, habían colocado a modo de banco y que ocupaban parte de la fachada principal de la casa. Y, desde que lo habían hecho, había permanecido casi mudos. Se giró prácticamente con una pregunta en la mirada y ella se adelantó antes de que él le pidiera explicaciones.

—Me lo contaron anoche. Me dijeron que eres sospechoso de la muerte de ese chico. Dicen que tiene algo que ver con tu mujer.

Observó los ojos de Alejandra mirarle sin temor. Sin miedo. Solo con preguntas a las que ni siquiera él sabía qué responder.

—No me importa mientras no tengas intención de matarme a mí —soltó para romper la tensión entre ellos—. Solo quiero saber qué estás haciendo aquí un martes a esta hora cuando supuestamente deberías atender una tienda.

—¿Qué te han contado? —la pregunta no fue causada por la curiosidad. Conocía perfectamente que era la comidilla de aquel pueblo desde que el muchacho apareció en el agua. Obvio. No los culpaba tampoco por eso.

Nunca había sido demasiado social con los vecinos de Os Torres. Era algo que Paola le había recriminado demasiadas veces. No le gustaba relacionarse como lo hacía ella. Solo con algunos, contados con los dedos de la mano. Unos pocos. Los que normalmente no solían interesarse por la vida ajena. Los que disfrutaban departiendo de la cotidianidad de las cosas sin tener que interferir en los problemas de los demás.

Había sido un extraño en aquel pueblo desde el día que había llegado de la mano de su mujer. Ajeno a aquella tierra y a sus costumbres. A todo lo que no hubiera sido salvar un matrimonio que, reconocía después de todo lo que había pasado, no tenía ninguna recuperación posible. Solo la obligada continuidad que marcan los hábitos.

Alejandra volvió a sacarle de sus pensamientos.

—No mucho. No sabía que habías estado casado.

—A veces ni yo tampoco lo recuerdo —confesó en un impulso como si fuera otra persona la que hablara a través de sus labios.

—¿Qué pasó?

¿Qué había pasado? Desvió la mirada y se descubrió eludiendo los recuerdos mientras los ojos se perdían en los tejados de las casas de Os Torres. A la distancia justa para que todo pareciera lejano. Ausente. Buscó en la tierra seca la huella de sus neumáticos. Su casa no quedaba demasiado lejos de aquel lugar. Unos cinco kilómetros por la pista forestal que recorría la parte interior del pueblo. Aislada de la vida como lo había estado él desde que había llegado allí. Rodeada de árboles tan perennes como la soledad que se instalaba cada noche a su lado. Solo amortiguada por el ruido de las páginas de los libros que se habían vuelto una compañía tan silenciosa como fructífera.

Recordaba haber llegado aquella tarde a casa y no sorprenderse de que Paola no estuviera. Poco a poco se había ido volviendo una costumbre, casi diaria, la de salir cada tarde con una excusa diferente. Y, aunque él ya intuía algo, a pesar de las mentiras y de la falta de claridad o detalles, nunca se había propuesto espiarla. Seguirla, asegurarse de que sus sospechas eran verdades. Atreverse a desafiar la confianza que disimuladamente mantenía en ella para confirmar las dudas que desde hacía meses habían formado una maraña de posibilidades en su cabeza. Un cine, un café, un paseo, una visita, un funeral. Un largo etcétera de causalidades que no de casualidades.

—La atropellaron cuando volvía a casa hace casi dos años. Un accidente mortal. No pudieron hacer nada por ella.

Un resumen breve. Algo conciso. Sin detalles que dolieran. ¿Qué le iba a decir a aquella mujer que había aparecido de repente para incordiarle con sus preguntas? Sin un miedo aparente en la mirada después de saber que era sospechoso de una muerte que había acaecido un par de días antes. No quería entrar en detalles. Sería remover recuerdos que solo mantenía sobre la mesilla cuando decidía enfrentarse al sueño. Al apagar la luz que inútilmente intentaba hacer desertar las penumbras que inundaban la habitación. Un dormitorio demasiado grande para él solo.

—Y fue el chaval ese, por eso eres sospechoso de su muerte. Piensan que te lo has cargado por venganza.

«¡Bravo, señorita Álvarez! Suspicaz. Demasiado inteligente. Atrevida en las formas y en los fondos. Una estudiante avanzada».

—Sí, creo que sí. Que, básicamente, se trata de eso.

Hubo un instante de vacío. Un hueco entre las palabras que se llenó de los pensamientos de ambos. De las elucubraciones de ella y de los recuerdos de Roberto. La mañana pareció acompañar y acalló la insistencia de la naturaleza que los rodeaba. Por un momento, solo por uno, el silencio se pudo escuchar alto y claro.

—Bien —confesó Alejandra.

—¿Bien?

Soltó una carcajada que resonó con una música recién nacida, una melodía que rompió la costumbre del silencio que habitaba aquel lugar desde hacía siglos. Resonó entre los árboles y quedó suspendida entre el frágil follaje del bosque que los rodeaba. Fue una brisa fresca. Algo diferente y nuevo. Algo a lo que no estaba acostumbrado.

—Sí. Bien. Si lo mataste por venganza, a mí, espero, aún no me odias lo suficiente a pesar de lo de ayer. Me quedo más tranquila.

Se levantó con agilidad del asiento improvisado que habían hecho con unas piedras grandes y alargadas que descansaban junto a la entrada y le miró suspicaz.

Había sabido, incluso antes de preguntar, que Roberto Brea no eran de los que contestaban preguntas. De los que entraban en

detalles. Esa coraza recia, fuerte, impugnable, era la misma que ella sacaba de su armario a diario. La que le protegía del mundo exterior. De los demás. De la soledad, de las ausencias y los desencantos. De los sueños que se habían quedado escondidos entre los cajones de la mesilla de noche.

—Vamos, profesor. Los celtas a esta hora estaban casi preparando la comida —bromeó mientras disfrutaba con el gesto estupefacto de su invitado.

Roberto Brea dudó. Se quedó unos instantes anclado sobre aquella piedra como si fuera un barco. Como si hubiera embarrancado contra la orilla y no fuera capaz de liberarse. Aquella extraña que se había presentado el día anterior en su tienda desbordaba por completo su equilibrio. La serenidad que mantenía bajo sus hábitos diarios. La observó de pie frente a él, sin miedo, aceptando la escueta respuesta que él le había ofrecido como válida.

Ella desvió con urgencia la mirada y se adelantó unos pasos bajo el porche. El comentario sobre la muerte del chico le pareció desafortunado en aquel momento y recordó cómo Brea le había dado la bienvenida el día anterior en su tienda.

—Le han interrogado hoy por la mañana. Dicen que no tiene coartada. Están casi seguros de que ha sido él —había comentado Raúl la noche anterior mientras daba buena cuenta de la cena de su tía.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Rosa le había observado suspicaz, y Alejandra había aguantado la respiración durante unos segundos.

—Me lo ha dicho Mario. El que trabaja con Juan. Su madre es prima del subinspector que lleva el caso. Por lo visto, se lo ha contado la mujer de este cuando se han visto en la compra.

—A la gente le gusta hablar demasiado —sentenció la anfitriona levantándose de la mesa y recogiendo los platos ya vacíos.

Alejandra la imitó inmediatamente y ayudó a retirar la mesa. Esta vez, tanto él como su hermano se unieron a la procesión de cacharros hacia la cocina.

—Ese chaval no era muy buena pieza.

Rosa se volvió hacia Alejandra y le preguntó si quería tomar café, pero ella lo rechazó agradeciendo a la mujer su hospitalidad. Se excusó en que estaba cansada.

Luego había aprovechado que Raúl, que había insistido en acompañarla hasta la vivienda, la informara sobre el asunto. El chaval había entornado los ojos mientras lanzaba un suspiro por la boca.

—¿Tienes un cigarro?

Ella había rebuscado en la chaqueta de su impermeable.

—Espero que no se hayan mojado. —Le pasó uno y encendió otro para ella.

Permanecieron unos segundos en silencio. La lluvia se había retirado y el cielo pugnaba entre mostrar con orgullo las estrellas o aguantar cubierto por una suave manta de nubes hasta el día siguiente.

—No sé mucho, pero ten cuidado. Es un tipo extraño. No se relaciona con nadie. Menos desde que murió su mujer.

La oscuridad ocultó el sobresalto inconsciente de su cuerpo. Aspiró el cigarrillo intentando mostrar tranquilidad.

—¿Su mujer?

Y así era como se había enterado de lo del accidente, de lo del chaval que había aparecido flotando el domingo por la mañana después de la Noche de San Juan cerca del faro. De cómo Roberto Brea era considerado sospechoso y de que, en un pueblo como aquel, era inútil intentar guardar un secreto.

—Mi tía lleva razón —continuó Raúl mientras alcanzaban la vivienda que Alejandra había alquilado—. No era muy buena pieza.

—¿Le conocías? Al chico, digo.

—Algo —confesó—. Aquí todo el mundo conoce a todo el mundo. Era unos años mayor que yo, pero coincidimos un par de veces. Dejó el instituto antes de terminar y se metió en asuntos raros.

Alejandra observó al chaval.

—¿Raros?

Él había dudado antes de lanzar por su boca lo que ya había sido de dominio público varios años antes.

—Decían que estaba metido en tema de drogas y esas cosas, pero lo grave fue lo del atropello.

—¿Y dejó el instituto por eso?

—No lo sé —confesó el chico—. Yo lo terminé —aclaró casi leyendo los pensamientos de ella—. Lo que pasa es que mi madre se puso enferma y me quedé aquí. Ahora trabajo en las conservas, ¿sabes? —lo dijo casi con orgullo—. Pero estoy ahorrando. Quiero ir a la universidad. Cuesta mucho y a la tía no se lo puedo pedir. Bastante hace por nosotros ya.

—¿Qué es eso de las conservas?

Había dibujado una mueca antes de contestar.

—La fábrica de conservas. La de los Lago. Son los dueños de casi todo aquí. No pagan demasiado bien, pero me dan la oportunidad de sacarme un sueldo extra de vez en cuando. —Arrojó la colilla a un charco improvisado por la lluvia de esa tarde.

—¿Qué quieres estudiar?

Observó el rostro inmaduro del joven. Las facciones aún delicadas, pero que hablaban de una soledad demasiado parecida a la suya. Le vio negar con la cabeza al tiempo que dibujaba una sonrisa en el rostro.

—No lo sé todavía. Reconozco que debería buscar algo que me permitiera abrirme paso en la vida. Conseguir un buen empleo. Ganar dinero. Ayudar a la tía. Me gusta mucho el arte, ¿sabes? La historia.

—¿La mitología? —preguntó ella sonriendo mientras seguía con la mirada la de Raúl, que se había vuelto hacia el cielo aún nublado.

—Las leyendas también.

Luego, en la soledad de la casita, se había quedado rumiando lo que el chico le había contado. Lo del cuerpo en el agua, la relación con Brea y las sospechas de la Policía. Había tardado bastante en conciliar el sueño.

Se volvió hacia el profesor y su mente rechazó de inmediato la idea de que pudiera matar a nadie. Podía ser una persona severa, impertinente, intelectualmente orgulloso, carente de empatía o incluso rozar la antipatía crónica, pero eso no le convertía en un asesino. Y, como había declarado tan solo unos minutos antes, en el caso de que lo hubiera hecho, habría sido por venganza.

Pasó el peso de un pie a otro y desvió la mirada hacia el cielo. Al menos no amenazaba lluvia o era todavía temprano. Rebuscó en el pantalón trasero de su vaquero y sacó un cigarrillo. Se sentó de nuevo mientras compartía el silencio autoimpuesto de Brea.

—Hoy llamaré a mi editor. Le diré que no hay libro.

Lanzó la confesión casi aliviada y la acompañó con una exhalación de humo blanco que se disipó en el aire.

—No debería haber aceptado otro encargo. Lo supe desde que estuve con ellos. Era un error.

Notó la mirada inquisitiva de Roberto en ella.

—Tuve miedo. No pude decirles que no. Y debería haberlo hecho.

Su pensamiento volvió por un instante a su padre. Una sinfonía de recuerdos se coló en su cabeza de forma precipitada. Demasiados años. Demasiado tiempo perdido buscando una aprobación que jamás había llegado.

—El éxito no es el final. El fracaso no es fatal. Es el coraje de continuar lo que cuenta.

Alejandra se volvió hacia él y arrojó el cigarrillo al suelo mientras se aseguraba con la punta de su zapatilla de que estuviera bien apagado.

—¿Churchill, profesor?

—Churchill, señorita Álvarez.

Ahora fue él quien rompió el silencio en una carcajada mientras se levantaba y la miraba con cierta condescendencia.

—Vamos, intentaré contarte una historia por el camino y quizás no tengas que llamar a tu editor esta tarde.

—¿Una prórroga? —le imitó poniéndose de pie.

—Una intuición.

Capítulo 18

Martes, 26 de junio

—Hace una semana tuvo algunos días malos.

Carla se detuvo en el pasillo antes de continuar, y él esperó en silencio. Leía el reproche en los ojos de la joven, pero mantuvo el gesto impasible. Inmutable. Las manos en los bolsillos y el nudo en el estómago.

La hora que había tardado en llegar hasta la clínica no habían sido suficientes para atemperar la ansiedad que sufría simplemente por el hecho de tener que ir hasta aquel lugar. Lo había vestido de todas las excusas que pudiera haber imaginado. Autoconvenciéndose de que era inútil. Que, a pesar de las conversaciones banales con las que solía llenar el tiempo que permanecía allí, nunca había habido un gesto, una señal de que ella le escuchara. Simplemente permanecía ajena, estática, inmóvil. Como si no perteneciera a ese mundo y su mente divagara por universos incapaces de alcanzar para los que aún estaban conscientes.

Luego estaba la culpa. Esa que frecuentemente descansaba a su lado en el mismo almohadón. Esa obligación, esa cadena, ese vínculo incapaz de romper. Por eso odiaba aquel lugar. Por todo lo que representaba. Porque era la materialización de una culpa. De su culpa. El castigo, la penitencia que la vida le había puesto por haber intentado ser feliz, al menos una vez.

—Necesita hábitos sencillos. Mantener una regularidad dentro de la inestabilidad que sufre.

Carla le sacó de sus pensamientos.

—Comprendo. —Méndez aceptó la flecha que la asistente acababa de lanzarle impúdicamente.

Ella continuó, y él la siguió acomodando sus largos pasos a los de la chica. Más cortos pero no menos ligeros. La miró de reojo observando el rostro pálido y la rojez de sus mejillas. Siempre le habían llamado la atención las pestañas largas, oscuras y rizadas que caían de forma sutil sobre su piel, recordándole el aleteo de una mariposa. Acompañada de un silencio que anticipaba un caos extraordinario. Y los labios, carnosos, ausentes de otro color que no fuera el de la propia piel. Excelsa dentro de aquel uniforme blanco que

no dejaba apreciar sus formas femeninas. Extraordinaria.

—He estado bastante ocupado estos días. Ha sido complicado, pero tendré en cuenta lo que me dice.

Ella se detuvo y, por un instante, le hizo creer que le compraba la historia. Le observó a través del azul oscuro de su iris. Semejante a un mar que podía hacerle naufragar en cualquier momento. Se acercó más a él fuera de la vista de los que andaban por allí.

—No se lo hagas más difícil, Gildo —susurró mirándole fijamente —. A mí tampoco. Quiero verte.

Asintió como si aceptara una condena sabiéndose culpable. Sin apoyar su defensa con una palabra porque no había ninguna lo suficientemente creíble para vender otra historia que no fuera su propia cobardía.

—Carla, ya hemos hablado de eso —se apoyó en una conversación que no recordaba con demasiada exactitud.

Ella asintió. Le conocía lo suficiente para saber que había ciertos temas que siempre evadía.

—Lo sé. Que no tengamos una relación seria no significa que no quiera verte de vez en cuando.

Se alejó un par de pasos hasta quedar de nuevo a la distancia esperada entre dos conocidos que no compartían más que el interés por una paciente como si ese gesto le ofreciera una perspectiva más objetiva de la situación. Buscando la racionalidad a algo que nunca la había tenido. A una situación que frecuentemente se había definido en su cerebro como una auténtica locura, pero con la que se sentía incapaz de acabar. A pesar de que conocía los inconvenientes.

Él era de los que no sabían querer y ella de las que solía hacerlo demasiado. Una diferencia de caracteres a la que se unía una brecha de edad significativa. Algo que a ella nunca le había importado, pero que él siempre había puesto como objeción a la hora de llevar más allá su relación.

—Su mujer le espera, inspector —le escupió fríamente mirando hacia la puerta de la habitación 207.

Méndez aguardó unos instantes antes de entrar, aún con el sonido de los pasos de Carla por el pasillo. Contundentes y seguros como lo

había sido la última frase que le había lanzado.

Lo suyo había sido un error de los que no se arrepentía. Un error que había venido de forma casual bajo la lluvia de una tarde de otoño. Él salía y ella también. La había visto buscar refugio en la parada del autobús que llevaba a la ciudad cuando él abandonaba el complejo de la clínica en su coche y se había ofrecido a llevarla. Una charla distendida de una hora que había dado paso a una cena improvisada, miradas que ya habían desvelado lo que el instinto les gritaba desde hacía unos meses. Desde que Carla se había hecho cargo del cuidado de Lucía, y él se había fijado en ella.

Y la conversación había transcurrido como esperaba. Algo de formalidad por el tema que los unía. Palabras que ya habían cruzado demasiadas veces en los pasillos de la clínica para volverse más amable. Más humana mientras agotaban un vino de color suculento y tacto áspero en la garganta. Unas copas en club que aún se atrevía a abrir entre semana les había dado el valor para romper el decoro y atreverse a formalizar los pensamientos en acciones. Habían terminado en el apartamento de él. Un cubículo de un dormitorio y cocina unida al salón. Unos metros cuadrados que los habían cobijado de las miradas curiosas y habían satisfecho un deseo que ya existía desde hacía meses.

Ambos habían disfrutado. Él con menos prejuicios que ella. Pero, al final, Carla había terminado claudicando a un instinto que había guardado durante demasiado tiempo en el armario.

Después de aquello, las ocasiones se habían contado de forma frecuente. Algunas veces en casa de ella, las más en la Méndez. Una relación tan clandestina como los sentimientos, si es que los había. Solo le había escuchado decir un «te quiero» una noche que descansaban después de haber hecho el amor. Unas palabras que Carla no se había atrevido a repetir porque habían retumbado en la respuesta silenciosa que él le había regalado.

Ahora, después de varios meses de relación, él seguía manteniendo otros vicios menos placenteros pero más cómodos para su propia conciencia. Y sospechaba que ella lo sabía.

Suspiró antes de atreverse a entrar en la habitación. Un espacio vacío de humanidad, a excepción de un par de libros que descansaban sobre la mesa auxiliar. Junto con una pequeña botella de plástico rellena de agua.

La mano, aún escondida en el bolsillo de su chaqueta, le recordó los motivos por los que evitaba acudir con la frecuencia que debería y permaneció estático, apoyado sobre el marco de la puerta, con la visión sesgada de una realidad tan cruel como sincera.

—Hola, Lucía.

Se acercó hasta la silla que, agazapada bajo la ventana, aguardaba al único visitante que recibía la propietaria de la habitación. Se sentó y observó la figura ajada de la que aún era su mujer. «Hasta que la muerte os separe», o algo así había dicho el sacerdote el día que se atrevió a comprometerse.

Pero no había sido la muerte, o no al principio, sino la vida la que poco a poco se había encargado de destripar las diferencias que flotaban en los hábitos tan rudimentarios como molestos. Los mismos que habían sido extraordinarios. De los que gustaban disfrutar con la compañía solo del otro. Un distanciamiento producido por la falta de hijos, el trabajo de él, la depresión de ella, la búsqueda de satisfacer lo que ya no encontraba entre las paredes de una casa que hacía tiempo que había dejado de ser hogar. Una mujer que se había cruzado como se cruzan las cosas que uno necesita, pero que sabe que no puede tener. De golpe, de noche y con ausencia de esperanza.

—Siento no haber podido venir antes.

Se disculpó ante el silencio mientras sus ojos insistían en recorrer la imagen desfigurada de la persona con la que había convivido más de quince años. Quiso retirarla, pero no podía. Era tan absurdamente atrayente como repulsiva. El pelo negro se había convertido en un campo arado de canas, mostrando el paso de los años sin la mínima piedad. Como muestra del desprecio por los sueños, por los anhelos o las ilusiones. Y su piel, la que aún recordaba tersa, suave al tacto, áspera tras las discusiones, no dejaba de ser una tela que cubría un cuerpo tan inerte como la conciencia que lo sustentaba.

¿Qué había pasado aquella tarde? Los detalles se confundían con lo que había leído, de forma obsesiva, en el informe policial. Lucía Pérez Navas, un nombre tan anónimo como el que se pueda escribir en menos de diez sílabas, 25 de febrero de 2015, intento de suicidio. *Modus operandi*: un arma reglamentaria Glock 43 de 9 milímetros. Trayectoria limpia. Orificio de entrada: sien derecha. Orificio de salida: lado izquierdo del cráneo.

Se determina intento de suicidio, aunque no se encuentra ninguna

nota. Pero no hace falta ninguna carta. No es necesario ningún testimonio escrito. Todo se halla en las pruebas invisibles que han inundado aquella casa desde hacía años. Desde que la indiferencia de él y el silencio de ella se sentaban a la mesa de las pocas cenas que compartían y de los menos amaneceres que les encontraban juntos en una cama demasiado estrecha para dos extraños que se conocían lo suficientemente bien para saber que aquello había terminado hacía tiempo.

Suspiró y desvió la mirada hacia la ventana. Un culpable, la condena. Un delito. La penitencia que autoimpuesta acallaba la conciencia mientras dejaba que los recuerdos dormitaran al filo de las sábanas de camas ajenas y vasos a medio llenar.

A sus cuarenta y nueve años, Gildo Méndez se encontró sentado donde lo había estado desde hacía siete años. Al borde del precipicio que le anunciaba que el futuro era para los demás. Que, por mucho que lo intentara, su pasado seguiría en aquella cama. Inmóvil, inerte, ausente, pero recordándole que nunca podría escapar de aquello.

«Un arma reglamentaria, Méndez. ¿En qué coño estaba pensando si sabía que ella no estaba bien?».

Recordaba con total lucidez las palabras que brotaron de la boca de su superior aquel día. El día en el que la culpa quedó fijada en su insomnio y en el temblor impredecible de sus manos.

—Hemos encontrado un chico en el mar —hiló las palabras que invadieron su subconsciente de forma precisa.

No continuó. Dejó que el silencio rellenara los huecos. Al fin y al cabo, si todo iba como imaginaba, en unos pocos días el culpable ya estaría encerrado.

Capítulo 19

Martes, 26 de junio

El mar se alejó de ellos y Alejandra lo espió por el espejo retrovisor del viejo Mercedes mientras su rumbo se internaba por una carretera estrecha. De doble sentido y un solo carril.

—Descubrí este lugar hace tiempo. Un amigo me habló de él. Lo encontraron por casualidad hace unos años. No han excavado ni siquiera un 25 %, por eso es especial. Está prácticamente intacto. No hay mucho que ver realmente, pero la zona en la que se encuentra es asombrosa. Merece la pena.

Alejandra salió de sus pensamientos y volvió su vista hacia la carretera. Un par de coches se cruzaron con ellos en sentido contrario. Tenía serias dudas de que aquella visita pudiera ayudar a encontrar un hilo narrativo. Una idea de la que partir y desarrollar una historia que al menos resultara decente. Vendible. Algo con lo que acallar la responsabilidad que ella misma se había echado encima cuando se había mentido en aquella sala de reuniones.

Chasqueó la lengua inconscientemente y agachó la mirada para dejarla vagar entre sus zapatillas y la mochila que llevaba entre las piernas, en la que, además del chubasquero, iba su móvil y el cuaderno de notas. Brea se volvió hacia ella y la miró entre divertido y preocupado. Arrugó la frente justo a la altura donde sus gafas de sol formaban la depresión sobre la nariz.

—Un óbolo por lo que piensas.

—¿Para cruzar Estigia? Deberías darme más. No creo que el barquero se conformara con tan poco —le respondió Alejandra mientras se recostaba en el respaldo del asiento.

—Hemos desaprendido a comprender la muerte. La hemos dejado de lado como se dejan las cosas que no nos gustan. No hablamos de ella. Esta sociedad no la acepta como parte indiscutible de la vida. Como algo esencial. Desde que nacemos estamos destinados a morir.

Un coche los adelantó a toda velocidad, aprovechando la visibilidad que la recta de la carretera ofrecía. Brea lo siguió con la mirada.

—No aceptamos que viajamos al lado de la muerte. Que nos toma

la mano cada día, que camina a nuestro lado, que respira constantemente detrás de nosotros. Avisándonos, anunciándonos que es inevitable, aunque nos empeñemos en negarla.

Roberto dejó que las palabras se deslizaran en el espacio entre ambos. El paisaje poco a poco había ido cambiando. La opacidad turquesa del mar se había alejado mientras el vehículo se adentraba en una marejada verde. Una playa de columnas delgadas, de erectas verticales vegetales. Bosques que se extendían con sutileza hacia el interior. Brillantes contrastes que parpadeaban bajo el sol de un junio tan acabado como intenso.

Alejandra fue la que rompió el silencio.

—*Hijos de la sangre* me resultó sencillo. La historia se dibujaba en mi cabeza. Me perseguía allí donde fuera. No podía descansar. No me dejaba descansar. Era obsesivo. Necesitaba descargar todas aquellas ideas sobre las páginas en blanco.

Arrojó aquella confesión como si hacerlo supusiera un alivio. Brea la observó por el rabillo del ojo. Demasiado joven, demasiado inteligente para darse por vencida. La cascada de pelo sujeto por la goma a la altura de la nuca se movió de un lado para otro reafirmando la negación que su mente ya había pronunciado, pero que aún no había soltado por la boca.

—¿No abrirás la tienda hoy?

Cambió el tercio de forma experta. Desviando las preguntas, que sabía que llegarían, hacia algo más trivial. Pasaron la señal que avisaba que solo les quedaban treinta kilómetros para la frontera con Portugal.

—No creo que sea buena idea. Al menos durante unos días.

Un cartel poco formal salió a su encuentro para avisar que el desvío hacia el yacimiento aparecería en apenas un kilómetro.

—Hoy todo el pueblo estará al tanto de los rumores. Tú te enteraste anoche. No quiero servir de excusa para los curiosos.

El camino cambió cuando Brea cruzó el carril contrario y se adentró en el desvío. El coche se resintió al pisar la tierra y dejar atrás la seguridad del asfalto. Los árboles se acercaron formando a ambos lados un muro de naturaleza donde los rayos del sol jugueteaban con el brillante verde de la maleza al rozarla con descaro. El terreno se

hizo más elevando a medida que se adentraron en la vegetación. El vehículo ralentizó la marcha mientras el paisaje, poco a poco, se iba despejando hasta ofrecer una vista diáfana del cerro.

Un montículo destartalado y vacío de árboles que rozaba con orgullo la línea del cielo azul.

—Mira, ahí es.

El cartel de entrada se asentaba sobre la alambrera que parecía rodear el perímetro. Un «prohibido el paso» junto con otras advertencias de que la zona estaba protegida y pertenecía al patrimonio histórico los avisaron de que no todo el mundo tenía acceso a aquel lugar.

Siguió a Brea, que se había bajado del coche aparcándolo a un lado del camino y ya caminaba varios pasos por delante de ella adentrándose en el recinto cerrado.

—No está abierto al público —susurró poniéndose a su altura y temiendo estar incumpliendo alguna normativa.

El profesor negó con la cabeza y sonrió.

—No. Solo para investigadores y estudiantes. El jefe del proyecto es amigo mío. Le avisé que pasaría hoy por la mañana.

Alejandra se detuvo, y Brea se giró hacia ella.

—¿Tan seguro estaba, profesor, de que aceptaría venir con usted?

—Por supuesto, señorita Álvarez. Es demasiado inteligente para decir que no.

—Irónico —le acusó ella mientras volvía a su altura y movía la cabeza de un lado a otro al tiempo que dibujaba una sonrisa.

—Me considero una persona insoportable, no tanto irónica, sino más bien difícil de aguantar —bromeó mientras apretaba el paso hacia el final del camino.

Un par de carretillas y algunos utensilios les salieron al encuentro. El terreno se fue allanando hasta alcanzar la cima del montículo y les permitió apreciar la magnitud del lugar en el que se encontraban.

El dorado de un amarillo pajizo que se mezclaba en determinados puntos con el verde, que insistía en subsistir, nacía y moría bajo el

vestigio de la piedra. Estructuras que formaban el complejo de un antiguo emplazamiento celta y que apenas había sido desenterrado.

Varias zonas delimitadas con cuerdas y algunos carteles con números identificaban lo que solo los que trabajaban allí podían reconocer.

—Maravilloso. —Alejandra se alejó algunos pasos de Brea para acercarse a uno de los cuadriláteros. Se inclinó y observó la construcción de piedra que nacía del suelo. Deslizó los dedos despacio por la superficie en un gesto de admiración y respeto instintivo.

—Esa es una de las mayores que hemos encontrado.

El hombre se acercó hasta ellos y sonrió al ver a Alejandra inclinada sobre la tierra. Se volvió hacia Brea y le abrazó con efusividad.

—Luis —le devolvió el saludo y le palmeó la espalda con cariño —. Gracias por recibirnos.

—¿Recibiros? Deberías estar trabajando en esto, Roberto.

Alejandra se incorporó y los observó sin querer romper la complicidad entre ambos hombres. El recién llegado se volvió hacia ella y volvió a regalarle otra sonrisa.

—Imagino que será la señorita Álvarez —se adelantó y le ofreció la mano que Alejandra estrechó con fuerza.

—Llámeme, Alejandra, por favor.

—Soy Luis Blanco. Roberto me dijo que estaba interesada en la cultura celta de la península.

Alejandra asintió con la cabeza. Se fijó en la boca pequeña del anfitrión. Ojos rasgados tras unas gafas de pasta gruesa y nariz chata, casi apretada contra el rostro de forma redonda. De imagen amable, el tal Luis era más bajo que ella. Apenas superaría el uno sesenta y cinco, aunque en anchura les ganaba tanto a Brea como a ella por goleada. Se notaba que le gustaba disfrutar con la buena mesa. Calculó que no superaría los cuarenta a lo sumo.

Carraspeó buscando la excusa para explicar su presencia allí.

—Reconozco que no ha sido un pueblo en el que me haya

detenido demasiado en el estudio. No era una prioridad. Ahora, necesito algo más de profundidad en este mundo.

Luis inclinó la cabeza hacia la derecha y la miró dubitativo.

—Alejandra es profesora en la universidad. Trabaja con Pedro López —aclaró Brea al ver la expresión de sorpresa de su amigo.

—Vaya. —Se giró hacia Roberto para volver a detener su interés en ella de nuevo—. En nuestros tiempos no había profesoras tan guapas, sinceramente. Hubiera sido todo un aliciente.

—Luis —Brea quiso exhortarle, pero Alejandra le interrumpió antes de que continuara la frase.

—No me parece que le haya ido tan mal, ¿no cree? —Sonrió y se volvió de nuevo hacia el paisaje que surgía delante de ellos—. Debe ser una maravilla trabajar aquí.

El hombre se creció mientras desviaba la vista hacia el horizonte, pero fue Roberto el que contestó a la pregunta:

—Es un vestigio silencioso de los que ya estuvieron. De la herencia que queda en la tierra, en la cultura, en las costumbres. Es una ventana hacia un pasado remoto, que desconocemos. A pesar de los esfuerzos, siempre habrá algo que quedará en la oscuridad de la ignorancia. —Brea se sumó a ellos y se perdió en la imagen espléndida de lo que durante muchos años había sido su profesión y que aún mantenía como una pasión escondida. Latente. Dormida.

—¿Lo ves, Alejandra? Por eso le digo que debería trabajar aquí y no en esa tienda vendiendo chucherías —apuntó Blanco con cierto toque entre la acritud y el cariño—. El verano pasado nos regaló su presencia en varios cursos que sacamos para jóvenes de la zona. Fue todo un éxito. Este año esperaba que volviera a hacer lo mismo.

—¿Cursos? —Alejandra curiosa pasó su mirada del profesor Blanco a Roberto.

—Sí. Es uno de los requisitos para mantener la financiación pública. Se exponen los restos que vamos encontrando y realizamos una serie de jornadas focalizadas en algún tema de la cultura celtíbera. ¡Esto estaba lleno de jovencitos que querían ser Indiana Jones! Fue todo un espectáculo.

Blanco rio con fuerza, y Roberto dibujó una mueca en la cara.

—Vamos, Luis. Enséñanos lo que sabes —pidió el aludido intentando desviar la conversación.

Anduvieron por el perímetro en el que estaban trabajando. Pequeños grupos divididos en un número de dos o tres estudiantes e investigadores se afanaba en la parcela que le había sido asignada.

Blanco les explicó que no hacía demasiado que lo habían descubierto. Apenas unos cinco años atrás. El dueño de la finca había encontrado una especie de trozo de hierro. Una forma extraña. Y, acostumbrado a los aparejos de labranza que había visto toda la vida en su casa, supo que aquello podía resultar de interés.

—Se lo enseñó a un conocido y este a otro y así. Era un hacha de talón de bronce. Con dos anillas. Aquello despertó la curiosidad y enseguida se propusieron excavar la zona. Lo que pasa es que tardaron bastante. Nos asignaron el proyecto hace ya cuatro años, pero no había fondos. Entre unos y otros el dinero no llegaba. Tuvimos algún benefactor privado, pero la mayor parte del presupuesto había que cubrirlo con fondos públicos. Nos asignaron una pequeña cantidad del Fondo Europeo de Desarrollo, pero al final nunca es suficiente.

Blanco lanzó un suspiro y se detuvo junto a una de las zonas que estaban siendo trabajadas. Ellos le imitaron.

—Apenas llevamos cubierto un 15 % de todo lo que puede haber aquí. Y estoy convencido de que esto va a ser grande. Nuestra propia Troya.

Blanco se adelantó unos pasos y observó el horizonte sin explorar con esperanza.

—¿No había habido otros indicios antes? —Alejandra desvió los ojos hacia la zona que aún permanecía virgen ante la usurpación de los investigadores.

Se notaba al túmulo de tierra que parecía cubrirla. Típico de los yacimientos más antiguos.

—No lo sabemos —declaró su anfitrión encogiéndose de hombros —. Pero hay documentos que nos narran la importancia de este lugar. Leyendas herculeanas que describen un lugar muy similar a este y que aún no hemos encontrado. Sería un antes y un después en la historia de la región. Podría ofrecer muchas respuestas.

Volvió de nuevo a la realidad y los condujo a través de los

estrechos caminos que separaban las estructuras mientras les explicaba que aquel conjunto no se diferenciaba mucho a otros castros que ya habían sido excavados en la zona.

—Los restos más antiguos son del siglo ii antes de Cristo, aunque hay indicios que señalan que pudo ser habitado mucho tiempo atrás, desde la época del hierro, pero aún no hemos encontrado material suficiente que nos confirme esta teoría. Mira —señaló con el dedo las estructuras cuadrangulares—, tenemos dos tipos de estructuras, las cuadradas y las circulares. Ambas construidas en piedra. El techo era un armazón de madera recubierto de ramas atadas entre sí.

Luis les comentó que lo que habían encontrado hasta ahora era sobre todo restos de herramientas de bronce y bastante cerámica. De formas simples pero muy decoradas.

—También algo de cerámica romana, por lo que los intercambios comerciales eran frecuentes —se detuvo al oír que uno de los investigadores le llamaba.

Se disculpó con ellos y se alejó prometiendo volver enseguida.

Brea se agachó junto al camino y escarbó con los dedos hasta descubrir un pequeño trozo de piedra. De forma cóncava, lo levantó hacia el sol y lo observó girándolo en todas posiciones. Alejandra le miró mientras soplaba sobre la superficie y dibujaba una breve sonrisa.

—Decoración simple. Dibujos sencillos, geométricos. Líneas, puntos, círculos.

Se puso de nuevo en pie y le pasó el pedazo de arcilla a Alejandra. Ella lo mantuvo con delicadeza entre los dedos. Sujetándolo con ambas manos. Roberto señaló la filigrana prácticamente borrada por el paso del tiempo.

—Era una cerámica tosca. En ocasiones, de colores oscuros. Fíjate en los bordes y el dibujo. Formas sencillas.

—Parece que os conocéis de hace tiempo —quiso indagar en la relación que mantenían los dos hombres.

Había una especie de complicidad. De admiración de Blanco hacia Brea que no sabía traducir. Un reproche silencioso a que él hubiera decidido abandonar aquella vida por dedicarse a gestionar una tienda.

—Fui tutor de Luis en su tesis —apuntó quitando importancia al asunto. Se ajustó las gafas de sol, pero Alejandra supo que había desviado la mirada hacia el yacimiento—. Le conozco desde hace varios años. Consiguió una plaza fija aquí y pudo volver a casa.

—¿Leyendas herculeanas? Parece obsesionado con este lugar —apuntó ella.

Roberto se limitó a mirarla fijamente sin añadir nada a su comentario al ver que Blanco se acercaba a ellos y los animaba a acompañarle.

Habían montado una estructura temporal a la sombra donde acumular los objetos que iban recuperando y el diverso material. Les ofreció algunos apuntes sobre la cultura castreña, sus formas de vida, costumbres, hábitos. Alejandra le observó mientras le dibujaba un recorrido por aquello que había sido su especialidad. En aquel momento le pareció demasiado pálido para alguien que trabajaba al aire libre en los meses de verano.

—Mi tesis trató sobre la cultura celta en el noroeste de la península ibérica. Siempre me fascinó la cultura de La Tène y sobre todo su predecesora, la de Hallstatt. No hubiera podido hacerlo sin él —terminó mirando a Brea.

Roberto se levantó de la silla plegable que Blanco les había ofrecido y con un gesto rápido le indicó a su antiguo alumno que le acompañara.

—Dejemos a la señorita Álvarez que conecte con la historia, Luis. Vayamos a dar una vuelta y me comentas un poco cómo vais por aquí.

Un «gracias» brotó de los ojos de Alejandra y se dibujó en la comisura de sus labios. Un gesto que Roberto devolvió con una sonrisa mientras pasaba el brazo por encima de los hombros de su antiguo alumno y lo alejaba de allí.

Capítulo 20

Martes, 26 de junio

Encontró a Vidal sentado frente al escritorio. Aún le quedaban restos de un sándwich de pollo junto a los expedientes que acumulaba encima de la mesa. Se limpió los dedos en una servilleta de papel y dio un trago largo a la lata de refresco.

—¿Ya estás comiendo?

Se sentó en la mesa frente a su compañero y notó el estómago rugir al oler la comida. Se lamentó de no haberse detenido por el camino y tomar algo rápido.

El subinspector negó con la cabeza y echó un vistazo al último trozo que le quedaba antes de engullirlo con avaricia.

—Este caso me ha abierto el apetito —confesó con la boca llena. Arrojó el envoltorio del sándwich a la papelera de un gesto rápido y se pasó la servilleta por los labios—. Además, Valdés y yo hemos estado buscando algo de información con respecto a lo del símbolo ese. El del chaval.

Méndez suspiró al caer en la cuenta de que aquel detalle lo había obviado con la visita a la clínica. Miró a su compañero a la espera de que arrojara algo de luz sobre el dibujo que había vuelto sobre el refresco y lo apuraba de un último trago.

—Es una espiral. Doble. Era bastante común en la cultura celta. He encontrado algunas páginas donde venden cachivaches de esos que están tan de moda. Que hace referencia a la dualidad. A la vida, de crecimiento, de energía.

—Pero ¿qué sentido tiene que Carlos la tuviera marcada en la nuca? ¿Por qué se la hicieron antes de morir?

—Podría haber sido un accidente, la muerte del chico.

Vidal se recostó en la silla y entornó los ojos. Durante unos instantes su mente se trasladó a la máquina de café de la sala de descanso y desechó volver a degustar otra vez aquel combinado de polvos con agua que siempre le terminaban fastidiando las digestiones.

—Hemos dado por hecho que alguien lo mató voluntariamente. Que se trató de algo premeditado, pero cabe la posibilidad de que no fuera así, que se les fuera la fiesta de las manos, ya sabes, Méndez, drogas, alcohol y todas esas porquerías que necesitan para pasárselo bien. Algún tipo de reto, de juego peligroso, de ver quién es el que tiene más huevos, el más valiente, y el chaval perdió. No sabemos con quién estuvo aquella noche. Vete a saber.

Méndez observó al subinspector suspicaz.

—¿No crees que Brea tenga algo que ver en lo del chico?

Vidal se encogió de hombros. Más bajo que Méndez, le ganaba en peso. Unos kilos que no se disimulaban sobre la cintura del pantalón y que se hicieron presentes cuando realizó el gesto espontáneo. Dudó antes de contestar.

—No lo sé. No estoy seguro. Creo que no deberíamos descartar otras teorías.

—Brea tiene motivos para matar al chaval. No tiene coartada.

Un suspiro y una afirmación con la cabeza fue la única respuesta.

—Es normal que no tenga coartada. Ese tipo vive solo desde que su mujer murió. Lo raro hubiera sido verle de fiesta el sábado por la noche —puso voz a los pensamientos.

Méndez se incorporó todavía con la sensación de hambre en el estómago y el malestar que le había generado la visita de esa mañana. Observó cómo la costumbre de la hora de comer no había llegado aun dejando parte de los escritorios vacíos y la tranquilidad que solía ofrecer la ausencia de ruidos.

—Vámonos —ordenó mientras miraba la hora en su reloj. Quedaban quince minutos para la una—. Tenemos que ver a esos dos tipos. ¿Cómo dijiste que se llamaban?

Vidal observó el expediente que tenía sobre su mesa y cogió la libreta que solía llevar a todos lados.

—Francisco González Burgos, el Maño, y Jacinto Santos, el Portugués.

La Cruz del Agua, como la llamaban en el pueblo, era un antiguo cruceiro. De pedestal cuadrado, formado por la sucesión de cuatro

gradas hasta la base del fuste. Una columna lisa que soportaba la gruesa cruz latina, con la imagen de un Cristo crucificado en un lado y la de la Virgen María en la contraria. Frente a ella, a escasos metros, una fuente de piedra de una pieza rectangular anclada sobre la base redonda, de no más de un metro de altura. Con dos grifos de metal enfrentados, formaba junto con el cruceiro los puntos del eje principal de una plaza no muy grande, a medio camino entre la parte del puerto y la que daba a la zona más interior del pueblo casi en el monte.

Un par de restaurantes, dos tabernas para tomar algo rápido y algunas tiendas se cobijaban en los bajos de las casas de aquella plaza de forma trapezoide y más elevada por su lado oeste que por la zona más cercana a la costa.

Méndez observó que las terrazas que ocupaban el espacio frente a los bares apenas estaban ocupadas. Aunque todavía era pronto, sabía por experiencia que los turistas elegían los sitios donde pudieran disfrutar de una buena vista frente al mar y los únicos que se atrevían a ocupar, apenas un par de mesas, eran los oriundos de Os Torres.

—Son esos.

Vidal hizo un gesto con la cabeza indicando que los dos tipos que buscaban estaban donde les habían confirmado que habitualmente se encontraban a esa hora.

El Maño, como le llamaban desde que había llegado al pueblo de la mano de su madre, viuda de un aragonés de Huesca que había fallecido el invierno anterior, se había labrado la reputación de mala compañía con el apellido de problemas en cuanto había pisado el colegio público. No había terminado la educación secundaria por la persistente desidia de una progenitora demasiado ocupada en proveerse de lo necesario para subsistir cada mes y el poco interés de su hijo de terminar la obligatoria. Había comenzado a trabajar apenas a la edad de catorce años, pero los trabajos apenas le habían durado lo que tardaba en cobrar el primer mes. Así había ido pasando de engrosar su currículo con trabajos temporales a hacerlo con una lista de pequeños delitos que le habían confirmado la fama que ya mantenía desde los primeros cursos escolares.

Era un tipo no demasiado alto, pero aparentaba una mayor estatura por lo desgarbado de su aspecto. Moreno de cabello, pero de piel blanquecina, se movía inquieto mientras un cigarrillo viajaba con ansiedad desde sus dedos a su boca. Una camiseta negra con el logo de una banda de *rock* como distintivo de desobediencia que le debía a la

vida y un par de pequeñas piedras negras que descansaban en el lóbulo de las orejas, coordinaban con los vaqueros desgastados y las deportivas oscuras.

Méndez se fijó en el tatuaje que lucía en la nuca. Apreciable por el corte de pelo que llevaba. Uno de esos símbolos orientales. No supo si japonés o chino. De los que se habían puesto tan de moda entre los jóvenes desde hacía ya unos años.

El Portugués, más alto y delgado que su compañero, vestía con un polo de marca en color blanco y unos vaqueros de mejor aspecto que los de su amigo. De pelo oscuro y tez más morena que el Maño, se distraía dándole vueltas a un vaso de cerveza entre las manos. Del último, los informes eran menos completos que del otro. Había aparecido como lo hacen los problemas. Sin avisar. Algunos antecedentes menores y una historia truculenta que había dejado dormida en el país vecino. De un pueblo cercano a Oporto, el chaval había llegado buscando trabajo. Y el trabajo le había encontrado a él.

Se acercaron despacio, como si no hubiera sido algo premeditado, sino más bien causal.

—¿Eres tú Francisco González, el que llaman el Maño?

El cigarrillo se quedó a medio camino entre los labios y la mano, y el chaval se giró para enfrentarse con Vidal.

—¿Y qué si lo soy?

Méndez dibujo una sonrisa disimulada tras la contestación del joven y espió por el rabillo del ojo al Portugués que ya les había calado por propia experiencia en cuanto se habían detenido frente a ellos.

—Soy el inspector Méndez, Francisco. Solo queremos confirmar con vosotros lo del sábado.

—¿Lo del Carlos? —fue el Portugués quien respondió con una pregunta.

—Se lo dijimos todo a esos polis que vinieron a preguntarnos —continuó el Maño—. Le vimos el sábado. Justo aquí.

Señaló con el dedo la fachada del bar y se alejó un par de pasos. Febril, buscó el cigarrillo de nuevo e inhaló con ganas.

—Aquí, inspector —insistió de nuevo en señalar el punto concreto. Parecía nervioso—. Estuvo con nosotros y se bebió un par de cervezas.

El Portugués asintió a lo que su amigo decía.

—Se las pagué yo. No andaba muy sobrado de dinero. Se fue pronto. Dijo que tenía que ver a alguien.

—¿Se fue solo? ¿Os dijo con quién había quedado?

El Maño volvió a su posición inicial y negó con la cabeza. Apuró el cigarro y arrojó la colilla al suelo.

—No dijo nada. Se largó sin más, pero andaba buscando curro últimamente. Vete a saber.

—¿Qué dirección tomó? ¿Le visteis irse?

El Portugués hizo un gesto con la cabeza indicando el camino que, supuestamente, Carlos Fernández había tomado aquella noche. En dirección a la zona del puerto. En sentido contrario al que hubiera tomado si pensaba volver a casa.

—¿Qué hora sería? ¿Lo recordáis? —fue Vidal el que preguntó.

Negaron con la cabeza.

—No sé. Entre las once y media y las doce más o menos.

—El partido hacía un rato que había terminado. Eran las once y veinte.

La información les llegó de una tercera persona. El hombre había salido a la puerta de la taberna y los observaba con curiosidad.

—Miguel. —Vidal se acercó y le saludó con un efusivo apretón de manos—. No me digas que llevas ahora tú esto.

—Sabes que no, Mario, pero en verano necesitan una ayuda extra y vengo en los días libres y las noches que puedo.

El tal Miguel pasó su mirada de Vidal a Méndez para volver de nuevo a su amigo.

—Le vi el sábado con estos. ¡Menuda pieza el Carlos! No entiendo cómo después de lo que pasó se le ocurrió volver aquí. Hacer como si

nada.

Méndez se acercó a ellos olvidándose del Maño y el Portugués.

—Este es el inspector Méndez, Miguel. Lleva la investigación. Miguel es un viejo amigo del colegio —les presentó Vidal.

Se saludaron con un breve y conciso apretón de manos.

—¿Le viste irse aquella noche? ¿A Carlos?

El camarero ancló las manos a las caderas y suspiró mientras observaba el camino que había tomado el chaval.

—Le vi largarse. Claro. No dejé de vigilarle desde que puso el pie aquí y más con estos dos —dijo—. No quería problemas. Esto es de mi primo, inspector. Es la única forma de ganarse la vida que tiene y por ahora no le va mal, aunque tampoco es que vaya sobrado. Un incidente, un problema, cualquier cosa y te quedas sin lo que te da de comer. Me habían dicho que había vuelto al pueblo. Esas cosas siempre se comentan, se rumorean. Pero no pensé que tendría la cara de presentarse la noche del sábado a ver el partido. Jugaba el Deportivo, ¿sabe? Estuvieron aquí bebiendo cerveza los tres.

—¿Notaste algo raro? ¿Alguien con el que hablara o si tuvo problemas?

Miguel negó con la cabeza e intentó recordar.

—No, se fue sobre las once y veinte aproximadamente. Se tomó un par de botellines o tres. Y después le vi alejarse hacia la zona del puerto. Iba solo.

—¿Viste si le seguía alguien? —Vidal insistió.

—No, aunque había bastante gente a esa hora en la plaza. Tanto nosotros como el Manolo estábamos abiertos. Hacía buena noche.

Méndez asintió con la cabeza a las palabras del hombre y le echó un vistazo al bar que había apenas a unos veinte metros. Otro clásico del pueblo. No había nada que no supieran ya por la declaración que habían leído en comisaría.

—Recibió una llamada al móvil. Eso sí. —Miguel volvió sobre los sucesos de esa noche—. Se apartó un poco para hablar. Por el ruido imagino. Pero no le debió gustar lo que escuchó al otro lado porque se

le notaba molesto. Se movía de un lado para otro mientras hablaba. Hacía gestos con las manos, como si estuviera discutiendo con alguien por teléfono. Después se largó.

—¿Recibió la llamada y se fue de inmediato? —Méndez inquirió buscando una confirmación.

El camarero asintió con la cabeza.

—Más o menos. Colgó y se acercó a esos dos y unos minutos más tarde se largó.

Agradecieron al hombre la información que les había ofrecido y se despidieron de él después de que Vidal le dijera que era posible que le llamaran para tomar declaración a lo que se limitó a contestar encogiéndose de hombros.

—Lo que necesites, Mario. Ya sabes.

Méndez se detuvo en seco y se volvió de golpe.

—¿Viste si llevaba un tatuaje en la nuca? El chaval. ¿Pudiste ver si tenía algún dibujo o algo?

Miguel negó con la cabeza.

—No lo sé, jefe. Complicado. Era de noche y no me acerqué mucho, pero no me parece que tuviera nada.

Agradeció por segunda vez la información al hombre e hizo una seña a Vidal. Se alejaron por la calle que había visto desaparecer aquella noche a Carlos Fernández. Deambularon despacio durante un largo trecho hasta que desembocaron en otra de las calles más principales. Los edificios los recibieron con un halo de mayor modernidad pero con cierta decadencia.

—Desde aquí pudo tomar cualquier dirección. —Vidal miró a ambos lados.

—O incluso alguien le pudo recoger en coche. ¿Qué sabemos del móvil?

Méndez se volvió hacia su ayudante. ¿Por qué ninguno de ellos había caído en buscar el teléfono? No estaba entre sus pertenencias.

—No había nada, Méndez. El chaval apareció con los bolsillos vacíos. Si lo llevaba, pudo haberse quedado en el agua.

—Volvamos. Tenemos que averiguar dónde está ese maldito teléfono.

Capítulo 21

Martes, 26 de junio

—Ya está todo, jefe.

La frase se ahogó en el pensamiento sin llegar a rozar la superficie de su consciencia. Los ojos se mantuvieron fijos, buscando en el vacío recuerdos que a veces preferiría olvidar.

Su pierna derecha reaccionó de forma involuntaria. Un gesto de castigo hacia los pensamientos provocando que el sujeto saliera de su estado de ausencia. Desvió la vista hacia los vehículos que estaban esperando, apenas unos veinte metros de ellos.

—Diles que se larguen ya y que conduzcan con cuidado.

Jesús Lago se abrochó la chaqueta de lino *beige* a juego con el pantalón y se volvió hacia su hombre. Manuel Peña o el Sueco asintió con la cabeza y se acercó hasta donde esperaban los conductores.

—¡Sueco! —gritó Lago observándole.

El aludido se dio la vuelta y observó a quien le remuneraba con generosidad el trabajo y los servicios extras.

—¡Que vayan separados! Que no la caguen como la última vez. Tenemos demasiados ojos pendientes ahora mismo.

Quince segundos más tarde, los dos vehículos se alejaban por el camino que desembocaba en la carretera comarcal. Un viejo Peugeot 306 de color azul oscuro y un Seat León negro desaparecieron bajo la atenta mirada del empresario.

—¿De dónde los has sacado?

La mano de Lago extrajo con elegancia la pitillera del bolsillo de la americana y de un gesto sacó un cigarrillo para depositarlo entre los labios. Atento, el Sueco se adelantó a su jefe y le ofreció la llama parpadeante de su mechero.

—Una subasta, jefe. Hace un mes o así.

—¿Dónde? —El humo acompañó a la pregunta.

—Valencia. Un pueblo del interior. Un conocido me habló de ella y pagué mil por los dos.

Acompañó la exhalación con un chasquido de lengua como respuesta a la explicación de Peña.

—¿Efectivo?

—Efectivo, jefe.

Siempre efectivo. Siempre lejos de allí. Siempre.

Arrojó el cigarrillo y lo aplastó sobre la tierra húmeda de la noche anterior. Fumar era uno de los pocos vicios que ya se permitía y lo hacía de forma severa. Castigándose por mantenerlo vivo. Los recuerdos vinieron de nuevo en forma de olores. Aquel a tormenta de otoño. Un octubre demasiado lluvioso. Oyó al Sueco mientras le explicaba lo de los coches, pero volvió a ausentarse. Su mirada paseó de nuevo entre los árboles. Se escuchaba murmurar un silencio profanado entre sus ramas. Almas heridas de los secretos que habían callado durante todos estos años. Y aquello nunca le había importado realmente hasta aquel otoño. Fatídico. Nefasto en el augurio que se había plasmado en esa tarde. La última.

Era sorprendente cómo los recuerdos pueden mutar. Cómo se transfiguran, se transforman para dar color a las palabras olvidadas. Si era capaz de reproducir aquella última conversación, era porque aún podía destilar el rojo de aquel vestido de punto, bañado con espesas mariposas marrones en el bajo y junto al borde de las mangas como si fuera el preludio de una primavera que nunca llegaría. El anuncio de la ira del dios de la casualidad que ya había escogido a la víctima propiciatoria para sacrificarla en el altar del destino.

Otro cigarrillo ocupó sus labios y ardió con la rapidez de la mano voluntaria del Sueco. Hacía unos minutos que había detenido su charla sabiendo que él no le prestaba atención y ahora se limitaba a vigilar el silencio que compartían.

No había habido contestación a la pregunta o no recordaba si la había habido o, en cambio, había sido una súplica o una sugerencia. Solo el anuncio de una grieta en la superficie firme de una vida conjugada en primera persona del singular. Aquella tarde, se había marchado sola, y él se había quedado sentado al lado de la obligación y la incertidumbre. Buscando en la eficiencia de una vida construida sobre la objetividad de su propia conveniencia. Un placer que se había convertido en problema.

—¿Qué sabemos de lo otro?

Se obligó a volver de nuevo a la realidad y caminó hacia la casa.

—No hay nada nuevo.

Se detuvo y observó la construcción. De fachada en piedra y tejado pardo rojizo a dos aguas. Había invertido más ilusión que dinero en acondicionar aquel lugar. Una casa en medio de ningún sitio. Un refugio a nombre de alguien que no existía. Un lugar que ni siquiera su propia mujer conocía. El origen de un sueño y el final de un problema. Y un punto de partida y de destino. Aún recordaba las mariposas marrones enganchadas en punto de su vestido rojizo. Las botas de agua negras a juego con el chubasquero que había dejado colgado en el perchero de detrás de la puerta. El olor de su perfume junto con el de la lluvia que había mojado su pelo. Su rostro sonrojado, las mejillas brillantes y la furia en su mirada. La súplica de los labios al entreabrirse para demandarle una respuesta y el sonido del golpe cuando la puerta se había cerrado tras ella.

—Habla con Murillo. Dile que tenemos que parar por ahora. Mientras esté el asunto abierto, no podemos jugárnosla. Este será el último hasta que veamos las cosas claras.

El Sueco asintió con la cabeza y murmuró un «claro, jefe».

—Me quedaré un rato más. Ah, y Manuel —añadió cuando el otro ya se alejaba hacia el vehículo. Esperó a que se volviera y observó el verde oscuro de los ojos del Sueco buscar en los suyos—. Averigua algo sobre la nueva. No quiero cabos sueltos.

Capítulo 22.

Octubre. Dos años antes

Subió el volumen de la radio. La lluvia le había robado las últimas notas de la canción de Axwell Λ Ingrosso y no estaba dispuesto a que le volviera a ocurrir con el siguiente tema.

El coche patinó en el barro y pasó de cuarta a tercera. La queja de la caja de cambios le aumentó las pulsaciones del corazón mientras pensaba que no debería haber tomado nada antes del encargo.

«Puto embrague», pensó mientras volvía a tomar el camino con seguridad y el coche aceptaba la trayectoria.

No podía cagarla. Era demasiado bueno el trabajo como para joderlo a la primera de cambio y menos por un subidón como el que llevaba. La lluvia golpeó con fuerza y sin alejar la vista de la carretera tanteó el asiento del copiloto con ansiedad hasta que sus dedos palparon el plástico de la botella. Quitó el tapón con los dientes y agotó de un trago los escasos treinta y tres centilitros mientras la siguiente canción resonaba dentro del vehículo desafiando el ruido de la lluvia contra el cristal delantero.

Al menos, esperaba que hoy no hubiera nadie en la casa. Lo del día anterior había sido una imprudencia. Sabía que le había visto. No debería haber cedido a la curiosidad. Tenía que haberse limitado a recoger el paquete que le habían dejado en la parte de atrás de la casa. Meterlo en el maletero y volar hacia el puerto. Pero no había podido evitar curiosear al escuchar las voces. Al ver la luz encendida del pequeño saloncito. Encaramarse con cuidado al alféizar de la ventana y asistir a un espectáculo digno de cualquier culebrón de la tele.

Y estaba seguro de que él le había visto. Había notado su mirada buscando hacia el exterior los ojos curiosos que los espiaban. Ella no. Ella estaba demasiado concentrada en reprocharle la indiferencia y la falta de respuestas. Los gestos que habían acompañado a las declaraciones, la pregunta, el silencio roto por el desconcierto, por el gesto de rabia.

A él le conocía demasiado bien, a ella solo la había visto en alguna ocasión. A él le temía. Ella le había recordado algo que siempre intentaba olvidar.

Había salido de allí a toda prisa. Aferrado al volante del vehículo

como si fuera su único salvavidas. Rezando porque no le hubieran descubierto. Acelerando hacia su destino, al que ya llegaba tarde solo por su curiosidad.

«Puta vida», había escupido contra el salpicadero del coche mientras rebuscaba un cigarrillo entre sus pantalones y veía ya las luces del puerto a lo lejos.

—Llegas tarde —había sido el reproche del Sueco cuando, sin bajarse del vehículo, apenas lo había detenido junto al almacén.

—He tenido que esperar antes de cruzar el pueblo. Había una patrulla —había sido la disculpa.

Aquella noche esperaba que no hubiera nadie en la casa. Aun así, había tomado la decisión de no repetir el error del día anterior.

«Solo recoge el puto paquete, Carlos», se repitió con el corazón golpeando a la velocidad que las gotas seguían martirizando la luna delantera.

Las luces ausentes le dieron algo de tranquilidad mientras dirigía el coche hacia la zona posterior. Los faros iluminaron el bulto sobre el suelo. Se deslizó con rapidez sin apagar el motor y apartó la lona negra que impedía que la mercancía se mojara y comprobó que el paquete era mayor que el del día anterior. La dirección pegada sobre el plástico también era distinta. «Joder», pensó mientras desechaba la ruta que ya había imaginado en su cabeza.

Tardaría unos cuarenta y cinco minutos más en llegar al punto de encuentro. Cerca de la frontera. No tenía ganas de conducir con aquella lluvia y más con el estado alterado que llevaba. Corría el riesgo de que le pararan por la nacional, así que la única solución era desviarse por las carreteras secundarias.

—¡Joder, joder, joder! —Golpeó con el puño el paquete y se incorporó.

La lluvia insistió en deslizarse por el pelo para continuar con el resto de su cuerpo. Se secó la cara con la mano y se inclinó para encargarse del bulto que insistió en escurrirse un par de veces y volver al suelo. Lo aferró con fuerza abrazándolo contra su cuerpo y se dirigió hacia el maletero del viejo Opel que le habían dado para aquel trabajo. Dejó el paquete con cuidado y recogió la lona negra del suelo para colocarla encima ocultando la mercancía de una primera vista.

La lluvia se hizo más persistente. No cesó en su intento de empaparle antes de introducirse en el coche. Dirigió una última mirada hacia la casa antes de ponerse de nuevo al volante.

No debería haber tomado nada, aunque en su defensa tenía que alegar que no contaba con que le llamaran también esa noche. No funcionaba así. O al menos eso era lo que el Sueco le había contado la primera vez que había hablado con él. Algo esporádico. Nada fijo. Solo de vez en cuando. De tarde en tarde. Sacarse un dinero a cambio de conducir. Poca cosa. Algo fácil. Sencillo. Sin problemas. «Te he visto. Eres un chico listo. Te irá bien —le había dicho mientras ponía una de sus grandes manos encima de su hombro—. Te hace falta el dinero, que lo sé, Carlos. Una ayuda. Algún capricho que quieras darte».

Y él, a su edad, tenía demasiados caprichos por darse. Demasiados deseos por cumplir.

El coche volvió a retarle patinando sobre la tierra del camino y se aseguró de pisar con fuerza el pedal del embrague antes de meter una marcha más corta. Intentó visualizar en su cabeza el trayecto más seguro hasta el punto de encuentro y se levantó unos centímetros del asiento para sacar el móvil que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Pondría el navegador. No podía perderse y arriesgarse a llegar tarde aquella noche otra vez. Un fallo más y estaba fuera.

Lo agarró con los dedos sin soltar la mano izquierda del volante y sin apartar la vista de la carretera. La humedad de sus manos le jugó la mala pasada y el aparato se escurrió para esconderse bajo el asiento del conductor. Masculló una maldición e intentó alcanzarlo inclinándose un poco sin perder de vista el camino. Otra versión de un clásico adaptado para música *dance* irrumpió con los acordes mientras la lluvia persistía en escurrirse por el cristal. Tanteó la alfombrilla con las yemas de los dedos mientras caminaba con ellos hacia la parte posterior del asiento. Rozó el borde duro del móvil e intentó cogerlo, pero el aparato se mantuvo firme en la posición en la que había caído.

Otra maldición y un descuido. Desviar la vista de la carretera para inclinarse un poco más y coger con fuerza el teléfono. La visión distorsionada de la oscuridad a través de la perspectiva dinámica de una lluvia tan perfecta como lo son las casualidades. Un gesto inconsciente de su pie al presionar un poco más el pedal del acelerador, el movimiento involuntario de su mano izquierda sobre el volante y la silueta al borde del camino. Oscura, desprovista de seguridad bajo el impermeable negro. Lanzándose prácticamente

encima del vehículo.

El golpe. El impacto imposible de evitar. Los segundos que quedaron suspendidos en el aire para que su consciencia fuera capaz de asimilar el acto y las consecuencias. El momento en el cual confluyeron a la vez el presente y el futuro. La ilusión por el rabillo del ojo. Algo que después, con la calma que te ofrece la penitencia impuesta, analiza la mente. Objetiviza con el detalle de recuperar un recuerdo que se ha convertido en una pesadilla recurrente. Ese momento. Una y otra vez. A cámara lenta o en modo rápido. La imperceptible presencia del destino. La conjugación de una fatídica causalidad.

El coche derrapó unos metros para detenerse escorado en medio del camino. Se quedó inmóvil, con la vista fija en la oscuridad que nacía más allá de los árboles que delimitaban el terreno. El haz de luz de los focos se fundió con la nada mientras su corazón golpeaba contra el pecho, sin escuchar la música que no había dejado de sonar en la radio. Hipnótico por el movimiento pendular de los limpiaparabrisas que se mantenían en su esfuerzo de barrer las gotas que discurrían por el cristal.

—¡Joder, joder, joder!

Lo repitió como un mantra. Como si pronunciar aquella palabras tres veces hiciera desaparecer lo que acababa de ocurrir.

Los segundos se agolparon en sus oídos. Se deslizaron por la nuca para bajar por su espalda y martillear sus opciones entre las costillas. Dudó. Su mano izquierda se aferró al manillar de la puerta y la abrió para dar paso a lo correcto. Su mano derecha se deslizó hasta la palanca de cambios y su vista se orientó hacia el retrovisor.

Observó el bulto oscuro unos metros más atrás y deslizó la pierna izquierda fuera del vehículo. Una imagen fugaz. Un pensamiento rápido para hacerle consciente de lo que llevaba en el maletero sujetaron al resto del cuerpo, que dudó unos instantes sobre la frontera del deber.

Las posibles consecuencias le obligaron a retomar la postura delante del volante, cerrar la puerta con rapidez y arrancar alejándose de aquel lugar oculto por un disfraz de oscuridad y lluvia.

Carlos Fernández Puerto había sellado un futuro tan desconocido como probable.

Capítulo 23

Martes, 26 de junio

—Hoy no ha abierto.

Vidal se acercó hasta la puerta y oteó el interior apoyándose en el cristal. La mano le sirvió de visera para evitar el brillo del sol sobre la superficie.

Una pila de libros, colocados de forma cuidada, ocupaba la primera mesa según se entraba. Encima de ellos, un ejemplar mostraba la portada y el título de la obra que se erigía de protagonista. Había leído algo en el periódico de aquel libro. Y su mujer le había comentado algo el otro día mientras cenaban. También había salido en la televisión autonómica. ¿Premio de las letras gallegas?

—¿Hemos puesto a alguien de servicio?

Méndez le sacó de sus pensamientos, y Vidal corrigió la postura. Se estiró y miró a ambos lados de la calle. Era un buen local. Cerca de la zona comercial. De paso. Tenía cierto toque elegante. Todas aquellas antigüedades en el escaparate. Habían dado un rodeo antes de volver donde habían aparcado el coche porque el inspector se había empeñado en echar un vistazo a la tienda de su principal sospechoso.

—A García —el subinspector suspiró mientras pensaba si había sido buena idea.

No lo vio, pero intuyó que Gildo Méndez revoloteaba molesto a su alrededor. Tuvo la sensación de escuchar la americana desplegarse y volver a su posición como si fueran las alas de un cuervo de mal agüero furioso.

—Esperemos, por el bien de todos, que a nuestro querido señor Brea no se le haya ocurrido la brillante idea de huir.

Fue un graznido cruento. El anuncio de una tempestad que se anticipa con las primeras nubes.

—Le han visto con esa chica.

Vidal se colocó a la altura de Méndez y los dos policías

observaron en silencio la calle. La vida continuaba caminando por Os Torres como si no hubiera pasado nada. Como si aquel cuerpo sin vida que había aparecido cerca del faro fuera solo un sueño de un par de días.

—¿Qué sabemos de ella? —Méndez inquirió la pregunta como si fuera una orden y Vidal se limitó a encogerse de hombros.

—Trabaja en la universidad, en Madrid. Llegó el domingo por la tarde. No hay mucho más. Los vieron ayer cerca del puerto. Comieron juntos.

Méndez se volvió hacia el escaparate y oteó los objetos que se exponían con cierta desgana. La chica no le servía de coartada a Brea y mejor que fuera así. Sus ojos barrieron los libros y las antigüedades. No entendía cómo había gente que pudiera pagar tanto por aquello. Parecían baratijas sacadas de cualquier mercadillo al aire libre. Abalorios en plata y en bronce. Imitaciones de armas antiguas, un casco sujeto sobre un soporte de madera, pequeñas espaditas con el filo irregular y amuletos. Todo colocado con orden y precisión. Acompañado de varios ejemplares de libros. Ensayos sobre la mitología celta, la historia y sus costumbres. Otros más recientes que reconocía como novelas históricas y alguno que se había convertido en un éxito en ventas.

Sus ojos curiosos repasaron de nuevo la oferta de productos hasta que volvieron de nuevo hacia la puerta oscura y el rótulo que descansaba encima de ella. Se quedó mirando las letras del nombre de la tienda y el detalle que se le había pasado por alto la primera vez. Un símbolo junto a la última «a» que formaba el apellido del dueño del negocio. Dos círculos se unían entre sí por la zona externa formando una doble espiral.

—Mario.

El aludido se giró al verse interpelado por su nombre en lugar de por su rango o por su apellido como solía ser costumbre en él. Observó la fachada buscando lo que había llamado la atención de su superior.

—Mira. —El policía señaló con el dedo el rótulo, y Mario Vidal siguió la línea imaginaria que nacía de él hacia el culpable de la atención de Méndez.

Dos exabruptos brotaron de la boca del policía, que echó mano de su teléfono móvil y no dudó en hacer un par de fotos.

—¿Qué te parece? —Méndez buscó la confirmación que necesitaba en Vidal.

—¿Coincidencia?

—Tenemos que hablar con él. Volvamos.

—Las cámaras no grabaron nada aquella noche. —Valdés salió al encuentro de los dos hombres nada más verlos aparecer por el pasillo.

—¿Nada? —Vidal se adelantó a la pregunta de su superior.

La joven negó con la cabeza. Parecía estar tan decepcionada como ellos.

—Hemos revisado las cintas varias veces y no muestran a nadie. Los últimos en salir de allí son dos vecinos a eso de las nueve y media. Hasta las siete de la mañana no llega el primero. Si la víctima estuvo en el puerto, las cámaras no le grabaron.

—¿Sería posible?

Habían llegado hasta el escritorio de Méndez. El inspector se quitó la chaqueta y la dejó con cuidado sobre el respaldo de la silla. Vidal se apoyó en la mesa y observó a su alrededor. El primer turno de comida se había largado ya dejando a la mitad de los que solían ocupar aquel espacio.

—Todo es posible pero complicado. Solo hay una entrada y las cámaras cubren todos los puntos. El puerto es pequeño. Hay un par de cámaras apostadas a la entrada. Cubren casi todos los ángulos y luego hay otras dos al final del paseo. Son unos trescientos cincuenta metros como mucho. Las embarcaciones son pequeñas. Si pasó algo en el puerto aquella noche, no lo recogieron. Tampoco tenemos testigos de que a esa hora se le viera por ahí.

—Le perdemos la pista entre la Cruz del Agua y el paseo marítimo —Vidal apuntó mientras tomaba asiento frente a su escritorio e introducía sus credenciales en el ordenador.

—¿Y lo de los pies? ¿Qué sentido tiene? El forense dijo que las heridas fueron causadas al caminar descalzo en un terreno irregular. ¿El monte? —Méndez caminó un par de pasos hacia la salida y volvió de nuevo a su sitio—. Le vieron marcharse en dirección contraria. ¿Se encontraría con alguien? ¿Quién le llamó? ¿Qué le diría para salir casi corriendo? El camarero… —dudó unos instantes.

—Miguel —apuntó Vidal recordando el nombre de su amigo. Méndez asintió.

—Miguel, sí. Miguel dijo que le habían llamado y parecía nervioso o molesto. Nada más colgar, se despidió y salió de allí, pero no hemos encontrado el teléfono entre su ropa.

Valdés abrió la carpeta del caso y ojeó el inventario. Negó con la cabeza.

—No. Solo lo que llevaba puesto, la camiseta y los vaqueros. Ni zapatos, ni objetos personales. Cartera, llaves, móvil, dinero. Nada de eso. Tuvimos suerte de identificarle tan pronto por la base de datos. Ya estaba fichado.

Méndez dirigió una mirada a su compañero y luego a la agente Valdés.

—Resumiendo: el chaval aparece en Punta do Faro ahogado después de que le golpearan y le administraran esa droga y antes, supuestamente, caminó descalzo por un terreno irregular que solo puede ser el monte, pero los últimos que le vieron, los testigos coinciden que desapareció por las calles que bajan hasta el paseo marítimo y todo apunta a que la corriente le arrastró desde la zona del puerto. ¿Podría ser que lo tiraran desde otro sitio?

Vidal se encogió de hombros para dar a entender que no tenía ni idea.

—Posible sí, jefe. Pero según las corrientes sería entre el puerto y el faro y esa zona es rocosa. El terreno es abrupto.

—Luego tenemos lo del dibujo en la nuca. —Mario Vidal sacó el móvil y lo enchufó al ordenador. Descargó las dos fotografías que le había sacado a la fachada de la tienda de antigüedades.

—Bonito —apuntó Valdés al observar la doble espiral.

Méndez desvió la mirada hacia el final del pasillo. Poco a poco los demás escritorios se iban quedando vacíos. Sintió el peso del día sobre los hombros. La visita a la clínica de esa mañana no le había ayudado a aclararse las ideas. Al contrario. Se sentía más atrapado, más culpable, más incapaz de escapar de una cárcel que había construido él mismo.

—Gildo, no te voy a decir nada que no sepas —había apuntado el

cirujano después de la operación para extraer la bala de la cabeza.

Había asentido. Que hubiera sido preferible la muerte antes que seguir viviendo en un estado tan catatónico como poco humano. Inmisericorde tanto para Lucía como para él.

La jaula se había cerrado en ese preciso instante. Si alguien le hubiera preguntado, habría asegurado escuchar el sonido de la cerradura al girar la llave que lo condenaba. Alejó aquellos pensamientos de su cabeza y volvió al asunto que los ocupaba. Se recostó sobre la silla y miró a Vidal. Su sospechoso tenía nombre y apellido. Motivos y oportunidad. No tenía coartada. Lo único que necesitaba era que Roberto Brea contestara a todas esas dudas.

—Hoy no ha abierto. Hay que hablar de nuevo con él. Llama a García y que te diga dónde está. No podemos perder más tiempo.

Se giró hacia Valdés, que tenía toda la atención puesta en la imagen del símbolo.

—Valdés, necesitamos las llamadas que se hicieron al número de la víctima. Habla con los de la compañía de teléfonos, a ver qué te pueden contar. Si te ponen pegas, llama a la jueza Ayala y le cuentas todo.

Capítulo 24

Martes, 24 de junio

Observó a Brea caminar inquieto de un lado a otro. Parecía nervioso, incluso molesto. Aunque estuviera a unos treinta metros de ellos, podía distinguir el gesto preocupado de su rostro.

Se volvió hacia Luis Blanco y dibujó una sonrisa tan falsa como poco interesada en lo que le estaba contando el arqueólogo. Había comenzado a disertar sobre los modos de vida de los pueblos celtíberos y ahora le explicaba algo sobre la metalurgia. El uso del bronce, las armas y el ajuar funerario. Miró de reojo el reloj de su muñeca para comprobar que ya pasaba de las dos. Hizo un esfuerzo casi sobrehumano por retomar la conversación y expulsar algunas preguntas por su boca para demostrar interés y que el anfitrión no se viera decepcionado. Al fin y al cabo, estaban allí por ella. Y ella tenía hambre y estaba más pendiente de los gestos de Brea que de aquel yacimiento a medio excavar.

Roberto detuvo su paseo errático y les dio la espalda durante unos segundos. Alejandra espió el movimiento nervioso de su mano izquierda, que buscó cobijo en el bolsillo trasero del vaquero.

—Disculpa, Luis.

Se levantó y se dirigió hacia él cuando comprobó que alejaba el móvil de su oído y no se había acercado hasta ellos.

—¿Todo bien? —le preguntó.

Apuntó mentalmente cómo deshacía la arruga de la frente y escondía la preocupación tras las gafas de sol. Los labios, más fino el superior que el inferior, quisieron responder con sinceridad, pero se volvieron cómplices de una respuesta calculada.

—Me ha llamado la Policía. Quieren que vaya a comisaría. Dicen que necesitan volver a tomarme declaración de nuevo.

Ladeó la cabeza, como si ese gesto le permitiera aceptar mejor la respuesta que él le había dado.

—¿Tienes abogado? —le soltó de forma práctica y directa.

—¿Crees que lo necesito?

—Me da que sí y mucho. —Alejandra se giró hacia el arqueólogo —. Puedo volver otro día si el profesor Blanco me deja. Ahora lo importante es que vayas a comisaría. No has abierto la tienda hoy y eso les habrá hecho sospechar. Querrán tenerte controlado. ¿Quién te ha llamado?

—Una agente. Valdés ha dicho que se llamaba. Me ha «rogado» que vaya lo antes posible. Necesitan aclarar unos puntos para poder avanzar en la investigación.

En menos de dos minutos, se excusó con Luis Blanco, que pareció en cierto modo decepcionado de que se marcharan antes de comer. Roberto le resumió en breves palabras lo que había sucedido, pero omitió la verdad con respecto a la llamada y prefirió no entrar en más detalles.

—No creo que sea nada —añadió sin darle más importancia.

Blanco le agarró con decisión del brazo y alzó la mirada para buscar la complicidad de su amigo.

—Roberto —dejó que el pensamiento se adelantara antes de pronunciar las palabras—, si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en llamarme. Paola también era mi amiga.

—Gracias, Luis.

El aludido asintió con la cabeza y retiró el contacto sobre su brazo. Alejandra rompió el silencio que se había formado entre ambos. Le agradeció el tiempo que le había prestado.

—Has sido muy amable. Es posible que necesite volver otro día. ¿Te importaría si te llamo?

Blanco asintió entusiasmado con la cabeza y rebuscó en el bolsillo del pantalón hasta encontrar la libreta de campo que usaba. Escribió con letra apretada en la esquina de una hoja y arrancó el pedazo con cuidado para entregárselo a Alejandra.

—Por favor, sería un placer. Además, si durante estos días quieres aprovechar y venir a echarnos una mano, estaré encantando de que nos acompañes. Queda mucho trabajo por hacer —volvió a lanzar una mirada a Brea que lo observaba con cierta suspicacia.

Cogió la nota y agradeció de nuevo al arqueólogo su hospitalidad para seguir a Roberto hasta la salida bajo los ojos curiosos de su

anfitrión.

—No me has dicho si tienes abogado —insistió cuando volvieron al refugio del vehículo.

El Mercedes se quejó cuando Brea obligó al motor a arrancar. Escupió un par de intenciones antes de rugir y enfilar el camino de vuelta hacia la carretera comarcal.

—Conozco a alguien, sí. Podría llamarlo —carraspeó mientras observaba el carril para incorporarse en dirección a Os Torres.

Alejandra bufó y se recostó sobre el respaldo del asiento.

—¿Es bueno?

Roberto se volvió hacia ella.

—¿Bueno?

—Sí, bueno.

—Imagino. No sé. Se encargó del tema de Paola.

Un silencio incómodo se instaló entre ambos mientras alcanzaban el límite máximo en aquella carretera. Alejandra desvió la vista hacia el retrovisor y fijó su atención durante unos segundos en los coches que los seguían.

—Deberías llamarle. Y más vale que sea bueno. Nos han seguido desde que hemos salido y ahora están detrás.

Brea dirigió la vista hacia el espejo y observó los vehículos tras ellos. Un par a una distancia considerable. Una furgoneta en color azul y un utilitario blanco. Frunció el ceño y se volvió a Alejandra.

—¿Cómo sabes que nos siguen?

—Soy bastante observadora —afirmó con rotundidad como si objetar esa verdad fuera un pecado.

Se volvió hacia Brea y le examinó descaradamente antes de lanzar las ideas que le pasaban por la cabeza. No quería reconocer que había aparcado a los celtas muy lejos de todo aquello. Que lo que alimentaba su imaginación y las preguntas que surgían de su mente era todo aquel asunto del chico muerto. De lo que había pasado con su mujer hacía un par de años y del lugar que ocupaba un tipo como él

en toda aquella historia. De las preguntas que se agolpaban en su mente, pero que quería evitar pronunciar a toda costa. De por qué no había vuelto a Madrid después de lo que había pasado y se había quedado en un lugar perdido como aquel matando el tiempo en una tienda que apenas le daba para los gastos.

—Nos han seguido desde que hemos salido del pueblo. Un Peugeot en color azul oscuro. Siempre a una distancia prudencial. Ha pasado de largo cuando hemos tomado el desvío hacia el yacimiento, pero lo tenemos tres coches por detrás de nosotros. Solo hay uno dentro. Un hombre. Joven. No nos pierde de vista y tampoco quiere hacerse notar.

Brea desvió la mirada de la carretera hacia Alejandra para volver casi inmediatamente a prestar atención a la circulación. Abrió la boca y la cerró de nuevo sin emitir ni un solo sonido. Ella se adelantó.

—Me vas a preguntar que cómo lo sé —suspiró mientras descansaba su vista en la frontera entre el asfalto y la vegetación—, de esas cosas te das cuenta. Es como cuando tienes que enfrentarte a una sala llena de estudiantes desesperados por superar un examen donde las preguntas ni siquiera se habían planteado en el temario como básicas.

—¿En serio haces eso? ¿Pones preguntas en los exámenes que no aparecen en el temario?

La duda rompió el monólogo de Alejandra, que bufó y se recostó de nuevo sobre el asiento. Frunció el ceño al escuchar la carcajada de Roberto y se sintió demasiado cansada para seguir hablando. Observó de nuevo el paisaje mientras se acercaban a Os Torres sin quitarse las preguntas de su cabeza.

—Nadie me ha regalado nunca nada —confesó mientras su mente viajaba lejos de allí en espacio y en tiempo—. Para mi padre soy un fracaso.

Quiso preguntar, pero la curiosidad quedó apartada tras la educación y decidió dejar que fuera ella la que siguiera hablando. Recordó lo que había averiguado en la red. Reseñas de su único libro, algunas opiniones y enlaces a páginas de la universidad donde cooperaba con Pedro López en los cursos de verano. Temarios, algunos artículos para revistas divulgativas, pero nada sobre su vida privada. Apenas dos líneas que informaban de su actual puesto y de los estudios que había cursado. Nada sobre su familia o sus orígenes.

—Todos, alguna vez, somos el fracaso de alguien —reconoció mientras se desviaban hacia la salida a Os Torres más acuciado por la curiosidad que por la urgencia de llegar a su destino.

Una idea navegó por su mente. Inconclusa y divergente. Algo que inconscientemente le había llamado la atención. Quiso conquistarla de nuevo y dejar que tomara forma, pero, tan autárquica como había aparecido, se marchó de su pensamiento.

Aquella confesión pareció animar a Alejandra, que se volvió hacia él.

—Lo que está claro es que si te vas a presentar en la comisaría deberías buscar antes un abogado. No te llaman para que vayas a responder más preguntas. Seguro que no tienes coartada para esa noche. Y motivos te sobraban, ¿no?

Dejó que el consejo de Alejandra calara más allá de la capa de obstinación que solía teñir sus pensamientos. Cierto temor tan racional como insospechado fue anidando poco a poco en su cabeza.

Debería haberlo previsto. Que no sería tan fácil como había imaginado.

Aún recordaba aquellos días después de la muerte de Paola como si fueran parte de otra vida distinta a la suya. Como si no hubieran sucedido o fueran el recuerdo tenue de una pesadilla que se va olvidando al despertar, pero que siempre deja un poso de incertidumbre y desazón en el alma. La angustiosa espera hasta que le entregaron el cuerpo de su mujer tras la autopsia. La sensación de verla, yacente, inerte, sin vida, sabiendo que la distancia no era tan grande porque ella ya no estuviera con él, sino por todos esos secretos que se había llevado. El engaño y la mentira, los que primero acompañaron al silencio para dar luego paso a un regusto amargo de soledad inusitada. Porque comenzó a comprender que siempre había estado solo. Que ella hacía muchos años que ya había partido de su lado.

El funeral. Lleno de personas tan ajenas como extrañas. Ella apenas tenía familia en Os Torres. Sus padres habían fallecido a los pocos años de casarse con él y los únicos allegados de sangre eran varios primos lejanos con los que apenas llegaba a compartir el apellido. Algunos amigos, conocidos, vecinos, curiosos. Y la punzada de rabia, de furia pensando que alguno de los que hicieron acto de presencia, con sus caras solemnes y sus educados pésames pudieran

ser cómplices o culpables de la traición de su mujer. De la mentira se había instalado en su casa.

Había permanecido sereno dentro de su propio formalismo y de una distancia objetiva. La despidió y lo hizo para siempre en aquel cementerio pequeño. El que ocupaba parte del monte, el mismo que gozaba de unas vistas privilegiadas del mar al fondo. En un día de finales de octubre. Bajo una lápida de mármol gris compartida con sus padres.

Fue el mismo día en que supo que habían encontrado al responsable del accidente. Un agente de policía había acudido a su casa para comunicarle aquella tarde el nombre y los apellidos del alguien tan desconocido como imposible de olvidar en el tiempo que siguió. Detallando el accidente, los motivos, las causas, dando respuesta a las preguntas del cómo y el cuándo. Como si las razones de ella no fueran tan responsables como las de aquel joven de diecinueve años que había acabado con su vida.

Un juicio rápido y una condena tan previsible como dudosamente justa. Dieciocho meses por homicidio involuntario. No esperaba verlo de nuevo por el pueblo. Aunque reconocía haberse empapado del rostro del joven a través de algunas imágenes que había podido conseguir. Un rostro endurecido por la vida apenas a una edad en la que aún no se había aprendido a vivir. Pero siempre había sido la imagen de Paola la que había llenado los vacíos de las noches de insomnio.

Podía intuirla a los pies de la cama, escucharla en la cocina, oler su perfume perdido en el pasillo de la planta superior. Su presencia en los libros que había dejado a medio leer junto a la mesa del sofá o el regalo para su cumpleaños que había guardado en el último cajón de su mesilla, aún sin abrir.

Aquel mismo día, después de abandonar el cementerio, había vaciado completamente el armario en un ataque de rabia y frustración tan impropio de él como el vacío que sentía cuando recorría aquella casa. Un frío demoledor que insistía en colarse por la piel y perforar el tuétano de los recuerdos. Desvirtuándolos para volverlos mentiras. Imágenes grises de una vida en común que había terminado hacía años.

Y, a pesar de eso, no había podido desprenderse de sus cosas. Dormían en cajas de cartón en el garaje. Aseguradas por cinta de embalar para garantizarle que los fantasmas se quedaran donde

debían estar. En el pasado.

—¿Te dejo cerca del supermercado? El café estaba malísimo —confesó en un esfuerzo por arrojar los recuerdos fuera de su cabeza y hacer más distendido el ambiente.

El coche enfiló la entrada norte de Os Torres. Mantuvo la vista fija y los pensamientos inconexos.

—Yo iré directamente a comisaría.

—¿Estás seguro? Podría ir contigo si quieres. Esperarte. Si la cosa se pone fea —comenzó Alejandra intentando no pronunciar las palabras «detención» y «arresto» en la frase—. Avisar a alguien.

Tomó la entrada hacia una de las avenidas principales y divisó el supermercado a unos cincuenta metros delante de ellos. Desaceleró hasta prácticamente detenerse en la puerta. No iba a negar que acudir a la comisaría le provocaba cierta desazón. La sensación de ser una oveja que se dirige hacia el matadero.

Tamborileó con los dedos en el volante mientras observaba la calle. Alejandra no se movió del asiento del acompañante. Sintió su mirada escrutándole. A la espera de una respuesta afirmativa, y él tampoco le había pedido que bajara. Aceleró, y el coche se incorporó de nuevo a la avenida.

—Tengo mis dudas —confesó mientras observaba el edificio gris coronado por las banderas de rigor aparecer al final de la calle.

—Yo también, pero me parece que ellos lo tienen claro. —Alejandra levantó la mirada e hizo una señal a Roberto para que observara por el retrovisor el vehículo azul oscuro que los seguía a corta distancia.

Había dejado la discreción y no parecía que le importara que ya se fijaran en él.

—Demasiado inteligente, señorita Álvarez —reconoció él mientras recordaba lo que ella le había dicho de vuelta a Os Torres.

—Se lo dije ayer, profesor. Me ha juzgado sin conocerme —se burló ella.

Detuvo el coche a unos pocos metros de la entrada y paró el motor. Respiró profundamente y exhaló el aire a la vez que una idea

cruzaba por su cabeza. Se giró hacia Alejandra.

—¿Me harías un favor? Solo en el caso que no me dejaran salir de aquí.

Ella asintió en silencio, y él le pidió que anotara un teléfono.

Capítulo 25

Martes, 26 de junio

Lo primero que se coló en su cerebro fue el olor. Un aroma estéril, infértil y anónimo. Se obligó a permanecer tranquilo, a ralentizar la velocidad a la que su cabeza funcionaba en aquel instante. Buscó una postura cómoda en la silla que apenas un día antes le había recibido con misma frialdad e inhaló la inhospitalidad del lugar sabiendo que las probabilidades no jugaban a su favor.

Alejandra había insistido y había entrado con él.

—Así hacemos más fuerza —le había dicho mientras le seguía hasta el mostrador de la entrada y esperaba a que él diera sus datos para que avisaran al inspector que llevaba el caso.

Le había dirigido una última mirada mientras se perdía a través del estrecho corredor de la comisaría tras un agente y ella le seguía con la vista mientras otras dos personas salían a su encuentro. Tomó asiento en uno de los bancos de plástico y metal que adornaban la sala de espera.

No tuvo ninguna duda de que sería bastante improbable que le dejaran salir de allí. Lo leyó en los ojos del inspector que, en esta ocasión, se adelantó a su compañero. Le observó cerrar la puerta y casi prepararse para dejar la partida en un jaque mate.

«Pero no tienen nada», se sorprendió pensando mientras los dos policías tomaban asiento frente a él.

Evitó deslizar los ojos ante la carpeta de color marrón que el subinspector Vidal dejó sobre la mesa y mantuvo la mirada fija en los ojos del más alto. El que mandaba.

—Buenos días, señor Brea. Discúlpenos porque creo que le hemos sacado de algún tipo de actividad cultural, pero era urgente que habláramos con usted para aclarar ciertos puntos que nos han generado algunas dudas.

El que había estado en silencio, Vidal creyó recordar, deslizó delante de él un par de fotografías en tamaño folio. Desvió la mirada hacia las imágenes y reconoció el dibujo.

La forma imperfecta del dibujo sobre el tono pálido de la piel sobresalía por la rojez que había formado en los bordes. Una espiral doble unida por la inexactitud de una línea irregular sobre la que parecía ser la nuca que, supuso, pertenecía a la víctima.

«Se llama Carlos, recuerda».

—¿Lo reconoce? —preguntó el inspector señalando la fotografía.

Brea pasó de observar el dibujo a mirarle directamente a los ojos.

—¿Es un tatuaje?

Gildo Méndez tomó asiento frente a Roberto y apoyó los brazos sobre la mesa para inclinarse hacia él.

—No nos andemos por las ramas, señor Brea. Esto es lo que hemos encontrado en la nuca del chico. Se lo hicieron antes de morir.

Cogió una de las fotografías y la deslizó por la mesa hasta acercarla más a la vista del interrogado.

—Es usted un especialista en este tipo de cosas —dijo mientras volvía a señalar con el dedo índice la imagen—. No me diga que no sabe lo que es o que nunca lo ha visto.

—Profesor de Historia Antigua en la Universidad Complutense de Madrid desde 1999 hasta el 2015. Doctorado en Historia Antigua con una tesis sobre los antiguos pueblos de la península ibérica —el otro policía realizó un recorrido rápido por su currículum—. Ha escrito varios libros sobre las costumbres, la religión y el simbolismo celta e íbero. Además de pertenecer a varias organizaciones para la divulgación del conocimiento y otros proyectos. Ha cooperado en revistas especializadas. Ha participado en varios proyectos tanto en España como en otros países. Y tiene una tienda donde se pueden encontrar todo tipo de esos amuletos o abalorios, pero, además, lo usa como logo para su propio negocio. El mismo tipo de símbolo que le grabaron a Carlos Fernández Puerto antes de arrojarle al agua para que muriera.

Dirigió su mirada de uno a otro con cierta sensación de opresión en el estómago. Apenas recordaba nada de la vida que le habían expuesto con tan poco detalle pero con cierta exactitud.

—Es un símbolo celta tan común que cualquiera ha podido hacerlo —se defendió sin perder los nervios.

Gildo Méndez se apoyó en el respaldo de su silla y dibujó una sonrisa irónica en el rostro.

—Señor Brea, este chico mató a su mujer. Se la llevó por delante con un coche cuando conducía bajo los efectos de las drogas y el alcohol. La dejó tirada, sin darle auxilio, en un camino, bajo la lluvia, sin avisar a los servicios de emergencia, sola, de noche. Embarazada. —Se levantó y se alejó unos pasos hasta la puerta para volverse al cabo de un instante y mirarle fijamente—. Entendemos que quisiera vengarse cuando lo vio en el pueblo otra vez. Cuando volvió después de cumplir una condena tan injusta por haber arrebatado dos vidas de golpe —el inspector bajó el tono de voz y se inclinó hacia él apoyando las manos en la mesa y volviendo a mirar las fotografías—. Mató a su mujer y a su hijo, ¿quién no querría vengarse?

Fue como volver a revivir aquella angustia. La que había guardado en las cajas de cartón en el garaje. La que había sellado con cinta de silencio. La que solo se atrevía a susurrarle en los insomnios que adormecía bajo la capa de cordura que durante un año y medio había construido. Poco a poco. Notó la rabia despertar. El orgullo erigirse en defensor de una verdad que todos desconocían. El despropósito de salvaguardar el honor de un nombre que apenas ya recordaba.

Sus puños golpearon con fuerza la mesa metálica y las fotografías temblaron. El inspector se irguió en su altura, muy similar a la de Brea, pero se mantuvo firme en la defensa de una verdad tan sesgada como había sido su vida.

—¡No era mi hijo! ¿No lo entiende, inspector? —Los puños hicieron de nuevo mella en el silencio después de sus palabras—. ¡No era mi hijo! Así que deje de decirme cómo me debo sentir y de acusarme de algo sobre lo único que tiene son conjeturas —bufó con rabia y vio la incredulidad en los ojos de Vidal—. No tienen ni idea.

Desvió la vista de su móvil hacia el pasillo por el que Brea había desaparecido un rato antes. Pasaban de las tres y media, y muchos de los que trabajaban allí se habían enfrascado en la dinámica que conllevaba la hora de comer. Un par de agentes vestidos de uniforme pasaron por su lado, ignorándola, mientras mantenían una discusión sobre si era mejor «pillar algo rápido y volver» o tomar algo en la taberna. Los siguió con la mirada hasta que se perdieron tras la doble puerta de cristal de la comisaría y la calle los engulló.

—¿Usted es la que ha venido con el señor Brea?

La pregunta le devolvió a la realidad y levantó los ojos hacia la figura que se había colocado a su lado. Alto, de rasgos duros y mirada inquisitiva, supo que aquel debía ser uno de los que mandaban. Reconoció el traje de verano como de los que no se compran en cualquier tienda de pueblo y el corte impecable del pelo oscuro, de los que no se consiguen en la barbería de un lugar como aquel.

—Me ha traído él. Es su coche —la Alejandra impertinente tomó el control de la situación y rápidamente se arrepintió de haberlo hecho.

Se incorporó y la figura dejó de parecerle tan alta, aunque eso no impidiera que le sacara casi una cabeza.

—Soy el inspector Méndez. Llevo el caso del señor Brea.

—Alejandra Álvarez —se presentó.

Aceptó la mano que le ofrecía. Un apretón rápido. Un par de segundos de contacto.

—Me gustaría hacerle unas preguntas si no le importa.

—¿Necesitaré un abogado? —otra vez la Alejandra impertinente.

«Joder, cállate ya, que al final te detienen a ti».

Se relajó al escuchar la risa del policía y ver como la mirada dura se distendía casi de inmediato.

—Espero que no, señorita Álvarez. Solo son algunas preguntas de rigor, si no le importa.

Ladeó la cabeza al tiempo que se encogía de hombros para dar a entender que estaba de acuerdo y el inspector Méndez le pidió que le acompañara.

—¿De qué conoce al señor Brea, señorita Álvarez?

Había tomado asiento frente a su interlocutor. Separados ambos por una mesa de escritorio donde descansaban varias carpetas que supuso que corresponderían a casos, un teléfono fijo y la pantalla del ordenador de sobremesa. No había nada personal sobre el tablero de madera. Los bolígrafos estaban correctamente colocados en un bote metálico de rejilla y en orden, casi obsesivo, se alineaba el resto del material de oficina. Leyó la placa que identificaba aquel lugar como propiedad del inspector Gildo Méndez y carraspeó intentando no dejar que su lado más irónico volviera a la carga. Si tenía la oportunidad de echar una mano a Brea, se le presentaba delante, embutida en un elegante traje oscuro de verano.

—Somos colegas, por así decirlo.

—¿Colegas?

Alejandra asintió con la cabeza ante la pregunta del policía y se lanzó rauda a una explicación.

—El profesor Brea me ayuda en la investigación de ciertos aspectos relevantes de la cultura celta en la península. Es un experto. Vine por recomendación de un amigo suyo en Madrid.

—Ya veo. —Se sintió examinada de forma descarada por el verde oscuro en el que se había transformado la mirada de Méndez—. ¿Le conocía de antes?

Negó con la cabeza.

—No, le conocí el lunes por la mañana. Llegué aquí el domingo por la tarde.

—¿Se aloja en Os Torres?

—Sí, he alquilado una casa cerca del monte. En la parte alta del pueblo.

Observó cómo el inspector no tomaba nota de ninguna de las respuestas que ella le había dado. Se limitaba a asentir con la cabeza ante las escuetas explicaciones bajo una mirada inquisitiva y fría. En cierto modo despiadado, como si tuviera frente a él a un espécimen insulso y carente de valor. Aquello le hizo sentirse molesta.

—Ha dicho antes «el caso del señor Brea», inspector —recordó las palabras que le había escuchado al presentarse—. ¿Le considera sospechoso?

Vio el gesto espontáneo en los labios del policía y se recostó sobre el respaldo de la silla. La sonrisa fue comedida, dibujada a la medida de la pregunta y de las circunstancias. Una mueca de rigor. De las que se realizan expresamente para abaratar la importancia del asunto.

—Me he enterado de lo del chaval y de lo que sucedió hace un tiempo con su mujer. Imagino que tienen razones para considerarle sospechoso, pero creo que ustedes le consideran ya culpable. ¿Me equivoco?

—¿Qué sabe usted del caso? —Los ojos del hombre brillaron por un segundo para volver a cerrarse sobre la misma indiferencia opaca que los caracterizaba.

Alejandra le observó en silencio. Había algo familiar en la mirada, en la mueca, en el gesto de indiferencia o de educación autoimpuesta que le recordaba un pasado remoto bajo un rostro atractivo. Un dolor callado. Una grieta, una rotura insalvable. Una insospechada e infatigable tozudez que le hizo pensar en su padre.

«Tu madre ha muerto».

Habían sido las palabras de Juan Álvarez de Mendoza aquel día de febrero. Un día que no habría admitido nada extraordinario. Solo el horario establecido, el café de primera hora, las clases, las charlas sin importancia durante los descansos con las compañeras del internado que hacía ya unos cuantos años se había convertido en un hogar, los silencios en los tiempos obligatorios de estudio, la puntualidad en la asistencia a los frugales almuerzos, la decadencia de la tarde que moría antes de la hora prevista bajo el previsible frío de ausencia de otro lugar donde encontrar descanso.

Las había escuchado a través del teléfono compartido, de la línea rota por las interferencias de otras vidas, por la sensación de vacío al ser incapaz de prestarle un rostro propio al sustantivo de madre. ¿Cuánto hacía que no la veía? No pudo recordar la última vez hasta después de mucho tiempo.

Apenas una explicación dura, implacable, donde el arquitecto le resumía que no había sido capaz de superar su delirio, la tristeza que la abatía. Un desatinado infortunio como lo había calificado. Suicidio, como ella sabía que se llamaba.

—No sé más que lo que le he oído a los vecinos del pueblo. Lo del chaval. Que fue el que atropelló a la mujer de Roberto.

—¿Le ha hablado el señor Brea de lo que sucedió? ¿Le ha contado algo que pueda ayudarnos en la investigación? Si fuera así, le agradeceríamos mucho su ayuda, señorita Álvarez —Méndez se lanzó directo a por la presa—. No voy a negarle que, en las circunstancias actuales y con las pruebas que tenemos, su «colega» no se encuentra en una posición muy favorable.

Suspiró. Cruzó una pierna por encima de otra acomodándose mejor en el asiento y desvió la mirada hacia el pasillo por el que habían venido.

Creyó reconocer al otro policía que había salido al encuentro cuando ambos habían llegado. Más bajo, vestido con unos sencillos vaqueros, camisa *beige* y corbata azul oscura, parecía enfrascado en una conversación con una mujer joven que tecleaba en el ordenador al tiempo que él le iba indicando.

—No me ha contado mucho más de lo que ya sabía —reconoció mientras su mente volvía a la conversación que habían mantenido esa mañana—. Y, aunque no lo conozco, no me parece una persona capaz de matar a nadie.

Cambió el cruce de las piernas en un gesto espontáneo e inconsciente para inclinarse hacia delante apoyando los brazos y parte del torso sobre la rodilla que había quedado encima. Sus ojos volvieron a buscar los del hombre que tenía delante.

«Inteligente, demasiado perspicaz y obtuso, a la vez. Orgulloso para reconocer que puede equivocarse y con demasiados vicios que no se atreve a confesar», su mente realizó un retrato rápido como si fuera uno de sus estudiantes que hubiera acudido a una tutoría.

—¿Sabe, inspector? Creo que si realmente no tiene pruebas contra el señor Brea le debería dejar salir de aquí. Esto es un pueblo, ya sabe cómo van las cosas —notó el aviso de su conciencia pidiéndole que se callara, pero lo obvió y continuó con su defensa—, si es un hombre inocente, la sospecha puede ser la muerte social y, si realmente tiene pruebas, acúselo y permítale llamar a un abogado, pero no las tiene, ¿verdad?

Gildo Méndez ladeó la cabeza y se inclinó sobre su escritorio para coger la carpeta marrón que coronaba la pila ordenada a un lado de la mesa. Rebuscó hasta dar con lo que quería y le sacó dos fotografías que colocó delante de la mesa.

Alejandra tardó un par de segundos en desviar los ojos del policía a las imágenes que le mostraba. La primera, la de una porción de piel, que parecía de la parte posterior del cuello, marcada con una forma de sobra conocida por ella. La segunda, la fotografía de un símbolo en un letrero. Del color de la madera, comenzaba donde terminaba la «a» del apellido del dueño del negocio. Algo que ella ya había identificado el día anterior. Una forma muy similar al que le había mostrado en la primera.

—¿Sabe qué es esto, señorita Álvarez?

Lo sabía. Lo había visto, estudiado, repasado y enseñado en sus clases sobre simbología del mundo antiguo.

—Una doble espiral, inspector. Paganismo. Una imagen común en cualquier asignatura de simbología antigua.

Méndez señaló con el dedo la primera.

—Esta la encontramos grabada sobre la piel de la víctima. Se lo hicieron antes de morir. —Deslizó el dedo hacia la segunda imagen—. Esta es de la tienda que tiene el señor Brea en Os Torres.

Alejandra levantó una ceja y pasó su mirada de las fotografías al inspector con cierta incredulidad.

—¿En serio que es sospechoso solo por esto? —Bajó la mirada de nuevo hacia la mesa. Méndez golpeó un par de veces sobre la segunda fotografía.

—Este símbolo, señorita Álvarez, representa el agua en la antigua cultura celta. Estaba asociado a los equinoccios. Dualidad. El agua como elemento purificador. —Miró de nuevo a la joven—. A Carlos

Fernández Puerto lo mataron la Noche de San Juan; después de grabarle un símbolo pagano que simboliza el equinoccio en la nuca, le arrojaron al mar. El señor Brea es el que más razones tenía para odiar a ese chico y el que conoce a la perfección todo lo que acabo de decirle. Lo mató por venganza. Lo planeó cuando descubrió que Carlos había vuelto al pueblo. No había hecho ni dos años desde la muerte de su mujer y de su hijo, y el chico ya estaba en la calle —carraspeó mientras soltaba lo último—, porque su mujer estaba embarazada, ¿lo sabía?

Vio la incredulidad en la mirada de Alejandra y continuó sin darle tiempo a objetar.

—Ese hombre se ha tomado la justicia por su mano. No tiene coartada. Le vieron un par de días antes discutiendo con el chaval frente a la puerta de su tienda. Así que sí, creo que el señor Brea es bastante culpable.

Permanecieron en silencio unos segundos mientras Méndez retomaba el aliento tras su discurso y Alejandra asimilaba las palabras del inspector.

—Joder —bufó mientras la pierna que había permanecido cruzada sobre la otra volvía a su posición original—, menuda disertación, inspector, le aplaudiría si no fuera por un pequeño detalle.

Gildo Méndez abrió la boca sorprendido ante la desfachatez de la joven, pero ella no le dejó protestar.

—No sé quién narices le ha aconsejado en temas sobre simbología y todo eso, que está muy bien, por cierto, pero me parece que si el señor Brea hubiera matado a ese chaval lo hubiera podido hacer mucho mejor.

Alejandra se incorporó quedando frente a él y fijó sus ojos directamente en los del policía. Apuntó con su dedo a la primera imagen, dejando que la punta cayera justo en el centro del dibujo sobre la piel.

—Primero, este tipo de símbolos no son originarios de la cultura celta. Existieron mucho antes del desarrollo de esta. Cualquier experto se lo podría decir y, además, fíjese, inspector, este *sistrel* no es el que simboliza la dualidad y el agua y todo eso que me ha contado. Estas dos espirales se mueven en sentidos contrarios. —Su dedo dibujó el recorrido de las líneas sobre la imagen bajo la mirada atónita de

Méndez para pasar a la siguiente fotografía—. Mientras que estas otras lo hacen en el mismo sentido. Su significado es diferente. Roberto Brea será todo lo que quiera, inspector, pero no cometería un error semejante.

Capítulo 26

Martes, 26 de junio

La bicicleta enfiló la calle con descuido. La rueda delantera tembló ligeramente al notar el desnivel del adoquinado de la acera y el dueño decidió evitar el pavimento discontinuo, que, aunque mantuviera cierto encanto arraigado en un pasado no muy lejano, era de todo menos cómodo para circular con aquel vehículo de dos ruedas.

Agradeció el asfalto y aceleró el ritmo de las pedaladas una vez superada la última parte de la pendiente antes de entrar en la avenida del Mar o Do Mar, como figuraba en la placa. Delante de él, a unos ciento cincuenta metros, se anunciaba su destino. Una cruz de color verde iluminada le avisó que, por suerte, no llegaba tarde y que la farmacia estaba abierta.

Había sido demasiado estúpido. Lo único que agradecía es que ella no se hubiera dado cuenta todavía. Estaba a tiempo de solucionarlo.

Pasó delante de la comisaría y observó por el rabillo del ojo una figura conocida. Giró apenas unos grados la cabeza perdiendo de vista la calle y reconoció a Alejandra junto a otro hombre. Conversaban con interés mientras ella sacaba su paquete de cigarrillos y encendía uno. Se detuvo para observarlos mejor. El hombre hizo un gesto con la mano para deslizarla por la oscura mata de pelo y se giró hacia la calle mientras contestaba algo que ella había dicho. La placa adherida al cinturón no le dejaron dudas de que se trataba de un representante de la ley. «Un poli, joder. ¿Qué narices hace ella en la comisaría hablando con un policía?».

—¡Gilipollas! ¡Quítate de en medio de la calle!

El grito le sobresaltó y la bicicleta amenazó con caerse. Aferró con fuerza el manillar y observó el lujoso X6 oscuro que ya se alejaba. Volvió su mirada de nuevo hacia la escena que había captado su interés y comprobó como los dos volvían al interior del edificio. Un «joder» volvió a salir de su boca y, sin quitarse las preguntas de la cabeza, enfiló de nuevo hacia su destino.

El sonido del timbre le anunció y escuchó el «ya voy» que salía de la parte de atrás. Deslizó las manos por las perneras del vaquero intentando eliminar la ansiedad que amenazaba con fastidiarlo todo.

Centró la mirada en los productos de temporada que ocupaban un estantería junto al escaparate y dejó vagar la mente por los botes y las cajas de colores que competían por ser el mejor.

—¡Qué sorpresa verte por aquí!

—Hola, Lola.

Pensó que había tenido suerte. La chica se había incorporado hacía poco a la farmacia de sus padres recién salida de la universidad. Unos años mayor, siempre le había tenido cierto cariño que enmascaraba una piedad por haber sido testigo de la enfermedad de su madre.

Era guapa. De menudo aspecto bajo la bata de color blanca que llevaba abierta y dejaba apreciar un vestido de verano de tonos verdes y suaves flores amarillas difuminadas por la tela. De pelo lacio y rubio, el color de su piel parecía ignorar totalmente el sol de aquella época. No recordaba haberla visto nunca morena, aunque en ocasiones se la había encontrado con los amigos en las calas de La Punta. El lugar más cercano a Os Torres para bañarse con seguridad.

—Vengo por lo de la tía. Ya sabes.

La joven desvió la mirada hacia el ordenador y tecleó algo con prisa. Movió los labios formando una U que poco a poco fue derivando en un rictus más serio haciendo que los labios finos casi desaparecieran.

—¿No lo recogiste el sábado por la tarde? Aquí pone que ya fue dispensado.

Notó el sudor recorrer parte de la nuca y deslizarse por la espalda. Buscó la indiferencia de una respuesta bien pensada de antemano.

—Sí —afirmó con seguridad mientras sonreía tímidamente—. Se me cayeron al suelo al salir del curro, con la bici, ya sabes, y se rompieron todas. Hoy le toca dosis y no tiene ninguna.

Apretó los puños con fuerza y rezó porque colara la disculpa.

—Tendrías que haber llamado al centro de salud, su doctora le hubiera prescrito otras. Sin receta no puedo dártelas. —La chica le observó con seriedad, y él bajó los ojos para deslizarlos por el piso de la farmacia.

—Lo sé, pero no caí en la cuenta. Con el trabajo, estos días están siendo complicados.

—¿Sigues en la fábrica?

Asintió en silencio.

—¿Me podrías hacer el favor? —dudó—. Mañana pasaré y se lo diré a su médico. Te traeré la receta, pero es que los dolores son fuertes. Lo necesita hoy.

La duda asomó en la pupila de la chica. Abandonó el mostrador para volver a ocultarse en la trastienda. No tardó más que unos segundos en volver a salir con una caja en la mano.

—Pero tráeme la receta, Carlos. Si no, la próxima vez no te hago el favor —le pidió mientras tecleaba la dispensa en el ordenador.

—Lo haré. Te lo prometo —aseguró él dibujando una sonrisa de gratitud—. Necesitaría también jeringuillas.

La observó en silencio mientras lo introducía todo dentro de una pequeña bolsa de papel en color marrón y su mente, despreocupada ya del problema que le había llevado hasta la farmacia, viajó hasta lo que había visto frente a la comisaría. Pensó que tendría que hacer otra visita antes de entrar a trabajar.

Capítulo 27

Martes, 26 de junio

Buscó el refugio a la sombra del edificio y sacó el paquete de cigarrillos de la mochila.

—¿Quiere? —le ofreció mientras encontraba el mechero un poco más al fondo.

El hombre aceptó la ofrenda y la puso entre los labios con seguridad. Alejandra le encendió el pitillo después de hacer lo propio con el suyo.

—¿Y ahora qué? —preguntó mientras observaba al inspector moverse inquieto.

Méndez levantó la mano y la deslizó por el pelo en un gesto inconsciente. Como si fuera capaz de zafarse de las dudas.

—No tiene pruebas fehacientes contra el señor Brea, inspector. Reconózcalo. No deja de ser circunstancial. Ningún juez apoyará su caso por un dibujo en la nuca de un muerto y la relación con un logo de una tienda —Alejandra se envalentonó ante el silencio del policía—. Además, cualquier abogado defensor aludirá a que si alguien quiso implicarlo podría haber hecho esa herida en la víctima y, encima, mal. Piénselo. No tiene coartada. Pero ¿no sería más sospechoso que hombre viudo que no tiene vida social tuviera coartada para la noche del crimen? No imagino que sea una persona que suela irse de fiesta los sábados por la noche. Dentro de sus propios hábitos, lo más normal es que estuviera solo en su casa.

—¿Nunca ha pensado en ser policía, señorita Álvarez?

La sorpresa dio paso a una carcajada sonora y rítmica. Agradable a los oídos de Méndez. La vio apagar el cigarrillo sobre la papelera y mover la cabeza negado.

—¿Y ahora qué, inspector Méndez? —repitió la pregunta.

—Dígamelo usted. ¿Qué hacemos?

Sintió los ojos del policía fijos en ella. Evitó encontrarse con el tono glauco de su iris y sopesó las posibilidades. Irremediablemente, no pudo evitar pensar en su padre. Siempre aséptico, de

comportamientos calculados y decidido en los modos y en las formas sin perder esa clase que siempre le había caracterizado.

—Una tregua —declaró convencida.

—¿Una tregua?

Sintió la duda en la pregunta y pensó en suavizar las palabras para conseguir el objetivo que ya había empezado a tomar forma en su cabeza.

Miró de nuevo el reloj de su muñeca. El viejo Lotus desgastado le había acompañado desde que se había graduado en la universidad. Un reloj que le había regalado Paola el día en que había conseguido el título. Apenas llevaban un par de años juntos y eran una pareja formalizada en toda regla. Ahora, los recuerdos se habían vuelto demasiado irreales. Obsoletos, incluso. Como si hubieran perdido el color o simplemente aquellos detalles que siempre había recordado con orgullo hubieran desaparecido.

Observó las manillas que se movían al ritmo incesante y continuo y casi pudo apreciar la inscripción que llevaba grabada en la parte posterior. Su nombre y la fecha en la que se habían conocido. Había perdido la noción del tiempo.

La más larga señaló la hora en punto y notó su estómago protestar al comprobar lo que ya sabía. Echó de menos la costumbre. La soledad implacable de las comidas sin compañía, el silencio autoimpuesto, la indiferencia a un futuro que había pasado de largo.

Se retrepó en la silla e hizo memoria del tiempo que llevaba allí. El que mandaba, Méndez, había salido de la sala después de que él les hubiera confesado algo que nunca había pronunciado en voz alta delante de otro ser humano.

«No era mi hijo».

—¿Cómo está seguro, señor Brea, de que el hijo que estaba esperando su mujer no era suyo?

Había tenido que hacer un esfuerzo, no menor, para describirles lo que había sido su matrimonio desde que habían llegado a Os Torres. De cómo Paola, poco a poco, se había ido volviendo una desconocida. De sus salidas bajo excusas inagotables e inverosímiles. De la indiferencia y la distancia que, día tras día, iba creciendo entre ambos.

—De seis semanas —respondió cuando el subinspector le había preguntado sobre el embarazo—. Al menos eso es lo que ponía en el informe de la autopsia.

Después, las preguntas se habían vuelto más insidiosas. Sobre el accidente. Las razones por las que Paola habría estado en aquel lugar esa noche. Había negado con la cabeza mientras la vista paseaba por el perfil liso y estéril de la mesa y después había pronunciado la hipótesis que llevaba viviendo en su cabeza desde que ella había muerto.

—No lo sé, pero quizá había quedado con alguien, ¿no creen?

Y una batería de preguntas a las que no podía contestar habían caído sobre él. Lanzadas a dúo contra un solo objetivo. Que si tenía alguna sospecha, que si conocía a alguien que pudiera haber estado interesado, que quiénes eran los amigos de su mujer, que cualquier sospecha o idea podría ayudar a la investigación.

—No se relacionaba con demasiada gente —había confesado—. Se marchó del pueblo apenas con diecinueve años y solo volvía en las vacaciones, en las fiestas. Mantenía amistad con los antiguos compañeros del colegio y del instituto, pero no eran íntimos. Se saludaban, charlaban o quedaban de vez en cuando para comer o tomar algo.

Bajó la mirada hacia el suelo pensando en los días en los que se habían mudado a Os Torres.

—Ella estaba mal. Por eso nos mudamos aquí —reconoció—. Le habían diagnosticado estrés y ansiedad que luego derivó en una depresión. Pensé o, bueno, pensamos que alejarnos de la ciudad, de la vida que llevábamos allí podía ser bueno para ambos.

—¿Recuerda los nombres de los amigos de su mujer? —Vidal había anotado cuatro o cinco que Roberto le indicó.

—¿Realmente creen que lo que le ha pasado a ese chaval está relacionado con Paola?

Después Méndez había salido de la habitación dejándole a solas con el otro.

—¿Me dejaran salir de aquí o tengo que llamar a un abogado? —había inquirido.

—Aún no puedo contestarle a eso, señor Brea.

Vidal había salido tras su superior con las notas y la carpeta en la mano dejándole solo con más dudas y preguntas que antes.

De eso había pasado ya más de una hora. Pensó en Alejandra, y su estómago volvió a protestar de nuevo. Solo le apetecía estar en casa a la hora de cenar.

Capítulo 28

Martes, 26 de junio

—He llamado a Murillo.

El Sueco se mantuvo frente a la mesa de cristal y aguardó unos instantes hasta que Jesús Lago levantó los ojos de la pantalla del ordenador.

Dibujó una mueca que su empleado conocía demasiado bien. Fastidio e irritación mezclados. «Podría ser peor», pensó mientras recordaba los arrebatos que su jefe podía llegar a tener cuando las cosas no salían como él quería. «Disciplina y obediencia, Sueco —le repetía con frecuencia para que las aplicara él también—. Si no lo haces, todo puede irse a la mierda en un chasquear de dedos».

—¿Qué te ha dicho?

Se levantó del sillón de piel y se acercó al mueble donde escondía las bebidas menos saludables. La primera presa fue un vaso de cristal tallado para lanzarse sobre el *whisky* escocés que guardaba detrás. Se volvió hacia su hombre y le hizo un gesto ofreciéndole un trago, pero Manuel Peña lo declinó con amabilidad.

—Gracias, señor Lago, pero tengo que conducir —se excusó.

El dueño de Conservas Lago se sirvió de forma generosa y asintió con la cabeza.

—A Murillo no le ha hecho gracia. Tenía todo preparado para este último envío y la distribución estaba lista.

El Sueco le siguió con la mirada hasta el ventanal de la parte superior justo sobre la entrada de la fábrica. Jesús Lago le inspiraba respeto y temor casi a partes iguales. Le estaba agradecido por los años en los que se había preocupado de que él, un tipo cuyo futuro se auguraba tan nefasto como lo había sido su pasado, contara con un techo y comida. «Sé leal y te compensaré bien, Manuel», le había dicho el mismo día que le había sacado de la cárcel por intento de robo.

Un robo que había querido llevar a cabo en su propia fábrica. Un soplo, una chapuza y un compañero que le había dejado tirado cuando las cosas habían salido mal. Él hubiera pagado por un delito que ni

siquiera había imaginado hasta la tarde anterior cuando le habían convencido para cometer la mayor temeridad de su vida. Colarse en Conservas Lago y reventar la caja fuerte del despacho.

Por suerte, el empresario había visto en él una posibilidad que nadie más había imaginado antes. «Ten a tus amigos cerca, pero a tus enemigos aún más cerca», le había contestado un día cuando le había preguntado las razones por las que había retirado los cargos y le había pedido que trabajara para él. «*El arte de la guerra* de Sun Tzu», le había contestado cuando le había preguntado sobre la frase.

Manuel Peña, el Sueco, no había dudado en ir hasta la biblioteca de Os Torres en busca del pequeño librito de tapa blanda para devorarlo prácticamente en una noche. Años después, lo había leído tantas veces que había memorizado buena parte de sus extractos.

Diez años trabajando para el hombre que ahora se volvía hacia él y le miraba desde su posición con el vaso en la mano.

—Lo sé. Yo soy el primero al que le jode todo esto, pero Murillo tiene que entender que lo mejor que podemos hacer ahora es estarnos quietos. ¡En qué puta hora se le ocurrió a ese crío volver! —lanzó la frase e inmediatamente después el vaso aterrizó en sus labios para derramar el contenido de golpe en su estómago.

—Está nervioso, jefe. Era una entrega importante. Mucho dinero.

—Llámale otra vez y dile que le adelantaré otro 10 %, pero que necesitamos tiempo. —Se giró de nuevo y observó las maravillosas vistas que le ofrecía la altura.

Corrigió la postura y creció un par de centímetros dentro del traje de chaqueta hecho a medida. Veinte años al frente del negocio familiar no se iban a ir al garete por la estupidez de un crío. Nunca había cuestionado el trabajo del Sueco. Siempre le había indicado la manera de hacer bien las cosas. Había confiado plenamente en su juicio para escoger a la gente, pero lo del chaval había sido un absoluto fracaso. Y luego estaba lo otro. Debería haberse encargado de él cuando todo pasó. Hubiera sido un problema menos y un tiempo ganado a su favor.

—¿Qué sabemos del tema? —preguntó volviendo a ocupar su sitio detrás de la mesa de cristal.

—Esta mañana ha vuelto a comisaría. A esta hora todavía no ha salido. No tienen otra vía de investigación. Le consideran casi culpable

—aclaró bajando la vista hacia la moqueta *beige*.

—Bien. Eso es un punto a nuestro favor, pero necesitamos darnos prisa con lo «otro».

Puntualizó con sonoridad la última palabra para que el Sueco comprendiera que la prioridad era el asunto que aún tenían abierto desde hacía más de año y medio.

—¿Y la chica? —se interesó.

Manuel Peña se removió incómodo. De pie, con las manos a la espalda, los dedos de la derecha presionaron con firmeza sus hermanos contrarios.

—Irrelevante, señor. Una profesora de universidad.

Jesús Lago se recostó en el respaldo del sillón y subió la pierna derecha, apoyó el tobillo sobre la rótula de la otra y dibujó una mueca divertida.

—¿Profesora?

El Sueco asintió.

—Sí, señor. Ha venido a ver unas ruinas o algo así.

—¿Será un problema?

Negó rápidamente ante la pregunta.

—No creo. Ese perro de Méndez dirige la investigación. Tiene a su presa y no creo que piense soltarla.

—Esperemos. —La amenaza en los ojos de Lago se transformó en un aviso para el Sueco—. No me gustaría tener que buscar otra cabeza de turco.

El empresario corrigió la postura y movió su interés hacia su ordenador, dejando huérfano de palabras al hombre que tenía delante.

Manuel Peña, el Sueco, comprendió que era hora de marcharse.

Capítulo 29

Martes, 26 de junio

Pedaleó con fuerza los últimos metros de la calle que surgía de la iglesia para desviarse por uno de los estrechos callejones que daban salida a la zona más elevada del pueblo. A esa hora y con un poco de suerte, no habría vecinos curiosos que se fijaran en la prisa que marcaba su marcha y, si se encontraba con alguno, le diría que llegaba tarde a trabajar, aunque fuera en dirección contraria.

Agradeció la sombra de los primeros árboles que cubrían ambas partes del camino forestal y el esfuerzo se vio reducido hasta que el desnivel prácticamente desapareció. Los últimos tres días los había pasado casi en vigilia, dejando que las dudas y las opciones se pelearan por instalarse en las horas que debía dedicar al sueño.

Debería haberse desecho de aquello hace tiempo o haberse negado a aceptarlo aquella noche. Ahora, temía que fuera tarde. Pasaba las noches en blanco, escuchando los ruidos provenientes de la calle, sobresaltándose al mínimo que le avisara que un vehículo se acercaba, quedándose en tensión hasta que no pasaba de largo, adivinando pasos extraños o demasiado cautelosos bajo su ventana, afinando el oído y la intuición, intentando averiguar si venían a por él. Si alguien ya lo sabía.

Llegó a la casa y rodeó la estructura por la parte más lejana al pueblo y la más cercana al monte. Apoyó la bicicleta en uno de sus muros laterales y se mantuvo quieto, en silencio, asegurándose de si la soledad era la única que le hacía compañía en ese momento o, por el contrario, había alguien más.

Notó el sudor deslizarse despacio bajo la camiseta y recorrer su espalda con lentitud. Los músculos de las piernas amenazaron con reivindicar un descanso que ni podía ni quería darles en aquel momento. Aguardó un minuto más, encogido junto al muro de piedra, en cuclillas, con los ojos fijos en la espesura del bosque hasta que se aseguró de que no había nadie cerca.

Se irguió y en dos zancadas se plantó detrás de la casa, junto a la pequeña leñera que él mismo había ayudado a su tío a construir. Liberó el manojo de llaves de su bolsillo izquierdo y encontró la que abría el espacio reservado a la leña que guardaban para el invierno.

La mezcla de olor a madera seca golpeó sus sentidos al abrir la

puerta de apenas metro y medio. Aguantó un par de segundos a que el aire viciado se liberara y se encogió para adentrarse en el pequeño cubículo. Apenas cuatro metros cuadrados de los cuales una tercera parte estaban ocupados por los troncos que habían sobrado el invierno pasado. Removió algunos y fue despejando el fondo de la madera. Solo había pasado una semana desde la última vez que había estado allí. El mismo ritual. Empezando por la leña apilada en la parte superior para ir dejando a la vista el pequeño hueco que se hundía en la pared. Su corazón se tranquilizó cuando sus ojos comprobaron que seguía ocupado por el fardo envuelto en un hatillo de plástico negro en la misma posición que lo había dejado la última vez.

Adelantó la mano y tocó la superficie irregular, dura y fría y se mantuvo absorto durante unos segundos barajando las diferentes opciones. Ninguna suficientemente buena o segura para desembarazarse de un error que había cometido hacía ya más de año y medio y que todavía seguía robándole el sueño por las noches.

Con más seguridad, volvió a colocar de nuevo todo como estaba y cerró la puerta de la leñera. Permaneció quieto durante unos segundos vigilando que no hubiera nadie antes de alcanzar de nuevo hacia la parte lateral de la casa para coger su bicicleta. Un vistazo rápido a través de la ventana del comedor le permitió identificar el portátil y un par de cuadernos encima de la mesa del salón.

Recordó lo que un rato antes había visto junto a la comisaría y pensó que aún tenía unos minutos antes de entrar a trabajar.

Capítulo 30

Martes, 26 de junio

Encontró a Alejandra apoyada en el murete que dividía la entrada de la comisaría con el pequeño aparcamiento. Miraba con atención la pantalla de su móvil, mientras que distraídamente el cigarrillo viajaba a su boca en una cadencia constante. La observó con una mezcla de sorpresa y alivio. No le hubiera extrañado no encontrarla allí. Lo había pensado cuando no la había visto sentada en la sala de espera junto a la entrada de la comisaría.

Levantó la cabeza al sentirse observada y sonrió al verle parado frente a ella a unos metros.

—¡Profesor! —exclamó mientras recogía la mochila que descansaba junto a sus pies. Guardó el móvil y apagó el cigarrillo—. Dudaba entre irme a comer o seguir esperando.

Vaciló y fue ella la que redujo la distancia entre ambos.

—¿Cómo lo has conseguido?

Méndez y Vidal habían vuelto al rato de salir. El primero con el rostro diferente. Un brillo diferente en los ojos plomizos. Una duda o una pregunta añadida a las que ya se habían formado en su mente. El segundo, más sereno, más tranquilo, cierta obediencia debida a su superior. Ambos diferentes. Distintos. Distraídos, incluso.

—Señor Brea. —Méndez ni siquiera había optado por tomar asiento y el subinspector se había mantenido detrás, con las manos tras la espalda, erguido, rígido, esperando—. Puede marcharse.

Se había incorporado rápido, coronando de nuevo su altura.

—Le vamos a pedir que no abandone el pueblo. Si debiera salir de Os Torres por algún motivo, le rogamos que nos lo comunique con antelación.

Le había alargado una tarjeta con su número de teléfono móvil, y Brea había dudado unos segundos antes de capturarla entre sus dedos. Un instante en que las miradas se habían cruzado. La pugna de dos egos tan semejantes como contrarios.

—No tengo intención de abandonar Os Torres, inspector. Puede

estar tranquilo.

Méndez mantuvo altivas las intenciones sin dejar de examinarle. Seguía siendo su principal sospechoso, pero, como había señalado Alejandra Álvarez, solo tenía pruebas circunstanciales. Nada que relacionara a Brea con la muerte del chaval. Demasiadas incógnitas que aún debía resolver.

—Eso espero.

Vidal se movió hacia la puerta y la sujetó para invitarle a abandonar la sala donde le habían retenido.

—Vamos. —El subinspector abrió la marcha.

Méndez se colocó a la altura de Brea mientras atravesaban la primera planta de la comisaría de Os Torres y se dirigían hacia las escaleras.

—¿Por qué me deja irme, inspector?

Se detuvo al inicio de las escaleras antes de seguir el paso firme de Mario Vidal y sostuvo la pregunta entre él y el policía. Méndez aguardó unos instantes antes de contestar asegurándose que ni Vidal ni ningún otro que pasara por allí le oyera.

—No sé de dónde la ha sacado, pero puedo asegurarle que si hoy duerme en casa es por ella.

Se acercó para quedar casi pegado a él. Durante ese momento, ambos se desafiaron, no solo en altura.

—No salga de Os Torres, señor Brea. No complique más las cosas.

Alejandra sacó del bolsillo trasero las llaves del Mercedes que Roberto le había dado antes de entrar en comisaría y se las devolvió al profesor.

—Nada especial —soltó mientras sentía la mirada de Brea fija en ella aguardando por una explicación. Balanceó el peso del cuerpo de un pie a otro y desvió la mirada hacia la calle principal.

—Pensé que no salía de ahí —confesó él mientras recogía las llaves y se dirigían hacia el coche.

No habían sido tanto las preguntas como los gestos. Esos detalles silenciosos que delatan a las personas. La mirada inquisitiva, el rictus

de los labios, la tensión que se desplaza hacia las manos, que se materializa en los dedos, en la posición de los hombros, en la forma de cruzar las piernas, de recostarse sobre la silla. La condena implícita en los detalles que habían decorado aquella sala durante el tiempo que había pasado dentro.

Una bocanada de aire caliente los acogió dentro del vehículo. Se volvió hacia Alejandra al escucharla emitir un suspiro. La señal de que estaba tan cansada como él. Un sentimiento de culpa por haberla arrastrado hasta aquella situación anidó de pronto en su estómago. Ella pareció intuirlo y recuperó la energía de golpe.

—Por ahora todo lo que tienen son pruebas circunstanciales —apuntó con franqueza mientras la intención de hacer la compra parecía algo tan pasado como lo de escribir un nuevo libro.

—¿Te han interrogado?

Quería saber qué era lo que les había dicho para que le dejaran libre. Méndez se lo había dejado claro a la salida. Si no fuera por ella, seguiría ahí dentro y quizá detenido con cargos.

—Me han hecho algunas preguntas si es a lo que te refieres —exhaló el aire con cierta resignación—. El que te hayan dejado salir no significa que estés libre de sospecha. Están empeñados en cargarte el muerto y nunca mejor dicho. —Se removió inquieta en el asiento—. Necesitamos averiguar quién más tendría razones para matar al chaval.

—¿Necesitamos? —preguntó sorprendido por escuchar una conjugación en plural.

Había pensado en llamar al abogado en cuanto llegara a casa. Contarle lo que sucedía. Ponerle en antecedentes. Compartía la idea de Alejandra de que aquello solo era un tiempo regalado, pero que no pararían hasta encontrar algo para acusarle formalmente. Además, no tenía coartada. No podía probar que estaba en casa aquella noche. Y luego estaba lo otro.

—Sí, aunque yo ahora necesito más una ducha y comer algo. Estoy hambrienta.

Las campanas de la iglesia parecieron estar de acuerdo con ella y anunciaron la hora con la precisión del tañido exacto. Seis avisos de que hacía ya un buen rato que la hora de comer había pasado.

El estómago de Roberto protestó de nuevo despertando del letargo al que lo había sometido todo el día.

—Todavía no me has contestado. ¿Qué has hecho ahí dentro para que me dejaran salir?

Alejandra tiró del cinturón de seguridad para cruzarlo sobre su pecho y anclarlo con firmeza.

—Te lo cuento si me invitas a cenar —le propuso dibujando una sonrisa desafiante—. No me ha dado tiempo a hacer la compra.

El coche rodó por la pista de tierra hasta la pequeña casita de piedra. Le pareció que llevaba siglos fuera de aquel sitio y que la visita de aquella mañana al yacimiento había quedado sepultada bajo una capa de hechos, preguntas, conjeturas y sucesos que la habían alejado por completo de la realidad.

Bajó del vehículo y se despidió de Brea después de que él se asegurara de que entendía el pequeño mapa que le había dibujado en la libreta. Le había confesado que no quería volver al pueblo por ahora. Un rictus de preocupación se había formado en su boca mientras lo decía. Le había sugerido cenar en su casa mientras relajaba el gesto asegurándole que era buen cocinero.

Vio alejarse el Mercedes por la senda y rebuscó en la mochila hasta dar con las llaves, pero sus dedos o su subconsciente topó con el paquete de cigarrillos y se acomodó en el banco de piedra mientras encendía uno y volvía a pensar en la conversación con el inspector Méndez.

—No le conoce de nada, señorita Álvarez, y el señor Brea tenía más motivos que nadie para matar a la víctima. El chaval había salido hace poco. Su error: volver a este maldito pueblo.

Méndez la había examinado con fiereza a través del aceitunado tono de su iris. Enmarcándola como objetivo de su visión y casi de sus planes.

—Pero tiene un caso que no se sostiene, inspector. No vamos a volver a discutir sobre eso. El dibujo no es concluyente. No tiene pruebas de que esté relacionado con Roberto. ¿Qué sabe de ese chico? Quizás se metiera con quien no debía y lo haya pagado caro.

Exhaló el humo con tranquilidad mientras pensaba en cómo se había complicado todo desde que había llegado. Es posible que el

policía tuviera razón. ¿De qué conocía a Brea si no era por las referencias que le había dado Pedro López? La gente cambia, tiende a hacerlo cuando la normalidad se ve afectada por un hecho extraordinario. Un suceso que, de repente, rompe con la frágil estabilidad sobre la que han construido sus vidas.

—Ya veremos —susurró mientras se ponía de pie y procedía a abrir la puerta de la casa.

Al cerrarla tras ella, supo que alguien había estado allí. Lo sintió antes de confirmarlo al echar un vistazo a la mesa donde había dejado los libros y el portátil.

Capítulo 31

Octubre. Dos años antes

—¡Joder, joder, joder!

Golpeó de nuevo el volante con rabia y el coche no dudó en perder la dirección para atinar sobre el barro que se había acumulado a ambos lados del camino. Intentó corregir torpemente el rumbo y se llevó por delante un par de pequeños arbustos que no vio, pero que notó en el instante en que el vehículo perdía la adherencia al terreno.

Llegaba tarde y encima con un problema que había dejado tirado unos kilómetros atrás. Aquello iba a ser su final. Lo tenía claro. No le iban a perdonar haber metido la pata como lo había hecho. Además, aquella figura en el suelo, el cuerpo encogido bajo la lluvia, si era lo que intuía, el castigo sería mayor.

El sudor se volvió frío. Hacía varios minutos que ya no escuchaba la lluvia golpear en el parabrisas, sino su corazón percutiendo insistente. Retumbando en sus oídos y en su pecho como si fuera un tambor anunciando una batalla inminente. Había decidido apagar la radio y centrarse. Necesitaba pensar. Encontrar una solución, una salida, o aquello se complicaría todavía más.

Pensó que podría presentarse en el punto de encuentro y hacer como si no hubiera sucedido nada, pero lo descartó inmediatamente. Había perdido uno de los faros en el choque. Había notado la diferencia en la luz que proyectaba a través de la cortina de agua sobre el terreno. El Sueco le iba a matar. Lo tenía muy claro. Tendría que buscar alguna explicación que le hiciera ganar algo de tiempo.

Frenó de golpe y derrapó sobre el asfalto haciendo que el coche

perdiera la adherencia cruzándose al carril contrario para detenerse tras girar un par de veces. Volvió a respirar cuando fue consciente de que había dejado de hacerlo al ver a la figura negra delante de él como si fuera un *déjà vu*.

Se sobresaltó al escuchar los golpes en la ventanilla. Agarró con insidia el volante antes de girarse para descubrir al otro protagonista del encuentro.

—¡¿Estás bien?!

Se sobresaltó al descubrir el rostro del chico pegado prácticamente a la ventanilla del vehículo intentando averiguar si había sufrido algún daño. Tardó unos segundos en reaccionar y asintió con la cabeza bajando la ventanilla hasta la mitad. La lluvia se coló con fuerza empapándole la parte izquierda, la más cercana al cristal.

—Sí, sí —aseguró. Notó la voz temblorosa e intentó tranquilizarse —. Estoy bien.

Tardó un poco, pero reconoció al chaval. Raúl, el nieto de la Rosa. Había estado con él en el colegio, pero nunca habían sido amigos. Eran diferentes en demasiados aspectos.

—¿Y tú? —preguntó casi con temor. Lo que menos necesitaba era otro problema más aquella noche.

Le vio asentir con la cabeza para afirmar después.

—Estás en medio de la carretera. Será mejor que te apartes antes de que venga alguien —le recordó el chaval.

La imagen del paquete que llevaba en el maletero, del bulto bajo el chubasquero negro que había dejado atrás y la sensación de que su vida se había complicado tan solo en unos minutos le invadieron. El coche se había parado después de haber girado y estaba atravesado en medio de la calzada. Tanteó con incertidumbre la zona del contacto y giró la llave. El vehículo se negó a responder e insistió. El motor amagó de nuevo el arranque bajo el parpadeo de las luces.

—¡No arranca! —gritó más para él mismo que para el chico que le observaba al otro lado.

—¡Ponlo en punto muerto y lo empujamos! —le sugirió.

Acató la orden sin rechistar como la única idea posible en ese

instante. Dejó la palanca de cambios en punto neutro y abrió la puerta sin soltar el volante.

—¡Vamos!

Raúl se colocó detrás y entre los dos pudieron deslizar el coche unos metros hasta situarlo en el arcén. Ni siquiera era consciente de que se había empapado de los pies a la cabeza. Ahora su preocupación era salir lo mejor parado de aquella situación. Volvió a pensar en lo que llevaba en el maletero.

—Necesito que me ayudes —le pidió mirándole fijamente.

Sería una de las últimas personas a las que lanzaría una solicitud como aquella. No tenían nada en común. Aquel chaval y él eran los polos opuestos de una misma vida. Circunstancias similares. Actitudes diferentes para enfrentarse con la realidad.

Pero, cuando las situaciones son desesperadas, el ser humano tiende a sobrevivir. Aferrándose a lo increíble o a lo imposible. Sin pensar que ese salvavidas pueda ser, más tarde, el bote con el que se llegue a naufragar.

Capítulo 32

Martes, 26 de junio

Se giró y quedó de cara al techo observando el vacío inmaculado de la frontera blanca que se abría a sus ojos. Los cerró intentando recuperar la respiración al mismo tiempo que notaba a su cuerpo rendirse después de la tensión que el placer le había provocado, liberando los músculos de las piernas mientras su sexo recuperaba casi de inmediato su posición pasiva natural.

—Ha estado bien.

Carla se volvió hacia él y apoyó la barbilla encima de su pecho para observarle más de cerca. Desvió la vista hacia los ojos de su amante y no pudo evitar dibujar una sonrisa de satisfacción.

—Demasiado bien.

La escuchó lanzar una carcajada al tiempo que se incorporaba y siguió con la mirada su cuerpo desnudo hasta que desapareció tras la puerta del cuarto de baño.

Había podido pasar lo que quedaba de tarde revisando el caso, pero Carla había aparecido en su pensamiento nada más abandonar la comisaría. Ni siquiera había alcanzado su vehículo cuando ya le había enviado el mensaje para verse en el apartamento de Méndez. Sabía que su turno habría terminado hacía un par de horas y que ya estaría libre.

Necesitaba sumirse en el placer que le ofrecía ella. Un placer envuelto en cariño. En gestos cotidianos. En hábitos. En la confianza de compartir algo más que el deseo. Algo que no reconocía nunca, pero que necesitaba cada vez con mayor frecuencia.

Volvió la mirada al techo pensando de nuevo en el caso. Le había preguntado a Valdés si tenían algo sobre el teléfono del chaval, pero la agente había negado con la cabeza.

—Estamos esperando a que nos conteste la compañía de teléfonos. He tenido que llamar a la jueza Ayala para que emitiera una orden. Han aludido el tema de la protección de datos y todo eso.

Vidal había resoplado al tiempo que miraba el reloj de la muñeca.

—¿Y de las farmacias de la zona hemos sacado algo?

—Es complicado, jefe —Valdés volvió a tomar la palabra—. La escopolamina es un principio que se encuentra en varios medicamentos. Hemos preguntado y nos han confirmado que se dispensa con receta médica, pero sin saber muy bien qué marca es complicado. Hay una lista extensa de pacientes que la usan de forma habitual.

—¿Algún nombre interesante entre ellos? —preguntó con la esperanza de encontrar algo que les ofreciera alguna pista que seguir.

Valdés negó con la cabeza.

—Habrá que ir revisando uno a uno y eso que solo hemos preguntado en las del pueblo, en San Vicente y en San Juan.

Méndez había bufado en señal de fastidio. Sería demasiado tedioso ir buscando en cada farmacia de la zona todos los pacientes prescritos para ese medicamento. Su pensamiento volvió a Alejandra Álvarez y a lo que le había dicho aquella tarde. Sabía que solo eran pruebas circunstanciales. Llevaba razón. No tenían nada contra Roberto Brea. Solo la sospecha, ya que era el que más motivos tuviera para cargarse al chico. O, quizá, el único.

Había salido de la comisaría sobre las seis y media después de que Vidal se fuera aludiendo a sus obligaciones parentales. Su compañero estaba en ese punto en el que la conciliación de la vida personal y profesional empezaba a hacérsele cuesta arriba. Sobre todo, porque los dos chicos, separados apenas por un año de diferencia, comenzaban a entrar en una fase de pubertad complicada.

Repasó las grietas inexistentes del techo mientras escuchaba cómo Carla había tomado posesión de la ducha. Deslizó la mano por el pecho buscando bajo las sábanas su sexo en reposo y volvió a pensar en Alejandra Álvarez. ¿Qué cojones haría con un tipo como Brea? ¿Por qué habría venido y justo en el momento en que un cadáver relacionado con él aparece? Le había contado aquello sobre el símbolo y había echado por tierra lo único que pensaba que ligaba al profesor con el crimen. Descarada e irritante. Su sexo reaccionó de inmediato al recuerdo de la joven.

—¿Quieres más?

La voz de Carla le volvió a la realidad. Bajó la vista y la vio mirarle a los pies de la cama envuelta en la toalla de ducha.

—Podría ser —contestó ocultando sus pensamientos con la sonrisa que le dirigió en ese momento—. Dime una cosa, ¿para qué se usa la escopolamina?

Carla frunció el ceño extrañada por la pregunta y se acercó hasta la cama para sentarse en el borde.

—¿Es por el caso?

—Digamos que sí.

Se subió el borde de la toalla cubriéndose un poco más el pecho. Se irguió y desvió la vista hacia la puerta del dormitorio.

—Bueno, no sé. Usamos algunos medicamentos que tienen ese compuesto. El más frecuente es la Buscapina en pacientes con dolores después de una operación.

—¿Se inyecta?

Gildo apoyó los codos y se incorporó un poco sobre la cama para fijar la atención en la enfermera.

—A veces, otras se toma por vía oral. Se prescribe sobre todo para el dolor. Para pacientes que tienen dolores agudos. Después de alguna operación, algún trauma. Se usa para el mareo, para los cólicos. ¿Ese chico tenía escopolamina en el cuerpo?

Méndez suspiró y volvió a tumbarse en la cama. Los ojos recorrieron de nuevo los senderos vacíos del techo para repasar mentalmente el caso.

—Sí, eso ha salido en el análisis. El forense no sabe qué pensar. Es posible que fuera la causa por la que no pudo defenderse. Estaba vivo cuando lo arrojaron al agua, pero cree que, posiblemente, inconsciente.

Carla se acercó hasta él y le observó con sus grandes ojos oscuros.

—Entonces llevaría una buena cantidad en el cuerpo. Sería muy complicado que con una dosis normal el chaval se quedara así a no ser que tuviera algún problema de salud. Alguna patología previa.

—¿A qué te refieres? El forense no ha señalado nada de eso en el informe. El chico estaba bien. No tenía antecedentes de enfermedades previas. Era un chico sano, bueno… —rectificó al ver la cara de Carla

interrogarle en silencio—. Tenía antecedentes de consumo de drogas y algún trapicheo, pero desde que había salido de la cárcel no parecía haberse metido en líos.

—No sé, pero seguro que, si es verdad lo que cuentan, tiene que estar relacionado con lo de esa mujer. Lo del accidente o con la vida que llevaba por entonces.

Se tumbó de nuevo a su lado sobre la cama e introdujo la mano bajo la sábana deslizándola despacio por su pecho hasta llegar a la parte baja del estómago. Sonrió al notar la reacción inconsciente del sexo de su amante. Recordó lo que le había dicho antes de entrar en la ducha y pensó que aún era pronto para volver a casa.

—Así que demasiado bien, ¿no? —le tentó de nuevo.

Méndez sonrió y abrazó su cintura acercándola un poco más a su cuerpo.

—Podríamos intentar mejorarlo —le planteó dejando que la erección ganara la partida a los pensamientos.

Capítulo 33

Martes, 26 de junio

Nunca había sido demasiado buena con los mapas. Era de sobra conocido entre su círculo más íntimo que lo de orientarse a través de las aplicaciones de móvil para llegar a cualquier destino solía terminar en un rodeo más que innecesario. En cambio, el esquemático dibujo que Brea le había hecho aquella tarde le permitió encontrar la vivienda del profesor con cierta facilidad.

Había dejado atrás el pueblo para incorporarse a la comarcal que rodeaba todo el municipio. El verde inmaculado y furioso de las hayas rompía con el austero marrón de sus troncos. Erguidas columnas que surgían a ambos lados de la carretera como centinelas de un camino casi vedado a los profanos.

Salió de la carretera apenas a un par de kilómetros de donde la había cogido para desviarse por un camino de tierra. Su estómago protestó a la vez que el viejo Volkswagen enfilaba el sendero y durante unos segundos valoró la idea de darse la vuelta. Si su padre hubiera estado allí, ya le habría exhortado por meterse en asuntos ajenos, además de por haber cometido prácticamente un delito.

Ni siquiera lo había pensado y, ahora que lo hacía, no había sido consciente del riesgo que corría, pero Méndez se había dejado el expediente del chaval sobre la mesa con aquellas fotografías del dibujo de la nuca y del rótulo de la tienda de Roberto, y no había podido evitarlo. Había lanzado un par de miradas para comprobar que nadie estaba pendiente de ella. El inspector había vuelto a la sala con el otro. El más bajo y gordito, y la chica había dejado de hablar por teléfono para desaparecer por las escaleras hacia la planta inferior.

Un movimiento sutil de sus dedos había deslizado las fotografías a un lado para dejar parcialmente expuesto el informe del forense que descansaba debajo. Había dejado caer el cuerpo hacia el respaldo de la silla para sacar el móvil que guardaba en el bolsillo delantero del vaquero y activar la cámara sin desbloquear el teléfono. Otro gesto rápido y casual había dejado al descubierto la página completa. Una fotografía rápida, sin leer el contenido, solo asegurarse de que la imagen era nítida para poder hacerlo después con tranquilidad.

Y una cosa había llevado a la otra. Empujada por una febril audacia, volviendo sus ojos para comprobar que estaba libre de miradas, había ido pasando las páginas una a una para capturarlas en la galería de su móvil hasta completar la colección con las últimas imágenes que había dejado encima tal y como estaban al inicio.

Ahora, guardaba todo un expediente policial en su móvil. Y, por supuesto, una copia a buen recaudo.

Luego estaba lo otro. La total certeza de que alguien había estado en la casa mientras se encontraba ausente. La forma en la que los libros habían sido colocados, la posición del portátil encima de la mesa. Había revisado todo, pero no se habían llevado nada, por lo que suponía que el intruso no estaba tan interesado en apropiarse de lo ajeno como en buscar algo, pero ¿el qué?

La casa salió a su encuentro a los cinco minutos de deambular por aquel camino de tierra. Su boca dibujó inconsciente una mueca de sorpresa y agrado. Una típica construcción totalmente reformada. Su primer pensamiento fue que era demasiado grande para una persona sola.

La fachada de piedra vista y el tejado a dos aguas cubierto de pizarra, bajo el cual nacía un pequeño espacio que adivinó como una buhardilla, le maravillaron. No pudo evitar pensar en aquellos cuentos que había leído de niña, donde el peligro surgía siempre de lo bello, de lo atractivo, de lo que irremediablemente atraía sin pudor.

Recordó de nuevo las palabras que le había dicho Méndez en la comisaría. Había hablado de su mujer y de su hijo. Las preguntas se amontonaban en su cabeza, pero intuía que hacerlas no sería una buena forma de acompañar una cena.

Detuvo el coche a unos metros de la entrada junto al vehículo de su anfitrión y dudó antes de bajar. Su vista se perdió entre el espacio vacío del asiento del copiloto y la ventanilla del lado contrario. Fue Roberto quien la sacó de su estado de ensoñación para acuciarla a salir del coche desde la entrada de la vivienda.

—¡Vamos, señorita Álvarez! —había vuelto a gritar—. ¡Casi oigo su estómago protestar desde aquí!

El interior era recio. De la misma piedra que recubría el exterior. Grande y asimétrica, en consonancia con el escaso mobiliario del recibidor. Un espacio luminoso, amplio, que daba acceso a un salón que mantenía la uniformidad en la decoración. Muebles sencillos, de madera clara, con una decoración cuidada y sutil. Nada excesiva.

«Demasiado grande para una persona sola», el pensamiento volvió a hacer acto de presencia como si fuera un mantra que quisiera repetirse hasta hacerlo propio.

—Vaya —se obligó a decir mientras sus ojos paseaban por el sofá *beige* para terminar en la chimenea de obra que marcaba uno de los espacios del salón.

Observó varios libros sobre la mesa frente a este. Últimas novedades editoriales y algún que otro libro especializado. La escalera en madera de haya nacía en el salón y se perdía en el piso superior. Junto a ella, varias estanterías mantenían el orden de los recuerdos, las fotos y otros libros.

El olor que salía de la cocina junto con la voz de Brea le sacaron de su estado de análisis.

—Era una herencia de Paola —comenzó acercándose hasta donde ella se había detenido—. La reformamos nada más venir aquí.

Se giró, aún con el bolso y el portátil en la mano.

—Es muy bonita y grande —admiró dándose la vuelta.

Su vista se desvió hacia la cristalera del salón que daba acceso a lo que parecía ser un porche posterior.

—Puedes dejar las cosas… ¿has traído el portátil?

Roberto la observó con extrañeza. Ya había grabado con detalle el vestido de verano que llevaba puesto cuando se había bajado del coche. Un vestido sin mangas, suelto, de corte recto y fluido hasta las rodillas. De un color burdeos oscuro, luminoso cuando rompía la frontera con el cabello suelto y oscuro que caía sin orden hasta la altura de los omoplatos. Había admirado las piernas fuertes, tensas, apenas bronceadas sujetas por las cuñas de esparto en color claro. Ahora sus ojos se detenían en sus hombros, que cargaban con el peso del ordenador y el bolso.

—Sí. —Soltó los accesorios sobre el sofá y siguió la mirada extrañada de Brea—. No quería dejarlo en la casa. Creo que alguien ha entrado mientras estábamos fuera.

—¿Alguien?

El atardecer se había ido consumando poco a poco bajo un fulgor calmo, casi extasiado en dar la bienvenida a una noche tibia.

Habían conquistado la mesa cuadrada de madera que Roberto tenía en la parte posterior. Un porche discreto al cual se accedía por una puerta doble desde el salón. Verduras a la plancha de primero y un solomillo de ternera de segundo, acompañado por una salsa de champiñones. Todo regado con un excelente caldo. Un tinto fuerte, que llenaba el paladar de notas de madera y frutos rojos.

—Un rioja —había dicho él mientras servía las copas.

Habían disfrutado del silencio que se movía a través de las ramas de los árboles. De la oscuridad que poco a poco había ido conquistando la tarde hasta convertirla en noche. El porche se había iluminado con unos pequeños faroles de hierro oscuro que descansaban sobre la fachada de piedra.

—Está exquisito —confesó Alejandra mientras daba buena cuenta de su plato de carne—. No pensaba que fueras tan buen cocinero.

Escuchó la carcajada de Roberto y observó el rictus de su boca al que sabría que seguiría algún comentario sarcástico.

—Hubiera cenado peor si no hubiera sido por ti.

—Yo también. —El trozo de solomillo desapareció en su boca y lo saboreó despacio antes de acompañarlo con un poco de vino. Esperó

unos instantes antes cambiar la conversación.

—Sabes que no te van a dejar en paz tan fácilmente. Ese policía, Méndez, está totalmente seguro de que eres culpable de la muerte del chaval. Me lo ha dejado bastante claro esta tarde. No va a parar hasta demostrar que lo hiciste.

—Lo sé —reconoció él mientras se recostaba sobre la silla.

—Pero no tiene nada. Solo pruebas circunstanciales, un motivo por el que matar y la ausencia de coartada para esa noche —continuó ella.

—¿Te parece poco? —Roberto volvió a rellenar las copas.

—Sí. —Otro trozo de solomillo desapareció en el espacio ingrávido de su boca—. Además, dice que discutiste con el chaval un par de días antes de que le mataran en la puerta de la tienda.

La Alejandra descarada volvió a tomar el control de la situación. Dejó los cubiertos encima de la mesa y observó con suspicacia a Roberto, que la miraba incrédulo desde el otro lado arrollado por las verdades que estaba soltando.

—No lo viste, ¿verdad?

Lanzó un suspiro mientras él negaba con la cabeza sin dejar de mirarla expectante.

—¿Ver? ¿El qué?

—La diferencia —soltó como si fuera algo evidente—. ¿En serio?

Bufó primero y en su rostro se formó una mueca de resignación que acabó formando un suspiro. Se levantó, bajo los ojos atónitos de Roberto, para desaparecer dentro de la casa y volver al instante con su móvil. Buscó las capturas que había realizado aquella misma tarde y le mostró ambas fotografías. La que había tomado del rótulo de la tienda y la de la marca que el chico tenía en la nuca.

—Fíjate bien —le pidió mientras Brea se inclinaba sobre la pantalla para observar detenidamente las imágenes.

—¿Has hecho fotos? ¿Cómo has podido hacer fotos?

Alejandra bufó de nuevo y obvió las preguntas de Roberto.

—Fíjate bien —le ordenó impaciente mientras sus dedos ampliaban las imágenes para que se pudiera apreciar mejor los detalles—. ¿No lo ves?

Claro que lo veía. Ahora que lo tenía delante, que podía comparar con tranquilidad ambas imágenes, se daba cuenta de la sutil diferencia. ¿Cómo había sido tan estúpido? Alejandra volvió a su lado de la mesa y se escurrió en la silla lanzando otro suspiro, esta vez de cansancio.

Notó la brisa erizar la piel desnuda de los brazos. Había sido un día largo y luego estaba lo otro. ¿Quién habría entrado en la casa? Roberto había insistido en saber más cuando se lo había contado nada más llegar, pero ella no había podido darle más información que la que ya tenía. La sospecha bien fundada de que habían revuelto entre sus cosas, aunque luego las hubieran dejado ordenadas. Tampoco había notado que faltara nada; aun así, tenía el presentimiento de que todo estaba relacionado.

Deslizó un cigarrillo de forma inconsciente entre los labios y lo encendió sin dejar de otear las sombras que gobernaban los árboles que se abrían frente a ellos.

—¿Cómo no me di cuenta? Me enseñaron las fotografías, pero no me fijé.

Vio elevarse una voluta de humo para morir segundos después en el aire de la noche.

—Ellos tampoco y no se lo reprocho. Méndez me soltó un discurso sobre el significado argumentando una venganza en plan ritual. —Dio una larga calada mientras volvía a pensar en la conversación que habían mantenido en la comisaría—. Le dije que eran diferentes, que no tenía sentido. Involucrarte hasta el punto de dibujarle un *sistrel* en la nuca al muerto. Pero, claro, eres el principal sospechoso. El que más motivos tenía para cargarte al chaval. Sigo pensando que necesitas un abogado. Antes o después, encontrarán algo con lo que incriminarte a no ser que averigüemos quién le mató.

—¿Averigüemos?

Roberto se aferró a su copa de vino para acabar con ella de un solo trago. La sensación de no poder controlar nada de lo que estaba sucediendo fue embriagando poco a poco sus sentidos. Nublando la escasa capacidad que sentía en ese momento de pensar con racionalidad. La impotencia de verse arrastrado hacia un pasado que

parecía haber vuelto para vengarse de él.

Había atravesado las etapas del luto con la dignidad de no tener que enfrentarse a ningún espectador ajeno. Solo a su propio reflejo. A los pensamientos erráticos y cambiantes que habían ido surgiendo durante todo aquel tiempo. Al deseo de que no hubiera pasado, a la ira, a la rabia, a la decepción, al silencio y a la propia soledad. Al esfuerzo por continuar con las mismas costumbres como si Paola nunca hubiera muerto. Al enfado, la ofuscación, asimilar que ella estaba embarazada y no era suyo. Que había tenido un amante. Al arrepentimiento, primero, por haber abandonado su carrera, a veces por haber dado por perdido su matrimonio, por no haber luchado, a la frustración consigo mismo por no haber sido más inteligente, más listo para darse cuenta de lo que sucedía.

Había comenzado a medir su vida sobre el tiempo útil. Sobre el que podía controlar, manipular, aprovechar en su propio beneficio. Había recibido ofertas para volver, para empezar de nuevo, pero no había querido dejar aquello. La nostalgia, el recuerdo, la memoria. Todo construido sobre una mentira.

—Hagámoslo, sí —afirmó con convicción Alejandra mientras se levantaba y apagaba el cigarrillo en la zona de tierra junto al porche.

Roberto siguió el gesto espontáneo. La fuerza del pie mientras aplastaba lo que quedaba de la colilla sobre la tierra y volvió a recordar lo que había sucedido.

—¿Qué le dijiste a Méndez para que me soltara?

Se volvió hacia él, de pie, con la noche enmarcando su cuerpo en aquel vestido burdeos, el pelo desordenado y el rostro contraído por un gesto de decisión. Como si fuera un viento nuevo. Una posibilidad diferente. Algo inaudito. Una casualidad que no hubiera imaginado y que tampoco hubiera recibido con los brazos abiertos si le hubieran dejado decidir. Pero que estaba allí. Frente a él. Alborotando todo el organizado caos sobre el que había construido su vida desde hacía demasiado tiempo.

—Le dije que no tenía nada. Que todo eran pruebas circunstanciales. Y él lo sabe. Sabe que no puede defenderlo delante de un juez. Así que será mejor que empecemos a pensar quién te quiere culpable porque el que haya matado a ese chaval no creo que vaya a parar hasta que no te detengan. —Se detuvo unos instantes y desvió la mirada hacia la vegetación que comenzaba a unos pasos de

ellos—. Además, estoy casi segura de que el que hayan estado hoy en la casa tiene que ver con todo esto.

Volvió a tomar asiento frente a un Brea indeciso.

—No va a ser sencillo. No tenemos nada. ¿Por dónde vamos a empezar?

El profesor planteó las objeciones como si ya hubiera reflexionado sobre ese mismo asunto antes.

—Por la muerte de tu mujer. Por todo lo que tengas. Los informes, recuerdos, fotografías. ¿Guardas algo?

¿Guardar algo? Esa pregunta removió los recuerdos sin piedad.

—Tengo algunas cajas en el garaje —anunció pensando que lo que menos le apetecía era tener que volver a rebuscar en la suciedad del pasado.

Capítulo 34

Martes, 26 de junio

No se molestó en vestirse. Se levantó de la cama y se dirigió directamente hacia la nevera para confirmar lo que ya sabía antes de que la luz interior se lo anunciara. No quedaba mucho más que lo que había sobrado de la comida que la noche anterior había pedido para llevar y media botella de vino tinto abierta. Un par de cervezas y un cartón de leche componían un *collage* de lo menos apetecible.

La cerró con resignación y lanzó un suspiro mientras valoraba las opciones que le presentaba la noche. Le hubiera gustado que Carla se hubiera quedado a cenar. Que no hubiera salido corriendo al escuchar la alarma de su móvil sonar con aquella música aguda que se colaba en el cerebro avisando que tenía que llegar a tiempo a su vida ordinaria, rumiando algo sobre la hora a la que se iba la chica que cuidaba a los críos y el tiempo que iba a tardar en llegar. Hacía tiempo que se había separado y su ex se había largado a vivir a Alemania. A un pueblo que ni siquiera era capaz de pronunciar. Cerca de Berlín, le había dicho ella alguna vez.

—Dice que allí gana más —le había contado un día.

Y los críos los tenían de aquí para allá todo el tiempo.

Barajó la idea de vestirse y bajar a la calle a por algo de comer, pero terminó buscando los teléfonos de comida a domicilio que tenía pegados sobre la puerta de la nevera. Se decantó por el italiano que estaba a un par de calles de su casa y realizó el pedido prácticamente de memoria, excediéndose en lo que sería capaz de comer para guardar algo de reserva para el día siguiente.

Miró el reloj y pensó que le daba tiempo a tomar una ducha antes de que llegara la cena. El aroma de Carla todavía permanecía en el cuarto de baño y, mientras dejaba vagar la mente bajo el agua, volvió a pensar en lo que ella le había dicho. Quizá tuviera razón. Revisar el caso de Paola Martín Rivera podría ofrecer algo de luz en el asunto del chaval. Si, tal y como Alejandra Álvarez había sugerido, alguien podría estar muy interesado en que Roberto Brea pareciera culpable. Todo apuntaba a él. Motivos, medios y sin coartada. Aunque tenía que reconocer que lo raro, como había apuntado de nuevo ella, era que la tuviera. Un hombre viudo, joven aún, solitario, poco sociable e inteligente. ¿Por qué había insistido en permanecer en un lugar que no era el suyo?

El aviso de que la cena había llegado le pilló cuando terminaba de colocarse los pantalones de algodón. Terminó de cubrirse con la camiseta antes de abrir la puerta, pagar y agradecer la rapidez de la entrega. El olor a pasta mezclada con salsa boloñesa, queso y especias hizo que su estómago protestara. Era algo que echaba de menos desde que Lucía ya no estaba. Esas cenas tranquilas, en silencio. El olor que inundaba la casa cuando llegaba de trabajar y la encontraba en la cocina. Demasiado atareada para dos.

Sacó una cerveza de la nevera y anotó mentalmente que mañana sin falta tendría que comprar más. Nunca faltaban cuando estaba ella. Ni eso, ni un buen rioja o un rivera. Dependiendo del estado de ánimo. Poco a poco se había acostumbrado a la soledad de ser casi viudo. De un hombre que no mantenía otro compromiso que el de pagar las facturas de una clínica donde la que había sido su mujer permanecía prácticamente ajena al mundo real. Una penitencia por el pecado cometido. El de la desidia, el del olvido, el de no haber preguntado, no haber visto el final que se anunciaba día a día en su rostro, en las arrugas alrededor de la boca, en las bolsas que le confesaban el llanto cuando él no estaba. El pecado de no haber roto con aquel matrimonio cuando ambos tenían la fuerza para salir solos de aquel compromiso que había muerto hacía tiempo. O, al menos, él sí. Ella siempre había sido diferente. Ella siempre había estado enamorada.

Conectó el portátil y esperó a que le dejara meter las credenciales para tener acceso al informe del atropello de Paola Martín. El primer trozo de lasaña desapareció con prontitud en su boca. Lo regó con un trago de cerveza y volvió a repasar lo que ya sabía.

Paola Martín Rivera, de treinta y nueve años. Muerte por traumatismo múltiple causado por el impacto contra un vehículo. 22 de octubre de 2018. Según el informe forense, la víctima habría fallecido poco después de llegar al hospital. No habían podido hacer nada por ella. El lugar donde había sido hallada quedaba dentro del término municipal de Os Torres, aunque alejado del núcleo urbano. Un camino forestal que no era demasiado frecuentado y que se adentraba en la zona de monte.

Méndez conocía aquella parte del pueblo. Había proliferado tras la explosión del turismo rural. Una extensa zona de bosque plagada de casas en madera y piedra, turistas de ciudad que iban y venían buscando una naturaleza tan desconocida como ansiada. Las preguntas se agolparon en su cabeza. ¿Qué hacía Paola Martín en aquel lugar a esa hora? La llamada a los servicios de emergencia se

había efectuado a eso de las nueve y cuarto de la noche desde un teléfono público ubicado a las afueras del pueblo. Junto a la carretera comarcal. ¿Qué era lo que había dicho Brea en el interrogatorio de esa tarde? Algo sobre que su mujer estaba embarazada de otro.

Pegó un trago de nuevo a la cerveza y hundió el tenedor en el plato para dejar que otro trozo de lasaña desapareciera en su boca. Si fuera así, es posible que hubiera alguien más interesado en deshacerse del chaval. Si no era de Brea, ¿de quién era el hijo que Paola Martín estaba esperando? ¿Un amante? ¿En Os Torres?

El ratón se movió rápido por la pantalla y escribió con rapidez la situación exacta de Paola aquella noche. El programa dibujó un extenso mapa que ocupó prácticamente la totalidad del monitor. Desplazó el puntero buscando una respuesta al interrogante, otra salida que le proporcionara respuestas. Recorrió el espacio verde oscuro y marrón de la visión satélite de la zona. Se movió buscando los pequeños puntos más claros. Aquellas invasiones humanas en un espacio autárquico.

Examinó con detalle la zona siguiendo la ruta blanquecina del camino, ampliando con detalle las partes más opacas de árboles hasta dar con un diminuto y esperanzador rectángulo más claro. Lo suficientemente cerca de la zona donde habían encontrado a Paola Martín aquella noche los servicios de emergencias.

—¿Y tú? ¿A quién perteneces?

Lanzó la pregunta al silencio mientras evitaba pestañear por si solo fuera una ilusión de lo que su mente quería ver. Apuntó con rapidez en su cuaderno las coordenadas que el programa confesaba y desvió la vista hacia la cerveza casi vacía para terminarla de un solo trago.

Al volver los ojos hacia la pantalla, aquel rectángulo seguía allí. Insistiendo en ofrecer una respuesta.

Capítulo 35

Martes, 26 de junio

A las dos primeras cajas, le siguieron otro par.

Roberto retiró la mesa que ocupaba parte de la alfombra frente a la chimenea para despejar un espacio lo suficientemente amplio que pudiera abarcar su contenido. Alejandra observó la letra descarnada y fría que marcaba cada una de ellas. Etiquetas a los recuerdos de alguien tan ajeno como desconocido. ¿Qué estaban buscando realmente? Por un momento, dudó. Le pareció que, si abría una de esas cajas y miraba en su interior, profanaría la vida de alguien que ya no estaba.

—La mayor parte de sus cosas están aquí. ¿Qué buscamos exactamente?

Roberto se mostraba más indeciso que ella. Un rechazo natural a rebuscar entre los recuerdos dolorosos. Recuerdos que habían llamado a su puerta apenas un par de días antes para recordarle que el pasado tiene derecho a volver cuándo y cómo quiera.

—Respuestas —confesó ella mientras valoraba la opción menos íntima hacia la que orientarse en primer lugar. Se agachó junto a la que indicaba que guardaba una miscelánea sin definir y se volvió hacia él—. Vamos.

Durante los primeros minutos permanecieron en silencio. Cada uno concentrado en el contenido de su caja. Roberto había sacado varios álbumes de fotos que había dejado a un lado y se concentraba en rebuscar en los bolsillos de la ropa que iba apartando a un lado cuando terminaba de examinarla. Un par de abrigos descansaron bajo varios vestidos de verano y otro par de vaqueros. Camisetas de algodón, algunas en color liso y otras con estampados florales. Observó la montaña de ropa que poco a poco iba formándose sobre el suelo del salón.

Ella, por su lado, había encontrado un tesoro en libros, cartas y documentos. Le extrañó que él no hubiera querido mantener aquellos tomos fuera de la caja, pero se abstuvo de preguntar. Pasó las hojas rápido e incluso los agitó bocabajo, pero no encontró nada. Cogió el grueso de cartas y carpetas que ocupaban la parte inferior de la caja. Era obvio que, cuando había empaquetado todo aquello, lo había hecho con urgencia y sin cuidado. Metiendo todo con rapidez sin

valorar el orden. Solo con la necesidad de olvidar, de apartar aquellos objetos lo antes posible de su día a día. Una vida que ya no existía. Informes médicos y expedientes académicos que volvió a dejar en el mismo sitio en el que estaban sin apenas mirarlos. Se sintió agotada. Sin saber por qué estaban haciendo aquello. Revisiones médicas, radiografías, análisis. Obvió con rapidez y cierto pudor aquellos documentos mientras su mente se alejaba de allí.

Dejó los expedientes dentro del contenedor de cartón y se apartó de la caja para dejarse caer en el sofá. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Estaba en ese punto en el que ya daba igual lo que hiciera, el cansancio se había apoderado de su mente y de su cuerpo, y no era capaz de pensar con claridad. La botella de vino que se habían terminado durante la cena tampoco ayudaba. Sintió a Brea ocupar el espacio a su lado y permanecieron durante unos minutos en silencio.

—Es una aguja en un pajar. No sabemos lo que buscamos. Podríamos tenerlo delante y no verlo o ni siquiera la muerte del chico tiene que ver con la de Paola —Roberto puso voz a lo que ella también había pensado.

Se dejó llevar por la tibia luz de la lámpara del salón y el cansancio se hizo dueño de las posibles acciones a emprender. Pensó en cómo volver y dormir en una casa en la que estaba segura de que aquella misma tarde habían entrado y, de repente, recordó algo de la conversación con Méndez en comisaría y se volvió hacia él. La Alejandra impertinente despertó de golpe.

—Méndez me dijo que estaba embarazada cuando falleció. ¿De cuánto tiempo?

Supo que había metido la pata cuando notó la ausencia de Brea al abandonar el sofá dejando a su lado la presencia de un vacío no solo físico. Quiso disculparse, pero las palabras no le nacieron y le siguió con la mirada mientras se acercaba al mueble del salón para sacar una botella de *whisky* a medio empezar.

—¿Quieres? —le ofreció desde donde estaba.

Encogió los hombros en un gesto de asentimiento. No solía cerrar las cenas con una copa de *whisky*, pero no quiso contrariar a su anfitrión más y permaneció en silencio mientras él servía el líquido ambarino en un par de vasos de cristal tallado. Se acercó con paso cansino hasta el sofá y le alargó el suyo.

—No lo sé. —Su bebida viajó rápido del vaso hasta su boca para

deslizarse con prontitud hasta el estómago—. Ni siquiera sabía que estaba embarazada hasta que no me lo dijeron en el hospital. Hablaron de seis semanas. Está en el informe.

Señaló la caja de cartón que Alejandra acababa de inspeccionar a medias y volvió a tomar asiento a su lado. Esperó a que estuviera preparado para continuar. Mojó los labios en el licor para retirarlos rápidamente. Tendría que conducir de vuelta y no quería añadir otro motivo para perderse entre aquellos caminos. Roberto, ajeno a su gesto, continuó.

—Nunca me lo dijo. Aunque en cierto modo lo entiendo. No podía ser mío. Creo que de eso es de lo que más seguro estoy de todo.

Aquella confesión, por segunda vez en el día, supuso una liberación. Se volvió hacia Alejandra, que le miraba entre sorprendida y extrañada. El vaso realizó el mismo recorrido de nuevo como un paliativo ante la dureza de aquellas palabras.

Observó cómo ella mudaba el gesto, una leve compresión de los labios antes de entreabrirlos para expresar la duda que ya había construido en su cabeza y que necesitaba una respuesta urgente, pero que, extrañamente a lo que ya le había acostumbrado, se quedó en la intimidad de su propio pensamiento y no la verbalizó.

Levantó el dedo índice despacio hasta rozar la piel de su frente deteniéndose con cuidado en el centro.

—¿Sabes que guardas todas las preguntas aquí? —le confesó mientras escudriñaba la oscuridad parda de su iris—. A algunas las dejas que se deslicen sutiles, buscando respuestas a través de lo que crees adivinar. Se desbordan por tus ojos aniquilando las certezas ajenas, dejando que un mar de dudas invada el imperfecto equilibrio que los demás hemos construido para sobrevivir.

El dedo dibujó despacio el recorrido desde la frente, deslizándose por su nariz, rozando la piel del pómulo derecho, acariciando sutilmente el nacimiento de su boca, perfilando con cuidado los labios cargados de preguntas.

—Y otras, simplemente, brotan de tu boca sin piedad, arrasan con todo lo que creía seguro, dejándome expuesto, señorita Álvarez. Sin defensas posibles.

Se inclinó lo justo para dejar que fueran sus labios los que continuaran con la caricia de su dedo y notó el sabor del *whisky*

mezclado con el del perfume de Alejandra.

La suavidad extrema del contacto de su boca contra la suya, primero sutil, un roce discreto, casi tímido, valorando las opciones de un rechazo que intuía seguro, pero robándole al tiempo aquel instante que ya se había colado en sus pensamientos desde el primer día que la había conocido.

Obvió el ruido natural de la noche que insistía en penetrar a través de la ventana del salón, la presencia de los recuerdos contenidos en cuatro cajas de cartón etiquetadas en un tiempo que no parecía propio, las razones que les habían hecho coincidir en un espacio tan ajeno a ambos. Simplemente, dejó que las preguntas se adormecieran en aquel gesto, en la voluptuosidad de comprender que ella no le iba a rechazar, sino que había tomado la iniciativa en respuesta a la suya y que ahora era su boca la que buscaba saciarse de la de él.

El espacio entre ambos fue desapareciendo poco a poco. Sintió los dedos de Alejandra acariciar su nuca para deslizarse hacia su pelo y no evitó que sus manos tomaran el camino para aferrarla de la cintura y romper de forma absoluta el vacío que había entre los dos, dejando que su cuerpo se acomodara al suyo mientras las manos se atrevían a quebrar la frontera entre lo inocente y el deseo subconsciente de explorar el cuerpo que escondía la tela carmesí.

El sofá recibió primero el cuerpo de Alejandra, al que siguió el de Roberto. La parte inferior de su vestido se desplazó hacia la cintura bajo las presurosas manos de él mientras las dudas que pudieran surgir morían en la unión que habían formado sus bocas.

Acomodó su cuerpo al espacio entre sus piernas y con las manos recorrió la piel de sus muslos sin dejar de saborear el exótico placer que le parecía que brotaba de sus labios. Notó los dedos de ella tantear la cintura de su vaquero con la misma urgencia que sentía por liberar su propia erección.

Si alguno de los dos se planteó durante algún segundo no continuar, no lo demostró. Roberto abandonó los labios de Alejandra para dejar que fuera la piel de su cuello, de sus hombros, de su escote la que tomara el relevo para ocupar su boca. El vestido terminó desapareciendo con rapidez al tiempo que lo hacía su camisa y la seguían los vaqueros que se resistieron un poco más.

Ni siquiera barajaron la posibilidad de abandonar el sofá. De buscar un lugar más cómodo e íntimo para aquel encuentro tan poco premeditado como deseado por ambos. El tresillo de tres plazas se convirtió en el cómplice espontáneo de sus besos, de las caricias desbordadas que improvisaron sobre la piel del otro; de los gemidos, primero de ella al notar como él perfilaba su sexo con cuidado, tanteando primero por encima de su ropa interior para apenas unos instantes más tarde erigirse en conquistador de este, y después él, al

mismo tiempo que ella hacía lo propio con el suyo. Le recibió con urgencia, con los dedos aferrándose a su espalda, con los labios entreabiertos, pegados a su boca, mudos de palabras pero llenos de ganas, notando su sexo, su deseo tan acuciante como el suyo.

Se saciaron prácticamente a la vez. Sobre el sofá, completamente desnudos y sin remordimientos. Ella porque no tenía compromisos y porque hacía tiempo que había comprendido que no le debía ninguna explicación a nadie, y él, porque lo había deseado desde el primer momento en que la había visto. Dejó que sus labios continuaran recorriendo su piel, a la vez que lo hacían sus manos, pegada aún a su cuerpo, al que había acomodado de lado junto al suyo y que, de igual modo, aparecía perfilado de sudor, envuelto en un olor de placer y deseo que hacía tiempo que ya había olvidado.

La escuchó suspirar y estremecerse con los ojos cerrados y la cabeza escondida en el hueco entre su cuello y su pecho al volver a rozar con la boca su hombro desnudo.

—Vámonos arriba. Quédate a dormir.

No fue una sugerencia, sino más bien una súplica urgente. La necesidad de no quedarse solo aquella noche sin poder sacársela de la cabeza, deambulando por una casa llena de fantasmas.

Alejandra levantó la cabeza y escudriñó el color grisáceo de sus ojos casi con la esperanza dibujada de recibir una respuesta afirmativa por su parte. Se limitó a dejar que sus labios, volviendo a buscar los de Roberto, contestaran la pregunta.

Capítulo 36

Martes, 26 de junio

El reloj había señalado ya las diez de la noche hacía unos minutos. Observó de nuevo la pantalla negra del teléfono móvil y desvió la vista hacia la televisión que había encendido hacía un rato, pero que había dejado sin volumen. Lo hacía como una vieja costumbre para sentir algo de compañía cuando la mente decidía devorar despacio el tiempo.

Notó las piernas entumecidas y se levantó para acercarse hasta la ventana del salón. La noche se había teñido con la promesa de que el día siguiente sería otro día cálido, húmedo, al igual que el anterior y el anterior del anterior. La perfecta rutina a la que había adaptado su vida. Ausente de emociones y falta de improvisación. Eran aquellos momentos en los que lamentaba no haber sido lo suficientemente valiente para haber dejado todo aquello atrás cuando tuvo la posibilidad de hacerlo.

Pensó en ella de nuevo. Habían sido varias veces en aquella semana que su recuerdo lo había asaltado sin pudor. Con fuerza, martirizando la conciencia de las decisiones tomadas bajo la responsabilidad y el deber. Se preguntó cuándo había empezado a pensar que era demasiado tarde para todo.

Valoró la opción de buscar otra cerveza, pero recordó que su nevera, como su vida, estaba prácticamente vacía y se decantó por la botella de *whisky* que guardaba en el mueble del salón junto con los libros mal apilados y los cuadernos de notas.

No le dio tiempo a llegar hasta su objetivo cuando su móvil le reclamó desde la mesa junto al portátil. Se abalanzó ansioso en un par de pasos y escuchó la voz de Valdés al otro lado.

—Ya está, jefe. Le he pedido el favor a un amigo que tengo en el registro. Me costará una cena, pero, bueno.

—Venga, Valdés. Le pago yo la cena o la comida o lo que necesite, pero dígame qué ha encontrado.

Oyó soltar un bufido a la agente al otro lado del teléfono antes de expulsar por su boca los datos que había conseguido.

—La casa está a nombre de una empresa. Inmobiliaria Lago.

Parece ser que pertenece al tío ese de las conservas, el de la fábrica que hay en Os Torres.

—Jesús Lago —aclaró Méndez.

Las piezas se movieron en su cerebro.

—Le viene de una herencia —continuó Valdés—. Sus hermanas no la querían y él se la traspasó a la empresa. Imagino que será por el tema del turismo rural. Con el *boom* de estos últimos años aquí, el menos pintado se ha hecho una casa de esas.

Le dio las gracias a Valdés y se despidió de ella mientras su mente intentaba encontrar la relación entre Jesús Lago y Paola Martín. Revisó de nuevo el expediente que tenía sobre la mesa mientras las palabras de Brea en la comisaría volvían con fuerza a su cabeza.

«¡No era mi hijo! ¿No lo entiende, inspector?».

Encendió un pitillo de forma inconsciente mientras revisaba en su libreta las notas que había tomado al salir de la reunión con Jesús Lago. Había insistido en que no conocía al chaval, mientras que la hermana de este había nombrado al empresario con demasiada seguridad.

Leyó con calma de nuevo la descripción del vehículo causante de la muerte de la Paola. Un Opel Corsa del 98, color azul oscuro. Había sido encontrado un par de días después del atropello en una arboleda cerca del pueblo. Según indicaba el informe, el vehículo había sido robado unos meses atrás en Valencia. Habían encontrado dentro una botella de agua vacía y un móvil que finalmente había llevado a la identificación, búsqueda y detención de Carlos Fernández Puerto. Y el crío no había abierto el pico. Declaró que el coche lo encontró abandonado en las afueras del pueblo y que pensaba llevárselo para hacer algún negocio con él en la frontera con Portugal. Buscó el nombre del agente que había llevado el caso de Paola Martín y anotó mentalmente que debía hablar con él al día siguiente. No tenía sentido que, si Carlos Fernández declaró que su intención era llegar hasta la frontera, aquella noche estuviera en el camino de tierra donde atropelló a la víctima. Además, demasiado cerca de la propiedad de Jesús Lago. ¿Coincidencia?

Exhaló el humo del cigarrillo y parte de la ceniza cayó fuera del cenicero. ¿Qué tenían hasta ahora? Una maraña confusa de pruebas, todas circunstanciales, y un posible culpable con motivos más que sobrados para matar al chico. Buscó el número de Vidal en el móvil y

su compañero contestó a los dos tonos.

—¿Qué pasa, jefe?

La voz pastosa y lenta le recordó que era tarde y que, posiblemente, el subinspector ya estaría echando alguna cabezada en el sofá antes de irse a dormir.

—Perdona, Vidal, que te moleste tan tarde, pero estaba repasando el caso y hay algunas preguntas a las que no encuentro respuesta.

Le puso rápidamente en antecedentes y le contó su teoría sobre la relación entre Paola Martín y Jesús Lago justificándola por el lugar donde habían encontrado a la mujer la noche del accidente.

—¿Y si tenían una relación? Un lío, ya sabes. ¿Y el chaval? Declaró que había encontrado el vehículo y que se dirigía a la frontera para venderlo. No tiene sentido. ¿Qué hacía a esas horas en ese camino de tierra en dirección a Os Torres? Algo no cuadra, Vidal.

Escuchó el silencio del subinspector al otro lado del teléfono.

—Si Paola Martín y Jesús Lago tenían una relación y ella estaba embarazada, habría supuesto un problema muy gordo para él. Un escándalo. El divorcio le hubiera salido demasiado caro. Parte de su negocio en Sudamérica es gracias a que su mujer le abrió la puerta de entrada al mercado latinoamericano. Es hija de un empresario de allí. Un tío con contactos. Si el matrimonio se fuera a la mierda, Jesús Lago perdería mucho más que una mujer y un hijo.

Méndez agradeció la información a Vidal y volvió a disculparse por la hora de la llamada.

—No hay problema, jefe. Estaba despierto todavía —se atrevió a mentir Vidal.

Observó el televisor casi sin verlo mientras el último cigarro del día ocupaba su hueco entre los labios. Aspiró con fuerza antes de dejarlo sobre el cenicero y volver la vista a la pantalla donde el informe de Paola Martín brillaba con luz propia.

Parecía que, después de todo, la muerte de la mujer de Roberto Brea había beneficiado a alguien. Mentalmente, apuntó que mañana, sin demora, necesitaba volver a hablar con Jesús Lago. El empresario tenía que contestar demasiadas preguntas. Cogió su móvil de nuevo y realizó una última llamada antes de buscar el descanso para su

cuerpo, aunque no para su mente.

—Doctor, necesito que haga algo. Es sobre Paola Martín.

Capítulo 37

Se despertó inquieta y tardó en ubicarse unos segundos hasta que fue consciente de que estaba en la cama de Roberto y que lo que descansaba sobre su cintura era su brazo.

La noche anterior pasó por su mente a toda velocidad. Habían follado sobre el sofá, sin ningún tipo de pudor, para continuar después en el dormitorio. Ansiosos y hambrientos la primera vez. Después, más tranquilos, habiendo ya saciado el deseo primario, disfrutando del otro, recorriendo despacio el cuerpo ajeno, con caricias, con besos, pero sin promesas ni palabras conjugadas en futuro. Insaciables. Solo el cansancio de todo el día había hecho mella sobre ellos y el sueño había terminado ganando la batalla a las ganas.

Buscó con la mirada una confirmación de que ya había amanecido, pero no la encontró y se movió despacio con la necesidad urgente de visitar el cuarto de baño.

La alfombra amortiguó sus pasos y, en puntillas, caminó hacia el aseo intentando no hacer ruido, orientándose a duras penas en un lugar desconocido y prácticamente sin apenas luz.

Cerró la puerta con cuidado y tanteó buscando el interruptor hasta que la pequeña habitación se iluminó. Soltó un suspiro de alivio mientras dejaba que su vejiga se vaciara y observó el espacio ordenado y limpio.

—No lo hagas —murmuró para sí misma sabiendo cuáles eran las intenciones que su subconsciente ya había materializado en una idea.

Su madre siempre le recordaba aquello de que la curiosidad era la que se encargaba siempre de matar al gato, pero en aquel momento no le pareció ni tan mal, ya que estaba allí, echar un vistazo. Era de las que pensaban que a las personas se las conoce por sus detalles, por las manías de sus costumbres. Le invadió cierta vergüenza mientras que, sabiéndose desnuda, se entrometía en la vida ajena, pero Roberto se le antojaba como un enigma. Un misterio tan atrayente como peligroso.

Lo primero, lo más obvio, el mueble de madera bajo el lavabo. Se acuclilló para echar un vistazo por encima. Nada que no esperara encontrar en el cuarto de baño de un hombre que vivía solo. Lo básico para el día a día. Sin nada que se saliera de lo normal. Pero, en cierto modo, le extrañó que no quedara ninguna huella de que una mujer había vivido allí. Ni siquiera un frasco de perfume a medio usar. En

los pequeños cajones, que decoraban un lateral, ni rastro de maquillaje, cremas, ni una maldita barra de labios. Nada. Lo único, un secador de pelo que parecía que llevaba tiempo sin usarse.

Su vista volvió a inspeccionar de forma inconsciente el fondo del armario y notó la caja casi oculta bajo los demás objetos. Estiró el brazo hasta rozarla y tanteó con los dedos para intentar sacarla con cuidado. La examinó primero con curiosidad mientras leía las indicaciones. Se incorporó para examinarla debajo de la luz que nacía de la parte superior del espejo sobre el lavabo.

—Joder —susurró mientras abría torpemente el lateral de la caja y confirmaba que, de las tres ampollas que anunciaba la caja, solo quedaba una.

Memorizó el compuesto y la marca, y volvió a colocarla en su sitio intentando que todo quedara igual que antes.

Se incorporó y apoyó las manos sobre el espejo buscando una confirmación en el reflejo que le devolvía el cristal. Intentó recordar lo que había leído la tarde anterior amparada por la soledad de la casa. Según el informe del forense, se habían encontrado restos de escopolamina en la sangre del chico, aunque no en una dosis suficiente para provocar la muerte. El ahogamiento había sido la causa del fallecimiento, pero apuntaba a que existía la posibilidad de que hubiera sido arrojado al agua en estado de inconsciencia tras haberle suministrado la droga.

Se apresuró a abandonar el cuarto de baño sigilosamente. Necesitaba echar otro vistazo a la caja que había dejado a medias la noche anterior. Allí había informes médicos, además del informe sobre el accidente de Paola. Los había pasado por alto. Demasiado cansada para darle la importancia que pudieran tener.

Intentó ubicarse de nuevo entre la penumbra de la habitación y se deslizó hacia la puerta. Se alegró de no haber recogido la noche anterior la ropa del salón. Se apresuró intentando no hacer ruido. Con la urgencia de necesitar respuestas a las preguntas que poco a poco iban formándose en su cabeza.

«Nunca des nada por sentado, Alex —solía recordarle su padre—. Nunca se termina de conocer a las personas». Y, aunque él siempre lo decía refiriéndose a su madre, ella se lo había tatuado a fondo para aplicarlo prácticamente a todo.

—Y si…

La conjetura se formó en su mente, aunque solo pronunciara en un susurro las primeras dos palabras mientras recogía la ropa del suelo y comenzaba a vestirse con prisa. Si aquello que había pensado en el cuarto de baño fuera cierto, no entendía los motivos que hubiera tenido para hacerlo. No después de haber descubierto que ella estaba embarazada y, si era verdad lo que había dicho, de un hijo que no era suyo.

El alba no se había anunciado todavía, aunque ya empezaba a clarear en el horizonte. Se sentó en el sofá y encendió la luz de pie para concentrarse en la caja que había elegido la noche anterior. Obvió los expedientes académicos, aunque se moría de ganas por echarles un vistazo, pero decidió concentrarse en lo que buscaba. Sacó un par de álbumes de fotos e hizo lo propio con un par de libros de tapa blanda que habían encontrado el espacio perfecto para encajar entre aquel desorden en uno de los laterales. Los sacó con rapidez y al hacerlo notó que algo se deslizaba entre las hojas de uno de ellos. Una imagen. Una instantánea antigua. Desteñida en colores que habían perdido la fuerza por el paso del tiempo. Dos jóvenes, apenas adolescentes que reían frente a la cámara mientras se agarraban por la cintura. Ella con un coqueto pero discreto vestido de corte recto que adivinó en azul, de manga corta, a la altura de las rodillas, con la sonrisa maquillando un rostro sin imperfecciones, enmarcado en una melena a la altura de los hombros de color canela. El chico vestía pantalones de tela con las pinzas a la altura de la cintura. En color *beige* y una camisa de manga corta blanca que hacía resaltar el color tostado de la piel y el negro de su pelo.

Giró la fotografía y observó la inscripción sobre el revés blanco. Junio de 1995. Ni nombres ni nada que aludiera a los protagonistas de la imagen. Supuso que la chica era Paola. Pero de lo que estaba segura era de que el chaval no era Roberto. Sacó su móvil del bolso y capturó la imagen con rapidez para devolverla a las páginas del libro.

El informe del forense era escueto. Escondido en un sobre, marcado con un sello oficial, apenas hacía alusión a nada que no fueran las causas objetivas del fallecimiento. Una breve presentación de la víctima. La fecha y la hora del fallecimiento y la descripción esterilizada de los daños producidos. Sus ojos se detuvieron en la frase donde se indicaba que estaba embarazada en el momento de la muerte. «Aproximadamente de unas seis semanas de gestación», indicaba el informe, pero, aparte de lo que ya sabía, no arrojaba nada más de luz.

Abrió las imágenes que había guardado del informe el día

anterior para confirmar lo que ya había intuido en el cuarto de baño. La respuesta le llegó tan rápido a través del buscador después de teclear la marca que había memorizado como largo era el nombre de aquel compuesto y más dudas se acumularon sin respuesta.

Se sintió sobrepasada, absurdamente en el centro de un huracán que le había pillado de paso. Derrotada por unas circunstancias tan ajenas como lo era todo aquello. Y volvieron las preguntas para cercenar la subjetividad con la que había valorado los hechos. No quería pensar que Méndez tuviera razón con respecto a Roberto. ¿Qué motivos tendría para acabar con la vida de alguien si, al fin y al cabo, desde que su mujer había muerto era consciente de que había tenido un amante? ¿Qué venganza podría haber en aquello?

«Ese hombre se ha tomado la justicia por su mano. No tiene coartada. Le vieron un par de días antes discutiendo con el chaval frente a la puerta de su tienda».

Las palabras del inspector volvieron con fuerza. ¿Se habían visto un par de días antes? ¿Había ido el chaval a buscarle a la tienda? ¿O simplemente había sido una casualidad? ¿De qué discutieron? El policía había dicho que varios testigos lo habían confirmado.

—Joder.

Se levantó con rapidez del sofá. Apenas habían pasado cinco minutos de las siete y su cabeza amenazaba con estallar en cualquier momento. Encendió la luz de la cocina y observó los restos de la cena que habían recogido la noche anterior con rapidez. Se apilaban en el fregadero a la espera de una mano amable. Pero lo que ella necesitaba era un café. Algo rápido que le despejara la cabeza.

Rebuscó en los armarios superiores de la encimera con la esperanza de encontrar, aunque fuera, un bote de instantáneo y chasqueó la lengua al pensar que ni siquiera había hecho la compra que llevaba casi tres días intentando hacer.

Al segundo intento encontró lo que buscaba. Un bote de cristal hasta la mitad de aquel oro negro que tanto demandaba su cuerpo. El siguiente paso sería encontrar la dichosa cafetera y esperar a que estuviera listo.

Su objetivo se centró en los armarios inferiores mientras pensaba en cómo enfrentar la situación cuando Roberto se despertara. Anoche no habían pronunciado ni una sola palabra. Habían caído rotos, saciados. Sin añadir nada que les comprometiera de cara al siguiente

día.

Su mente divagó mientras abría el siguiente armario más cercano al fregadero y recordaba de nuevo el encuentro entre ambos. Repasó con la vista el interior sin encontrar lo que buscaba, pero intentando comprender lo que sus ojos ya habían visto un instante antes.

Tras las cacerolas se escondía un pequeño objeto oscuro. Algo que no debía estar allí y si lo estaba debía ser por motivos que no alcanzaba a comprender. Estiró el brazo y los dedos rozaron la superficie dura del teléfono móvil. La pantalla se activó al rozarla. Observó la imagen de fondo que insistía en iluminar la cocina en penumbra para distinguir sin duda el rostro del chico que el día anterior había visto en el expediente policial.

¿Qué hacía allí un teléfono con una imagen de la víctima como salvapantallas escondido entre los cacharros?

Se incorporó y sintió una opresión de angustia en la boca del estómago y la urgencia de largarse lo antes posible de aquella casa. La caja de viales que había encontrado en el baño y ahora ese móvil. Y si, después de todo, ¿Méndez tenía razón? ¿Por qué iba a esconder Roberto el teléfono de alguien que había muerto y no lo había entregado a la Policía si era inocente?

Deslizó el dedo índice por la imagen y la pantalla avisó del desbloqueo del aparato. Le extrañó que alguien mantuviera su móvil sin la seguridad de una contraseña, pero la curiosidad ganó la batalla y no pudo evitar abrir la aplicación de mensajes que le informaba que tenía varios sin leer. Avisos de llamadas perdidas de números que el propietario tenía registrados en su agenda, pero el que más le llamó la atención fue uno de los últimos. Uno que indicaba que Roberto le había llamado el sábado por la noche a las once y media.

—¿Alejandra?

Se giró con rapidez incorporándose todavía con el aparato en la mano y observó a Roberto mirarla desde el otro lado de la cocina. En aquel momento, lo del café ya no le pareció tan buena idea.

Capítulo 38

Miércoles, 27 de junio

—Han localizado el móvil.

El sonido del teléfono le sacó de un enjambre de pesadillas tan vívidas como lo había sido el recuerdo que las había provocado. El regusto amargo del tabaco y el *whisky* de la noche anterior se desplazó por su lengua hasta la garganta y carraspeó antes de contestar.

—¿Dónde?

Sonó ronco. Casi dormido todavía. Miró el reloj de la mesita de noche. Las siete y cuarto. Demasiado pronto para él.

—Lo han triangulado cerca de la casa de Brea, pero parece ser que se está moviendo. Me acaban de avisar.

—¿Has mandado a alguien?

Vidal chasqueó la lengua antes de contestar:

—No. Valdés va para la comisaría ya. Yo tardaré poco.

—Recógeme. Iremos directamente a casa del profesor a ver qué está pasando.

Cinco minutos más tarde y más despejado, ya esperaba a Vidal en el portal de su vivienda. Vio acercarse el coche por la calle desierta a esa hora y le hizo una seña para que se detuviera.

—Joder, Mario, no me ha dado tiempo ni a un café. ¿Qué sabes?

Vidal arrancó y enfiló dirección a la casa de Roberto Brea.

—Tienes mala pinta —le acusó el subinspector mirándole un par de veces.

Méndez se pasó la mano por el pelo mientras se hundía un poco más en el asiento.

—Anoche estuve trabajando hasta tarde. Estuve dándole vueltas a lo que Brea nos dijo en la comisaría, lo de que el hijo no era suyo. Me hizo pensar en la muerte de su mujer. En el accidente. Repasé el informe con detalle. Las declaraciones del chico, el lugar donde la

encontraron los de emergencias, la llamada, no entiendo por qué estaba en aquel camino ese día. Era casi de noche y estaba lloviendo. La tarde no acompañaba a dar un paseo por el campo y menos tan lejos de su casa. Y luego el chaval declaró que se dirigía a la frontera cuando se la llevó por delante, que no la vio por la lluvia. —Méndez se detuvo mientras las dudas de la noche anterior volvían a su mente —. No tiene sentido que tomara aquella ruta para ir hasta Portugal. Brea también declaró que no sabía de dónde venía su mujer. Cerraron el caso, le dieron carpetazo, Vidal, pero no se preocuparon de averiguar los motivos por los que se encontraban allí los dos aquella noche.

Recordó lo que Valdés había averiguado la noche anterior. El subinspector esperó a que estuviera listo para continuar. Había aprendido a interpretar los silencios de Méndez y aquel era de los que resonaban como el engranaje de una máquina perfecta. Encajando las piezas.

—Creo que aquí hay algo más que no sabemos y creo que tiene que ver con lo que nos confesó ayer Brea. Si el hijo no era suyo, debía ser de alguien del pueblo. Si venía o se dirigía a algún lado, si tenía un amante, un lío con alguien. Hay una propiedad lo suficientemente cerca como para pensar que pudiera ser el punto del que venía o al que iba. Una casa en medio de la nada. De esas que se usaban antes como almacenes.

—¿La de Jesús Lago?

Méndez dirigió su mirada hacia los últimos edificios que demarcaban el final del núcleo poblado de Os Torres. Más allá, solo la naturaleza.

—La vivienda está a nombre de su empresa.

Vidal acogió la respuesta con la misma incredulidad que la noche anterior. Miró a Méndez de reojo sin querer apartar a la vez la atención de la carretera.

—Y piensas que estaban liados.

El inspector alargó el brazo y señaló con el dedo el camino de tierra que nacía delante de ellos.

—No lo sé, pero mira.

Vidal giró con violencia el vehículo para hacerse a un lado. El

Volkswagen negro se abalanzó prácticamente sobre ellos a toda velocidad, derrapó para esquivarlos y continuó con su camino. Méndez le siguió con la mirada mientras Vidal maniobraba para evitar los árboles que surgían a ambos lados del camino.

—¡Joder!

La expresión del subinspector acompañó el movimiento de sus brazos sobre el volante.

—Vidal, es Alejandra Álvarez. La profesora.

—¿Qué profesora?

—¡Vamos, síguela! Debe venir de la casa de Brea.

El coche se quedó escorado y amagó un derrape sobre el borde del camino, pero Vidal encauzó la dirección con cierta astucia y experiencia, y enseguida el vehículo de Alejandra apareció delante de ellos.

—Pon la sirena —le ordenó Méndez.

El sonido rompió el reglado silencio y pronto observaron cómo la perseguida reducía la velocidad y se apartaba a un lado de la carretera, ocupando la totalidad del estrecho arcén. Fue Méndez el que se acercó notando un gesto de alivio en la cara de Alejandra al reconocerle.

—Señorita Álvarez, ¿no es demasiado temprano?

La escudriñó deteniéndose en la ropa que llevaba. Intuyó que no había dormido en su casa y su mente comenzó a funcionar a toda velocidad.

—Es demasiado tarde, inspector —resopló ella.

Alargó la mano sobre el asiento del copiloto, y Méndez desvió la vista hacia el objeto.

—Creo que puede llevar razón, que es posible que Brea matara al chico. Esto estaba en su casa, escondido en un mueble de la cocina.

Vidal se hizo una seña a la chica, que asintió con la cabeza de forma alegre y le pidió un minuto.

La cafetería estaba a la salida de Os Torres. Unos kilómetros antes

de la autovía en dirección hacia la frontera. Méndez había insistido en ir primero a desayunar. Necesitaba un café con la misma urgencia que respirar. Le había pedido a Alejandra que le dejara conducir y, durante el camino, seguidos del coche de Vidal, lo único que había comentado era que, aunque el sitio estaba apartado, era de los mejores para tomarse un pincho de tortilla y un café.

—Yo lo que quiero ahora es largarme a mi casa —había respondido Alejandra hundida en el asiento del copiloto.

El policía le había dirigido una mirada prácticamente de reojo para asegurarse de que era la misma persona que el día anterior le había desafiado en la comisaría. No había rastro de descaro en la voz. Solo cansancio y algo de decepción.

Otros tres cafés con leche en vaso llegaron con rapidez a la mesa. Cecilia, la camarera, señaló el de Vidal para asegurarle que ese era el descafeinado.

—¿Queréis algo más de comer? —La pregunta fue general, pero miró a Alejandra al hacerla. Solo había accedido a tomar un café y, ahora, un segundo.

—Gracias, Cecilia. Creo que con los cafés será suficiente. —El subinspector la siguió con la mirada mientras la joven asentía y volvía con rapidez detrás de la barra.

Era buena chica. Un par de años atrás la habían detenido por un hurto a una turista cerca de la zona de las calas. Una juventud demasiado corta y las responsabilidades que nacían de tener que alimentar a una criatura de apenas un año. El novio se había largado apenas unos meses antes para dejarla colgada con las deudas y el fatídico día a día que le habían empujado a una situación casi desesperada. Y Vidal se había erigido como su protector después de hacerla prometer, tras varios intentos, que aprovecharía la oportunidad si él le encontraba trabajo. El curro se lo había buscado mediante pedir que le devolvieran un par de favores que le debían de algunos años atrás y un contrato a prueba de un mes.

—Algo no cuadra. —Méndez sorbió el líquido con cuidado. No quería volver a soltar otra maldición después de quemarse como con el primero.

—¿Por qué? —Alejandra desvió la mirada desde el móvil, que descansaba sobre la mesa, hasta el rostro de Méndez.

—Porque hemos estado buscando este móvil desde que el chico apareció muerto y no hemos conseguido señal hasta hoy. Pusimos una alerta para que saltara en el momento en que quedara triangulado. No tiene sentido —explicó el subinspector.

—Lo tendría apagado —replicó Alejandra.

—¿Y por qué lo guardaría? ¿Por qué encenderlo hoy por la mañana? Tenemos gente rastreándolo casi veinticuatro horas. Anoche no dio señal y de repente, hoy, se enciende.

Alejandra pareció dudar ante el hecho que planteó Vidal. Estaba segura de que Brea no había salido de la habitación en toda la noche, aunque tampoco podía asegurarlo al cien por cien. Además, ella era la primera que había bajado a la cocina. Recordó cómo el brazo de Roberto descansaba sobre su cintura y el calor de su cuerpo pegado al suyo en la cama. A no ser que estuviera fingiendo, la primera que se había despertado había sido ella.

Se movió inquieta sobre la silla dura de madera y fijó los ojos en el vaso estrecho con una línea blanca que delimitaba la frontera entre el café y la leche. No tenía hambre, y el dolor de cabeza no había dejado de aumentar a medida que el reloj marcaba los minutos.

¿Y si se había equivocado con respecto a Roberto? No era la primera vez que depositaba la confianza en personas que no la merecían. Sujetó el vaso con la mano derecha ajena al calor del cristal y lo acercó a los labios para retirarlo casi instantáneamente de los labios. Era como si necesitara aquel dolor, el quemazón en la piel, en su tacto para sentirse despierta y no ausente de una situación en la que se había embarcado por voluntad propia.

«Pero el sexo ha estado muy bien», no pudo evitar contradecirse en silencio mientras volvían los recuerdos de la noche anterior. El cuerpo de Roberto junto al suyo, desnudos ambos, desproporcionados en las ganas, hambrientos de la boca, de las caricias del otro, del placer, del deseo, de ahuyentar la soledad, de una necesidad tan básica como era el comer, el respirar, el dormir. La extraña complicidad que había surgido entre ambos después de un primer y accidentado encuentro en su tienda.

«No es un asesino. No puede serlo».

Quiso creerlo, memorizarlo como un mantra. Repetirlo en voz alta delante de aquellos dos policías. Se sintió sucia. No por la ropa, sino por haber salido corriendo, por huir sin escuchar las razones, los

motivos. Por haber soltado la acusación tan gratuitamente sin ofrecer el derecho de la réplica cuando la noche anterior había sido ella la que había insistido en rebuscar en los recuerdos del pasado.

Había escondido el móvil detrás de su cuerpo mientras él la miraba extrañado desde el salón y había titubeado algo de que tenía que marcharse. Se había excusado con rapidez para recoger sus cosas y largarse por la puerta sin darle tiempo a reaccionar.

El café rozó de nuevo sus labios. Escuchó la voz profunda de Méndez conjeturar mientras Vidal exponía las razones contrarias. ¿Qué mierda estaba haciendo ella allí?

Debería haberse quedado con Roberto. Haberle pedido explicaciones sobre el móvil. Confesarle que había encontrado el medicamento en el baño y tomar una decisión racional de cuál debía ser el siguiente paso.

—Alguien pudo entrar. Ponerlo ahí —les explicó en pocas palabras que estaba prácticamente segura de que la tarde anterior habían entrado en la casa que tenía alquilada—. Habían movido el portátil y los libros sobre la mesa del salón.

Méndez frunció el ceño y la observó. Ella intuyó la pregunta y se adelantó a responder antes de que las palabras tocaran el aire.

—Lo sé porque soy demasiado ordenada para algunas cosas. Tengo ciertas manías. Costumbres —carraspeó intentando justificarse.

¿Qué hacían ahora? Alejandra dio voz de nuevo a la idea de irse de Os Torres, pero Méndez la rebatió casi al instante excusándose en que debía prestar declaración.

—El teléfono es una prueba. Inculpe o no a Brea, hay que hacerlo oficial.

—Hay demasiados cabos sueltos. —Vidal se levantó de la silla mientras echaba un vistazo al reloj. Levantó la mirada y dejó que vagara por los vehículos aparcados frente a la cafetería. Se fijó en el último en llegar y en el conductor cuando abandonó el coche. Achinó los ojos para distinguir la silueta a contraluz y advertir que era el propio Brea el que se dirigía decidido hacia la cafetería.

—Viene hacia aquí —soltó de golpe.

Méndez levantó la vista extrañado hacia su compañero sin saber a

qué se refería y dirigirla, posteriormente, hacia la puerta de la cafetería. Alejandra, situada de espaldas, se giró sobre el respaldo de la silla y mudó a un gesto de sorpresa e incredulidad.

Hay situaciones que parecen dilatarse en el tiempo. Momentos extraños que, a pesar de ser reales y físicos, por algún motivo nuestra mente los aleja de la percepción ordinaria, atribuyéndoles algo de fantástico. La imagen de Roberto entrando en la cafetería, deteniéndose junto a la puerta al tiempo que escudriñaba el interior, fue uno de esos. Un momento que Alejandra imaginó literalmente en su mente a pesar de la disrupción en los pensamientos, ya alterados en aquel instante.

Si dudó, no lo demostró. Los identificó y se acercó hasta donde estaban con paso decidido. Ella le observó, quizá con un poco de envidia, al verle vestir ropa limpia. Distinta a la que había llevado la noche anterior. Otros vaqueros y un polo en color blanco. La sensación de suciedad, no solo física, se incrementó de forma equitativa a las pasos que los separaban.

—Señor Brea, no le esperábamos.

Fue Méndez el que tomó el control de la situación con aquel saludo tan poco espontáneo como irónico. La batalla de egos se hizo protagonista entre ambos. Una chispa grisácea de rabia en los ojos de Roberto contra el desafío cetrino de Méndez. Algo a lo que puso fin la voz de Alejandra.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Saliste corriendo —quiso añadir algo más, pero la presencia de los dos hombres observándole, inquisitivos en el silencio que desprendían sus gestos, le hizo desistir de continuar.

—Tenías el móvil del muerto en la cocina y lo otro en el baño.

—¿Lo otro? ¿Qué es lo otro? —Méndez interrumpió.

Alejandra se volvió hacia él con el rostro sonrojado. Aquella situación le resultaba tan incómoda como frustrante.

—Los viales o más bien el único que queda. Buscapina o algo así. Lo mismo que tenía su cadáver, inspector. —Se giró de nuevo hacia Roberto, que escuchaba incrédulo la confesión de Alejandra—. ¿O vas a negarlo?

—¿Señor Brea? —Méndez inclinó levemente la cabeza como gesto inconsciente preparándose para una respuesta que llevaba esperando desde el mismo momento en que Carlos Fernández Puerto había aparecido flotando la mañana del domingo.

Capítulo 39

Miércoles, 27 de junio

—El chaval se presentó aquella mañana en la tienda. Ni siquiera había sido consciente de que me esperaba en la esquina. Oculto a la salida del callejón y con la gorra que llevaba, no me percaté. Hice lo que siempre hago. La costumbre es la mejor amiga de la cordura.

Unos días antes había recibido la llamada del abogado que había llevado la acusación en el caso de Paola. Al principio, no había reconocido el nombre. Hay recuerdos que preferimos dejar dormidos. Despertarlos puede ser letal para la soledad. Se extrañó. Apenas fue capaz de pronunciar alguna frase suelta y varios monosílabos.

—Te llamo para informarte que el chico ha salido. En este tipo de situaciones, es frecuente que vuelvan a su casa. Intenta no perder la calma si te lo encuentras —le había aconsejado.

Sumergió de nuevo la mirada en el vacío frente a él escoltado por el silencio de las tres personas que permanecían atentas a su confesión.

—Me asaltó por detrás. Me cogió por el brazo y dijo que necesitaba hablar conmigo. Que sentía lo que había pasado, pero que tenía que contarme algo importante.

—¿Qué era? —Méndez lanzó la pregunta casi como un susurro.

Pero Roberto movió la cabeza negando.

—No lo sé. Lo despaché de allí. Me deshice de él y le dije que se largara. Que no quería saber nada, que no me volviera a buscar. No quería hablar con él. Ya había pagado su condena. Yo seguía pagando la mía. Intuía los problemas que me podría causar.

—Fue cuando los vieron discutir en la puerta de la tienda —apuntilló Vidal.

Brea asintió sin perder de vista el vacío. Recordando la expresión en la cara de Carlos Fernández Puerto. La mirada, mezcla de miedo y nerviosismo. Una mirada de una profunda vejez. De desesperada e ilusoria búsqueda por volver a lo que había perdido.

—Sí.

—Eso sucedió un par de días antes de que el chico muriera.

—El jueves —aclaró Roberto volviendo los ojos a Méndez.

Rápidamente los desvió hacia Alejandra. Ajena, como testigo estático de una narrativa que no iba con ella. Pudo leer incredulidad, miedo y tristeza en su mirada y aquello le removió como si todas las opciones las hubiera apostado a un rojo perdedor en la ruleta de la vida.

—Pero no paró. Al día siguiente volvió de nuevo por la mañana. A la misma hora. Insistió en la necesidad de hablar conmigo. Me dijo que era cuestión de vida o muerte. Yo no quería que nos vieran juntos. Se hubiera corrido la voz y tampoco me fiaba de él —continuó Brea—. Pero no pude negarme. Estaba demasiado alterado. Nervioso. Me suplicó vernos y le dije que me lo pensaría. Me pidió que apuntara su número y que le llamara. Que no le quedaba mucho tiempo.

—¿Por qué no le quedaba mucho tiempo? ¿Qué era lo que quería contarle? —insistió Méndez.

Recordaba aquella mañana. Viernes, 22 de junio. Había aparcado el coche en un hueco libre que había encontrado a unos diez metros de la puerta de la tienda. Había pasado primero a por un café. El bar despedía el olor de los que ya se habían marchado dejando parte del tiempo suspendido entre la barra de madera y las mesas. Y aquella mañana el café le había sabido demasiado áspero, recio, duro, el líquido negro bajo la espiral blanca de espuma que se había formado al removerlo mientras su cabeza seguía en el pasado.

—No lo sé. Lo único que dijo fue que lo de aquella noche no había sido un accidente. Que había alguien más allí.

Recorrió con su mirada los rostros expectantes de los tres antes de terminar el café que poco antes Cecilia le había servido. El sabor amargo se mezcló con el recuerdo y las palabras que acababa de confesar, pero apenas lo notó.

Habló de nuevo, como si nadie le estuviera escuchando.

—Que no había sido un accidente. Eso lo repitió varias veces.

Al minuto de silencio, se unieron dos de preguntas sin respuesta. Vidal y Méndez quisieron saber más a lo que Roberto contestó con un gesto negativo de cabeza mientras insistía en que no le había contado nada concreto. Alejandra fue la única que permaneció en silencio.

Como observadora imparcial, vestida de incertidumbre y dudas.

—Si no fue un accidente, si lo que le sucedió a tu mujer fue provocado por alguien, ese alguien tiene todas las papeletas para ser el culpable de la muerte del chaval. —Exhaló el humo del cigarrillo y observó un coche pasar a toda velocidad.

—Siento no habértelo contado.

Alejandra pasó el peso de un pie al otro dudando. Obvió las últimas cuatro palabras que había pronunciado Roberto y volvió su vista hacia Méndez, que hablaba por teléfono mientras Vidal permanecía atento a la conversación de su jefe.

—Siento haber rebuscado en la cocina —se disculpó ella.

Le miró avergonzada.

—Si no lo hubieras hecho, no habrías encontrado el teléfono. Los viales, en cambio, sí eran de ella. Había sufrido de cólicos, y el médico se los había recetado. Imagino que estarán caducados. No pensé en tirarlos cuando guardé lo demás.

Desvió incómoda la mirada del gris profundo de la de Roberto para pasearla por la tierra del aparcamiento.

—Solo quería preparar un café. Buscaba la cafetera —reconoció volviendo a buscar sus ojos—. Debería habértelo dicho. No sé por qué salí corriendo. Lo siento.

Un pequeño temblor en la voz acompañó las últimas palabras e hizo un esfuerzo para no echarse prácticamente a llorar delante de él.

Brea se acercó a ella y deslizó la mano por su brazo. Sintió erizarse la piel al contacto de sus dedos y bajó hasta encontrar la suya. Quiso decirle algo sobre la noche anterior, que no tenía importancia, que lo entendía. Que aquello no podía interponerse entre los dos con la fuerza suficiente como para separarlos. Le habría gustado confesar que, después de todo, solo pensaba en volver a repetirlo con la misma necesidad que había nacido de aquel momento improvisado. Que había sentido miedo al verla salir corriendo de su casa, pero Méndez le interrumpió, adelantándose a sus intenciones:

—¡Señor Brea! —gritó—. ¡Nos vamos!

Se acercó hasta ellos seguido por Vidal, que había guardado el

móvil en una bolsa para pruebas.

—En comisaría le tomaremos declaración de todo lo que nos ha contado. He pedido una orden a la jueza Ayala para registrar su casa.

—¿Qué va a pasar? —preguntó Alejandra notando como la mano de Roberto abandonaba la seguridad de la suya.

—Tenemos más preguntas que respuestas. Necesitamos examinar el móvil. Esto cada vez tiene menos sentido.

Brea se separó de Alejandra y miró a Méndez.

—Nada de esto tiene sentido, inspector.

Tardó un poco más en buscar refugio en su vehículo mientras con la vista perdía el coche de Vidal. Méndez y Roberto le seguían en el vehículo de este último hacia la comisaría. Había prometido pasarse en un par de horas para prestar declaración sobre el móvil de la víctima y las circunstancias en las que lo había encontrado. Suspiró apoyándose sobre su coche mientras la opción de marcharse de allí en cuanto lo hubiera hecho volvía a su mente, sabiendo que solo era otra mentira más porque ahora no sería capaz de abandonarle.

No había libro, ni siquiera un proyecto que presentar a sus editores en Madrid. Solo la angustiosa sensación de encontrarse en medio de algo que había arrasado con todo. La sensación de derrota volvió como protagonista no invitada a aquella fiesta y contuvo, por enésima vez en lo que iba de mañana, las ganas de echarse a llorar. Se apoyó sobre el techo del Volkswagen como si fuera un puerto donde aferrarse con su último aliento.

—Deberías haber comido algo. Tienes mala cara.

La voz rompió el insólito momento de sinceridad que estaba a punto de sufrir. Se giró hacia la entrada de la cafetería. Cecilia, como la había llamado Vidal, la observaba desde el mismo murete en el que ella se había apoyado unos minutos antes. La miró mientras el cigarrillo viajaba hacia la pequeña boca cubierta por un poco de brillo de labios.

—Os he observado. A ti y a los polis. Y luego a ese tipo. El que tiene la tienda cerca del paseo marítimo. El de las antigüedades y los libros. El que dicen que es sospechoso de haber matado al chaval del faro.

Se detuvo un instante para disfrutar de la siguiente calada al cigarrillo mientras sus ojos curiosos exploraban a Alejandra sin discreción.

—¿Sabes que su mujer venía a veces por aquí? Se sentaba en la última mesa y pedía un té verde. Con azúcar. Hacía algo de tiempo y luego se lo tomaba deprisa. Miraba el móvil continuamente y salía disparada hacia la calle. Sobre todo, los martes y viernes a eso de las cinco.

—¿Martes y viernes? ¿Por qué martes y viernes? —Alejandra grabó en la memoria la información que la chica le estaba regalando.

—No sé. —Se encogió de hombros y terminó el pitillo—. También venía otros días. Tengo que volver.

—¡Espera! ¿Sabes si quedaba con alguien? ¿Venía sola? —Aquello arrojaba más preguntas sobre Paola.

La camarera se encogió de hombros para negar con la cabeza.

—No. Yo siempre la vi sola. No recuerdo que nunca estuviera acompañada, pero siempre parecía esperar por alguien —se detuvo apenas un instante para recordar—. Ya sabes, ¿no? Como quien mira el móvil esperando y, de repente, se largaba con prisa.

Capítulo 40

Miércoles, 27 de junio

Volver a la casa se le hizo extraño. Tuvo la sensación de que tenía que conquistar de nuevo el espacio que nunca le había pertenecido y que, por alguna rara razón, sentía que el día anterior había sido violado sin ninguna consideración.

Pensó en ducharse y descansar un rato antes de presentarse en comisaría y prestar declaración, pero cierta inquietud, un desasosiego feroz le recorría la voluntad pensando en Roberto. No podía evitar sentirse culpable. Hubiera dado cualquier cosa por no haber descubierto ni el teléfono, ni el medicamento en el armario del cuarto de baño. No dejaba de imaginar que, de no haber sido así, ahora estaría disfrutando de un desayuno completo en la cama.

El agua caliente se mezcló con las preguntas que se habían ido formando en su cabeza poco a poco. Si, como había dicho, el chaval le había confesado que aquella noche Paola no estaba sola y que había alguien más, el accidente pudo ser provocado. Y el chico, una cabeza de turco. Alguien a quien cargarle el marrón para quitársela de en medio. ¿El supuesto padre del hijo que esperaba? ¿Alguien con interés en que aquello no saliera a la luz? ¿Qué sentido tenía entonces que Roberto tuviera el móvil escondido en la cocina? ¿Y el medicamento? Le había dicho que era de Paola. No había comprobado la fecha de caducidad de la caja. No debería tener motivos para dudar de él.

Se dejó caer sobre la cama, aún envuelta en la toalla de baño, mientras el despropósito de intentar comprender lo que estaba sucediendo se mezclaba con el cansancio y las dudas.

Le despertó el móvil que vibraba con fuerza sobre la cama casi pegado a su oreja. Apenas vislumbró el emisor de la llamada para que prácticamente se despejara de golpe.

—Hola, papá. —Se incorporó con rapidez como si el arquitecto tuviera algún tipo de poder y pudiera verla para reprocharle que estuviera durmiendo a esas horas. Se dirigió hacia la maleta para buscar algo de ropa mientras oía la voz grave al otro lado.

—Estaba preocupado. No sabía nada de ti desde el lunes y quería saber qué tal iba todo —le escuchó al otro lado.

Se quedó a medio camino, sujetando el teléfono contra el hombro

derecho mientras acertaba a introducir la pierna en los vaqueros. Quiso decirle, reprocharle más bien, que el lunes había sido anteayer y que tampoco era extraño que no le llamara. Su relación nunca había sido de las de contacto diario. Nunca lo habían hablado, pero se conocían lo suficientemente bien para saber que ambos guardaban con excesivo celo su propia soledad. Podían estar días sin saber el uno del otro, pero aquello le sonó extraño. Cierta preocupación velada en la voz de Juan Álvarez de Mendoza a la que quiso quitarle importancia.

—Estoy bien. He estado visitando algunos lugares por aquí para familiarizarme. Excavaciones —aclaró mientras carraspeaba al pensar lo que realmente había estado haciendo.

Se acercó a la ventana mientras escuchaba cómo él le resumía brevemente el calor que hacía en la capital y que había pensado tomarse unos días libres para descansar. Acompañó la idea con algunos monosílabos y frases cortas mientras su interés volaba de nuevo hacia lo que había sucedido esa mañana. Se le había hecho tarde. Le había prometido a Méndez pasar por la comisaría antes de comer. Estuvo tentada de confesarle a su padre en ese instante todo lo que había sucedido. Lo que había pasado desde que había llegado a Os Torres, pero algo la detuvo en el último momento.

Su vista siguió la figura que se deslizaba entre los árboles en dirección a la parte de atrás de la casa.

—Empecemos por el principio, señor Brea. —Méndez se sentó delante del interrogado y observó cómo Vidal hacía lo propio mientras abría la libreta de notas por una página en blanco—. Cuéntenos qué sucedió con Carlos Fernández. ¿Qué había pasado?

Se recostó sobre el respaldo de la silla y cruzó los brazos mientras intentaba volver al momento en el que había oído el nombre de aquel chaval por primera vez.

El día del entierro de Paola. Una llamada de teléfono. Avisándole de que el culpable del atropello había sido detenido. Un nombre y unos apellidos tan ajenos como extraños. Imprecisos. Se colaron por su cerebro para martillear los recuerdos. Para quedar anclados en la memoria como una cicatriz perpetua. El abismo entre lo anónimo y lo nombrado.

—Hace un par de semanas recibí la llamada del abogado que había llevado el caso de Paola. Me dijo que el chaval había salido.

Méndez apuntó mentalmente que Brea había evitado referirse a su

mujer como tal. En su lugar había usado su nombre de pila.

—No le di importancia. Ya daba igual. —Brea desvió la mirada hacia la mesa y deslizó los ojos barriendo un vacío que solo él podía descifrar—. La muerte es irreversible. No tiene sentido volver al pasado, a recordar. Lo obvié. Lo hice hasta el día en el que el chaval se presentó en la puerta de la tienda y me dijo quién era. Que necesitaba hablar conmigo. Contarme algo importante sobre el accidente.

Se detuvo como si tuviera que rebuscar de nuevo entre los recuerdos de aquel día algo que ya había olvidado.

—¿Qué le dijo exactamente?

Roberto negó con la cabeza.

—No sé. Estaba nervioso. Me cogió del brazo. Me dijo que era importante. Que tenía que hablar conmigo de aquello. Que todo había sido un error. Le dije que se largara, que me dejara en paz. No quería hablar con él, ni volver a recordar lo sucedido. Ese día era jueves. Terminé echándole de allí. Nos vieron algunos vecinos que pasaban. Fue bastante incómodo.

—Pero el chaval volvió, ¿no? —Vidal miró sus notas mientras lanzaba la pregunta. Lo había confesado en la cafetería.

Brea asintió con la cabeza y la resignación de saber que la verdad, tarde o temprano, tiende a desbordar los silencios se materializó en un suspiro.

—Sí. Al día siguiente. Me esperó fuera mientras tomaba un café antes de abrir la tienda. Volvió a insistirme en medio de la calle. Le dije que me lo pensaría por quitármelo de encima. Me dio su número de teléfono y se largó.

—¿Fue cuando le confesó que no tenía tiempo? —Méndez había estado atento y recordaba que había comentado algo al respecto.

—Sí. Estaba nervioso, incluso preocupado. Decía que necesitaba contar la verdad.

—¿Y se la contó? —quiso saber el inspector.

—¿Qué es la verdad, inspector? —Los ojos grisáceos de Brea buscaron la respuesta en la inquisitiva mirada de Méndez—. La verdad

no deja de ser la propia apreciación subjetiva de los hechos que creemos conocer, pero de los que solo tenemos una visión tan parcial como lo es nuestra limitada conciencia. Quién sabe qué es la verdad.

Capítulo 41

Miércoles, 27 de junio

De nuevo fue el teléfono el que rompió la cadena de pensamientos que cruzaron por su mente mientras insistía en buscar a la figura que había desaparecido entre los árboles. Se obligó a apartar la vista del exterior para coger el móvil después de dudar al ver un número fijo. Desconocido pero insistente.

—Alejandra —la voz de Roberto resonó al otro lado del auricular. Demasiado grave, demasiado tensa. Impaciente porque ella contestara al otro lado con la rapidez que exigía—. Necesito ese abogado.

—Inspector Méndez, no esperaba de nuevo verle por aquí.

Jesús Lago le invitó a ocupar el mismo asiento de la primera vez que había pisado el despacho impoluto y aséptico. Esperó a que el policía se acomodara para recostarse con la seguridad que le ofrecía sentirse protegido tras las paredes de su negocio familiar. Un lugar donde nadie cuestionaba su autoridad.

—Le agradezco que me haya recibido sin cita, señor Lago, pero, a la vista de los recientes acontecimientos, necesitaba aclarar con usted ciertos aspectos que han ido surgiendo en la investigación sobre la muerte de Carlos Fernández.

Un gesto. Un movimiento imperceptible, inconsciente del rostro del empresario. La dureza de unas facciones bajo una capa de imagen atractiva y de éxito, se dejó entrever al escuchar aquella frase. El conocimiento de quien está frente a un adversario a su altura.

—Comprendo. Aunque me sorprende, inspector. He oído que tienen ya a alguien detenido.

Méndez disimuló un gesto relajado sobre la silla y asintió con la cabeza. Cruzó una pierna sobre la otra y se recostó con laxitud queriendo quitar importancia a aquella visita.

—Estamos llegando al final de la investigación, pero han surgido algunas preguntas con respecto a la muerte de Paola Martín y necesitamos confirmar cierta información que hemos obtenido revisando el caso, señor Lago. Usted y ella mantenían una relación, ¿verdad? Eran, lo que se dice, amantes.

Las manos de Lago abandonaron la postura relajada que mantenían sobre la mesa y se deslizaron bajo el escritorio de madera mientras el dueño de estas fruncía el ceño y no disimulaba la molestia que le producía aquella afirmación tan descarada por parte del policía.

—No sé de dónde han sacado esa idea, inspector. Es ridícula.

Escupió las palabras con desagrado mientras se incorporaba y abandonaba la comodidad del sillón. Méndez sacó una pequeña libreta de cuero del bolsillo interior de su chaqueta mientras el empresario le daba la espalda y se acercaba hasta la ventana.

—Según lo que hemos comprobado de la noche en la que Paola Martín fue atropellada, su cuerpo fue encontrado por los servicios de emergencias en un camino forestal poco frecuentado. Apenas a un kilómetro de una vivienda que, según aparece en los archivos del registro, está a su nombre o, mejor dicho, al de su empresa. Una casa, señor Lago, que recibió en herencia y que sus hermanas le cedieron porque no querían ocuparse de ella. En un estado casi ruinoso, usted se encargó de restaurarla. Hacerla habitable de nuevo.

Jesús Lago permaneció impasible mientras su mirada se perdía entre la frontera de su reino y el resto del mundo.

—Además, según consta en el informe del forense, Paola Martín estaba embarazada cuando murió.

—Eso no prueba nada, inspector —Lago se enfrentó al policía—. Son simples conjeturas. ¿Qué tiene que ver la casa en todo esto? Esa vivienda, como bien ha señalado, estaba en un estado lamentable. Mis hermanas no tenían intención de ocuparse de ella y para mí era un lugar que guardaba muchos buenos recuerdos. Pero el que Paola Martín estuviera cerca de mi propiedad no significa que viniera de allí. Además, ¿qué tiene que ver que estuviera embarazada? ¿Por qué piensan que ella y yo estábamos juntos?

Se movió por el amplio despacho para quedar frente a Méndez.

—Ustedes se conocían desde hacía años —el policía mantuvo la actitud impasible.

—Aquí casi todo el mundo se conoce. Paola y yo éramos amigos desde la infancia.

—¿Sabía que ella estaba embarazada? ¿Se lo había dicho? ¿Pensaba que era suyo?

—No entiendo por qué insiste en eso. —Desvió la atención a su reloj de pulsera para indicarle que el tiempo que le había concedido ya había expirado—. Es una acusación muy grave, inspector Méndez.

—Hay testigos que afirman haberlos visto juntos en esa casa, señor Lago. Hemos comprobado, además, las fechas. Estaba embarazada de seis semanas según la autopsia.

—Estaba casada. Deberían preguntarle a su marido, ¿no cree?

Méndez se levantó de la silla y se abrochó el botón de la chaqueta mientras observaba con cierta calma al empresario. El atractivo natural que lucía se había vuelto más opaco bajo la capa de inquietud y malestar que aquella conversación le estaba generando.

—Sí, pero las fechas no coinciden. Hemos comprobado que, cuando previsiblemente Paola Martín se quedó embarazada, su marido, como usted bien ha señalado, no se encontraba en Os Torres. Estuvo ausente más de tres semanas por una cuestión profesional.

—Aun así, no tiene nada que ver conmigo.

Méndez hizo un gesto afirmativo con la cabeza y levantó la vista buscando la duda en los ojos de su interlocutor. Decidió abandonar la cordialidad con la que había disfrazado la visita al empresario.

—Señor Lago, no se equivoque. Tiene mucho que ver con usted. Creemos que el asesinato de Carlos Fernández Puerto tiene una estrecha relación con lo que le sucedió a Paola Martín aquella noche.

Se dirigió hacia la puerta de salida mientras el silencio a su espalda le confirmaba las sospechas que ya arrastraba desde que había hablado con Brea en comisaría.

—Supe que no era hijo mío en el momento en que me confirmaron que estaba embarazada cuando falleció. Dijeron que aproximadamente de seis semanas y luego lo comprobé en el informe del forense. Paola y yo hacía tiempo que no manteníamos relaciones sexuales —se detuvo antes de continuar. Recordar aquellos días era demasiado doloroso aún—. Ese mes de septiembre estuve invitado en un congreso sobre prehistoria en Suiza, en la Universidad de Neuchâtel. Duró de lunes a viernes. Fue una excepción porque no suelo acudir ya a ese tipo de eventos, pero algunos antiguos colegas iban a ir y realmente me apetecía. Era una forma de salir de aquí. Olvidarme de lo que estaba sucediendo en casa. Volver a lo que había sido mi vida en cierto modo. Así que acepté la invitación casi

inmediatamente.

—¿Sospechaba que su mujer se veía con alguien? —fue Vidal quien lanzó la pregunta.

Brea se limitó a asentir en silencio recordando aquellos pensamientos inconclusos que solían atormentarle cuando llegaba a casa y Paola no estaba.

—Desde hacía tiempo. Casi al poco de llegar aquí. Al principio solo eran reuniones con antiguos amigos del colegio. Amistades de la infancia. Un café, un paseo. Dar una vuelta. Pero, poco a poco, empecé a pensar que había algo más. Su actitud cambió. Sus salidas se hicieron más frecuentes. Las explicaciones vagas e incluso inexistentes. A veces, creía que quería que yo lo descubriera. Admitirlo si salía de mi boca.

—¿Y alguna vez se lo preguntó?

—No. Por eso, quizás, también acepté hacer aquel viaje —Roberto se refirió de nuevo a su ausencia durante las fechas en las que Paola Martín se quedó embarazada—. Supuso un alivio, no lo voy a negar. Volver a otras costumbres, otras personas. Olvidarme de lo que estaba pasando. El congreso duró hasta el viernes, pero yo no volví a casa. Me propuse alargar un par de días más la estancia allí y terminé posponiendo la vuelta casi dos semanas. Pueden comprobarlo en el hotel donde me quedé.

—¿Por qué hizo eso, señor Brea? —Méndez quiso conocer las razones de aquel cambio de planes.

—Un par de amigos me sugirieron quedarme unos días más. Querían mi opinión sobre una investigación que tenían en marcha y que se había demorado demasiado. Así que acepté. Recuerdo que la llamé y me pareció que incluso se alegraba. Eso me hizo confirmar lo que ya imaginaba.

Valdés apenas había tardado veinte minutos en verificar la historia de Brea. Tanto en la universidad como en el hotel donde se había alojado confirmaron la asistencia del profesor. Pero había un lapso de casi cinco días que no cuadraba con las fechas. Méndez le había preguntado, y Roberto Brea había reconocido que no había vuelto directamente a su casa.

—Estuve unos días en casa de un viejo amigo. Cerca de Gijón —reconoció.

—¿Por qué?

—Porque en el fondo no quería volver. Quería alargar aquella ausencia todo lo que pudiera.

—¿Puede darnos el nombre de su amigo para confirmar la información, señor Brea? —había insistido Vidal ante la confesión.

Méndez se volvió antes de abandonar el despacho y escudriñó con superioridad al empresario.

—Pronto lo sabremos, señor Lago. Hemos solicitado realizar de nuevo algunas pruebas a los restos de Paola Martín y de su hijo nonato. Pero estamos seguros, por la información de la que disponemos, que el marido de la víctima no es el padre de ese niño. Al igual que sospechamos que la muerte de Paola Martín no fue tan accidental como nos han hecho pensar durante todo este tiempo.

Su anfitrión absorbió en silencio la declaración del policía, y Méndez supo que había tocado donde quería.

—¿A qué se refiere con no tan accidental, inspector?

Méndez dejó que la pregunta quedara sin respuesta.

—Gracias por su tiempo, señor Lago. No se preocupé. Le mantendremos informado si tenemos novedades.

Capítulo 42

Miércoles, 27 de junio

Alejandra dudó cuando vio la casa de Roberto unos metros delante de ella mientras tomaba la pequeña curva del estrecho camino. Una patrulla de policía se había apostado en el porche delantero, imaginó que a la espera de la orden judicial para registral la vivienda, e intuyó que no le permitirían pasar.

No hacía ni cinco horas que había salido de allí con el teléfono de la víctima en el asiento de al lado para terminar en la cafetería junto a él, Méndez y el otro policía intentando comprender qué era lo que estaba sucediendo. Todo se había descontrolado. Incluso, a pesar de las explicaciones de Roberto, una parte de ella seguía teniendo dudas acerca de su culpabilidad en la muerte del chaval. Luego él le había llamado. Le había dicho que avisara al abogado y después había sido el inspector Méndez el que había ocupado la línea.

«No hace falta que venga a comisaría».

Aparcó a unos metros de la entrada y aguardó unos instantes antes de salir. Ni siquiera estaba segura de lo que estaba haciendo, pero Méndez había insistido en verla allí. No le había dado razones, simplemente le había pedido que se diera prisa.

—¡Vamos, señorita Álvarez!

Le sobresaltó el golpe en el cristal de los nudillos y recogió su bolso para unirse a Méndez en el exterior.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó mientras le seguía hacia la vivienda.

—Buscar respuestas. —Se detuvo junto a la puerta y miró hacia el camino.

—¿Tiene orden judicial para entrar? —preguntó mientras desconfiaba de los motivos del inspector por un momento.

Le escuchó bufar y volverse hacia ella para mirarla con cierto reproche.

—Es una listilla, ¿verdad? De las que le encanta sacar a la gente de quicio. —Quiso responderle, pero no le dejó—. No. Por eso estamos

esperándole.

El coche de Brea se acercó para detenerse junto al de Alejandra. Vio como el otro policía y Roberto se bajaban y se dirigían hacia ellos.

—No me joda, inspector. Parecemos D'Artagnan y los tres mosqueteros. No sé qué pretende Méndez.

—Necesitamos aclarar algunos puntos sobre la muerte de Paola Martín. Creemos que está relacionado con la de Carlos Fernández Puerto. Y, por ahora, Brea es el único que nos puede ayudar a entender qué le pasó a su mujer y necesitamos que también esté usted.

—¿Me toma el pelo? ¿Y qué hacen ellos aquí? —preguntó mientras observaba las dos patrullas de policía que se habían apostado en la puerta.

—Si es verdad lo que nos ha dicho, no podemos arriesgarnos a que alguien entre de nuevo en la casa.

—¿Le cree entonces?

Méndez se encogió de hombros e hizo una seña a Vidal para que se dieran prisa.

—Lo único que sé es que ayer el móvil no daba señal. Hemos intentado localizarlo desde que el chico apareció muerto y esta mañana, de repente, se enciende. No tiene sentido. Usted misma piensa que Brea no ha tenido nada que ver con ello. ¿O me equivoco?

No replicó porque el aludido y Vidal llegaron a su altura, y los cuatro se dirigieron hacia el interior de la vivienda en silencio. Se quedó rezagada, dudando si aquello tenía alguna razón de ser, antes de penetrar tras ellos y detenerse en la entrada.

Fue Méndez el que la sacó de sus pensamientos pidiéndole que les mostrara dónde había encontrado el teléfono.

—Estaba buscando la cafetera —señaló el armario de cocina culpable—. Lo encontré ahí. Entre los cacharros.

Se sintió desnuda delante de aquellos hombres. Dando explicaciones sobre lo que estaba haciendo tan temprano esa mañana en casa de Roberto. Pensó que ellos ya habían especulado sobre lo que había sucedido. Quiso levantar la mirada para buscar la de Brea, pero no lo hizo. Permaneció fija, observando la cocina, notando como su

vergüenza ascendía incontrolable desde la boca del estómago hasta las mejillas.

Vidal se agachó y examinó el interior con la linterna.

—No hay nada más.

—¿Qué esperaba encontrar?

Fue Roberto el que inquirió al subinspector.

—Por ahora lo trataremos como allanamiento, pero no podemos descartar ninguna hipótesis, señor Brea. Venga, veamos esas cajas.

El Sueco observó el espacio indefinido entre el final de la mesa y el comienzo de sus pies. Le pareció tan inmenso como la superficie del mar cuando la espiaba sin más intención que la de preguntarse si su vida no hubiera sido diferente en el caso de que las decisiones que había tomado hubieran variado, aunque fuera de forma casi imperceptible en el hecho de asumir o aceptar cierto papel que ahora empezaba a valorar como equivocado. Al igual que le había pasado unos días atrás.

—¡Sueco! —la voz salió del almacén, y Manuel Peña, el Sueco, como le conocían, se giró entrecerrando los ojos para distinguir al que le había llamado.

El Maño se acercó hasta él mientras guardaba el móvil en el bolsillo de su vaquero. El otro, al que llamaban el Portugués, se quedó más rezagado. Sabía que le tenía cierto respeto imbuido de un temor irracional que provenía de la fama que él mismo se había preocupado de alimentar. Implacable.

—Era el Carlos —aclaró mientras sacaba un cigarrillo y se lo colocaba entre los labios finos—. Ha vuelto. Dice que busca curro.

El Sueco asimiló la noticia en silencio.

—He quedado esta noche con él para vernos. —Encendió el pitillo y de reojo lanzó una mirada rápida al Portugués, que permanecía detrás de él.

—Así que ya ha salido y ha decidido volver a casa.

El Sueco levantó la vista y la deslizó por los cristales de la primera planta de la fábrica de conservas. Pensó que, tarde o

temprano, el destino ponía a cada uno en su lugar.

Escuchó a su jefe preguntar al teléfono y recibir respuestas que no hicieron que su humor mejorara. Y es que, desde que había recibido la visita de aquel inspector esa misma mañana, Jesús Lago no había tenido tiempo para dedicarse a otra cosa que no fuera aquel asunto.

—¡Joder, Manuel!

Mal apaño eso de que le llamara por su nombre de pila. El golpe sobre la mesa con el puño confirmó lo que ya intuía. Su humor iba empeorando según avanzaba la mañana y, si de algo estaba seguro, era de que no le gustaba ver a aquel hombre enfadado. Ya había sido testigo de lo que podía suceder si Lago perdía los papeles. No le apetecía tener que padecerlo.

—¡Te dije que no quería problemas con lo del chaval y hoy ha vuelto el policía ese a preguntarme!

Se movió inquieto alejándose del escritorio. Dos pasos largos que le llevaron hasta la ventana para volver inmediatamente a ocupar el espacio que acababa de abandonar.

—Saben lo de Paola. Van a empezar a tirar de la manta. ¡Joder! Creen que no fue un accidente. —Se acercó hasta quedar pegado a él.

—Jefe, no tienen nada. Lo dicen para ver si pueden conseguir algo.

—¡No me jodas, Manuel! —Jesús Lago apuntó con su índice largo y delgado al Sueco, que inconscientemente dio un paso atrás para apartarse de la amenaza invisible que le suponía aquel gesto—. Te dije que te encargaras de todo. ¿Qué cojones está pasando?

El Sueco agachó la cabeza y dejó que la mirada recorriera el piso buscando las palabras necesarias, pero no encontró nada que decir.

Se apartó de la vorágine de carpetas, libros, expedientes, fotos y recuerdos que poco a poco fueron ocupando el centro del salón. Escuchó por enésima vez la pregunta brotar de la boca de Roberto queriendo asegurarse de si aquello era necesario. Y por enésima y repetida vez la respuesta de Méndez con la supuesta hipótesis de que la muerte de su mujer y del chaval estaban relacionadas.

—Usted nos ha dicho que Carlos estaba convencido de que la muerte de su mujer no había sido un accidente, pero no le contó nada

más. Según usted, señor Brea, al chico no le dio tiempo.

—No. Le llamé el sábado. Sería sobre las once y media. No podía dejar de pensar en lo que me había dicho. Quería que me lo aclarara todo y le dije que estaba dispuesto a escucharle.

Alejandra observó a los tres hombres apartada de la escena. Roberto repetía lo mismo que ya debía haber declarado en comisaría. La pregunta que volvía una y otra vez a su cabeza era por qué no se lo había contado a ella la noche anterior.

—Me dijo que por teléfono no podía hacerlo. Había demasiado ruido. Me pidió que nos viéramos en quince minutos en la puerta de la tienda. Que le esperara en el coche. Él llegaría andando.

—Coincide con el tiempo que tardaría en recorrer el camino desde la Cruz del Agua hasta la parte baja —apuntó Vidal.

—Además, confirma lo que nos ha contado el camarero. El del bar.

—Miguel —aclaró el subinspector.

—Sí, Miguel —concluyó Méndez—. El chaval recibió una llamada y parecía inquieto.

—No sé dónde estaba él. Solo recuerdo que miré el reloj y pensé que debía darme prisa para llegar. Yo estaba aquí, en casa. Me cambié y salí lo más rápido que pude. Cuando llegué, no estaba. Así que hice lo que me había pedido. Me quedé en el coche un buen rato esperando. Incluso le llamé un par de veces al ver que se retrasaba demasiado, pero no contestó. Pensé que todo había sido un broma. Que me había tomado el pelo.

—¿Qué hizo después, señor Brea? —Méndez apartó algunos libros y los dejó a un lado mientras su mirada seguía registrando la caja que tenía delante.

—Me cansé de esperar y volví a casa.

—¿Recuerda la hora?

Afirmó con la cabeza y levantó la vista hacia donde estaba Alejandra, que los observaba en silencio.

—Serían las doce y media cuando me marché. Lo sé porque miré

el reloj varias veces y el móvil otras tantas. Llegaría aquí sobre la una menos veinte o menos cuarto.

—¿Alguien le vio? ¿Alguien que pueda confirmar lo que nos está contando?

Alejandra se giró y examinó la estantería con libros que tenía a su espalda. Observó con desgana los tomos que se alineaban con precisión colocados por temáticas. Paseó los ojos por los títulos, desgranando las letras de los lomos dejando que su vista la relajara de la conversación o, más bien, del interrogatorio que tenía lugar a su espalda. De aquello ya deberían haber hablado en la comisaría. ¿Por qué insistían en repetirlo? ¿Y por qué narices a ella no se lo había contado?

—No lo sé. Era sábado por la noche y había gente por la calle —la voz de Roberto le llegó distorsionada mientras su mirada se fijaba sobre una de las fotografías que adornaban la biblioteca.

—¿Podríamos llevarnos las cajas a comisaría, señor Brea?

—¿Tiene una orden, inspector?

—Sabe que no, pero podría conseguirla en breve.

—Preferiría que las cajas se quedaran aquí.

Se ausentó completamente de la discusión que Méndez y Roberto habían comenzado al fondo del salón y se inclinó para fijarse en los detalles. En los rostros de aquellos jóvenes sonrientes entre montañas de arena y utensilios de excavación. Reconoció al profesor Blanco y a Brea en el mismo lugar que habían visitado el día anterior. Junto a ellos, una docena de jóvenes, formando un grupo compacto, luciendo la misma camiseta, buscando captar el objetivo de la cámara que había inmortalizado aquel momento.

Lo vio entre aquella maraña de rostros anónimos.

—¿Cuándo se hizo esta foto? —preguntó mientras se giraba hacia donde los tres hombres permanecían ajenos a su presencia intentando salir vencedores de la lucha que había comenzado por los recuerdos.

Vidal levantó la cabeza, y Méndez se giró al tiempo que Roberto se inclinaba para distinguir mejor el retrato. Alejandra lo cogió y se acercó hasta ellos.

—Esta foto. ¿Cuándo se hizo?

—El año pasado, en julio, si no recuerdo mal —aclaró Brea acercándose hasta ella.

—Todos llevan la misma camiseta —señaló Alejandra mientras le pasaba la fotografía a Roberto.

La prenda de color blanco mostraba una doble espiral en el centro. Un símbolo dibujado en color negro, mientras que bajo el dibujo lucían las letras con el nombre del yacimiento.

—Fue un curso de verano que patrocinó una fundación de la zona. Quería impulsar las actividades arqueológicas y la difusión de la cultura celta. Estuvieron un par de semanas haciendo trabajos de campo y asistiendo a charlas y cosas así. —Roberto observó la imagen con detalle—. Luis, el profesor Blanco —aclaró—, me pidió que impartiera algunas. Estuve unos días con ellos. Tres o cuatro, no recuerdo bien. Fue interesante.

—¿Le conoces? —preguntó Alejandra señalando a uno de los jóvenes.

Roberto encogió los hombros.

—Imagino. Estaba allí. No lo sé. ¿Por qué?

Méndez se acercó hasta ellos y observó la imagen con curiosidad.

—Yo conozco a este chico —sentenció Alejandra.

«Trabajo en las conservas, ¿sabes? Quiero ir a la universidad. Cuesta mucho y a la tía no se lo puedo pedir».

—Ese *sistrel* es igual al que apareció marcado en el cuello de su muerto, inspector. Las dos espirales en el mismo sentido.

—Verano e invierno —añadió Brea incapaz de apartar los ojos de la fotografía.

Méndez observó el retrato de grupo en silencio y su vista recorrió con determinación las caras anónimas de los jóvenes de la imagen. Además del joven que Alejandra acababa de reconocer, había otro rostro con el que se había cruzado hacía poco. Demasiado relacionado con Carlos Fernández Puerto. Demasiado para ser una simple coincidencia.

Capítulo 43

Miércoles, 27 de junio

Dicen que las casualidades no existen. Que todo suceso nace antes de que siquiera sea pensado o imaginado o incluso provocado por los actos de los protagonistas de un destino que nunca se elige. Puede ser un momento, un instante, una intención, la voluntad de realizar algo o dejar de hacerlo o incluso el no llegar nunca a provocar una reacción de acciones que terminarán en una concatenación de sucesos relacionados. La omisión, la obligación o la devoción. El hecho o la palabra. La simpleza de un segundo tarde, un minuto. La coincidencia de estar en el lugar equivocado en el tiempo correcto. Variables, factores, ecuaciones desvirtuadas por la limitada comprensión humana.

Dicen que las casualidades no existen y, si existen, suelen ser provocadas por una providencia caótica y tan determinante como la improvisada voluntad a la que nos aferramos para culpar de lo que sucede al devenir de los acontecimientos ajenos a la disposición del azar.

Los acontecimientos se sucedieron de forma errática, como si el descubrimiento de aquella imagen hubiera sido la señal inequívoca para precipitar un final no anunciado.

El sonido del móvil sobresaltó a Méndez mientras sus ojos seguían el recorrido por la fotografía del grupo de jóvenes. Se alejó apenas unos pasos para contestar de forma escueta con un «dime, Valdés» mientras Vidal se acercaba hasta donde Roberto y Alejandra permanecían examinando la imagen como si pretendieran hallar una respuesta a todo aquello.

—¿Estás segura? —la voz del inspector fue el único sonido que rompió el silencio que se había formado en el salón—. ¿Tenemos las horas?

Méndez caminó de un lado a otro mientras asimilaba la información que la agente Valdés le iba facilitando.

—Te las mando al móvil ahora. Hay varias llamadas en esa franja de tiempo. Algunas perdidas, pero en la última la duración fue de casi un minuto —explicó Valdés al otro lado del teléfono.

—Pues parece que va a tener que aclarar varias cosas. —El inspector lanzó una mirada a los otros tres ocupantes del salón que ya

habían desviado su atención de la fotografía y la dirigían hacia la conversación—. Iremos Vidal y yo ahora. A ver si, mientras, puedes averiguar algo más.

—¿Podría llevarme la fotografía, señor Brea? —preguntó Méndez después de colgar a Valdés.

Roberto asintió y alargó el objeto hacia el inspector.

—¿Cree que hay alguna relación con lo que ha sucedido? —preguntó sin comprender las razones que habían despertado el interés del policía.

—Lo desconozco, pero esta chica de aquí es María Fernández Puerto, la hermana de Carlos. Por ahora arroja más preguntas que respuestas, pero no suelo creer mucho en las coincidencias. —Se volvió hacia Vidal y le hizo una seña para marcharse—. Le rogaría no saliera de Os Torres, señor Brea, hasta que todo este asunto esté aclarado.

El aludido se limitó a asentir con la cabeza mientras los dos policías abandonaban el salón. Roberto los acompañó hasta la puerta de la vivienda y observó cómo, aparte de marcharse ellos, también lo hacían el resto de los vehículos que habían estado apostados en la entrada.

No encontró a Alejandra al volver al salón, sino en el porche trasero, sentada sobre el borde del espacio que delimitaba lo transformado por el hombre y lo que aún pertenecía a la naturaleza. La observó en silencio mientras el cigarrillo viajaba hasta su boca para volver a descender con lentitud. Con cierta resignación. No pudo evitar pensar en la noche anterior como si de ese recuerdo hubieran pasado años.

Tardó unos instantes más en acercarse hasta ella y sentarse a su lado.

—¿Y ahora qué? —preguntó mirando hacia los árboles que nacían unos metros delante de ellos.

Ella se permitió otro momento de silencio mientras exhalaba el humo del cigarrillo antes de contestar:

—El presente es brevísimo, el futuro, dudoso y el pasado, cierto. —Se giró hacia él dibujando por primera vez en todo el día una sonrisa al escuchar una carcajada sincera brotar de su boca.

—¿Séneca, señorita Álvarez? —Enarcó divertido una ceja.

—Séneca, profesor —admitió ella volviendo su mirada hacia el horizonte.

El abogado resultó un hombre curioso. Llegó puntual a la cita que Alejandra le había propuesto para encontrarse ese día. A las tres de la tarde, los tres ocuparon una mesa libre en la terraza de la taberna del puerto. Brea le saludó con un apretón de manos y cierta sorpresa en la mirada.

—Andrés, no puedo decir que me alegre de verte —bromeó mientras se volvía hacia Alejandra y los presentaba.

Andrés Viña era joven. O, al menos, más joven de lo que ella hubiera imaginado cuando aquella misma mañana se había puesto en contacto con él tras la llamada de Brea desde la comisaría. No había cumplido aún los cuarenta y su aspecto, alto y delgado, de tez sonrosada y pelo castaño claro, ensortijado alrededor de las orejas, le regalaba algunos años menos. Los ojos, en cambio, contrastaban en un rostro de formas suaves y delicadas, como dos piedras oscuras, negras, indefinidos parcialmente en el color.

Se deshizo de la americana y se remangó la camisa blanca.

—Disculpadme —comentó con naturalidad—. Tenía varias vistas y un juicio en Vigo. Acabo de salir. La corbata me la he dejado en el coche.

—Te agradezco que hayas acudido tan pronto. —Roberto hizo una seña al camarero para que tomaran nota de la comida.

—No esperaba verte aquí. Cuando la señorita Álvarez…

—Alejandra, por favor —corrigió ella con rapidez.

Andrés Viñas la miró y asintió con una sonrisa.

—Cuando Alejandra me llamó esta mañana de tu parte, parecía que las cosas no pintaban bien. ¿Qué ha pasado?

Roberto le puso al día de lo que había sucedido mientras Viñas asentía con la cabeza entre sorbo y sorbo a su copa de vino y la comida era recibida con ganas por los tres.

—Lo del teléfono del chaval es lo más extraño. Y lo más

preocupante —confesó mientras daba cuenta del filete con patatas.

Alejandra levantó los ojos por encima de su plato y miró al abogado.

—Lo que está claro es que quien lo haya dejado, al igual que la marca en el cuello, tenía toda la intención de inculparle.

—¿Qué marca? —Viñas la miró interesado.

Alejandra le describió en pocas palabras la herida que el chico había sufrido en la nuca.

—¿Creéis que puede tratarse de venganza? —preguntó—. Pero ¿por qué? ¿Qué sentido tendría?

—Más bien, una cabeza de turco —alegó Alejandra convencida—. Creo que le ha venido muy bien a alguien para cargarle el muerto. El chaval no era trigo limpio. Ya tenía antecedes sin contar con lo del accidente. Si había salido hacía poco de la cárcel, quizás alguien estaba interesado en deshacerse de él.

—No podemos descartar esa hipótesis. —Viñas terminó su filete con avidez y se volvió hacia Roberto—. ¿Y piensas que todo esto está relacionado con la muerte de Paola?

Encogió los hombros y dejó que su mirada vagara entre los platos vacíos que llenaban la pequeña mesa de que habían ocupado. Permaneció unos segundos en silencio. Barajando la respuesta correcta. Ajustando las diversas opciones que suponía pronunciar una afirmación sin pruebas. Miró a Viñas primero para descansar la vista en Alejandra, que lo observaba con expectación.

Su mente divagó y se refugió durante unos segundos en lo que había sucedido entre ellos antes de salir al encuentro del abogado. La había besado sin ningún pudor. Sobre el suelo de piedra del porche, y ella le había respondido con las mismas ganas. El tiempo era el que había jugado en su contra. No les había permitido acallar la culpa de lo que había sucedido esa misma mañana para volver a la casilla de salida de la noche anterior. Ella había sonreído en mitad del beso para recordarle que llegarían tarde a su cita con el abogado y no le había quedado más remedio que aceptar a regañadientes que llevaba razón.

Miró de nuevo a Viñas.

—Sí, creo que sí —fue categórico en la respuesta.

Capítulo 44

Miércoles, 27 de junio

—¡No hay nadie!

Méndez buscó el origen de aquella frase que le confirmaba la sospecha después de varias llamadas en vano a la puerta de la casa de Carmen Puerto.

—¿Saben dónde han ido? —Vidal se acercó hasta la mujer que los observaba desde la entrada de la puerta de la vivienda de al lado. La misma que estaba en la casa el día que habían ido a interrogar a Carmen Puerto. «Tía», la había llamado. Anotó mentalmente aquel detalle y examinó el aspecto desconfiado de la señora. La mirada suspicaz que, seguramente, los había espiado desde que habían aparcado en la calle.

—No sé. Las vi marcharse hace un buen rato. Carmen se fue con el coche. La chica salió cinco minutos después cuando vino el novio a buscarla.

Vidal lanzó una mirada a Méndez que encajó aquella información como si fuera una pieza más del puzle que intentaba encajar en su cabeza. Se acercó hasta la mujer y le mostró la fotografía que había cogido de la casa de Brea.

—¿Puede decirme si alguno de estos chicos es el novio de María?

Evitó señalar ningún rostro para no condicionar la respuesta de forma involuntaria, pero la confirmación fue firme. El dedo apuntó el mismo rostro que Alejandra había señalado anteriormente.

—Gracias, señora —se apresuró a contestar mientras volvía a guardar la imagen.

La mujer pareció aceptar de buena gana el agradecimiento.

—Carmen. Me llamo Carmen, como mi sobrina —indicó con orgullo. Hizo un gesto con la cabeza hacia el lugar que había ocupado la foto unos segundos antes—. El chico no viene mucho por aquí. Al menos, no entra en la casa todavía. Ya saben, estos jóvenes no son muy dados al compromiso y eso que llevan ya un tiempo viéndose.

—¿Un tiempo? —preguntó Vidal.

—Casi un año o más —aseguró Carmen mientras se volvía en dirección a la calle para fijar su atención brevemente en un coche que pasaba de largo—. Si viene, lo hace con la bicicleta esa que tiene y se van andando.

—¿Sabe dónde pueden haber ido?

Se encogió de hombros y aquel gesto dio por terminada la conversación. Los persiguió con la mirada hasta que los dos hombres se perdieron en el interior del vehículo y desaparecían en dirección a la carretera.

—¿Qué no vemos?

Méndez lanzó la pregunta al aire mientras Vidal aceleraba para incorporarse a la comarcal. Su compañero no contestó. Dejó que el silencio se instalara entre ambos, mientras que la vorágine del verde caótico que se mezclaba a ambos lados del camino los acompañaba.

—Deberíamos hablar con ese profesor Blanco. El de la excavación.

—O detener a Brea, acusarlo de una vez por todas y terminar con esto —el inspector dio voz a sus pensamientos mientras su mente se perdía entre aquel follaje ajeno al cansancio que se iba asentando entre las grietas de su voluntad.

«No tiene nada, inspector. Solo pruebas circunstanciales», la afirmación de Alejandra Álvarez se coló en su cerebro de nuevo. No tenían nada. No había nada. Su estómago protestó al comprobar la hora en el reloj.

—Cada vez veo menos probable que fuera Brea el que se cargara al chico —Vidal interrumpió sus pensamientos.

—¿En serio, Mario? —Méndez le miró y dibujó una sonrisa socarrona.

El subinspector desvió los ojos un instante hacia su superior para volver a fijarlos en la carretera.

—Es demasiado listo para quedarse con el móvil si realmente se lo cargó él y, además, ¿para qué hacerlo? Ese matrimonio ya estaba acabado antes de que ella muriera. No, no me cuadra, jefe, sinceramente.

Méndez volvió la vista hacia la carretera, y el desvío que llevaba hacia los acantilados se anunció como una señal.

—Déjame cerca del faro —pidió.

Vidal quiso replicar, pero no lo hizo. Después de tanto tiempo trabajando con el inspector, le conocía de sobra para saber que no cedería a una idea cuando ya se había colado en su cabeza. Se desvió en un movimiento rápido para enfilar el camino de tierra.

—¿Qué vas a hacer?

—Empezar por el final.

¿Qué día era? Observó el coche alejarse por el camino de tierra y permaneció en silencio, absorbiendo la sensación de grata soledad que se coló por sus ojos, por los oídos, cuando intentaron abarcar el silencio que manaba de allí.

Su mente retrocedió hasta aquel domingo cuando había recibido la llamada de Vidal.

«Ha aparecido un cuerpo flotando».

Palabras exactas para describir un hecho tan inexacto como las circunstancias que lo rodeaban. Se acercó hasta el borde donde moría la tierra para dar vida a un vacío que terminaba en aquel mar

indómito como lo eran ahora sus pensamientos. ¿Qué no cuadraba? Habían supuesto que el cuerpo había sido arrojado en otro lugar y la marea lo había arrastrado hasta allí, quedándose enredado entre las rocas que sobresalían del fondo.

«Murió por ahogamiento. Tenía un golpe en la cabeza».

Su vista se desvió desde el azul primario más alejado hasta el más recio y combativo que se volvía espuma al empujar con rabia las rocas para, poco a poco, fijarla en el faro unos cincuenta metros a su derecha. Una construcción sin vida, mecanizada, obtusa y vacía de esperanza que se limitaba a cumplir una función que ya no era tan esencial como lo había sido en otros tiempos. Una columna pintada de blanco que se imponía como dueña del paisaje.

«Necesitas una dosis muy elevada de ese tipo de medicamento para dejar a alguien inconsciente. —¿Qué era lo que había comentado Carla mientras descansaban después del último orgasmo compartido? —. Caminó descalzo». Otra apreciación que, quizás, habían pasado por alto.

«Estuve esperando en el coche, como me dijo, pero no apareció».

Caminó unos pasos acercándose hasta la construcción para examinarla con cierto respeto. Un testigo mudo, silencioso. Un cilindro blanco que culminaba en un octógono de vidrio desde donde la luz se emitía para mantener a salvo a los navegantes.

«No sé quién narices le ha aconsejado en temas sobre simbología y todo eso, que está muy bien, por cierto, pero me parece que, si el señor Brea hubiera matado a ese chaval, lo hubiera podido hacer mucho mejor».

Las palabras de Alejandra Álvarez volvieron de nuevo a su cerebro mientras su mente le pedía acercarse hasta el borde donde la tierra terminaba.

«Este tipo de símbolos no son originarios de la cultura celta. Existieron mucho antes del desarrollo de esta. Cualquier experto se lo podría decir».

Luego ella, amablemente le había explicado la diferencia entre el *sistrel* que había aparecido en el cuello del chico y el de la tienda de Roberto Brea.

—Estos giran, al contrario, ¿lo ve? —Había movido el dedo por

encima de la fotografía para asegurarse de que Méndez siguiera la dirección de la espiral—. Uno representa el sol creciente de verano y otro el sol menguante de invierno. Lo que llamamos solsticios, inspector.

Había desviado el índice hacia la otra imagen para golpear suavemente sobre la fotografía del símbolo que se enmarcaba en el rótulo de la tienda.

—Este sí es el de la dualidad que usted me dice. El de las espirales que giran en el mismo sentido.

Sacó el móvil mientras se obligaba a dar la vuelta y dirigirse hacia el pueblo por el camino de tierra. Valdés contestó al primer tono.

—¿Qué sucede, jefe?

—Ese símbolo en la nuca del chico, el que le marcaron antes de morir, Valdés, ¿quién nos proporcionó la información, lo que significaba?

Valdés balbuceó un «no sé» y un «ahora no recuerdo», y Méndez la oyó divagar sobre que había llamado a no sé quién de una fundación de la zona y había preguntado.

—Me dieron un contacto, un profesor de la universidad, y le llamé.

—Deme su nombre.

Colgó para volver a marcar de nuevo. Escuchó a Alejandra contestar después de varios tonos:

—Señorita Álvarez, ¿qué puede contarme del profesor Luis Blanco?

Capítulo 45

Miércoles, 27 de junio

Le observó acercarse a través de los árboles mientras esperaba dentro del vehículo apartada a un lado de la comarcal. Méndez abrió la puerta del acompañante y acogió con un suspiro de alivio el descanso que le ofrecía el asiento después haber recorrido aquellos metros a pie a través de la vegetación.

—Podía haber elegido un calzado más cómodo si pensaba darse esa caminata. ¿De dónde viene? —le inquirió Alejandra mientras terminaba su cigarrillo y lo apagaba con dureza en el cenicero del coche.

—Tengo la intuición de que hemos enfocado este asunto de forma errónea desde el principio. —La miró mientras ella arrancaba el motor.

—¡Vaya! Ahora me dirá que estaba equivocado con respecto a Brea.

Méndez se limitó a ignorar el comentario.

—Ayer dijo algo en la comisaría que me ha hecho pensar en todo el asunto otra vez —confesó el inspector mientras señalaba con el brazo el desvío para que Alejandra lo tomara—. Comentó el tema de los símbolos. La diferencia que existía entre el que había aparecido en el cuello del chico y el del rótulo de la tienda.

Alejandra le miró un segundo para volver de nuevo a prestar atención a la carretera.

—¿Dónde quiere llegar? ¿Por eso me ha preguntado por el profesor Blanco?

Méndez se acomodó mejor en el asiento.

—Según parece, la agente que estuvo investigando sobre eso ha confirmado que fue él quien nos dio la interpretación de la marca en el cuello del chico. Además, es el mismo tipo que ha montado el tema ese de los cursos donde aparece tanto la hermana de Carlos Fernández como el chaval que dijo que conocía.

—¿Raúl? —Alejandra negó con la cabeza—. No conozco mucho a

ese chico, pero no parece ser de los que van matando gente. Y, además, esta región no es muy grande. Puede ser una coincidencia que estuvieran los dos en el mismo curso de verano.

—¿Se refiere al mismo al que estuvo invitado el profesor Brea o que la chica y él lleven juntos un tiempo?

Alejandra no contestó. Se limitó a apretar los labios y continuar por la carretera siguiendo las indicaciones de Méndez.

—¿Qué le ha dicho a Brea?

—¿Perdón?

El inspector chasqueó la lengua y repitió la pregunta:

—¿Qué le ha dicho a Brea cuando la he llamado para que viniera a buscarme?

Encogió los hombros.

—No le he dicho nada. Había quedado con su abogado. Quería que le pusiera al día de lo que pasaba por si acaso a alguien le daba por detenerle.

Ella, simplemente, se había ido después de comer para dejarlos hablar tranquilamente, excusándose en que quería volver a casa y descansar un rato. Había recibido la llamada de Méndez cuando ya estaba en el coche. Su plan de echarse una siesta se había ido a la mierda.

—¿Están ustedes juntos? —la pregunta de Méndez la sorprendió por la dureza con que las palabras se juntaron en el aire.

—¿Eso es relevante para su investigación? —contestó mientras observaba el cartel que anunciaba que el yacimiento estaba apenas a un kilómetro.

—Disculpe, no es asunto mío —se excusó Méndez desviando la vista de Alejandra hacia el paisaje que los acompañaba.

—¿Qué es estar juntos, inspector? —preguntó ella mientras señalizaba el cambio de dirección poniendo el intermitente—. Puedes estar junto a alguien toda tu vida y sentir la peor de las soledades, ¿no cree?

La valla de acceso al yacimiento los recibió y abandonaron el

vehículo para recorrer los últimos metros a pie.

—¿Qué cree que va a encontrar? —preguntó Alejandra cuando ya alcanzaron a ver la zona de excavación.

Méndez se detuvo e intentó recuperar la respiración cobijándose a la sombra de los árboles antes de enfrentarse a la explanada estéril que los aguardaba.

—Más preguntas. Eso es lo que creo que vamos a encontrar.

—El profesor se ha marchado antes de la hora de comer. Tenía que hacer unas gestiones y dijo que ya no volvería hasta mañana.

Al chico le habían cogido desprevenido mientras fijaba su atención en una parcela delimitada del terreno. Absorto, movía la rasqueta de forma mecánica. Se apresuró a levantarse y a mirarlos con desconfianza al principio y después con temor cuando Méndez se identificó. Se sacudió la tierra que tenía en las manos sobre la pernera de los pantalones y desvió la vista del policía a Alejandra.

—¿Sucede algo? —preguntó sin comprender el motivo por el que se habían presentado allí.

—Nada importante. —Alejandra dibujó una sonrisa generosa en el rostro—. Solo queríamos abusar del conocimiento del profesor para que aconsejara al inspector sobre un extraño dibujo que han encontrado. Estuve charlando con Luis ayer, aquí mismo, y supe que era la persona que necesitaban para interpretar la imagen.

El joven pareció relajarse, y Alejandra aprovechó para indagar un poco más al comprobar que Méndez se había alejado unos metros para centrar su atención en el móvil.

—Me han comentado que soléis hacer cursos de verano para jóvenes.

Asintió más animado.

—El año pasado se celebraron unas jornadas, sí. Estuvo bastante bien. Se agotaron las plazas.

—¿Y este año cuándo son?

El estudiante movió la cabeza y desvió la vista hacia la excavación.

—Este año no hay. Uno de los principales patrocinadores se echó para atrás.

—¿Qué sucedió?

El chico se encogió de hombros.

—Se excusaron en algo sobre los fondos y el beneficio. No sé. El profesor se enfadó bastante. Estuvo varios días de mal humor e incluso fue a hablar con ellos, pero no pudo hacer nada.

Méndez se acercó, y Alejandra le lanzó una mirada rápida.

—¿Quién era ese patrocinador?

El joven pareció dudar unos segundos buscando la respuesta correcta en su cabeza. Había escuchado al profesor protestar sobre ese tema durante casi dos semanas.

—Esa empresa de aquí al lado. De Os Torres. La de las conservas, creo.

—¿Conservas Lago? —preguntó Méndez.

El chico asintió con la cabeza.

—Sí, esa.

Capítulo 46

Unos meses antes

Los sueños son impredecibles. Se adelantan al futuro para quedarse de repente relegados en un pensamiento pasado, en un deseo caduco que se distorsiona en el tiempo y volver, de repente, a coger impulso para conquistar la posición de salida de un futuro solo imaginado como posible por aquellos que no se han atrevido a desistir de ellos.

Había visto su sueño nacer, dormido bajo la posibilidad que brinda la casualidad de lo que nunca pasa por azar. El momento y el lugar exacto. La llamada de teléfono aquel martes de primavera que aún no anunciaba el siguiente verano. La belleza de lo casual, el encuentro con un futuro que, si no hubiera sido él, ningún otro habría podido imaginar.

Desde aquel día había luchado, se había esforzado, había competido contra todos los obstáculos que le impedían acariciar la posibilidad tan ínfima como factible de llenar los renglones de los libros de historia con su nombre. Al igual que lo había hecho Schliemann con su Troya o Carter con aquella tumba faraónica ni siquiera imaginada.

Y él, Luis Blanco, sería el que pondría nombre al mito olvidado. A las leyendas que alimentaban los ecos de aquellos pueblos.

Pero el sueño había chocado con la maldita realidad de una sociedad que había olvidado su pasado. Que medía sus pasos, cada respiración, cada gesto en la fútil posibilidad de un beneficio futuro. Al peso de la monedas de plata, como un Judas insaciable, inquisitorial en la búsqueda de su afán, de su beneficio.

—Profesor, comprenda que estaríamos encantados de seguir patrocinando su investigación. Consideramos que explotar la historia de nuestra región, la cultura propia es un pilar básico para el desarrollo de las comunidades del entorno…

Cortó a su interlocutor casi sin educación, olvidándose por un momento de con quién hablaba:

—No me tome el pelo, señor Lago. Sabe perfectamente que sus fondos son necesarios para seguir manteniendo nuestras actividades como hasta ahora. Cerrarnos el grifo supone prácticamente dejarnos

sin ninguna ayuda económica. Usted conoce a mucha gente importante. Si usted no continúa, los demás harán lo mismo. Se retirarán del proyecto. ¡Tendremos que cerrar el yacimiento! ¡Dejar que todo el trabajo de más de cuatro años no sirva de nada!

Levantó la voz al tiempo que hacía un gesto de impotencia con la mano como si el empresario pudiera verle a través del teléfono.

—Lo siento, profesor. La decisión está tomada. No podemos seguir financiando su proyecto —se hizo una pausa dubitativa al otro lado—. No lo considere como una decisión premeditada. No ha sido fácil. Tampoco le cerramos la puerta definitivamente. Valoraremos la posibilidad de volver a apoyarle si en un futuro los descubrimientos avalan que podamos volver a colaborar.

—¡Maldito cabrón! —escupió ya sin ninguna educación cuando el pitido de la línea le indicó que al otro lado habían colgado.

Los días sucesivos se los pasó de despacho en despacho. Rellenando solicitudes, realizando llamadas, recibiendo la misma respuesta que, de forma reiterada, se iba repitiendo cada vez que solicitaba dinero para proseguir con aquello que había comenzado como un sueño, pero que poco a poco se iba convirtiendo en un imposible.

—No podré continuar —confesó la noche de un viernes de abril después de haber empapado un solomillo en un rioja y haber esquivado las preguntas de Roberto Brea.

Habían quedado a cenar por iniciativa de Blanco en un restaurante cerca de la ría. Su mentor había llegado puntual, pero él ya llevaba más de quince minutos sentado a la mesa buscando las palabras más adecuadas para plantearle el problema que tenía entre manos.

Brea le había mirado sin comprender a lo que se refería mientras terminaba el último bocado de su plato. Blanco no había dejado que el silencio impidiera la confesión que quería hacer.

—Nos han cortado buena parte de los fondos para la excavación. Cuando termine junio, si todo sigue igual, tendremos que dejarlo. No podremos continuar.

Roberto hizo un gesto de no comprender y ayudó a que el último trozo de carne terminará en su estómago con un trago de vino.

—¿Qué ha pasado? No lo entiendo.

—Yo tampoco —confesó Blanco—. Ese vecino tuyo, el de Os Torres, se ha echado para atrás y, tras él, algunos otros. Es uno de los mayores patrocinadores. Con lo que la universidad nos cede, no tenemos ni para un mes.

—¿Conservas Lago? —quiso asegurarse.

Luis asintió con la cabeza y suspiró recostándose en su silla.

El restaurante era un sitio sencillo. Decorado de forma tradicional conjugaba un ambiente casero, pero al mismo tiempo elegante. Aunque su punto fuerte era la carta. Un menú no excesivamente generoso en platos, pero sí en calidad.

—¿Tú le conoces? A Lago, me refiero. ¿Podrías hablar con él?

—No —Brea confirmó la respuesta con un movimiento enérgico de la cabeza al tiempo que sus ojos se tildaban de cierta respuesta callada que no pasó desapercibida para su amigo.

—Necesitamos los fondos, Roberto. Tendré que dejarlo todo. ¡Ahora! —exclamó para bajar casi de inmediato la voz—. Ahora que podemos conseguirlo. Tan cerca.

Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa para hundir la cabeza y esconderla entre las manos. Levantó la mirada casi suplicante, casi deseoso de confesar una situación que le sobrepasaba.

—¿No era amigo de Paola? —lanzó el dardo para ver si la presa picaba.

—No lo sé, Luis, y tampoco me importa. —Roberto se tensó en su asiento y dudó si pedir la cuenta y salir de allí sin el postre.

—Perdóname —se adelantó al ver el gesto de Brea—. Lo siento. ¡Qué poco considerado soy! Discúlpame.

Roberto movió la mano quitando importancia a la petición.

—Sé que lo de tu mujer ha sido duro, y yo aquí pensando solo en lo mío.

—No importa. No te preocupes. El yacimiento significa mucho para ti. Lo entiendo, Luis.

Blanco negó con la cabeza y escudriñó a Brea en silencio.

—Pensé que te irías después de lo que pasó. Que volverías a Madrid.

Observó la respuesta en el movimiento simétrico y automático de la cucharita en la taza de café solo que hacía apenas unos minutos les habían servido.

—El pasado te encuentra. Da igual dónde estés. Por eso preferí quedarme. Cerca del pasado. Para que pueda encontrarme lo antes posible y así olvidarse de mí tan pronto como le fuera posible.

Fue la noche en la que Luis Blanco escuchó de boca de su amigo, de su mentor, la realidad de una vida que él siempre había imaginado, no perfecta pero en el límite de serlo. Una visión inesperada, intolerable de la tristeza, de la soledad mientras se vive acompañado. De las confesiones que solo un informe forense guardaba a buen recaudo, además de la conciencia de un hombre que había dejado toda una vida por perseguir la bagatela de una felicidad conyugal que nunca había existido.

Le despidió en la puerta del restaurante. Le observó mientras se montaba en aquel viejo cacharro de metal del que siempre había renunciado a deshacerse mientras su mente volvía una y otra vez a otra noche del septiembre anterior cuando había coincidido con Paola en un restaurante de la pequeña ciudad. No el mismo que ellos había ocupado, sino en otro parecido, pero de diferente categoría. Uno al que solo se acude de vez en cuando o en ocasiones muy especiales que justifiquen el dispendio al que se está dispuesto a incurrir por sentarse a la mesa.

El proceso fue muy similar al que se enfrentaba de forma recurrente. Encontrar los pedazos entre los estratos de la tierra virgen, catalogarlos, estudiarlos, encajarlos, formar un puzle con las partes incompletas de una realidad al que le faltaban los datos más importantes. Los más subjetivos. Aquellos que los que habían producido, creado, usado, imaginando aquel resto que ahora yacía entre sus manos, habían ofrecido a lo inmaterial de un recuerdo para escribir la propia historia.

Fue, mientras veía como las luces posteriores del vehículo desaparecían en la oscuridad de la noche, cuando comprendió, de forma casual, onírica incluso, lo que había sucedido y supo entonces que la partida no tenía por qué haber terminado. Que aquel que

guarda el último as en la manga suele ser el que puede llevarse la mano ganadora. Sobre todo, si tenía paciencia, si tenía otras cartas que sacrificar. Algunas de bajo valor, de bajo coste, otras de mayor importancia, pero que lo harían por un fin mayor que todos ellos. Por la verdad, por la gloria de ser los desconocidos que escribieran una nueva página en la historia. Ya se encargaría él de que quedara el reconocimiento póstumo a su colaboración espontánea e inconsciente entre los renglones de una verdad diferida.

Capítulo 47

Miércoles, 27 de junio

—Gracias por tener un rato, Luis.

El profesor le había invitado a entrar en aquel piso pequeño, localizado cerca de la universidad y que hacía poco más de dos años que había adquirido en propiedad con la herencia de sus padres, pero ella había rechazado el ofrecimiento y, por el contrario, le había sugerido que dieran un paseo. «Caminar me despeja», le había dicho mientras él accedía a su solicitud.

Habían paseado de forma errática, sin tener un destino planeado de antemano. Los pasos los habían llevado cerca del caso viejo o casco *vello*, como también lo denominaban. Deambularon entre la gente que a esa hora de la tarde ya salía para degustar unas tapas o dar un paseo al atardecer buscando el fresco de la hora.

—Tú dirás, Alejandra —había sido él el que había roto la conversación banal que mantenían por no dejar que el silencio se hiciera dueño de aquel encuentro.

Ella observó al profesor. Le dio la impresión de que no era tan bajo como le recordaba, que las manos que ahora escondía en los bolsillos de su pantalón de algodón en color azul marino eran menos gruesas y que sus ojos adquirían un tono desafiante e incluso sospechosamente desconfiado. No era el Luis Blanco afable que los había invitado a acompañarle mientras les explicaba las maravillas que imaginaba encontrar en aquel yacimiento cerca de Os Torres.

Se sintió incómoda antes de comenzar, pero volvió a pensar que todo aquello era por una buena causa. Lo había pensado nada más dejar a Méndez frente a la comisaría en Os Torres y, aunque lo que le apetecía era descansar un rato, había llamado al arqueólogo y le había propuesto verse.

—Quería hablarte de Roberto —mintió dejando que su mirada se centrara en el recorrido de piedra plana y asimétrica que dibujaba la calzada de la calle—. Está en una situación muy complicada. Quieren acusarlo de asesinato.

Lanzó todo el armamento pesado sin dudarlo. Y funcionó. Blanco se detuvo en medio de la calle y la miró con sorpresa. Una mirada fuera de cualquier predeterminación que hubiera ensayado antes.

—¿Cómo dices? ¿A qué te refieres?

Ella se detuvo y se volvió hacia él.

—El tema del chaval ese que ha aparecido muerto. Se lo quieren cargar a él. No hay más sospechosos ni tampoco nadie que tuviera motivos para matarlo. Solo Roberto. No en vano, fue ese chico quien atropelló a su mujer aquella noche.

Blanco la observó incrédulo y dio dos pasos para ponerse a su altura.

—¿Estás segura? —preguntó mientras sentía como el corazón golpeaba con rapidez en su pecho.

—Bastante. —Encendió un cigarrillo y le dio una calada para dejarlo descansar entre los dedos y continuar con el rumbo que ambos habían tomado—. Ha llamado a su abogado a mediodía, pero pinta mal, no te voy a engañar. Le han detenido. Dicen que el chico tenía un dibujo en el cuello, un *sistrel*. Me lo enseñó el inspector que lleva el caso, que no tiene coartada y que todos las pruebas apuntan a que fue él quien lo hizo.

Se detuvo de nuevo y dibujó una mueca de frustración que no fue ajena al arqueólogo.

—Tú le conoces mejor que yo. Es tu amigo. ¿Crees que sería capaz de matar?

Blanco no había contestado. Se había limitado a señalar uno de los garitos un poco más adelante, y ella le había seguido dentro. Aún no estaba lleno por la hora y pudieron encontrar una mesa donde instalarse y continuar con la conversación mientras el camarero les servía unos vinos y algo para acompañar.

—No creo que sea capaz de matar, pero nunca se llega a conocer a una persona del todo.

Alejandra asintió con la cabeza y sorbió un poco del blanco frío que llenaba su copa.

—Es verdad. Mi padre lo suele decir con bastante frecuencia —reconoció Alejandra—. Tú conociste a su mujer, ¿no?

El profesor Blanco asintió con la cabeza.

—Sí. Éramos amigos desde hace tiempo, aunque Paola era unos años mayor que yo —aclaró desviando la vista hacia la calle—. Hacían muy buena pareja. Fue una desgracia todo lo que pasó.

Alejandra se recostó en la silla en un gesto despreocupado y le miró extrañada.

—Vaya, pensaba que no estaban pasando un buen momento cuando sucedió lo del accidente. —Blanco le devolvió una mirada desconfiada, pero ella no se dejó coaccionar—. O, al menos, eso me pareció entender cuando Roberto me habló de ella.

—Todas las parejas tienen malas rachas, ¿no? —Luis Blanco se inclinó hacia delante y la escrutó perfilando una sonrisa irónica—. Eso no significa que no se quisieran.

Una punzada de duda perforó las intenciones de Alejandra, que se irguió en la silla y agarró de nuevo su copa de vino.

—Ya, es verdad. Tienes razón, pero eso no significa que sea culpable de la muerte del chaval. —Movió la cabeza negando mientras buscaba dirigir de nuevo la conversación hacia donde quería—. Y todo por ese dibujo que ha aparecido en la nuca del chico. El símbolo celta.

Blanco la observó sin añadir nada a su discurso, y ella se envalentonó.

—Ya te digo que el inspector que lleva el caso dice que es una prueba que le señala directamente a él. Quieren exponer delante del juez que se trata de una venganza. Un doble espiral girando en sentido contrario. —Movió los dedos en el aire como si fuera capaz de dibujarlo para él—. Va y me cuenta no sé qué de la dualidad de las cosas, y le dije que se estaba equivocando en todo.

Alejandra se detuvo y observó el plato del aperitivo que el camarero les había dejado. Cogió una aceituna y la engulló de golpe acompañándole con un trago de vino. Omitió de nuevo la vibración de su teléfono en el bolso. Ahora no podía distraerse.

—¿Qué te dijo él? —preguntó Luis ya más interesado por la respuesta.

Se encogió de hombros quitándole importancia mientras su mirada vagaba por el local. Intentó recordar el recorrido hasta su coche, pero lo había aparcado lejos. No demasiado cerca de la casa del profesor, pero a una considerable distancia.

—Que habían consultado a un experto y era lo que les había dicho —se envalentonó con otro trago y miró a Luis Blanco buscando la respuesta que quería—. No creo que ningún experto que se precie diera una interpretación tan errónea de un símbolo precelta como ese, ¿no crees? ¿A quién podrían haberle preguntado? ¿Sabes de alguien?

Blanco permaneció en silencio. Observó a Alejandra desafiante tras la mirada que ya le confirmaba que tenía más respuestas que preguntas y cogió su copa despacio para que fuera el silencio el que contestara. Ella lo obvió y continuó como si aquella conversación hubiera surgido de forma espontánea y con total confianza entre ambos.

—Aludieron a que el símbolo era igual que el que Roberto tiene en la tienda. Ya sabes, el del rótulo, pero no se dieron cuenta de que eran diferentes. Uno gira en sentido contrario y el otro lo hace en el mismo —se inclinó hacia Blanco bajando la voz—. Creo que le han tendido una trampa, Luis. Alguien quiere implicarle en la muerte de ese chaval.

Blanco detuvo el movimiento descendente de su copa desde la boca hasta la mesa y afiló sus ojos encuadrándola dentro de su visión. Ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor, las palabras de Alejandra rebotaron en su cerebro.

—¿Qué quieres decir? —la pregunta sonó amenazante.

Supo que había ido demasiado lejos cuando la entonación de la pregunta resonó en la parte más primitiva de su cerebro avisándole de una amenaza que aún no se había manifestado, pero que existía. Levantó la mano y avisó al camarero para que les trajera la cuenta.

—No creo que Roberto sea culpable. Es un cabeza de turco. Detrás de todo este asunto, hay algún motivo que se nos escapa.

Blanco levantó las cejas en señal de incredulidad.

—¿Qué tipo de motivo?

Alejandra negó con la cabeza mientras sentía la adrenalina recorrer su cuerpo. El camarero dejó el papel con la nota encima de la mesa.

—¿Venganza? ¿Dinero? No lo sé. ¿Cuál sería tu motivo para incriminar a otra persona del acto terrible que has cometido? ¿Qué justificación te daría la tranquilidad para acallar la conciencia cada

noche y pedirle al sueño que te visite hasta el siguiente día?

Blanco la miró, y ella no bajó los ojos, sino que los fijó en los suyos avisándole de que sabía más de lo que estaba dispuesta a decir.

—Tengo que marcharme —se excusó mientras rebuscaba en el bolso a la caza del monedero.

Soltó un par de billetes encima de la mesa pensando que sería suficiente e intentó mantener una actitud calmada y distendida.

—Gracias por el tiempo, Luis. Solo quería comentarlo contigo porque sé que Roberto es amigo tuyo y estás al tanto de lo que ha sucedido. Y, si te pide ayuda, no le fallarías, ¿verdad? —Sonrió casi sin ganas, pero su interlocutor no la imitó.

Se puso en pie al tiempo que lo hacía ella sujetándole de la mano antes de que a ella le diera tiempo a levantarla de la mesa.

—¿Sabes lo que es un sueño, Alejandra? ¿Algo por lo que luchar cada uno de los días desde que descubres que estás destinado a convertirlo en realidad?

Notó la presión de los dedos sobre su muñeca y quiso deshacerse de ella, pero sin éxito. Levantó la vista y comprobó que los pocos clientes que ocupaban el local eran ajenos a su conversación. Se giró hacia Blanco y observó los ojos pardos del arqueólogo.

—No sé a qué te refieres —le confesó intentando no mostrarse asustada.

—Hay gente que daría todo por un sueño.

—¿Hasta matar, Luis? —preguntó en un último gesto de valor.

Fueron apenas un par de segundos, aunque no supo el tiempo exacto porque le pareció una eternidad hasta que sintió que la garra que aferraba su brazo se relajaba y la dejaba libre.

—¡Todo por un sueño, Alejandra! —replicó Blanco mientras ella se alejaba hacia la salida.

Capítulo 48

Miércoles, 27 de junio

—La chica se llama Lola, jefe. Ha llamado esta tarde. Trabaja en la farmacia de aquí cerca. Ha visto el aviso que dimos y se ha puesto en contacto con nosotros enseguida.

Valdés revisó las notas de su cuaderno bajo la mirada impaciente de Méndez. Vidal volvió a unirse al grupo con un vaso de plástico en la mano. Sorbió un poco de café y esperó a que su compañera continuase.

—La receta está justificada, pero no así las dosis. Dice que le vendió una caja completa ayer porque el chico le dijo que la que compró el sábado por la tarde se le había roto.

—Podría encajar con lo que ya sabemos. —Vidal se sentó y dirigió una mirada rápida a su superior.

—¿Dónde está el chico? —preguntó Méndez mientras volvía su vista hacia el pasillo que daba a la entrada de la comisaría.

—Esperando. Andaba con su novia por el monte. Cerca de la casa de su tía. Le hemos traído directamente aquí. Está ahí fuera —Vidal señaló con la cabeza hacia la zona que hacía de sala de espera.

—La chica también ha venido con él —aclaró Valdés mientras su superior cogía la carpeta que tenía sobre la mesa.

Méndez echó un vistazo al reloj de pulsera y observó cómo la manecilla de los minutos pasaba de las seis y media de la tarde. Su pensamiento voló hacia Alejandra durante unos segundos para desviarse hacia la necesidad física de llamar a Carla cuando terminara. «Si termino pronto —pensó durante un instante mientras ajustaba el día en el calendario y se daba cuenta de que era miércoles—. Ha salido a las cuatro. Ya estará en casa. No tendrá canguro», pensó mientras rechazaba la idea casi de inmediato.

Respiró ajeno a la mirada inquisitiva de Vidal y a la impaciencia de Valdés, que había comenzado a agitar un bolígrafo entre los dedos. Su mente divagó de nuevo hacia la posibilidad casi estéril de que Alejandra estuviera libre aquella noche. «Está con Brea», pensó mientras abría la carpeta de forma aleatoria y dejaba ver de nuevo aquella imagen del símbolo sobre el cuello del fallecido.

—Hay que hablar con Blanco. El que lleva las excavaciones y te dio la información del símbolo. Valdés, averigua dónde vive. —Se volvió hacia Vidal y le hizo un gesto con la cabeza—. Vamos, charlemos con el chico, a ver si sacamos algo en claro, que todo este asunto ya me está dando dolor de cabeza.

—Raúl Villar. —Méndez se sentó en la silla al otro lado de la mesa estéril y cuadrada, y dejó el expediente abierto frente a él—. Soy el inspector Méndez y este es el subinspector Vidal.

El chaval se arrugó en su asiento mientras pasaba los ojos de uno a otro.

—¿Sabes por qué estás aquí? —fue Vidal el que intervino.

Negó con la cabeza y lanzó un tímido «no» por la boca. El subinspector tomó asiento al lado de Méndez y echó un vistazo rápido a las notas que había tomado un rato antes mientras hablaba con la chica de la farmacia.

—Parece ser que ayer pasaste por la farmacia para pedir otra caja de Buscapina inyectable. Según consta en las recetas, es para tu abuela, ¿no?

—Para mi tía —se atrevió a corregir.

Méndez observó el informe con los datos y volvió su mirada hacia el chico.

—¿Rosa López es tu tía?

Carlos asintió con la cabeza y carraspeó antes de volver a habla:

—Tía abuela —confesó—. Mi hermano y yo vivimos con ella desde que nuestra madre falleció.

—Comprendo. —Méndez apuntó algo con rapidez sobre el folio y golpeó la mesa con el bolígrafo—. Y, cuéntanos, ¿por qué fuiste a buscar otra caja para tu tía abuela si el sábado te dispensaron la dosis que le había recetado el médico?

Los miró con el apremio de quien quiere confesar una verdad que ni siquiera conoce. Barajó las opciones de las respuestas antes de que rozaran su boca para desbocar los pensamientos en los recuerdos tan dispares como unidos por las circunstancias que solo brinda la casualidad.

—¡Profesor!

Detuvo la bicicleta y la dejó apoyada contra la fachada de la fábrica antes de lanzarse al encuentro del hombre que salía disparado por la puerta principal de Conservas Lago.

No le hubiera podido identificar por la ropa. Desataviado de sus eternos pantalones caquis, las botas hasta los tobillos y el gorro en color *beige*, tuvo que asegurarse de que el hombre que vestía con unos pantalones de algodón en color azul y una camisa a cuadros casi del mismo tono era Luis Blanco. Caminaba con paso rápido hacia el aparcamiento. Ofuscado, con la mirada baja. No reaccionó a la primera llamada, y el chaval tuvo que repetirla un par de veces más y acelerar sus pasos hasta quedar a su lado.

—Profesor. —Respiró profundamente mientras dibujaba una sonrisa en el rostro y recuperaba el resuello.

Observó primero con desinterés al chico, molesto por la forma en la que había coartado sus pensamientos y luego con cierto reconocimiento, aunque sin saber muy bien dónde lo había visto antes.

—De los cursos del verano pasado. De la excavación. Soy Raúl Villar —explicó al notar el aturdimiento del hombre.

Blanco pareció relajarse y amagó una sonrisa.

—Es verdad. Ahora te recuerdo, Raúl. —Le palmeó el hombro y observó al joven que le miraba casi con devoción.

—Quería decirle que me gustó mucho poder participar. Estoy impaciente por volver este año.

El deseo cuando se pronuncia se convierte en la imprudencia de una intención que pasa de no tener forma a deshacerse en la paradoja de una realidad inexacta. Luis Blanco le miró con pesadumbre y dejó que el peso sobre el hombro del chico se hiciera mayor.

—Este año va a estar complicado. Por desgracia, algunos patrocinadores se han echado atrás y no tendremos fondos suficientes para financiar los cursos.

Fue como empezó.

Un deseo que se materializa en verbo y un verbo que provoca un

pensamiento, una intención, una posibilidad.

—Me caí de la bicicleta el sábado por la noche, cuando volvía del trabajo y se rompieron los viales —se excusó delante de los policías—. Me daba vergüenza confesárselo a la tía y volví a buscar otra caja a la farmacia.

Méndez le miró sin añadir nada más, y Vidal anotó en su cuaderno con prisa un par de palabras que el muchacho no distinguió desde donde estaba.

—¿Conoces al profesor Luis Blanco?

Raúl Villar los miró sin comprender la pregunta. Pasó los ojos de uno a otro y se tensó en su silla.

—El año pasado estuviste en un curso que impartió en verano. Cerca de aquí. En una excavación —Méndez se adelantó a las dudas del chico—. Lo sabemos porque tenemos una foto que lo demuestra y hemos comprobado los registros de los alumnos que participaron. Estuviste allí con María Fernández Puerto. La hermana del chico que apareció muerto el domingo pasado. Alguien que la conoce nos ha dicho que sois algo más que amigos.

Vidal tomó el relevo de su superior.

—Mira, Raúl, estás en un problema. Conoces a la hermana del fallecido, compraste otra receta de Buscapina dos días después de que lo mataran y encima está lo del dibujo ese del cuello.

—¿Qué dibujo? No sé de qué me están hablando —se defendió él sin fuerza—. Ya les he dicho que el medicamento es para mi tía. Se me cayó el sábado por la noche y se rompió la caja que había comprado.

—El dibujo que encontramos sobre el cuerpo de Carlos Fernández Puerto y que coincide con el logo que usasteis en ese curso. —Sacó la fotografía de la carpeta y la dejó a la vista del joven—. Además, la noche del sábado saliste de trabajar sobre las once y veinte. Pediste permiso para irte antes. Según el encargado del turno, parece ser que recibiste una llamada urgente.

—La llamada te la hizo María, ¿verdad? Ella llamó más tarde a su hermano. Estuvieron hablando durante unos minutos. Demasiada casualidad, ¿no crees? —Méndez se levantó de la silla e interrumpió el vacío con su altura.

Raúl Villar le siguió con la mirada.

Las casualidades no existen. Raúl escuchó la última frase del profesor Blanco sin poder aceptar lo que le había dicho. Esos cursos suponían créditos adicionales para optar a una plaza en la universidad.

—¡No es posible! No puede ser. —Se olvidó de las prisas por entrar a trabajar.

—Por desgracia, sí que lo es. Lo siento, de verdad. —Apoyó la mano sobre el hombro del chico y lo apretó en un gesto cariñoso—. A no ser que tengas el dinero suficiente para poder patrocinarlos, este año no habrá cursos y me parece que los próximos tampoco. ¿Trabajas aquí?

El muchacho asintió con la cabeza. Blanco miró la fachada de la fábrica y dirigió sus ojos hacia el primer piso donde unos minutos antes había recibido la sentencia que condenaba su sueño a muerte.

—Pues agradéceselo a tu jefe. Él es quien nos ha cerrado el grifo.

—Yo no le maté, aunque sí que le vi aquella noche —reconoció—, a Carlos, pero les juro que no le maté.

Bajó la cabeza y la hundió entre los brazos.

Capítulo 49

Miércoles, 27 de junio

Anduvo durante un buen rato hasta que consiguió ubicarse y encontrar la avenida amplia donde había aparcado el coche. Había salido del bar donde había dejado a Blanco con la urgencia de alejarse de aquel hombre y durante todo el recorrido se había girado varias veces con la extraña sensación de que la estaba siguiendo.

Su primer impulso había sido llamar a Méndez. Contarle lo que había pasado, pero lo descartó casi de inmediato. ¿Qué le iba a decir? Que Luis Blanco estaba loco, obsesionado por el sueño de encontrar su propia Troya. Pero eso no demostraba nada. Además, seguro que el policía se enfadaba si se enteraba de que había ido sola a hablar con él cuando se trataba de una investigación en curso.

Sacó el móvil del bolso y comprobó que tenía un par de llamadas de Roberto y un mensaje en su contestador. Dudó si a él tampoco debía contárselo. Ambos eran amigos y nada le garantizaba que, a esa hora, Luis no le hubiera llamado ya para decirle que ella había ido a verlo con preguntas y sospechas extrañas.

La tarde había ido declinando poco a poco para dejar la penumbra que anunciaba el anochecer. Las nubes habían precipitado el ocaso y el ambiente se había teñido de la humedad que precedía a la lluvia. Se sintió cansada cuando abrió la puerta del coche y se escabulló dentro con el único pensamiento de llegar a Os Torres antes de que empezara la tormenta. El cielo se iluminó con las primeras señales y enfiló con rapidez la salida de la ciudad.

Otra llamada de Roberto interrumpió su pensamiento, que volvía una y otra vez a la conversación que había mantenido con el arqueólogo en la cafetería. Decidió no contestar. Pensó que lo mejor sería hablarlo directamente con él. A la cara. Contarle sus sospechas y lo que había pasado. ¿Qué había dicho Méndez? Según lo que había escupido en el coche camino de la excavación, Blanco les había facilitado la información sobre el símbolo en el cuello del chico. ¿Habría sido una casualidad que le consultaran precisamente a él o había algo más en todo aquel asunto que no sabía? ¿Y si Blanco y Roberto hubieran estado juntos en el asunto desde el principio?

—No puede ser —se dijo mientras veinte minutos después el cartel que anunciaba la entrada al término municipal de Os Torres le daba la bienvenida—. ¿Qué sentido tendría? ¿Por qué motivo?

Se desvió para tomar la calle desde donde nacía el camino que llevaba a la casita y encendió las luces del vehículo para evitar salirse de la trayectoria. El viento había arrastrado las nubes desde la costa y el cielo se había oscurecido rápidamente.

Distinguió por el espejo retrovisor un coche que pasó de largo cuando ella tomó el sendero y enfiló despacio los últimos metros sin quitarse de la cabeza la temeridad que había hecho al visitar a Blanco. El terreno desigual hizo que aminorara la marcha y las luces se proyectaron sobre la fachada lateral de la vivienda. Un vaivén de sombras que desestabilizaron más la escasa confianza que le quedaba. Tenía que llamar a Roberto. No podía volver a cometer el mismo error de esa mañana. Salir corriendo por una sospecha.

Se bajó del coche mientras cierta tranquilidad se iba adueñando de su mente sabiendo que lo correcto era contarle lo que había pasado esta tarde con Méndez y la conversación con Blanco. Además, tenía la urgente necesidad de verle lo antes posible.

Encendió un cigarro y caminó hacia la casa mientras marcaba su número. Escuchó varios tonos antes de que él respondiera mientras sus pasos la guiaron hacia la parte posterior del edificio.

—Hola —saludó al escucharle al otro lado.

—Te he llamado varias veces —parecía molesto, pero se interrumpió antes de continuar como si dudara.

—Lo sé —le cortó Alejandra—. Lo siento. No podía contestar. Necesito hablar contigo de algo importante.

No le vio, pero supo que había fruncido el ceño por el segundo de silencio antes de que expresara la pregunta:

—¿Va todo bien? ¿Qué sucede? —la voz sonó preocupada, incluso temerosa.

Pisó algunas ramas secas produciendo un chasquido que resonó con fuerza. Observó la fachada posterior de la casa y se acercó hasta el pequeño habitáculo que se anexaba a ella. Nunca se había fijado en aquella estructura que pasaba prácticamente desapercibida. «¿Una leñera?». Se olvidó de que Roberto estaba al otro lado del teléfono hasta que no le escuchó llamarla por su nombre.

—Perdona, sí. Es que he visto algo. ¿Podemos quedar en tu casa y te lo cuento todo? —preguntó pendiente de su descubrimiento.

Le oyó afirmar y colgó después de asegurarle que no tardaría más de media hora.

Su mente ya estaba centrada en la puerta de apenas metro y medio. Observó el candado de llave que impedía la curiosidad de los ajenos y tanteó con los dedos para confirmar que estaba cerrado. Su sorpresa fue que, a pesar de que sus ojos no lo habían notado, el pasador no estaba anclado y cedió con facilidad. La puerta se abrió sin ruido y con el móvil aún en la mano alumbró el interior para confirmar lo que ya había sospechado. Leña.

Los troncos se apilaban en orden junto con algunas ramas secas, más delgadas, ocupando la mayoría del espacio. Se colocó de rodillas e introdujo su cuerpo un poco más dentro del habitáculo. Movió el móvil para iluminar el interior y barrió de izquierda a derecha el espacio.

Repitió la operación más despacio, de derecha a izquierda, y algo que no pudo distinguir inicialmente le llamó la atención junto a la pared del fondo. Entrecerró los ojos ajustando la luz para incidir sobre aquella zona y distinguió la sombra de un hueco detrás de los troncos.

—Joder —escupió mientras retiraba la leña para comprobar mejor qué era lo que estaba viendo—. ¿Qué es eso?

Estiró los dedos para rozar el plástico duro que envolvía lo que se escondía detrás de los troncos. Un bulto compacto. Duro al tacto. Deslizó la mano para intentar averiguar de qué se trataba sin tener que retirar más leña y notó la irregularidad de la cinta aislante sujetando el contenido.

—Dios —susurró mientras retrocedía a gatas.

No lo supo con certeza, pero su mente ya había lanzado las diversas posibilidades de lo que era aquel paquete. Notó el corazón acelerarse y respiró una bocanada de aire fresco cuando sintió que sobre su cabeza volvía estar solo el cielo.

El primer pensamiento que se le cruzó fue llamar a Méndez, pero dudó al imaginar la cara del policía si aquello que estaba ahí dentro era cualquier tontería que la señora Rosa hubiera querido guardar junto a la leña. «No tiene sentido —pensó—. Si fuera así, lo hubiera guardado en su casa. ¿Qué querría esconder ahí dentro?».

Necesitaba asegurarse antes de hacer el ridículo, pero las primeras gotas de lluvia la hicieron dudar, además de que le había

dicho a Roberto que estaría en su casa en media hora.

«Solo un minuto», se dijo mientras notaba como poco a poco iban empapando su espalda.

Volvió a activar la luz del móvil y se adentró de nuevo en el pequeño cuartito. Retiró con cuidado los últimos troncos que cubrían la parte inferior del hueco en la pared y alumbró el petate completo. Lamentó no llevar nada que la ayudara a cortar la superficie de plástico e intentó arrastrar el bulto fuera del hueco con la mano derecha. Enseguida supo que no lo conseguiría. Pesaba demasiado y el espacio era reducido. Dejó el teléfono a un lado, apoyado sobre la leña y lo intentó de nuevo con ambas manos. Esta vez, el paquete cedió. Tardó solo un poco más hasta que pudo arrastrarlo al exterior y lo observó mientras intentaba recuperar el aliento.

—¿Qué mierda es esta? —la pregunta salió involuntaria de su boca mientras la lluvia había comenzado a arreciar con fuerza.

—Dinero. Mucho dinero —escuchó a su espalda.

Notó el golpe en la cabeza y el sentido de la vista se resintió primero para continuar con el del equilibrio. Aunque estaba agazapada junto al bulto, sintió como su rostro caía sobre el suelo áspero y rudo. El olor a tierra mojada se coló inconsciente por su nariz y dejó de sentir el frío de la lluvia que ya había empapado la ropa y el pelo. Quiso gritar, pero la oscuridad fue más rápida que su instinto y se derrumbó inconsciente no sin antes notar como la arrastraban por el suelo.

Capítulo 50

Miércoles, 27 de junio

La primera llamada la había desviado al contestador de voz. La segunda, insistente, volvió a molestar el testimonio que Raúl Villar les estaba ofreciendo con todo detalle.

—Brea, no me pilla en buen momento —descolgó casi molesto.

—Es urgente, inspector —el tono de la voz al otro lado le hizo dudar.

Se retiró hacia una de las esquinas y le hizo un gesto a Vidal para que detuviera el interrogatorio. En el exterior, la tormenta ya era protagonista aquella noche y la lluvia había comenzado a golpear con

fuerza contra los cristales.

—¿Qué es tan urgente?

—Creo que le ha sucedido algo a Alejandra —le oyó decir.

—¿Algo? —su voz sonó con cierto tono de alarma.

—Debería venir lo antes posible —le pidió Brea.

Diez minutos después, la lluvia había amainado cuando Méndez se encontró con Brea bajo el porche de la casa. Se había bajado del coche maldiciendo mientras intentaba cubrirse con la americana a duras penas.

—Vaya tarde para hacerme salir —le reprochó el policía sacudiéndose el agua de la ropa.

—No le hubiera hecho venir si no fuera importante. Venga —le pidió mientras le guiaba a la parte posterior de la casa—. La encontré abierta, la leña removida, y no hay rastro de Alejandra.

Se acercaron al habitáculo anexo a la casa. Méndez se agachó para echar un rápido vistazo al interior. Apenas pudo distinguir nada.

—Me extrañó que no llegara y la llamé. Un rato antes habíamos hablado y me había dicho que tenía que contarme algo importante, que no tardaría más de media hora. Me preocupé cuando no llegó. Cualquiera puede perderse por estos caminos y más con este tiempo.

—Y decidió venir. —Méndez le lanzó una mirada mientras rebuscaba en los bolsillos de su pantalón.

Pensó en volver al coche a buscar la linterna de la guantera, pero tanteó el mechero y lo sacó para alumbrar a duras penas el interior. No le apetecía tener que volver a calarse.

—Cuando llegué, la puerta estaba cerrada, pero el coche estaba ahí. La busqué y entonces vi esto abierto. Su teléfono estaba dentro. No se hubiera ido sin el móvil.

—¿Ha llamado a la casa? —El policía barrió con la mirada la penumbra. Era casi imposible vislumbrar nada más allá de unos cuantos metros.

—Claro que lo he hecho, pero no hay nadie dentro —elevó un poco el tono de voz molesto—. Por eso le he llamado, inspector. Esto

no es normal. Además, si se fija, la leña parece removida, como si hubiera estado aquí buscando algo.

El policía volvió a agacharse junto a la puerta y con el móvil lanzó un par de ráfagas de fotos que iluminaron el interior para descubrir el desorden de troncos que se apilaban y el espacio vacío al fondo.

—Ahí hay un hueco, justo en la pared —comentó mientras volvía a incorporarse.

Giró de nuevo sobre sí mismo alumbrando con el móvil a su alrededor y, por último, miró a Brea.

—Con esta lluvia, el rastro será muy complicado de seguir.

—¿Me cree entonces? —preguntó Roberto con ansiedad.

—Venga conmigo que nos vamos a empapar —le pidió el inspector.

Caminaron con rapidez hasta el porche y volvieron a resguardarse de la lluvia.

—¿A qué hora la vio por última vez?

Roberto dudó. Recordaba que habían quedado con Viñas a comer sobre las tres. El abogado había llegado unos minutos más tarde, pero no mucho más. Alejandra se había ido nada más terminar el café. Quería volver a la casa y terminar algunas cosas en el ordenador. Al menos eso era lo que había dicho.

—Se fue poco antes de las cuatro, creo. Yo estuve con mi abogado hasta las seis más o menos —intentó recordar.

—Entonces, yo fui el último que la vio. —Méndez caminó inquieto por el porche.

—¿La ha visto esta tarde? ¿Por qué?

Roberto persiguió al policía con la mirada.

—La llamé. —Méndez se detuvo y observó como la lluvia caía con fuerza sobre la tierra justo delante de ellos. Pensó que no era la noche ideal para desaparecer—, le pedí que nos viéramos. Quería que me diera su opinión sobre Luis Blanco.

—¿Por qué? ¿Qué sucede con él?

—Fue quien nos dio la interpretación del dibujo ese en la nuca del chico. El *sistrel*.

Roberto le miró sin comprender.

—No le entiendo, inspector.

Méndez suspiró y se pasó las manos por el pelo recordando lo que había sucedido unas horas antes.

—Una agente de mi equipo se puso en contacto con él a través de la universidad. Le envió la imagen que encontramos en el cuerpo de Carlos Fernández Puerto, pero, cuando Alejandra vino a comisaría y habló conmigo, me sorprendió que el significado del símbolo no fuera el que nos había ofrecido, sino uno totalmente diferente.

—No tiene sentido. ¿Por qué haría algo así? Luis es un experto en cultura celta —planteó Brea mientras recordaba la conversación de la noche anterior con Alejandra cuando ella le había enseñado las fotos.

Méndez se encogió de hombros.

—No lo sé, pero la llamé esta tarde y le pedí que me acompañara hasta ese yacimiento. El profesor Blanco no estaba, pero un estudiante nos confirmó que le habían retirado la subvención para continuar con la excavación hace meses y que se había enfadado bastante.

—Sí, sí. Lo sé —confirmó Roberto—. Me lo dijo en primavera. Me pidió ayuda.

—¿Se la ofreció?

—No, le dije que no podía hacer nada. No tengo ninguna relación con los patrocinadores.

—Pero su mujer sí, ¿verdad, señor Brea? —El inspector se volvió hacia él con curiosidad. Vio el reflejo que se dibujó en la mirada del profesor. Un gesto tan inconsciente como delator—. Usted sabía lo de su mujer y Lago o si no, al menos, lo sospechaba. Y suponía que el hijo que esperaba podía ser de él. Por eso le dijo que no a Blanco. Que no podía ayudarle a conseguirle de nuevo la financiación. No quería ver a ese hombre.

Brea se sentó en las piedras del porche y observó cómo la lluvia

no cesaba de caer. Los recuerdos volvieron tan rápido como lento había sido el tiempo que le había llevado en borrarlos de su memoria. O, al menos, eso hubiera querido. Borrarlos completamente.

Méndez continuó sin esperar que Roberto confirmara su teoría.

—¿Qué probabilidad existe de que el profesor Blanco lo supiera? ¿Que conociera la relación entre ambos?

—¿Piensa que pudiera estar implicado en la muerte de ese chico?

El inspector sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y observó la pantalla antes de marcar un número de su agenda.

—No. Empiezo a creer que puede ser nuestro asesino.

Capítulo 51

Miércoles, 27 de junio

Poco a poco, la zona se iluminó por una sinfonía de luces variadas que emitían un fulgor azulado sobre las sombras que proyecta el bosque. Primero, una patrulla con dos agentes que habían acudido al aviso que Méndez había dado por teléfono. «Posible desaparición de una mujer en la zona del monte», le había escuchado Roberto. Había añadido otros detalles objetivos, fríos, escuetos a la llamada, y había colgado para volver a marcar de nuevo y comunicarse con Vidal.

—Te mando una dirección. Ven lo antes posible y tráete al chico y a su novia —le había lanzado sin esperar a que el subinspector preguntara.

Llegaron a los pocos minutos del primer coche patrulla. Dos agentes uniformados ya se habían desplegado por la zona para intentar encontrar algún indicio.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó nada más alcanzar el porche de la casa.

—Alejandra Álvarez ha desaparecido —resumió el inspector mientras sacaba un cigarrillo y lo encendía con rapidez. Movió la cabeza señalando la parte posterior de la casa—. Ahí detrás hay una especie de cuartito, una leñera. El señor Brea ha encontrado su móvil dentro y todo revuelto, y de ella no hay rastro.

Vidal quiso preguntar, pero Roberto se adelantó a la duda que ya quería plantear el policía:

—Me llamó sobre las ocho y media. Quedamos en vernos en mi casa. Me dijo que no tardaría más de media hora. Cuando vi que no llegaba, me preocupé, así que vine a buscarla —explicó—. Me dijo que había visto algo. Creo que se refería a eso de ahí detrás.

—¿Es posible que se haya ido al pueblo? —Vidal apuntó la hipótesis sin éxito—. Quizás quería hacer algunos recados. Compras. Ya sabe.

—¿Con la noche que hace y dejar el coche aquí? ¿Sin su teléfono? —le contradijo Roberto—. No se iría sin el móvil y menos lloviendo. Apenas conoce el pueblo. No tiene sentido y menos cuando habíamos quedado en vernos. Me lo hubiera dicho.

El subinspector resopló y escondió ambas manos en los bolsillos del pantalón *beige* de pinzas. Desvió la mirada hasta su coche donde los chavales esperaban en el asiento de atrás. Valdés se había bajado y hablaba con uno de los dos agentes.

—He traído a los chicos. ¿Qué quieres hacer con ellos?

—¡Valdés! —Méndez la llamó e hizo un gesto con su mano pidiéndole que sacara a los chicos del coche y se acercaran.

Raúl fue el primero en fijarse en que Brea estaba junto al inspector. Apartó la vista con rapidez. María Fernández Puerto, en cambio, pareció obviar su presencia.

—Esta es la casa que tu tía tiene alquilada, ¿verdad? —El chico asintió con la cabeza ante la pregunta del policía—. ¿Qué hay detrás de la casa? ¿Qué guardabas en la leñera?

—No sé a lo que se refiere —balbuceó él mientras inconsciente su cuerpo se balanceaba de un pie a otro.

—Venga, no me jodas, Raúl, no nos pongas más problemas —fue Vidal el que se mosqueó en ese momento por la actitud del chaval.

—Creemos que Alejandra Álvarez ha desaparecido y tiene algo que ver con lo que había ahí detrás —Méndez explicó—. Alguien se ha tomado muchas molestias para llevárselo, así que ayúdanos, tú saldrás beneficiado de esto porque, no sé si lo sabes, pero estás en una situación complicada.

Pareció dudar antes de atreverse a confesar nada. Tenía la sensación de que todo por lo que había trabajado aquellos últimos meses se iba a la mierda.

—Droga.

—¿Droga? —repitió Vidal.

—¡Cállate, tío! —La mano de María le golpeó en el brazo con rabia.

—No, no me callo. Estoy harto. —Se volvió hacia ella para lanzarle una mirada llena de rencor—. ¡Ojalá no me hubiera encontrado con tu hermano aquella noche!

—¿Qué noche? —preguntó Méndez interesado en descubrir qué

había detrás de todo aquello.

Raúl Villar se volvió hacia el policía.

—La noche del accidente. —La lluvia volvió a arreciar de nuevo—. Volvía a casa después de salir de la fábrica en la bici y casi me lleva por delante. Se quedó cruzado en medio de la carretera y le ayudé a mover el coche porque no le arrancaba. Me pidió que le guardara el paquete hasta que volviera a recogerlo.

—¿La droga? —preguntó Vidal.

El chico asintió con la cabeza.

—¿Sabías lo que era?

—No. Fue después, cuando me enteré de lo que había pasado. —La mirada del chaval se desvió hacia Brea con cierta culpabilidad—. En ese momento no sabía lo del accidente. Luego, cuando le detuvieron y en el pueblo empezaron a comentar que podía estar metido en drogas, abrí el paquete.

—¿Por qué no lo denunciaste? Deberías haberlo contado en ese momento.

Vidal le acusó con dureza.

—Todo esto no nos sirve para encontrar a Alejandra —cortó tajante Brea.

Ni siquiera le había importado que aquel chaval confesara que se había encontrado la noche de la muerte de Paola con Carlos. Según pasaban los minutos, la convicción de que Alejandra podía estar en peligro era más acuciante que conocer detalles que ya no resolvían nada.

Méndez asintió con la cabeza. Ya tendrían tiempo de ocuparse de tomarles declaración al chico y a la novia, pero ahora lo importante era dar con el paradero de la mujer.

Miró el reloj y comprobó que ya pasaban de las once de la noche. Si lo que Brea le había dicho era verdad, Alejandra Álvarez llevaba más de una hora desaparecida como mínimo. La lluvia se había vuelto constante y caía con fuerza. No podía pedir refuerzos. El tiempo legal para declarar a alguien desaparecido no se había cumplido. Tampoco había signos de violencia que atenuaran la situación. Tendría que

apañárselas con lo que tenía.

—Si sabes dónde puede estar Alejandra Álvarez, es el momento para decirlo —el inspector se enfrentó al joven, que negó rápido con la cabeza—. Si alguien se la ha llevado, si le sucediera lo mismo que a tu hermano. —Esta vez miró a María Fernández que aguantó en silencio el envite del policía—. Os podrían acusar de cómplices de homicidio.

Aquella fue la verdad que les hizo darse cuenta de que su situación era más complicada de lo que hubieran llegado a imaginar. Ya no se trataba de ocultar pruebas o de omitir confesar haber visto a Carlos Fernández Puerto la noche en que murió. Aquello era más grave. Una losa que cayó con firmeza sobre la propia voluntad de los jóvenes.

María buscó la mano de Raúl. La apretó en un gesto de confirmación.

—Díselo —le pidió dejando a un lado el muro de indiferencia que había mantenido durante toda la tarde.

—Ha sido el profesor Blanco. Él mató a Carlos.

Capítulo 52

Miércoles, 27 de junio

Inauditamente, *Lacrimosa* resonó en su cabeza alejándola de la realidad a la que se enfrentaba. Una realidad teñida de negrura. Envuelta en el olor rancio que emanaba de aquel espacio tan estrecho que no le dejaba oportunidad para encontrar una postura más cómoda. Su hombro derecho ya había empezado a protestar por la inercia de mantener el peso de su cuerpo sobre el mismo lado y los constantes movimientos erráticos del vehículo le obligaban a golpearse de forma recurrente contra la superficie irregular.

Quiso recordar, pero la música se colaba en su cabeza repitiéndose como una lamentación que terminaba en aquel último «amén» para llenar de silencio su oído hasta el siguiente movimiento.

Estiró la pierna hasta tocar el fondo del estrecho habitáculo y se concentró en evitar el sopor que había inundado su cabeza. No era consciente de haber llegado hasta allí. Lo último que recordaba era la maldita leñera. Y el fardo. Aquel petate envuelto en plástico oscuro antes de caer contra el suelo y abandonarse a un estado casi de

duermevela, inconsciente y sometida a la voluntad del que se la había llevado. Quiso girarse sobre sí misma, pero el espacio era demasiado reducido. Sintió dolor al intentarlo. Una punzada que atravesó sus muñecas y se desplazó hasta rozar los hombros y seguir por la nuca.

Lacrimosa resonó con fuerza para trasladarla a la primera vez que la había escuchado. El sonido de los violines rozando casi la cordura, el éxtasis perfecto de presenciar un canto a la desesperanza y la belleza de una oda dedicada a la muerte. Juan Álvarez de Mendoza había permanecido en silencio en el salón mientras ella aguardaba de pie junto a la puerta. Solo ellos dos.

—La genialidad siempre se viste de tragedia —fue lo único que comentó mientras su mirada vagaba hacia el infinito vacío que se abría entre él y el ventanal de la sala.

Apenas hacía cuatro horas que su madre yacía bajo una lápida de mármol tallado con su nombre y los pocos años que había ocupado su vida. «La mía no», pensó mientras se alejaba por el pasillo con el sonido de la música en su cabeza.

—La mía no —se repitió intentando que el sonido de su voz llegara a sus oídos.

Sentía la lengua pesada. Las piernas adormecidas por mantenerse en la misma posición y el dolor que le provocaba lo que ataba sus muñecas a su espalda. Lacerante, insistente y agudo. Un dolor que le permitía volver a la realidad cada pocos instantes para no dejar de ser consciente de dónde se encontraba.

Apartó la música que solo existía en su cabeza y se concentró en el dolor a la vez que intentaba captar algún sonido del exterior. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Solo la voz tras ella cuando había sacado el fardo del hueco que había al fondo. La pastosidad de los recuerdos fue diluyéndose poco a poco para ir recreando de nuevo lo que había sucedido aquella tarde y una certeza se dibujó en su cabeza. Debía haber sido Blanco. Seguramente, la había seguido hasta Os Torres intuyendo que ella sabía demasiado.

«Y ahora piensa deshacerse de mí como lo hizo del chaval».

Pensó en el móvil y recordó que lo había dejado en el suelo mientras iluminaba el interior del habitáculo. La única esperanza que le quedaba era que Roberto hubiera ido a buscarla al ver que no llegaba tal y como le había dicho. Pero ¿y si él pensaba que ella le había dado plantón? ¿Qué había decidido no ir a su casa? El temor se

materializó en la aceleración de sus latidos. Nadie sabía dónde estaba. Ni ella misma. Tampoco le había dicho a nadie que aquella tarde había ido a ver a Luis Blanco.

Sintió que el vehículo ralentizaba la marcha hasta detenerse. Notó como la ansiedad crecía desde la boca del estómago para expandirse por todo el cuerpo.

«Piensa algo. ¡Vamos!».

Pero no estaba segura de a qué se enfrentaba, quién estaría al volante de ese coche y cómo hacerle frente.

El sonido del coro se mezcló con la fuerza de la percusión y su corazón acompañó los últimos compases de aquel «amén» tan rotundo para un final como lo era la propia sinfonía.

«¡Joder!». Su mente divagó de nuevo hacia aquel recuerdo que siempre había borrado de forma consciente.

La luz impactó de lleno en su cara y cerró los ojos instintivamente. La linterna se movió por el maletero.

—Veo que te has despertado.

Miró hacia la figura de pie que la observaba sin disimular la sensación de triunfo y comprendió que no podía haber estado más equivocada.

Capítulo 53

Jueves, 28 de junio

—Unos agentes se han personado en el piso del profesor, inspector. —Valdés se acercó a ellos tras colgar la llamada con cierta urgencia—. Luis Blanco no estaba en su casa o, al menos, nadie les ha abierto la puerta.

—Dé la orden de búsqueda de su vehículo. ¿Tenemos la matrícula? —preguntó Méndez mientras su mirada se perdía de nuevo en la espesura del bosque. Había sido un estúpido. Eso era lo primero que debía haber hecho al volver aquella tarde a comisaría después de comprobar que el arqueólogo no estaba en el yacimiento.

—Aún no —confesó Valdés.

—¡¿Y a qué estamos esperando?! —Méndez dejó escapar su ansiedad mientras se volvía a sus subordinados—. Consiga esa matrícula, Valdés, y dé orden de búsqueda. Y, Vidal, lleve a los chicos de vuelta a comisaría, que les tomen declaración por separado. No quiero que nada de lo que han dicho aquí se quede por el camino. Señor Brea —se dirigió hacia Roberto que aguardaba junto a la puerta de la casa—, usted se viene conmigo.

—Aquella noche hablé con Carlos. Me había pedido que le devolviera la droga, pero yo no estaba seguro. Me daba miedo. —El chaval se movió inquieto sobre la silla y miró de nuevo a Vidal—. Además, después de hablar con el profesor Blanco, pensé que quizás nos sirviera de ayuda. Escondí el fardo en la leñera después del accidente. Al principio, imaginé que solo serían un par de días como mucho, pero, cuando le cogieron, comprendí que aquello iba para largo y que me había quedado con el marrón.

Raúl Villar se dejó caer hacia delante sobre la mesa y escondió la cabeza entre los brazos.

—¿Qué sucedió? —insistió Vidal.

El chico levantó la vista y observó al subinspector casi sin verle.

—¡Podemos venderla, profesor! Sacar mucho dinero con ella. Así podría continuar con las excavaciones —le había sugerido en un arrebato dos días después, cuando había ido a verlo al yacimiento.

Luis Blanco se había quedado en silencio tras escuchar la historia de Carlos. Negó con la cabeza. Aquello era demasiado arriesgado. ¿Droga? No sabía nada de drogas. No iba a poner en peligro su reputación por un fardo de narcóticos. Si le pillaban, sería el final de todo.

—No podemos hacerlo. Además de que es ilegal, no sabemos nada de drogas. ¿A quién se la íbamos a vender? Terminaríamos en la cárcel con antecedentes y ese sí que sería el fin.

—Pero ¡habrá que hacer algo! —había exclamado el joven—. No puede permitir que cierren esto. Que le impidan conseguir lo que se ha propuesto solo por dinero.

Pero Blanco había movido la cabeza de nuevo, negando las intenciones del chico. No, él había pensado jugar otro tipo de baza, más personal, menos arriesgada pero más eficaz.

—No quiso saber nada de la droga. Me dijo que lo que debería hacer es ir a la Policía y confesarlo. Devolverla, pero yo tenía miedo. Hacía casi dos años que la tenía. Me harían preguntas.

Vidal se reclinó sobre la silla.

—¿Por qué dijiste entonces que fue Luis Blanco el que mató a Carlos aquella noche?

—Yo le llamé. Desde que había salido de la cárcel, me había venido a buscar un par de veces al trabajo. Me pidió que le devolviera el paquete, pero yo le di largas. Le dije que era peligroso, que la tenía bien escondida y que esperara un poco, pero el insistía. La última vez pasó algo.

—¿La última vez?

Raúl asintió con la cabeza.

—La última vez que vino a buscarme a la fábrica alguien nos vio.

Recordó como aquella noche había salido quince minutos más tarde de su turno. Una avería en una de las máquinas había retrasado la cadena de producción. Había avisado a su hermano con un mensaje para que su tía no se preocupara. La figura le esperaba al otro lado de la calle. Envuelta en la sombra que le ofrecía la distancia entre dos farolas. Le vio por el rabillo del ojo y enseguida identificó el cuerpo delgado y encorvado bajo la capucha de la sudadera. Evitó cruzarse

con su mirada. No quería más mierda. Bastante le había supuesto tener que guardar aquel secreto casi dos años. El chaval se había acercado a paso rápido antes de que le diera tiempo a subirse en la bicicleta.

—Tío, tienes que devolvérmelo. —Le había agarrado del brazo casi con desesperación—. Van a venir a por mí si no lo haces. No me queda tiempo.

Le había mirado entre enfadado y asustado.

—¿Quiénes? ¿Les has dicho que lo tengo yo? —había pánico en su voz.

Había negado con la cabeza.

—Todavía no, pero, si no me lo devuelves, no me quedará más remedio.

Las luces del vehículo les sorprendieron a ambos, que se giraron hacia la salida de la fábrica para ver como Manuel Peña, el Sueco, salía de allí no sin antes echarles una mirada curiosa.

—Aquella noche le llamé.

—¿Para devolverle el fardo? —insistió Vidal.

El chico negó con la cabeza.

—Quería llegar a un trato con él. Pedirle dinero por la droga. Llamé al profesor Blanco también. Le dije que iba a ver a alguien que podría solucionar el tema de la financiación. Le pedí que viniera. Quedamos en vernos en el puerto a eso de las doce menos cuarto.

—¿Y María qué pinta en todo esto?

Raúl negó de nuevo.

—Nada. A ella no le había contado nada hasta hace unos días. La conocí por casualidad en las excavaciones de verano. Empezamos a salir al poco. No supe que era hermana de Carlos hasta que él salió y volvió al pueblo. Fue cuando le dije lo que había pasado.

—Continúa —insistió Vidal mirando de nuevo su reloj de muñeca —, ¿qué pasó esa noche?

—Creo que hemos pasado algo desde el principio.

Méndez tomó la salida que se dirigía hacia el faro. El coche botó un par de veces al tomar el sendero de tierra y las luces iluminaron brevemente el perfil de los árboles.

—No entiendo nada. No me imagino a Luis capaz de cometer un crimen —reconoció Roberto mientras se agarraba al reposabrazos de la puerta del acompañante.

Estuvo tentado de pedirle al inspector que redujera la marcha, pero la urgencia de encontrar a Alejandra era mayor al miedo de que el coche se empotrara contra la vegetación.

—Hay algo de la autopsia que no me cuadraba en todo este asunto. El tema de la escopolamina. No tiene sentido, a no ser que al chaval le suministraran una dosis extremadamente alta, pero el forense solo indicó que lo había encontrado en su cuerpo. El chico no tenía antecedentes de enfermedades que le produjeran una reacción exagerada al medicamento como para hacerle perder la conciencia. ¿Por qué drogarle entonces?

Roberto negó con la cabeza.

—No lo sé, inspector. Hay mucha gente que toma ese medicamente. Paola lo hizo, ya lo sabe. De forma esporádica, cuando los dolores eran muy fuertes.

—¿Sabía Blanco que su mujer la había tomado? —Méndez dio un volantazo al sentir que el coche resbalaba sobre el terreno mojado. Roberto se tensó sujetándose más fuerte.

—No creo. No es algo que fuera contando por ahí, aunque ellos siempre fueron amigos. Se conocieron en el instituto y luego coincidieron en Madrid.

El sonido del móvil de Méndez los sobresaltó a ambos. La voz de Valdés se hizo clara al otro lado cuando contestó:

—Inspector, han localizado el coche de Blanco a la entrada de Os Torres. Los agentes dicen que le han perdido cuando se ha desviado por uno de los senderos del monte. Según indican, parece que podía ir en dirección al domicilio del señor Brea.

—¿A mi casa? —Roberto miró a Méndez, que pareció tan sorprendido como él.

—¿Le han seguido?

—No han podido volver a localizarlo, inspector. Tengo varias patrullas barriendo la zona.

—Gracias, Valdés. Que intenten encontrarle lo antes posible. Nosotros vamos hacia el faro.

—¿Hacia el faro? —preguntó Roberto cuando Méndez hubo colgado.

—Sí. ¿Sabe? Lo estuve pensando el otro día. La última vez que alguien vio a Carlos Fernández Puerto con vida fue en dirección al puerto. Al principio pensamos que era posible que el chico hubiera caído al agua en esa zona y que la corriente le hubiera arrastrado hasta Punta do Faro, pero, por la hora de la muerte y el lugar en el que fue encontrado, tengo mis dudas y creo que es posible que lo arrojaran al mar desde la zona del faro y no desde el puerto.

Méndez se detuvo mientras volvía a repasar la información que tenía del caso en la cabeza. Sacó un cigarrillo de la chaqueta mientras aminoraba la velocidad y escudriñaba la negrura que se abría delante de ellos. Había dejado de llover hacía unos minutos. Aun así, la noche era oscura. Permaneció con la vista fija en el camino intentando encontrar dentro de su cabeza lo que faltaba. Algo que ya había intuido. Algo que sabía, pero que aún no había encajado. Roberto permaneció a la espera.

—Carlos Fernández Puerto recibe una llamada sobre las once y veinte de la noche del sábado 23 de junio. Noche de San Juan. Parece molesto. Algo que no espera. Algo que le hace dirigirse hacia el puerto. Esa noche hay bastante gente. Varios testigos le ven en la plaza de la Cruz del Agua. A las once y media, diez minutos más tarde, le llama usted. Le dice que acepta quedar y verse para averiguar lo que sabe sobre el accidente, pero entre las dos llamadas, a las once y veinticinco de esa noche, María Fernández Puerto llama a Raúl Villar y diez minutos más tarde, a las once y treinta y cinco, el chaval recibe otra llamada de su hermana. Él ya ha quedado con usted a las doce menos cuarto frente a la tienda. A Carlos le ven marcharse de la plaza camino del puerto. ¿Cuánto puede tardar en recorrer la distancia que hay entre un punto y otro?

Roberto se quedó pensando.

—No mucho más de cinco minutos. Diez si va despacio.

—¿Qué tiempo tardaría en ir desde el puerto hasta su tienda? —El cigarro aún sin encender se balanceó entre sus labios.

—Otros cinco minutos, más o menos —respondió Brea.

Méndez asintió con la cabeza y miró frente a él.

—Creo que Carlos pensaba primero encontrarse con el que le había hecho la llamada y después ir a verle a usted, pero algo no salió como esperaba. Algo pasó y nunca llegó.

—¿Y a quién cree que iba a ver?

Méndez detuvo el coche al borde del camino de tierra. La lluvia había cesado hacía un rato, pero, aun así, el terreno se había convertido en un barrizal difícil de transitar. La luz del faro iluminó brevemente el camino de subida hasta el borde.

—Eso es lo que vamos a intentar averiguar esta noche.

Levantó el brazo y señaló la forma oscura de un vehículo unos metros por delante de ellos.

Capítulo 54

Jueves, 28 de junio

Había tropezado varias veces, pero solo en un par de ocasiones había dado con las rodillas en el suelo. El hombre la sujetaba del brazo con fuerza obligándola a mantener la marcha.

Demasiado sorprendida al no reconocer a Luis Blanco al abrir el maletero, le había preguntado un par de veces quién era, pero el tío había omitido contestar y, en su lugar, solo había mascullado un «vamos, no te pares» demasiado agresivo como para no hacerle caso.

Había distinguido la forma del objeto que llevaba guardado en la cintura del pantalón. La culata de un arma que se asomaba para avisarla de que no se le ocurriera hacer ninguna tontería. La cabeza seguía doliéndole. Las muñecas se quejaban buscando aliviar la presión y la sensación de sed aumentaba a cada paso que daban. Ni siquiera sabía cuánto tiempo había pasado dentro del maletero de aquel coche.

—¿Dónde vamos? ¿Dónde me lleva? ¿Quién eres?

—Te he dicho que te calles —la voz sonó de nuevo imperativa y enfadada.

—Creo que es justo que me lo diga ya que me ha traído contra mi voluntad —soltó ella defendiéndose.

El hombre se detuvo y aumentó la presión sobre su brazo. Soltó un «¡ay!» que solo arrancó una mirada entre indiferente y desconfiada de su secuestrador y que perforó la distancia casi inexistente entre ambos. Alejandra se obligó a no bajar los ojos. No quería mostrar temor, aunque en el fondo estaba asustada. Su mente ya había barajado las diversas posibilidades que se abrían ante ella y ninguna era demasiado optimista.

—La señorita lleva razón, Manuel.

La voz salió de la oscuridad, iluminada apenas por el ir y venir de la punta de un cigarrillo que se balanceó de nuevo en el aire para volver a posarse de nuevo en la boca del hombre que había hablado. La sombra se aproximó unos pasos hasta ellos. La luz del faro iluminó su rostro durante unos pocos segundos antes de volverlo a sumir en las sombras. Alejandra le observó. Aunque con algunos años más, aquel

hombre era el mismo que aparecía en la fotografía junto a la mujer de Roberto.

Capítulo 55

Jueves, 28 de junio

Méndez le sujetó del brazo y levantó el dedo hasta sus labios en señal de silencio. Habían recorrido los últimos metros a pie en silencio. Roberto detrás de Méndez intentando guiarse en la oscuridad a la vez que escudriñaban la zona que poco a poco se iba despejando. Se resguardaron tras los últimos árboles antes de que el terreno se convirtiera en una explanada vacía y les dejara expuestos a la vista de las tres figuras que permanecían junto a la edificación.

—Cuidado con la luz —susurró el policía indicándole los haces del faro que iban y venían en un movimiento constante y calculado.

Roberto asintió con la cabeza y observó la escena que se desarrollaba a unos pocos metros delante de ellos. Distinguió a Alejandra y sintió cierta tranquilidad al comprobar que, al menos, parecía estar bien. No reconoció al hombre que la sujetaba por el brazo, pero a la otra figura, alta y embutida en un chubasquero de color azul, la distinguió perfectamente.

Méndez se agachó junto al tronco y le pidió a Brea que hiciera lo mismo.

—Es Jesús Lago —susurró Roberto.

El inspector asintió con la cabeza.

—Tengo que pedir refuerzos, pero hay que ganar tiempo. Tardarán en llegar.

Méndez tanteó el teléfono móvil en el bolsillo de su pantalón. Sabía que en el momento en que lo desbloqueara, la pantalla se iluminaría y podría delatar su posición. Pegó el aparato a su cuerpo lo máximo que pudo.

—Yo puedo ir y distraerlos —se ofreció Roberto con urgencia.

El inspector hizo un gesto taxativo con la mano indicándole que era demasiado peligroso.

—No puede. No sabemos si van a armados. Podría ponerla en peligro.

—Pero Alejandra está ahí.

Quiso protestar, pero Méndez no le dejó. Le sujetó bruscamente de la camisa y le obligó a tumbarse sobre el suelo. Un haz de luces diferente al que emitía el faro iluminó la zona boscosa. El todoterreno oscuro se movió irregularmente a través del sendero que llevaba hasta allí y se detuvo a unos cien metros de distancia.

Aguantó en silencio, sin moverse, mientras sentía el brazo del policía encima de su pecho como una advertencia para obligarle a no incorporarse. Se concentró para respirar más despacio y cerró los ojos durante unos segundos. La voz de Lago le llegó con claridad.

—¡Profesor Blanco! Ha tardado mucho. Ya pensábamos que no iba a venir.

Luis Blanco caminó los últimos metros que le separaban de aquel grupo tan variopinto.

—Casi me detiene la Policía, señor Lago. Imagínese lo que he pensado yo.

Méndez ladeó la cabeza para intentar discernir el punto en el que se encontraba cada uno de ellos. Apartó la mano del pecho de Brea y se volvió con rapidez, apretándose de nuevo contra el suelo. Roberto le imitó. Sus ojos siguieron la figura conocida de su amigo entre el hombre que sujetaba a Alejandra del brazo y el empresario.

—¿Qué hace ella aquí? Este no era el plan.

—Ha descubierto la droga —aclaró el Sueco.

Alejandra negó con la cabeza.

—Yo no he descubierto nada —protestó casi sin fuerza.

Tenía sed. Sentía aún el sabor metálico en la boca. Estaba cansada y empapada por la lluvia.

—Señorita Álvarez, ¿verdad? —fue Jesús Lago el que tomó la palabra—. No nos tome por tontos. El profesor Blanco ya nos ha puesto en antecedentes esta tarde. Es usted demasiado lista. Haciendo preguntas de aquí para allá. Hablando de símbolos con la Policía.

El empresario paseó tranquilo con las manos en los bolsillos. Sin prisa. Exponiendo con objetividad los hechos.

Alejandra miró hacia Luis casi sorprendida de haber tenido razón



en sus elucubraciones.

—¿Mataste al chaval? —preguntó olvidándose de su situación.

Luis Blanco levantó las manos en un gesto inconsciente de defensa.

—Fue un accidente. Yo no quería hacerlo.

—Venga, profesor. Reconozca que no tuvo ningún inconveniente en agredirle. El chico se golpeó por su culpa. —Jesús Lago se acercó hasta el arqueólogo y le cogió del brazo en un gesto amistoso.

—Pero yo no le tiré al agua, señor Lago. Fue su gorila aquí presente quien lo hizo —se defendió señalando al Sueco—. Y sabía que aún estaba vivo.

Blanco se acercó hasta él y, en un gesto amistoso, le pasó el brazo por los hombros.

—Lo sé, pero ahora eso ya no es un problema, profesor. Lo hecho hecho está. No podemos cambiar el pasado, pero sí podemos ser dueños del futuro.

Le condujo despacio hasta el borde donde terminaba el terreno y se abría el precipicio que moría entre las rocas. El mar estaba crispado. La espuma blanca era lo único que rompía los tonos oscuros de aquella noche a excepción del faro.

—El chaval sabía demasiado. Me iba a acusar, nos iba a acusar. —Luis Blanco se volvió hacia Alejandra intentando excusarse. Pareció derrumbarse por unos instantes para recobrar al poco la compostura —. Todo por un sueño, Alejandra. Te lo dije esta tarde.

—¿Ibas a implicar a Roberto? ¿Ese era tu plan? ¿Que tu amigo pagara por algo que no había cometido mientras tú te dedicabas a seguir en tu mundo? Eres un ser despreciable.

—¡Tú no lo entiendes! —Blanco levantó la voz furioso—. ¡La historia necesita mártires! ¡Necesita héroes! Yo no quería hacerlo, pero no iba a dejar que un exconvicto cualquiera arruinara todo por lo que he trabajado estos años.

—Eres un cobarde. Un falso —escupió Alejandra con dureza.

—Eso no es verdad —se defendió él.

Fue Largo el que rompió el diálogo entre ambos.

—Vamos, profesor Blanco, ¿sabe una cosa? —hizo una pausa de apenas tres segundos—. La culpa es mía. Si yo no le hubiera negado la ayuda que me pidió cuando vino a verme, nada de esto habría sucedido. —Se volvió hacia él sin perder el contacto de su brazo con los hombros de Blanco—. Debería haber sido más sensible a sus demandas. Haberle escuchado cuando me llamó. Haber colaborado con la cultura y la enseñanza de nuestra historia. Haberle proporcionado esos fondos que pedía.

Luis Blanco le observó a través de los cristales empañados de sus gafas.

—No debería haberme dicho que no —murmuró casi como una súplica.

Lago asintió con la cabeza.

—Lo sé, profesor. Por eso lo que sucedió esa noche fue un error que ya se ha resuelto. El chaval se metió en asuntos que no le incumbían. Era mi problema, y usted tampoco tenía derecho a amenazarme.

—Yo no sabía lo de Paola —se defendió Blanco.

Lago ignoró la última frase del arqueólogo. Sus ojos se perdieron en el horizonte.

—Menos mal que el mar lo limpia todo. Lo lava todo. Lo arregla todo.

Quedó frente a Luis Blanco dejando que su brazo abandonara el contacto de su cuerpo. Dibujó una pequeña sonrisa en el rostro.

—Me lo ha puesto difícil, profesor. Muy difícil.

Su mano sujetó con fuerza el antebrazo del arqueólogo y de un gesto rápido, con la que le quedaba libre, no dudó en empujarle hacia el borde.

Luis Blanco quiso evitar la caída. Con un gesto de sorpresa en el rostro, se giró hacia el empresario para agarrarle de la camisa, pero el suelo embarrado conspiró en su contra acercándole hacia el final del terreno.

—¡¿Qué hace?! —le increpó asustado.

Otro empujón de Lago, esta vez más fuerte en el pecho de Blanco, le obligó a soltarle. El hombre se tambaleó apenas un par de segundos para desaparecer en la oscuridad.

—¡No! —El grito de Alejandra resonó en el silencio—. ¡¿Qué ha hecho?! ¡Le ha matado!

Méndez se incorporó un poco. Roberto permaneció pegado al suelo incapaz de aceptar lo que sus ojos acababan de ver.

—Le ha empujado. Le ha tirado al agua —susurró para convencerse de lo que había sucedido.

Méndez se acuclilló a su lado y tanteó la pistola que llevaba en el costado. Observó cómo Jesús Lago se aproximaba al Sueco y a Alejandra, que había comenzado a murmurar algo que no alcanzaba a escuchar desde donde estaban.

—Era un cabo suelto, señorita Álvarez, y yo no puedo permitirme cabos sueltos. ¿Lo entiende? Todo este asunto se ha complicado demasiado. —Observó el rostro sucio de tierra y lluvia que le miraba con incredulidad y terror—. Cuando encuentren su cuerpo, si lo encuentran, y su coche donde apareció el cuerpo del chico, la Policía atará cabos. Supondrán que es culpable de su muerte.

—Es usted un monstruo —murmuró Alejandra.

—Es posible, pero todos somos monstruos cuando se trata de defender lo nuestro. A usted la encontrarán también, o no —continuó Lago—, pero ya tendrán alguien a quien señalar. Un nombre que cerrará otro expediente que no le importará a nadie. Otra tragedia que ocupará un titular en las noticias y que no se recordará al día siguiente. Tírala, Manuel —sentenció.

Abrió los ojos con pavor al escuchar la orden fría y calculada de aquel hombre y quiso revolverse.

—¡No! ¡No! Por favor, déjeme irme —suplicó mientras sentía como el que la había llevado hasta allí la arrastraba del brazo hacia el borde—. ¡Por favor!

Méndez se incorporó rápido al tiempo que desenfundaba su arma, pero Roberto había sido más rápido que él y ya corría hacia ellos.

—Mierda, profesor —masculló mientras le seguía con la pistola en la mano.

El Sueco intentó alcanzar el borde, pero Alejandra se había dejado caer de rodillas al suelo para no perder el equilibrio e insistía en gritar que la dejasen irse. Gruñó y tiró de ella con fuerza mientras se revolvía de nuevo.

—¡Suéltala, cabrón!

Jesús Lago se volvió hacia ellos al escuchar los gritos de Brea.

—¡Joder! ¡Tírala, Manuel! ¡Tírala ya! —gritó el empresario viendo como Roberto llegaba a su altura.

El Sueco arrastró a Alejandra del brazo los escasos diez metros que los separaban del borde. Ella, aún con las muñecas a su espalda, hundió las rodillas en el barro sintiendo como se arañaba contra el terreno. Gritó con rabia sintiéndose impotente.

Jesús Lago se lanzó sobre Brea, pero fue inútil. El profesor se desvió zafándose de él con rapidez, y el empresario solo alcanzó a rozar su camisa. Se abalanzó contra el Sueco apenas a un par de pasos del borde. Cayó encima del hombre para quedar a unos pocos centímetros del borde. Su puño aterrizó con fuerza en la mandíbula de Manuel Peña, que se vio obligado a soltar a Alejandra para defenderse.

El sonido del disparo rompió el aire y las intenciones de los presentes.

—¡Policía! —gritó Méndez llegando hasta ellos con el arma en la mano.

Varias luces barrieron la extensión donde estaban. El color azul se mezcló con el blanco brillante del faro.

Capítulo 56

Seis meses después

Colgó la llamada y sus ojos vagaron por el espacio vacío del dormitorio. Una sonrisa, mitad de satisfacción, mitad de nostalgia, se dibujó en su rostro. Le hubiera gustado que hubiera podido venir.

—¿Qué tal ha ido? —le había preguntado al otro lado de la línea.

—Bastante bien o, al menos, eso creo —había contestado después de cerrar la puerta.

Se había dirigido hacia la cocina y había sacado la botella de vino que unas horas antes había guardado a la espera de disfrutarla cuando volviera a casa.

—Seguro que la presentación ha sido un éxito —había dicho él.

—Eso pregúntaselo a mis editores dentro de un mes. —Le había escuchado soltar una carcajada sincera al otro lado. Se apoyó en la encimera observando el color burdeos del caldo. Le hubiera gustado que él estuviera allí.

—Dentro de un mes, ya estarán pidiéndote otro.

La frase le hizo volver a lo que había sucedido meses atrás.

La irracionalidad del miedo que había recorrido su cuerpo cuando había escuchado la orden en la voz de Jesús Lago aquella noche. «¡Tírala, Manuel!». Esa parálisis que acompaña al cuerpo cuando es incapaz de aceptar lo que el cerebro ya ha asimilado. Una secuencia a cámara lenta de lo que va a ser un desenlace que ya había visualizado. El vacío bajo los pies. La oscuridad que te acoge mientras sientes la gravedad tirando de ti. El impacto. Con suerte, en el agua. La peor fortuna sobre las rocas que bordean el saliente de la costa. El peso del cuerpo que durante un instante te parece suficiente para resistir la presión de aquella mano que te arrastra hacia el borde. La desesperación de intuir que nada podrá impedir ese momento. Y luego la duda. No tener la certeza de saber si podrás sobrevivir a aquello o, por el contrario, todo terminará en un segundo. Gritar, patalear y resistirse. Pensamientos inconexos. Escuchar a Roberto gritar. Y después un vacío. Una neblina que empaña los recuerdos ahogándolos en el subconsciente de la memoria condicionada por las circunstancias. Las luces. Las voces. Palabras sin sentido que quieren

colarse en tu cerebro, pero que ahuyentas involuntariamente. Unas manos ayudándola a incorporarse. Murmurar entre dientes sintiendo que su cuerpo no es capaz de reaccionar a las órdenes básicas que su cerebro emite.

Había vuelto a la realidad sentada sobre la camilla de la ambulancia. Hasta ese momento se había movido como un autómata. Sin voluntad propia. Guiada por las decisiones que los demás tomaban por ella. La voz de Roberto primero, y después sus manos le había devuelto la nitidez que hasta ese instante parecía ajena.

—Alejandra —le había repetido hasta que ella había reaccionado —. ¿Cómo estás?

Sujetaba su cara entre las manos con una expresión preocupada. Le había mirado extrañada antes de contestar. Casi como si no le reconociera. La sensación de frío no había abandonado su cuerpo, aunque le habían proporcionado una manta térmica.

—Bien —soltó sin saber si era verdad.

Le observó lleno de barro. Tan sucio como debía estar ella y esa imagen le había devuelto a unos días atrás, cuando le había conocido en la tienda. Le pareció que habían pasado siglos desde entonces.

—Tiene un aspecto lamentable, profesor. —Intentó sonreír sin conseguirlo mientras se apartaba el pelo húmedo de la cara.

—Usted no se ha visto, señorita Álvarez —le había contestado él acariciando sus mejillas con los dedos. La había ayudado a levantarse para salir de la ambulancia.

Méndez permanecía junto al borde del terreno atento al helicóptero que unos minutos antes había llegado. El aparato barría la superficie del agua de forma precisa a la búsqueda de Luis Blanco. Vidal, unos pasos más alejado de su superior, coordinaba a los agentes que ya habían detenido a Jesús Lago y al Sueco.

Los vio salir del vehículo de emergencias y se acercó hasta ellos.

—¿Cómo se encuentra? —se dirigió a Alejandra.

Ella asintió con la cabeza murmurando otro «bien» poco seguro.

—Váyanse a descansar —les pidió casi como si fuera una orden—. Aquí ya no pueden hacer nada.

—¿Han encontrado algo?

Brea omitió referirse a Blanco de forma precisa. Asumir lo que había escuchado escondido entre la vegetación junto al policía de boca del que pensaba que era su amigo no iba a ser fácil. El inspector negó con la cabeza.

—Aún no. Será una noche larga. —Evitó añadir ningún detalle más—. Pediré a un agente que los lleve y mañana me hacen el favor y, cuando puedan, se pasan por comisaría para la declaración.

Roberto asintió con la cabeza.

—Gracias, inspector.

Los vio alejarse hacia uno de los coches patrulla escoltados por dos agentes y volvió su mirada hacia el helicóptero de nuevo.

—Iremos a tu casa. He dejado el coche allí. Recoges tus cosas y te vienes a la mía —había soltado nada más ocupar la parte de atrás del vehículo policial.

Ella había dudado sin ganas de protestar.

—¿Estás seguro? —había preguntado como respuesta a su plan.

—Estoy seguro de que no pienso dejarte sola.

Respuesta contundente que no le había dejado lugar a réplica.

—Podías haberte matado —le había dicho ella más tarde mientras compartían cama e insomnio.

Eso había sido después de que él insistiese en que debía comer algo, y Alejandra le dijera que no podía. De que ella se desmoronara al llegar a casa de Roberto mientras él cargaba con su maleta y ella llevaba la mochila con los libros y el portátil. Cuando había sido consciente de que aquella noche había podido morir y contarle todo lo que había pasado desde que se había marchado del restaurante aquella tarde. Después de que él la guiara hasta el cuarto de baño y la ayudara a deshacerse de la ropa sucia para meterla bajo la ducha y él lo hiciera con ella. Abrazándola mientras la escuchaba llorar bajo el agua caliente. No le había dicho nada. No la había interrumpido. Solo la había besado despacio para envolverla entre sus brazos una y otra vez y dejar que el tiempo y el agua fueran los que arrastraran la tensión por el desagüe.

Volvió al salón y encendió el árbol de Navidad que ocupaba un rincón junto al sofá. Le hubiera gustado que él hubiera ido.

—Estaré allí el veinticuatro —le había asegurado al otro lado de la línea.

—Te quiero, papá —se despidió mientras se dirigía hacia el dormitorio.

—Yo también, Alex —replicó él.

—Manuel Peña ha confesado. Ha reconocido participar en el homicidio de Carlos Fernández Puerto. Le arrojó por el acantilado del faro la noche del 23 al 24 de junio cuando el chico ya estaba inconsciente. —Méndez los miró desviándose de las notas que tenía delante—. Según nos ha relatado, aquella noche, Blanco y el chaval iban a encontrarse en el puerto. El profesor había llamado un par de horas antes a Jesús Lago para chantajearle. Según lo que afirma, Blanco sabía que el empresario buscaba un paquete que se había extraviado hacía tiempo y el arqueólogo quería llegar a un acuerdo con él. Devolvérselo a cambio de que siguiera subvencionando las excavaciones.

—El fardo con la droga —había añadido Alejandra mientras recordaba el bulto al fondo de la leñera.

Méndez había asentido mirando primero a Alejandra, totalmente concentrada en la historia y después a Brea, que aún no había asumido el papel de su amigo en todo aquel asunto. Ninguno de los que estaban en la sala parecía haber dormido mucho.

—No entiendo cómo Luis pudo mezclarse en eso —había confesado Roberto al tiempo que negaba con la cabeza.

—No se culpe —le aconsejó el inspector—. Luis Blanco estaba desesperado. Nos han confirmado desde la universidad que le habían dado un ultimátum a mediados de junio. El último cuatrimestre había faltado con recurrencia a las clases y aquella excavación se había convertido en una auténtica obsesión para él. Iba a perder su plaza. Por eso, aquella misma noche llamó a Raúl Villar diciéndole que había cambiado de opinión con respecto a la droga. Estaba dispuesto a usarla, pero no como el chaval se imaginaba. No pensaba venderla. Le pidió que concertara una cita con Carlos.

—¿El encuentro fue una trampa? —había preguntado Alejandra.

Méndez negó con la cabeza.

—No creemos. Simplemente, la casualidad de que aquella noche Manuel Peña viera salir al Raúl Villar antes de la hora y le siguiera hasta el puerto. Unos días antes se lo había encontrado conversando con Carlos Fernández y solo tuvo que sumar dos más dos después de que Lago le dijera que Luis Blanco le había llamado para ofrecerle un trato con respecto al paquete. A su vez, Raúl había visto la luz con la llamada del profesor. La oportunidad de deshacerse de la droga y al mismo tiempo de ayudarle a conseguir el dinero que necesitaba.

—¿Y cómo iba a hacerlo? —preguntó Roberto.

Exhaló un suspiro y levantó la vista hacia el techo. La sensación de que podía haber hecho algo más para ayudar a su antiguo amigo pesó como una losa sobre su conciencia.

—El chaval quería que Carlos los ayudara a vender la droga y le llamó para quedar con él esa noche pensando que Blanco compartía su plan —Méndez dudó unos segundos. Buscó algo de tiempo en el silencio que se hizo tras sus palabras y en las notas que tenía sobre la mesa—. Manuel Peña ha declarado que le siguió y vio al arqueólogo esperando junto a la entrada del puerto. Raúl Villar llegó a los pocos minutos y nuestra víctima se les unió casi al instante.

—Pero las cosas no salieron bien —continuó Vidal tomando el relevo—. Los chicos se pusieron a discutir cuando Raúl le pidió a Carlos que los ayudara. Nuestra víctima no estaba de acuerdo. Solo quería devolvérsela a Lago y que le dejaran en paz, pero el chico se negó a decirle dónde la guardaba. Fue cuando Carlos empujó a Raúl contra el suelo y los viales, que llevaba para su tía, se rompieron. El profesor quiso intermediar, pero no le dio tiempo. Carlos se marchó, suponemos que, para encontrarse con usted y Raúl a su casa. Creemos que Blanco salió detrás Carlos para intentar convencerle, pero Manuel Peña los interceptó antes de que llegaran a la zona del paseo y los obligó a subir al vehículo.

Méndez juntó las manos encima de la mesa y volvió a mirarlos a ambos.

—Ellos no dudaron en hacerlo si el Sueco iba armado. Los llevó hasta la casa que Lago tiene en el monte. En las afueras de Os Torres. El empresario llegó al rato.

Dejó el móvil sobre la mesa del salón y se dirigió hacia el dormitorio. Se quitó los zapatos y sus pies agradecidos acariciaron la

textura de la alfombra.

Recordó las palabras de Méndez. Aquella escena tan extravagante como imposible. ¿Qué era lo que había confesado el Sueco? Que no querían hacerle daño. Y Jesús Lago había insistido en su declaración que solo quería hablar con Luis Blanco para que entrara en razón y dejara de amenazarle a cambio de dinero.

Se lo había imaginado de mil formas en su cabeza. En aquella casa, sobre el monte, los tres hombres y el chaval. Uno de ellos tan asustado como lo había estado ella la noche en que casi la empujan por el acantilado. Un Carlos Fernández Puerto que había jurado que no sabía dónde estaba la droga. Al que habían amenazado aquellos dos bajo la mirada incrédula y cómplice del profesor Blanco, que ya había olvidado su propia Troya para sostener la cordura sobre el primitivo sentido de la supervivencia.

Un chaval que había cometido el error de intentar salir de allí sin cartas bajo la manga, enfrentándose a Lago y al profesor. Amenazando con hacer público el chantaje de la droga, algo que Blanco no podía permitirse. Su carrera estaba ya casi acabada. Aquello supondría el fin de todo. No dudó en enfrentarse a él con la mala suerte de que el chico se revolviera y el profesor terminara golpeándole con fuerza. La fortuna quiso que al hacerlo Carlos Fernández cayera sobre la mesa que había en el salón y el golpe le dejara inconsciente. Según Méndez, María Fernández Puerto había confesado que le había llamado un rato antes para contarle que salía con Raúl y le había pedido que no le involucrara en aquello.

—Han procesado la vivienda y han encontrado restos de sangre —había confirmado Vidal.

—El chico tenía que estar asustado —Méndez continuó—. Le había insistido a Raúl Villar en varias ocasiones que necesitaba recuperar la droga. El hombre de Lago estaba detrás de él desde que había vuelto al pueblo. El empresario tiene una buena red montada. Las conservas son una buena excusa para el transporte, y sus negocios al otro lado del océano le reportan muchos contactos. No sabemos muy bien qué sucedió. Al fin y al cabo, lo único que tenemos son las confesiones de Jesús Lago y Manuel Peña.

—¿Sospecha que hay algo más, inspector? —Alejandra puso voz a las dudas de los presentes.

Méndez suspiró y se recostó en la silla. Cerró la carpeta que tenía

delante y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Luis Blanco no está para defenderse, señorita Álvarez. Tenemos el testimonio de ambos y coinciden. Manuel Peña, además, ha confesado lo que ya intuíamos, que la muerte de la mujer del señor Brea no fue un accidente.

—¿Cómo dice? —Roberto se irguió en la silla al escuchar al policía.

—La noche del accidente no había entrega. A Carlos Fernández Puerto le dijeron que acudiera a recoger un paquete a la casa de Lago en las afueras —explicó Vidal.

—No comprendo —cortó Roberto—. ¿Por qué motivo iban a hacer algo así? ¿Qué tiene que ver con Paola?

Méndez buscó las palabras para escupir la verdad que hasta ese momento ni siquiera habían imaginado, pero que comenzaba a tomar sentido según se iban desvelando las circunstancias de lo que había pasado.

—Porque lo que buscaban era que Carlos estuviera en aquel camino aquella noche —continuó—. Su mujer, señor Brea, esperaba un hijo de Jesús Lago y un par de noches antes habían discutido. El empresario ha confirmado que tuvieron una conversación bastante fuerte en la que Paola le había amenazado con contárselo todo a su mujer si él no lo hacía.

Brea se apoyó en el respaldo de la silla sin poder creerlo. Aunque siempre lo hubiera sospechado, nunca había tenido una certeza. Ahora, que escuchaba de los labios de Méndez toda la verdad, le daba la impresión de que jamás había llegado a conocer a su mujer.

—Lago le dijo a Manuel Peña que era un problema. Si su mujer se enteraba de la aventura y de que, además, esperaba un hijo de otra, el matrimonio se hubiera ido al traste y, con ello, todos los negocios de Lago en Sudamérica.

—Vamos, una ruina —había apostillado Vidal.

—Exactamente. Hubiera sido un desastre para Jesús Lago. El final de su imperio e incluso dejarle expuesto con todos los negocios que se traía entre manos. Así que decidió deshacerse del problema.

—Por eso Carlos dijo que había alguien más aquella noche —

había añadido Alejandra recordando lo que Roberto había declarado con respecto a las palabras del joven.

—Exacto. Le encargaron al chico que fuera a buscar el paquete. Esa misma noche, Paola Martín había recibido un mensaje de Lago en el que le pedía que se encontraran en la casa y, aunque la noche no acompañaba, ella acudió a la cita. Según ha confesado Manuel Peña, él ya la esperaba en la casa y le contó que el empresario no había podido acudir.

—Lago, a su vez, estaba en una cena de negocios a varios kilómetros. Lo hemos confirmado. Se buscó una buena coartada —explicó Vidal.

—Manuel Peña se ofreció llevarla de vuelta a su casa en el coche y ella aceptó. Se subió a su vehículo sin saber lo que la esperaba —continuó el inspector—. Ha confesado que la golpeó varias veces en la cabeza una vez que estuvo en el vehículo hasta dejarla casi moribunda. Solo tuvo que esperar a que Carlos cumpliera con la hora prevista.

Roberto pasó los ojos de Méndez a Vidal sin dar crédito a lo que oía.

—Le pedí al forense que revisara la autopsia. La causa de la muerte fue el traumatismo que sufrió por los golpes en la cabeza y que, en un principio, se atribuyeron directamente al atropello, pero es muy probable que, antes de que el vehículo la arrollara, los daños que había sufrido por parte de Manuel Peña ya fueran mortales.

—El Sueco ha confesado que se ocultó entre los árboles. Apagó las luces y el motor, y sacó a la víctima del coche. Solo tuvo que esperar unos minutos antes de que el chico pasara para empujar el cuerpo contra el vehículo. La lluvia y la oscuridad hicieron el resto. Luego realizó la llamada desde la cabina que hay cerca de la cafetería a los servicios de emergencias.

—Sabía perfectamente que Carlos no se detendría para auxiliarla. Llevaba un paquete de droga en el maletero del coche —explicó de nuevo el subinspector.

—¿Y lo de la escopolamina? ¿El dibujo grabado en el cuello del chico? —preguntó Alejandra—. ¿Y el teléfono? ¿Quién lo dejó allí?

Méndez suspiró mientras buscaba el apoyo del respaldo de su silla. La misma ropa que la noche anterior le había indicado a

Alejandra que ni él ni Vidal habían vuelto a su casa.

—Jesús Lago se aprovechó de la situación. Con Carlos inconsciente, tenía a Blanco donde quería. Una baza para que el profesor dejara de amenazarle. Solo había que buscar una cabeza de turco para cargarle la muerte al chaval. Detalles que hicieran pensar que el chico había muerto por venganza.

—¿Quién conoce su casa, profesor, mejor que alguien que ya había estado en ella en varias ocasiones? —Vidal apuntó la respuesta con una pregunta tan obvia como simple.

Roberto los miró con incredulidad, incapaz de aceptar lo que le estaban confirmando.

—El teléfono pensamos que lo colocó la noche anterior a la mañana en que la señorita Álvarez lo encontró. Al ir a verle aquel día, cuando se dio cuenta de que no estaba detenido, llamó a Lago y este le apretó las tuercas. Pensaron que con la marca en el cuello sería suficiente, pero no contaron con el testimonio de Alejandra cuando vino a comisaría —Méndez se aclaró la garganta antes de continuar—. Reconozco que aquello fue lo que me hizo dudar. Si no hubiera sido por esa interpretación del símbolo, no creo que hubiéramos sospechado de Blanco. Con el chico inconsciente, tenían al profesor donde querían. Según Manuel Peña, Jesús Lago le convenció de que le dibujara el símbolo en el cuello, el mismo que tiene en su rótulo, señor Brea, pero se ve que a Blanco le jugó una mala pasada la memoria o el inconsciente y pensó que era el mismo que el que había usado el año anterior en los cursos.

El inspector había reconocido que aún había varios cabos sueltos en la investigación. Preguntas para las que aún no tenían respuesta. Aquella misma noche, Méndez los había llamado.

—Los buzos han encontrado el cuerpo del profesor Blanco cerca de la zona donde cayó al agua —los había informado—. No quería que se enteraran por las noticias.

Un par de días más tarde, el policía se había presentado en casa de Roberto.

—Han cerrado el caso —soltó poco convencido. Después de interrogar a los implicados, el testimonio de María Fernández Puerto había resuelto los puntos que aún les quedaba por aclarar—. Dice que su hermano andaba buscando trabajo.

Roberto le había ofrecido un café y el inspector lo había aceptado con ganas. Se habían acomodado en el porche trasero mientras Méndez los ponía al día.

—Llevaba unos días probando en el mar para ganarse un dinero. Usaba parches de esos que se ponen en la piel para el mareo. El forense parece convencido de que es la razón de que lo tuviera en la sangre si llevaba varios días usándolos.

—Entonces, ¿ya está? ¿Todo se ha acabado? —había preguntado Roberto sin querer hacer referencia a nada en concreto.

Méndez simplemente se había encogido de hombros.

—Queda alguna pregunta sin responder —había lanzado enigmático—, pero solo contamos con el testimonio de Lago y Manuel Peña y por ahora no han arrojado más luz sobre el tema. Con lo que tenemos, es suficiente para condenarlos por una buena temporada.

Había mirado a Alejandra, que lo observaba en silencio con una duda en los ojos. Algo que a él tampoco le cuadraba. Detalles que se habían quedado en la oscuridad de no encontrar una respuesta. Omitió añadir más al respecto. Pensó que siempre había verdades que era mejor que el silencio custodiara.

Escuchó cómo la puerta se abría y le oyó murmurar una maldición mientras volvía al salón.

—Ya no me acordaba de lo difícil que es aparcar en esta ciudad. —Dejó las llaves sobre el mueble de la entrada y se quitó el abrigo de lana gris.

Ella le había lanzado una mirada burlona dirigiéndose hacia la cocina.

—Cuanto mayor es la dificultad, mayor es la gloria. —La botella de vino acompañó su frase con un sonido rápido y seco al verse liberada del corcho.

—¿Cicerón, señorita Álvarez? —Se acercó a ella para rodearla por la cintura mientras ella le ofrecía su copa.

Lanzó una carcajada antes de besarle.

—Cicerón, profesor.

FIN

Table of Contents